

ANVERSO & REVERSO

¿DE DÓNDE VIENEN LAS BRUJAS?

LOS AUSENTES

Nesa Costas

LA DAGA PÚRPURA

¿DE DÓNDE VIENEN
LAS BRUJAS?

LOS AUSENTES

Nesa Costas



Colección: La daga Purpura, 2018

© De esta edición: Nesa Costas, 2018

Imágenes de cubierta: Pixabay/Carloyuen,
Pixabay/Comfreak, Freepik/ starline

Encontrarás más historias mías en
www.ElRinconDeNesa.com. Si quieres,
suscríbete ahora a mi newsletter y no te
pierdas ninguna actualización.

Esta obra no está protegida bajo DRM para
que puedas leerla en otros dispositivos si lo
deseas. Por favor, respeta el trabajo de todos
los que hemos intervenido en el proceso y no
lo distribuyas sin permiso. Muchas gracias.

*Para Charo, la primera en conocer el Reverso, visitante de honor en la
Excepción, apoyo constante en el Anverso.*

Índice

PERSONAJES DE ESTA HISTORIA

TERRITORIOS

PRIMERA PARTE

LA CORREDORA

EL LOBO

LOS DOMINANTES

AGRADECIMIENTOS

ANVERSO & REVERSO

Dos mundos muy diferentes: uno con magia, otro sin ella. En el Reverso, un hechizo convirtió la zona sobrenatural en la zona muerta. Desde entonces, los seres no quieren vivir en ella. Hacen vida en el Anverso, entre nosotros. Se han adaptado tan bien que ni nos damos cuenta.

Cuando un ser del Reverso se encuentra en el Anverso, adopta un aspecto humano, y pierde todas y cada una de las peculiaridades que su condición posee. Puede ser un compañero de trabajo, un vecino, un amigo o un miembro de la familia. Sea lo que sea, es

imposible saberlo.

PERSONAJES DE ESTA HISTORIA

Principales

Enriqueta/Rita/Lucía Prado: «Con trece años me perdonaron la vida. La persona que fui murió, y en su lugar apareció una enorme mentira». Adam Merino debería haberla matado, pero no pudo. Mejor amiga de Bruno Merino cuando vivía en el pueblo, actual compañera de piso de Samara.

Bruno Merino: Sus padres lo abandonaron y Adam Merino lo adoptó siendo muy pequeño. Hasta la llegada de Rita no se integró en la familia, convirtiéndose así en la persona más importante para él, y, también, quien más daño le ha hecho.

Secundarios

Adam Merino: Es el Maestro, una figura relevante junto a Luisa, su mujer. Encargado de adoptar a Bruno, Iker, Juanca y Asun. Considera a Samara otra hija más aunque no sean de la misma condición, ni lleve su apellido.

Iker y Juan Carlos Merino: Ambos adoptados de niños por los Merino. Hermanos y grandes amigos.

Asunción Merino: La única hermana no se lleva bien con nadie por su carácter difícil. Considera a Rita su enemiga y a Bruno su pareja.

Samara Expósito: Elemental del aire. Abandonada de niña, ha tenido que sobrevivir sola y enfrentar la traición varias veces. Hasta conocer a Bruno y a Adam no descubre lo que es. Compañera de piso de Rita.

Unai Pazos: Sobrenatural físico. Inspector de homicidios. Conoce a Rita a través del gimnasio en el que ambos entrenan.

Libra (Lola): Asesino de la organización encargada de proteger a los humanos de sobrenaturales peligrosos.

Otros

Jota: Okupa que vive en el mismo edificio que Rita. Sobrenatural feérico.

Don: Pandillero vecino de Rita. También conocido como “El latino”.

Orden de los Caballeros Blancos: organización encargada de proteger el mundo humano de sobrenaturales peligrosos.

TERRITORIOS

ANVERSO: Mundo humano, donde la magia no existe.

REVERSO: Mundo con magia, compuesto por tres zonas principales: la zona Natural, la zona Sobrenatural (ahora bajo un hechizo que la convierte en la zona muerta), y la zona de las Divinidades.

EXCEPCIÓN: Único lugar en el mundo humano en el que la magia es posible.

PRIMERA PARTE

1 RITA

Mi madre me contaba unos cuentos fabulosos. Como yo, los protagonistas de esos cuentos se escondían. Vivían como humanos, pero no lo eran. Su origen estaba en otro mundo, uno repleto de magia. Un hechizo lo volvió una zona muerta, sin color ni vida, y tuvieron que buscar cobijo entre nosotros. Como aquí no hay magia, sus peculiaridades y su poder desaparecían.

Más o menos así es como me siento; un terrible suceso me obligó a irme de mi hogar y jamás podré recuperar mi identidad. Mi verdadero nombre figura en un informe que me señala como víctima de un asesino en serie. Mi desaparición nada tuvo que ver con el caso, pero el caso sirvió para ocultar mi huida. Con trece años me perdonaron la vida a cambio de alejarme de todos los que me quisieron. La niña que fui murió y en su lugar apareció una enorme mentira. Ahora, soy la reina de la discreción y del pago en efectivo. Sin familia, sin compañía, por culpa del secreto que ocultaba mi mejor amigo.

Pensar en mundos y misterios es más reconfortante que asumir la soledad y el vacío. Pienso muchísimo en ello. Podrían ser reales, todo podría ser real y a la vez no serlo. La variedad de mitos y leyendas es el camuflaje perfecto, y darle vueltas facilita el paso del tiempo. Por eso, apenas conservo detalles de las personas con las que compartí media vida, solo la fantasía. Así no duele haber perdido a la gente que quiero. Una pena que a veces se cuele entre mis barreras.

Frente a los cuentos de mi madre, Adam Merino, el mejor amigo de mi padre, aseguraba que todo ser sobrenatural posee una base lógica. Los Akita, una de tantas versiones de los licántropos, se convertían en animales fuertes, veloces; podía comprenderse que la parte humana poseyera un oído y una vista aguda. Por otra parte, los hechiceros realizaban prodigios a través de determinadas palabras, símbolos o combinaciones establecidas. Las brujas, en cambio, no necesitaban nada; simplemente, poseían magia.

La primera vez que entré en casa de los Merino sentí fascinación y miedo. Las tallas, lienzos y retablos invadían las paredes. Cualquier objeto fuera de lo común, de aire mitológico o esotérico, encontraba allí su sitio. Una casa antigua, ideal para dejarse llevar por los misterios. Dos plantas repletas de habitaciones, una buhardilla en la que refugiarse los días de tormenta, y un

sótano convertido en biblioteca siniestra.

Los Merino llevaban toda la vida en Lembranza, un pequeño pueblo de Galicia al que nosotros acabábamos de trasladarnos. Adam y mi padre trabajaban juntos en el ayuntamiento del que dependía la parroquia, y ambos habían sintonizado al segundo. A la semana de instalarnos nos invitaron a cenar con ellos. Yo iba de la mano de mi madre, sin intención de soltarme hasta que nos fuésemos. Con cinco años era demasiado pequeña para desenvolverme sola o vérmelas con presentaciones. Me mantuve junto a ella, preocupada porque en el espacioso comedor había una larga mesa puesta para nueve comensales. Estaba a punto de conocer a los cuatro hijos adoptivos y no se me daba bien relacionarme. Tres niños y una niña; ninguno llegaba a los diez años. Me sentí en clara desventaja, hasta que percibí que uno de ellos lo estaba pasando peor que yo: Bruno.

Su aire tímido, su aspecto desvalido, me impactó. Lo encontré muy delgado y huidizo. Sus facciones delataban su origen oriental. Supuse que llevaba poco con los Merino, y parecía querer estar en cualquier otra parte, o morirse. Me pasé la cena con la cabeza baja, impedida por mi propia timidez, pero con un ojo puesto en el niño de pelo castaño y mirada oscura. Me atrapó por completo. Los demás me hablaban a veces, pero mi interés no se desvió en ningún momento.

Desde ese día lo buscaba en el colegio, animaba a mis padres a ir más a casa de los Merino, movida por la necesidad de borrar aquel aire solitario y triste. Lo conseguí. Me acerqué a Bruno y él se acercó a mí. Estuvimos tan unidos que nuestras almas parecían una. No existen palabras para explicar lo que Bruno significaba, ni lo que sentía por él. Mi hermano, mi amigo, yo misma. Muchísimo más que eso. Lo quise tanto... tanto como él me quiso. Una parte de mí no cambiaría un solo instante, otra lamenta haberlo conocido.



—¿Lucía?

Me había quedado absorta, perdida en los recuerdos. Las voces, la música del local me envolvieron, y tuve la sensación de haber despertado de un sueño. Desde que hui no había vuelto a pensar en el pueblo, en mis padres o en los Merino. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, pero logré disimularlo.

Sonreí como pude a Unai, quien seguía sentado al otro lado de la mesa. Siempre me había gustado el nombre de Lucía, Adam lo sabía, aunque cualquiera me gustaría más que el real.

—Perdona —dije antes de bajar la mirada a la copa que acababa de pedirme.

El calor en mis mejillas daba fe del apuro, aunque también podría ser obra del ambiente cargado del club. La música todavía no había empezado a ser machacona, porque apenas eran las nueve de la noche. Buena hora para tomarse algo con un hombre joven y atractivo al que le has roto una ceja.

Unai y yo nos conocimos en el gimnasio gracias a las clases de full contact. Yo no hablo con nadie, pero lesionarlo me impidió rechazar el amago de cita. Es policía, lo de las peleas y reducir a los demás lo tiene bastante controlado, y solo me lleva tres años. Supongo que por eso al profesor le pareció una idea estupenda que nos enfrentásemos. No pensó lo mismo cuando la sangre salpicó la lona.

Acepté su invitación porque parecía inofensivo. La mitad de los policías son unos chulos, y unos cretinos, por el mero hecho de llevar placa. Este no lo parecía. Correcto y educado. A pesar de mi vestido corto y el ligero escote, peleaba bien con sus ojos para que se mantuvieran en mi cara. En definitiva, un buen tipo.

—Estabas un poco lejos —comentó Unai—. ¿Puedo saber dónde?

También tenía una voz bonita, dulce a pesar de la ligera nota ronca. El pelo

corto, castaño, dejaba al descubierto un rostro de mandíbula cuadrada, y unos ojos marrón verdoso. Guapo, simpático, pero no tanto como para contarle mi vida.

—No importa —aseguré.

Al sonreír se le marcaron los hoyuelos. Yo también sonreía, suelo hacerlo. Cuando sonríes despistas a los demás. La gente está acostumbrada a las reacciones secas. House ha hecho de la bordería todo un arte y se ha extendido como la peste. A mí no se me da bien ser borde, por lo que prefiero que me tomen por boba. No necesito demostrar nada. Ser simple y sosa, repele. Justo lo que necesito, a todos lejos.

Que no le abriera mi corazón pareció defraudarlo. Esa era la idea. La cita más aburrida de toda la historia. No le daría mucha conversación, me limitaba a acariciarme la melena que caía en cascada sobre mi hombro derecho para tapar la cicatriz de mi cuello. Había aprendido que eso es más práctico que rechazarlos. Todo interés o deseo es aniquilado cuando aparece el aburrimiento.

—¿Vas a seguir en el gimnasio cuando cambie de dueño? —preguntó Unai a la caza de un tema que me arrancase algo más que monosílabos.

Fingí meditarlo. En realidad, cuando vi el cartel de «se traspasa» en el gimnasio me dieron ganas de comprarlo. En unas semanas se me acababa el contrato como dependienta de papelería en los grandes almacenes y necesitaba un trabajo. Lástima que mis ahorros no dieran ni para el primer plazo. Además, dudaba que fuese un negocio rentable. El cartel ya llevaba colgado un par de meses, pero nadie aspiraba a tomar el testigo. Según rumores, era más probable que echase el cierre a cambiar de gerencia.

—No creo —respondí con voz ausente.

Me fastidiaba. Escogí aquel gimnasio porque apenas tenía gente. Cuantas menos personas te rodeen más fácil controlar el entorno. El nuevo dueño podría decidir sacarle provecho a las instalaciones. Había varias salas que podrían acoger clases de todo tipo, como el tan de moda zumba. No se me ocurría nada peor. Cada mañana salía a correr, me enfundaba en mallas de licra, pero estaba lejos de querer vérmelas con el reguetón. Otro cambio, seguro que el nuevo dueño no se dedicaba a poner éxitos de los ochenta, o rock y metal como hasta ahora, sino dance y pop a todo trapo.

Unai extendió su brazo sobre la mesa y sentí la caricia de sus dedos en el dorso de mi mano. Encontré sus ojos. En otras circunstancias podría haberme enamorado de él. Volví a sonreír, pero esta vez de forma sincera. No quería

jugársela. Algunos hombres merecen que les pisotees el ego, o los hagas perder el tiempo, Unai debería concentrar sus esfuerzos en dar con una chica sincera.

—Gracias. Será mejor que me vaya —dije al tiempo que me levantaba para ir a pagar mi copa.

Lo mismo lo invitaba, por el intento. Mejor darme de baja en el gimnasio desde ya. Con un poco de suerte, encontraba otro en alguna calle perdida. A ver si me duraba más tiempo.

Unai se había levantado conmigo y ya estaba a mi lado. Miraba al frente, a la espera de que el camarero se acercase. Iba a invitarme, dudé si dejarlo. Algunos hombres también consideran lo del pago de consumiciones como algo personal. El feminismo les resbala.

—No tienes que irte... Enriqueta.

Me quedé muy quieta. No podía haber escuchado bien. Sí, mi verdadero nombre es Enriqueta. Es un nombre horrible, lo sé, debería matar a mis padres, pero, en cierta forma ya lo hice, porque ellos creen que estoy muerta. Y así debe seguir siendo si no quiero que sea cierto.



Unai me conocía, además de por el nombre, por eso se alzaba con su bonita sonrisa cortándome el paso hacia la puerta. Suerte que siempre hay una salida de emergencias. Eché a correr dejándolo allí plantado. Si me perseguía, al momento algún gorila le saltaría a la espalda por temor a un «sinpa». Se ve que Unai también previó la segunda opción porque dejó un billete sobre la barra y se dispuso a seguirme.

La puerta de emergencias cedió a mi embiste y me condujo a un callejón en el que no había más que un par de cubos de basura, y una salida a la calle principal más lejos de lo que me habría gustado. Debería haberme puesto las deportivas en lugar de los tacones de vértigo.

La mano de Unai se cerró sobre mi brazo antes de alejarme dos pasos de la puerta. Me estaba bien por quedar con un poli. Seguro que estaba más curtido en fugas que yo, pero me volví para emprenderla a golpes.

Esquivó mi puñetazo, no la patada en la canilla. No es un golpe muy honorable, pero logré que me soltase. Me giré para correr de nuevo, el tío se recuperaba rápido. De un empujón me lanzó contra la pared de cemento, cayó sobre mí con intención de reducirme, no de hacerme daño, lo que me permitía cierta ventaja. Otra patada, esta vez en el abdomen, y me lo saqué de encima.

—¡Para! —gritó Unai.

En absoluto. Gané un par de zancadas, pero me sujetó de nuevo y mi espalda volvió a vérselas con la pared de cemento. Empezaba a cansarme y a notar los calambres en las piernas. Hora de cambiar de táctica. Cuando su cuerpo me atrapó contra la pared alcé las manos en señal de paz.

—No quiero volver a abrirte la ceja, Unai. Deja que me vaya.

Sentir su cuerpo me provocó una excitación que competía con la de mi perseguidor. Sus ojos fueron de los míos a mis labios. Podía besarme, podía tocarme, no me importaría, pero yo no iría más lejos.

—No hasta que me cuentes por qué te escondes —siseó Unai.

Me entró la risa. ¿En serio esperaba que fuese del todo sincera? Si la verdad no me hiciera correr peligro no llevaría una vida de mierda.

—Vi algo que no debía. Me dan por muerta y espero que siga siendo así.

Los ojos de Unai me estudiaban de un modo inquisitivo.

—¿Por qué no acudiste a la policía? —preguntó.

La carcajada no le sentó bien, pero me fue imposible contenerla. Unai dio un paso atrás, quizá para no distraerse con lo bien que encajaban nuestros cuerpos.

—Dudo que me crean y también que sirva para algo —respondí.

Unai no iba a conformarse con eso. Su frente ceñuda, el modo intenso de mirarme, sugerían una perseverancia innata. Sus palabras volvieron a ponerme en guardia:

—Viviste en Lembraza, en el mismo pueblo que los Merino a los que seguro conoces, y te largaste durante las desapariciones. De hecho, figuras como víctima. ¿Qué sabes del caso?

Se me cerró la garganta. Debería explicarle que los Merino no fueron responsables de las desapariciones, sí lo habían sido de la mía. Descubrir el secreto de Bruno me sentenció, pero jamás contaría nada. Guardé silencio. La mejor forma de mentir es no alejarse demasiado de la realidad, solo que en este caso era difícil.

La astucia brilló en la mirada de Unai.

—El devorador fue a por ti y ellos te salvaron. Supongo que lo mataron los Merino y por eso no pudieron encontrar su cuerpo. ¿Me equivoco?

Supo que se había equivocado gracias a mi absoluta perplejidad. ¿Devorador?

—¿Qué? —exclamé con voz aguda.

En efecto, yo figuraba como víctima del psicópata responsable de siete desapariciones. Hasta donde sabía, el asesino se esfumó antes de ser atrapado. Encontraron más cuerpos de los esperados en el fondo del lago, pero ni me había planteado que Adam y su familia pudieran estar tras la resolución del caso.

—¿Por qué fingiste tu muerte? ¿Por qué te fuiste? —insistió Unai.

—¿Qué es un devorador? —pregunté aterrorizada.

Lo único que me venía a la cabeza eran los devoradores de almas. Hasta donde había leído, ni eran reales, ni el mundo debería contar con ellos. Me llevé las manos a la cabeza al caer en un detalle mucho más preocupante: sabía que los akita existían. ¿Qué impedía que todo lo demás fuese real? Al

contar con una apariencia humana, cualquiera podría ser cualquier cosa. Miré a Unai con otros ojos lista para golpearlo de nuevo.

—¿Qué mierda eres?

No lo ofendí, le hizo gracia mi siseo de rechazo. Se cruzó de brazos con arrogancia.

—Si te lo contara tendría que matarte. Y me da que vas sobrada de misterios, ¿no crees?

Necesitaba huir y desquitarme. Pegarle iba a sentarme de maravilla. Ataqué primero, cazándolo con la guardia baja, pero Unai era bueno y ya había pagado su exceso de confianza conmigo. Esta vez no me sería fácil reducirlo. Esquivó una llave y otra patada, atrapó mi pierna en el aire. Volvió a reducirme contra la pared sin soltar mi rodilla, lo que pegaba, mucho, nuestras caderas.

—No quiero hacerte daño ni pelear contigo —aseguró Unai con voz ronca. Resollaba por el esfuerzo y la excitación, igual que yo—. No es cierto, sí quiero pelearme contigo, pero sobre una cama y sin ropa.

Me besó y yo le devolví el beso. Su cuerpo se deslizó contra el mío. Quería acostarme con él, claro que quería, pero no podía. Mi susurro puso fin al momento:

—¿En serio quieres ser el primero?

Los hombres tienen una forma muy curiosa de reaccionar frente a la virginidad femenina. O los excita más o los espanta. Unai se las vio con una mezcla de ambas reacciones cuando su cerebro consiguió procesar la información. Se apartó lo justo para mirarme con la boca abierta.

—¿Me tomas el pelo? ¿Cuántos años tienes?

Alcé las cejas, un poquito incómoda por esa costumbre general de rechazo. Chasquéé la lengua.

—Veinticinco. No te tomo el pelo. Tampoco a mí me hace gracia, te lo aseguro, pero hice una promesa.

Le salió una risa nerviosa, no terminaba de creérselo. Despegó los labios y no escapó nada de ellos. Era adulta, no veía un motivo de peso para mi abstinencia.

—Ya, no sabes qué decir —asumí, dándole un toque amistoso en el pecho para que se retirase.

Me soltó la pierna, dio un paso atrás y se pasó las manos por el pelo. Estaba azorado. Me contempló con una mezcla de incredulidad y aturdimiento que casi logran que me parta de risa. Intenté negociar:

—Mira, te aseguro que me encantaría montármelo contigo, pero no voy a hacerlo. Tampoco voy a contarte nada si tú no largas primero. Aunque, la verdad, creo que no quiero saberlo.

Retomó su aire normal y me estudió en silencio. Seguro que no era solo humano y sí un rival a tener en cuenta. Más me valía dejar las cosas lo más claras posibles.

—Eres poli, si quieres perseguirme lo harás. Te pido que me olvides. Es importante que nadie sepa que estoy viva y no solo por mí. ¿Puedes entenderlo?

—Sí, pero no lo comparto —dijo Unai—. No puedes pasarte sola el resto de tu vida. Antes o después el pasado te alcanza y todas esas mierdas.

Exageraba para restarle hierro, igual seguía conmocionado por mi virginidad, era posible.

—Prefiero que sea después. Es mi decisión, Unai.

A regañadientes, asintió. Su mano se deslizó por el costado, ahí le había dado fuerte, y terminó en el bolsillo trasero de sus pantalones. Sacó su cartera y me tendió una tarjeta con su número de teléfono.

—Inspector de homicidios —resaltó tendiéndome el papel—. Si algún día cambias de idea, o no hacerlo te trae problemas, cuenta conmigo.

Tomé la tarjeta con una mezcla de rechazo y cariño. Hacía demasiado tiempo que no me las veía con alguien que bien podría considerarse un amigo. Guardé la tarjeta en mi pequeño bolso y le di la espalda. Tendría que verme en un terrible aprieto para llamarlo y ambos lo sabíamos. Lo escuché soltar una maldición al dejarme ir. Una lástima, pero así era mi vida.

2 AKITA INU

Cuenta la leyenda que en Japón, hace tres mil años, una tribu fue bendecida por los dioses. Para su protección se les otorgó el don de transformarse en una manada de perros leales y fuertes, capaces de desenvolverse en la caza, la pesca y la batalla. Podían ser humanos y animales a su antojo. Como humanos conservarían la agudeza sensitiva del animal, como animales el raciocinio humano.

El tiempo pasó y su habilidad empezó a atraer atenciones. Al descubrir lo que eran fueron perseguidos y utilizados. Entonces, pidieron ayuda a los mismos dioses que los habían bendecido. La ayuda, en cambio, no fue la que esperaban. Para que otros dejaran de sacar provecho de sus inusuales talentos se les impidió ser más que perros.

Nacía así el akita inu, ignorante de su pasado y sus secretos. Sin embargo, el animal fue querido y venerado, exportado y extendido por el mundo. Nada más que un perro, hasta llegar a la tierra adecuada; el único lugar del mundo en el que la magia es posible. Entonces, volvió a ser hombre.

Ahora, vuelven a ser una manada. El líder tiene poder absoluto, pero respetan las leyes humanas y sus hogares están lejos de la tierra en la que es posible el cambio. En ese lugar excepcional solo pueden vivir el maestro y su familia. Su gran casa les pertenece a todos, y en ella recibe a las familias cada cierto tiempo, para que dejen salir el animal que guardan. De esta forma, no levantan sospechas, ni suspicacias. Así perpetúan su linaje, bajo la máxima de guardar su secreto a cualquier precio.

Saben que no son la única rareza. Intentan no buscar nada, para que nada los encuentre. Pero el mundo no gira lo bastante rápido, ni es lo bastante grande, para ocultarlos. Cada vez tienen más claro que siempre hay rarezas, siempre hay peligros y siempre hay excepciones.

AKITAS

LÍDER

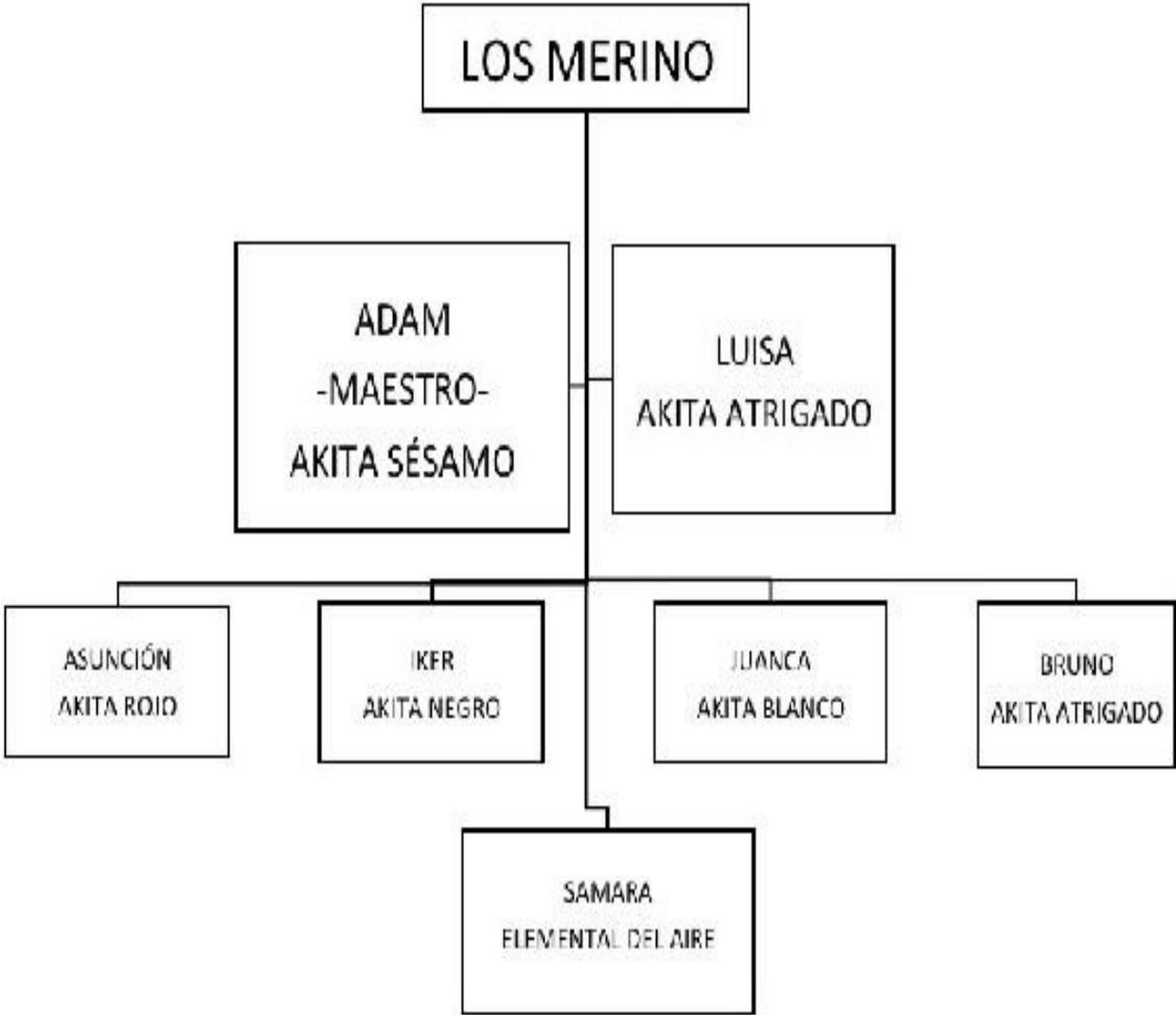
NO PUEDE VIVIR EN LA
EXCEPCIÓN

MAESTRO

ES EL ÚNICO QUE VIVE EN LA
EXCEPCIÓN CON SU FAMILIA

MANADA - COMUNIDAD

VIVEN FUERA DE LA EXCEPCIÓN. ACUDEN CADA CIERTO TIEMPO A LA CASA DEL
MAESTRO PARA TRANSFORMARSE
AL LÍDER LE GUARDAN OBEDIENCIA, AL MAESTRO RESPETO



3 BRUNO

El metal estaba tibio de tanto tenerlo en la mano. Cada vez que Bruno miraba el colgante sentía un dolor tan profundo que le robaba el aire. Sin embargo, conservaba el nudo perenne labrado en plata. Lo llevaba siempre encima para no olvidar a su dueña.

La sensación de vacío no mejoraba con el paso del tiempo, pero aprendió a vivir con ella. El pueblo costero, el bosque que ocultaba la casa en la que vivía, estaban impregnados de recuerdos compartidos con Rita. Incluso allí, en el mirador del acantilado, ella seguía presente. Los niños que fueron se habían sentado en el banco de madera que Bruno ocupaba, mientras los envolvía el aire salado y el sonido de las olas. Sus manos solían estar unidas, sus dedos se entrelazaban sin más intención que la de brindarse apoyo. Bruno notó un cosquilleo en la mano derecha. Doce años después, todavía podía sentir su tacto.

El aire revolvió su pelo castaño, antes de dejarlo caer sobre sus hombros, su buen oído le avisó que pronto dejaría de estar solo. Cerró la mano sobre el colgante y mantuvo la vista perdida en el océano. De todos sus hermanos, Samara era la única que lo buscaba, quizá porque, de todos los hermanos, él era el único que la entendía.

Samara llevaba tres años con ellos, como los demás, había tenido otra familia y muy poca suerte en la vida. Bruno y el resto habían llegado a la casa Merino siendo menores, Samara de adulta. A los veinte años no fue necesario adoptarla legalmente, ni siquiera era una akita, pero eso no significaba que no se le hubiese hecho un sitio. Luisa y Adam jamás hacían distinciones, ni le darían la espalda a quien necesitase un refugio.

La veinteañera de melena rizada color ébano, ojos igual de oscuros, solo era capaz de relacionarse con Adam y él, a los demás hermanos casi ni se atrevía a hablarles. Al líder de la manada lo rehuía como a la peste. Ella vivía en Tríade, una de las ciudades más próximas, y sus visitas al pueblo eran escasas, porque la casa solía estar ocupada por la gente que votó matarla.

Las hojas caídas, los palos y piedras del suelo crujieron a su espalda. A Bruno le llegó el olor afrutado de Samara, y al poco apareció una botella de cerveza bailando ante sus narices.

—Deberías tener más cuidado —dijo Bruno antes de alcanzar la botella.

Tardó un segundo en arrancar la bebida del aire, Samara todavía no controlaba bien su poder.

Ésta se sentó junto a él con otra botella que chocó con la suya.

—Y tú deberías dejar de ir de lobo solitario.

La risa surgió sin remedio, Samara siempre conseguía arrancársela. Bruno se alegraba de su visita, lástima que ella no pudiese quedarse más de un día por culpa del trabajo.

—Si fuese de lobo solitario tendría problemas —resaltó Bruno—. Ir por libre está prohibido. Los akita debemos convivir en familia, aunque los miembros de esa familia sean moscas cojoneras.

Sus risas se mezclaron. Bruno sabía que jamás podría sustituir a Rita, pero Samara aligeraba un poco la soledad que genera la pérdida.

—Empezando por Asun —lamentó Samara con un gesto exagerado—. Siento cortarte el rollo meditativo, pero ella sí está en casa y no tengo ganas de que me gruña. Adam ha tenido que salir, Juanca e Iker todavía no han llegado, y Luisa está preparando la cena.

Bruno la miró de soslayo sin saber muy bien qué decir. A los treinta años, Asun, la única hermana hasta la llegada de Samara, tendía a ser brusca y desagradable. Como Bruno, Asun vivía en la mansión; los otros dos hermanos, Juanca e Iker, se habían independizado. Llevaban un par de años en Tríade, aunque seguían apoyando a la familia y a la manada, cada uno a su manera.

—No es nada personal —aseguró Bruno. Asun nunca le daría una oportunidad a Samara y no solo por no ser una akita. La toleraba y hasta ahí su cordialidad.

Samara cabeceó con fastidio. Bruno notaba que a ella Asun tampoco le caía en gracia, pero jamás lo diría en voz alta, porque no dejaba de ser un miembro antiguo de la familia.

—Lo sé —aceptó Samara con fastidio.

—¿Qué tal por la ciudad? ¿Ya tienes piso nuevo? —preguntó Bruno para dejar atrás la mala sensación creada por Asun, aunque el nuevo tema tampoco fuese agradable.

Si él era solitario, Samara mucho más. No tenía ningún amigo, ni siquiera entre sus compañeros de trabajo, porque no se fiaba de nadie.

—Todavía no —respondió Samara antes de suspirar—. Ya aparecerá algo.

Bruno no insistió pero le preocupaba. Samara necesitaba alojamiento con

urgencia, el piso compartido en el que vivía ya no era una opción. De las tres compañeras que tenía, una sufría un grave caso de racismo. Los rasgos de su hermana la señalaban como gitana, y a menudo se las veía con la desconfianza hacia ella. Para muestra, su compañera siempre cerraba su habitación con llave, apenas le hablaba y evitaba dejar el bolso en los espacios comunes. La mujer no le decía nada de forma directa, pero a Samara no le hacía falta, y las otras dos compañeras empezaban a dejarse llevar por la estupidez. Bruno y Adam habían insistido en que se trasladase con ellos, el pueblo estaba a menos de media hora de la ciudad, pero Samara no quería.

El corazón de su hermana empezó a latir más aprisa de lo normal. Las pequeñas manos sostenían la cerveza con nerviosismo.

—Oye... —murmuró Samara—, he visto en el pueblo lo del aniversario.

El cambio de tema no era amargo para Samara, sí para él. Bruno dio un largo trago a su cerveza, también había visto los carteles: sobre una fotografía del bosque, trece velas encendidas; una por cada cuerpo encontrado en el fondo del pequeño lago de Lembranza. La voz de Samara surgió con un tono cauto.

—Es algo... No sé. ¿Por qué nadie dice palabra en casa?

Bruno sabía lo que le estaba preguntado y supuso que habría notado el aire enrarecido. A Samara le extrañaría también que, después de doce años, siguiera manteniéndose semejante despliegue por un caso tan siniestro. En memoria de las víctimas, cada año la vida de los Merino se volvía un infierno. Esa noche ellos se quedarían en casa, mientras los vecinos acudían en tropa al lago en el que se encontraron los cuerpos, armados con velas e inciensos.

—Perdona —escuchó murmurar a Samara.

Bruno giró la cabeza y vio que la atención de ella estaba puesta en la cadena que asomaba entre sus dedos. Su hermana se moría por preguntar, pero no lo haría, eso fue justo lo que impulsó a decir:

—Nadie habla del tema porque una de las víctimas era...

¿Cómo explicar lo que era Rita, sobre todo para él? Las palabras y el dolor se agolparon en la garganta. Samara señaló el colgante.

—¿Suyo?

Bruno asintió.

—¿Lo cogisteis vosotros? —preguntó Samara.

Hablaba del culpable. Bruno dejó salir el aire muy despacio, bajo riesgo de vérselas con una conversión espontánea como la de entonces. Los únicos que

sabían qué había sucedido en realidad eran él y Adam, para los demás, la historia era diferente.

Los akita no eran las únicas rarezas en el mundo y lo descubrieron justo con aquel caso. Las desapariciones habían empezado como un goteo constante. En un pueblo tan pequeño y tranquilo el revuelo fue inmediato. De no haber sido un periodo breve, habrían llamado la atención mucho más. Con la desaparición de la tercera víctima la policía había colonizado cada hectárea de bosque. Tanto Bruno como sus hermanos eran demasiado jóvenes para hacer algo más que husmear, pero ni siquiera Adam halló otra cosa que un desagradable olor a muerte. Hasta que lo encontraron. Un ser imposible, en absoluto humano, a pesar del cuerpo similar con una boca redonda repleta de picudos dientes. Un devorador de almas.

Bruno se mantuvo lejos del recuerdo de la criatura para no recordar lo sentido. Si bien los Merino pusieron fin al ser, la desaparición de Rita no guardaba relación con el caso. Solo lo aprovecharon para tapar su muerte. Con Samara iba a ser sincero.

—No —dijo Bruno con esfuerzo—. A ella la mató Adam por mi culpa.

A pesar de reunirse en momentos puntuales y no ser una de ellos, Samara conocía las leyes de la manada. Primaba guardar el secreto de lo que eran a cualquier precio. Era buena atando cabos y habría escuchado algún que otro detalle suelto, resolver el enigma no le fue difícil.

—Te descubrió —asumió con pena por él y por sí misma—. ¿Tu novia?

A ella le sorprendía. Con doce años de distancia, Bruno apenas tendría quince.

—Peor, mi mejor amiga —murmuró Bruno—. Cuando llegué aquí estaba muy perdido. No me encontró Adam sino ella. Nos afecta a todos, porque pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya. Solo ella aguantaba las divagaciones de Adam sin dormirse. No tenía ni idea de la verdad sobre nosotros, pero le fascinaba lo oculto.

Bruno sentía la tensión de Samara, su hermana apretaba los labios para no interrumpirlo. Buena idea dejarlo dar todos los detalles antes de sacar conclusiones bonitas, solo que falsas.

—La quería con toda mi alma, pero ella tenía que irse. Sus padres se asustaron con lo de las desapariciones, y aceptaron otro trabajo lejos del pueblo. No lo llevé bien. El día que vino a despedirse perdí los nervios, me transformé y ella entró en pánico. Nos conocía a todos, pero creyó que las desapariciones eran culpa nuestra. Nos acusó de haber matado a esa gente.

Adam tuvo que encargarse.

Samara se había encogido a su lado. No decía nada porque sentía el dolor como propio. Bruno abrió la mano y le dejó ver el colgante.

—Cuando se descubrieron los otros cuerpos, metimos el colgante y arreglamos las cosas para que figurase entre las víctimas. Tras los funerales, sus padres vinieron a casa a devolvérmelo. Me dijeron que ella me quería tanto que le hubiera gustado que yo lo conservase.

Samara sabía muy bien lo que se sentía al ser traicionada y por eso lloraba por ambos. Él había dejado de hacerlo hacía tiempo. Rodeó a la chica con el brazo y le dio un beso en la frente.

—Que muriera no fue lo peor —reconoció Bruno—. Lo que jamás borraré de mi cabeza es su expresión de rechazo. Era mi amiga, mi hermana, yo mismo. En un segundo destruyó lo mejor que he tenido en la vida. Ella es la persona a la que más quise... y también a la que más odio.

4 RITA

Es fácil pasar inadvertida entre 500.000 habitantes. Tríade, nombre por el que se conocía a la ciudad en la que llevaba ocho meses viviendo, era el lugar más grande en el que me había instalado. Caste, una ciudad mucho más ordenada, no quedaba muy lejos, pero ya había vivido en ella y no guardaba buenos recuerdos. Ahora volvía a la casilla de salida. Aquí fue dónde me dejó Adam cuando me sacó del pueblo, aunque entonces no estuve en la caótica ciudad más de tres días.

En estos doce años había recorrido Galicia municipio a municipio, porque nunca tuve suficiente dinero como para irme a la otra punta del mundo. Hasta los 18 años fui responsabilidad de Marcela, la mujer que me respaldó en el caso de necesitar autorización de algún tutor legal. Ella siempre estaba demasiado ocupada como para ejercer de madre, pero se encargó de que no me faltase un techo, de mantener al día la documentación y las revisiones médicas, y de acudir a las reuniones pertinentes de la inevitable enseñanza obligatoria. Como era una niña rara y solitaria, no tuvo que preocuparse ni de cumpleaños, ni de actividades extraescolares. Ella y su marido me habían dado asilo en uno de sus pisos de la ciudad de Caste; a veces se pasaban por allí para comprobar si seguía con vida, pero ni vivían conmigo, ni estaban dispuestos a que me relacionasen con ellos. Por eso nunca supe del matrimonio otra cosa que el nombre de ella. Al llegar a la mayoría de edad Marcela me dio una palmadita en la espalda, me pidió amablemente que dejase el piso, y que no la molestase salvo que me metiera en un problema grave.

Y eso fue justo lo que hice. Dejé Caste ese mismo día con una mochila y la documentación falsa actualizada. Sobreviví gracias a una combinación entre el efectivo que me entregó Adam el día de mi huida, y los mini sueldos que suponen los contratos de aprendiz. A partir de ahí, cuando mi cara empezaba a sonar y la gente a acercarse, no me quedaba otra que recoger los bártulos. Mis papeles parecían estar en regla, pero no podían ser más falsos, un detalle por el que prefería evitar formalismos y, a poder ser, que me pagasen en negro.

Terminar en Tríade me había sorprendido hasta a mí, pero en la ciudad industrial me sería más fácil encontrar trabajo y tendría más margen. Justo

por su ritmo acelerado, caótico y la cantidad de habitantes, pasar inadvertida iba a ser muy fácil. Lo que con trece años me había impactado ahora me venía de perlas. Que el pueblo estuviese a veinte kilómetros no me preocupaba demasiado. Yo había crecido, había cambiado, no me reconocerían ni mis padres. Pensar en ellos me provocó una punzada de tristeza y la inevitable sensación de vacío que suponía la ausencia de Bruno. Por desterrarlos a todos me centré en el desorden que reinaba en la cocina de mi apartamento.

Peor que vagar por las provincias españolas sin más equipaje que una mochila, aterida de frío y con los pies llenos de ampollas, es compartir piso. El juego de la ruleta rusa sin riesgo de muerte, a menos que te toque convivir con un psicópata, claro. También tenía una amplísima experiencia en eso, y muy poca suerte, pero mi última compañera se llevaba la palma.

La tía engañaba de maravilla. Tan mona, tan perfumada, tan sonriente. Trabajaba de operadora para una compañía telefónica cuatro horitas por la tarde, rondaba los treinta y siempre iba de punta en blanco. Más que dormir, hibernaba; se metía en cama a las diez de la noche y no se levantaba hasta la una de la tarde. Así tenía ese cutis perfecto y un aire siempre sereno. Había llegado a la conclusión de que le dedicaba tanto tiempo a dormir, y a acicalarse, que no le quedaba para recoger el apartamento. Yo estaba lejos de ser un ejemplo del orden, pero un mínimo de limpieza era necesario.

Dos días antes había hablado con ella, teníamos un pacto. Para evitar que nuestro hogar fuese precintado bajo amenaza de riesgo biológico, yo me prestaba a hacer todas las tareas, salvo fregar la loza. Se ve que no le pareció justo. Eso explicaría por qué continuaban en el fregadero los platos de la cena, y las tazas del desayuno, a las doce de la mañana.

Yo entraba a trabajar a las dos y debía empezar a hacer la comida, cosa para la que necesitaba despejar el fregadero. La rabia y la impotencia casi me hacen ir hasta la habitación de mi compañera para sacarla de la cama por los pelos. Me contuve, pero no me daba la gana de fregar, ya comería cualquier cosa por el camino. Lo que sí iba a hacer era hablar con el casero. O se iba ella, o me iba yo.

No quería irme. Solté un quejido nada más salir por la puerta rumbo al primer piso. Me encantaba aquel apartamento; era un segundo, por lo que no tener ascensor tampoco resultaba un problema. Lo compensaban los metros cuadrados, los techos altos y las habitaciones amplias. Nada que ver con las cajas de cerillas que eran los edificios modernos. Estaba en pleno centro con

un montón de autobuses, y muy cerca de todas esas tiendas que podrían darme trabajo. Además, pagaba en mano el alquiler, porque el dueño del edificio era un hacha evadiendo impuestos y cobrando pensiones y subsidios. Se la jugaba, pero al parecer le iba el riesgo. Debería preguntarle cómo lo hacía. A mí cada vez que tenía que presentar papeles para cualquier tipo de trámite me entraban sudores fríos. Ya sufría bastante por estar contratada de forma legal en los grandes almacenes. De darse una inspección de trabajo, iba a pasarlo peor que el empresario.

Como solo había una vivienda por planta la puerta marrón de mi casero se reveló nada más dejar las escaleras. Enfilé hacia ella y llamé al timbre. Tomé una gran bocanada de aire, para enfrentarme a aquel hombre iba a necesitar el mismo autocontrol que con mi compañera.

El dueño del edificio era un señor bajito, delgado como un alambre, y con un bigote espeso y canoso que le tapaba toda la boca. Abrió con energía y me miró con desconfianza. Ese día llevaba una camisa de cuadros y un pantalón verde. Le sonreí y me mordí la lengua para no llamarlo horterera.

—Buenos días...

Mi saludo correcto lo hizo ponerse en guardia. Mi casero olía los problemas a kilómetros y lo vi plantearse cerrarme la puerta. Sin rodeos, le expliqué mi pequeño problema de convivencia, y me escuchó con atención mientras me miraba con aire pensativo. Tras la puesta al tanto, guardó un par de segundos de silencio y su bigote al fin se movió.

—A ver —dijo con su voz ronca de fumador—. Podría haber una solución... si eres una chica tolerante, claro.

Ahora quien estaba en guardia era yo. Eso sonaba de pena. El hombre dejó salir una risita al verme a punto de batirme en retirada.

—Nada malo. ¿Por quién me tomas? —protestó.

Como para fiarse de aquel bigote. A saber cuál era su concepto de malo, cuando en el tercero vivía un pandillero que trapicheaba de lo lindo; los trasteros eran territorio de los okupas, y el quinceañero del cuarto había intentado robarme el bolso a la semana de instalarme. Los vecinos eran el motivo por el que, para pagar el alquiler, solo necesitaba una compañera. En otras circunstancias el piso sería muchísimo más caro y habría tenido que convivir con cuatro.

—Samara —dijo el hombre alzando las cejas casi hasta el nacimiento del pelo.

Pretendía decirme algo, pero no tenía ni idea de lo qué. Ante mi cara de

incomprensión, mi casero resopló con impaciencia.

—La conoces, chica, trabajáis juntas en esos grandes almacenes —explicó su boca bajo aquel espeso bigote.

Se me escapó la risa. En los grandes almacenes trabajaban medio millón de personas.

—No los conozco a todos —aclaré, sin puntualizar que tampoco quería conocerlos.

La idea de vivir con una compañera de trabajo no me hizo ninguna gracia. Quizá por eso lo de tolerante. Ya iba a verla en el trabajo como para cuadrar también en casa. Samara. No tenía ni la más remota idea de quién podría ser. Mi casero resopló otra vez.

—Ya sabes lo complicado que es encontrar gente —gruñó—, y me niego a alquilar a extranjeros. No quiero un puñetero chino en mi casa.

El bigote no dejaba de sorprenderme. Extranjeros no, pero un camello, un aspirante a ladrón o mi estúpida compañera eran bien recibidos.

—Lo entiendo, los chinos son el mal —dije por eso de darle la razón como a los locos.

Su escuálido dedo salió disparado para señalarme.

—No te cachondees.

Alcé las manos a modo de disculpa, dándome por vencida. Bajar hasta allí había sido una pérdida de tiempo. Mi casero todavía no había terminado de hablar y usó su dedo acusador para señalarse el rostro.

—Samara es gitana. Tiene cara de gitana, vaya, la forma —dijo, y supuse que se refería a los rasgos—. Si tienes problemas con eso apandas con la que tienes. Si te da lo mismo, la meto a ella y a la otra la echo. A mí tanto me da, las dos pagan y son de aquí. Me sirve.

Los rasgos de la tal Samara me traían sin cuidado, igual que su religión o su origen. Quería librarme de mi compañera de piso, pero no vivir con una compañera de trabajo. Muy a mi pesar recordé que a mi contrato en papelería le quedaban dos telediarios. Podían renovarme, o colocarme en otra sección, o podía buscarme la vida en otro comercio, o volver a poner copas en cualquier pub.

Un rostro se dibujó en mi cabeza; una mujer joven, morena y de ojos oscuros. Igual sí sabía quién era Samara. Dependienta de marroquinería, departamento en el que había un mueble con medias de oferta. Un punto de venta importante cuando tu uniforme incluye una falda. Hasta podría jurar que ella me había vendido mi último par. Mi casero me miró con aire

aburrido para que me decidiera.

—¿Qué me dices?



No pude decir nada porque alguien bajó rodando las escaleras. Parecía un ejecutivo o un vendedor de seguros. Nunca he sabido diferenciarlos cuando los dos van en traje. El hombre de cuarenta años se puso en pie con toda la dignidad posible y su maletín bien sujeto. Me llamó la atención el símbolo blanco grabado en el cuero negro del maletín, una especie de «a» mayúscula muy rara. Del rellano nos llegaron las carcajadas de quienes habían empujado al hombre. Con un bufido de indignación, el trajeado nos lanzó una mirada de odio y continuó bajando las escaleras, esta vez de forma menos arriesgada. Unas voces varoniles lo animaban a que se fuera y no volviese. Al fin vi a los simpáticos. Eran dos, ambos rondarían los veinte. Hasta ahí toda similitud.

El primero en localizarnos, a mí y al casero, fue el que tenía pinta de pandillero. Camiseta blanca, vaqueros flojos, aire macarra. No era especialmente alto y yo lo conocía como el vecino camello. Poco me cruzaba con él, pero le devolví el saludo sin el menor reparo. Amigos hasta en el infierno. Sí me llamó la atención un detalle: sus facciones. Ese era latino, fijo, lo que bien podría considerarse extranjero. Le lancé una discreta mirada al casero, y, como si me leyese la mente, el bigote apenas se movió al susurrar.

—Doble nacionalidad —cuchicheó el hombre.

El pandillero vino directo hacia nosotros, lo que no pareció preocupar al casero, pero a mí me puso un poco nerviosa. Vale lo de saludar de manera cordial, pero lo último que necesitaba era que me relacionasen con delincuentes.

—Vecina —saludó el pandillero.

—Vecino —lo imité mientras mi casero se hacía a un lado para que el macarra entrase en su piso con toda la confianza del mundo.

El otro que bajaba las escaleras, obviamente uno de los okupas del trastero, también se acercó. El casero masculló algo antes de hablarme a mí.

—Un segundo, ahora seguimos —dijo mientras entraba en su casa,

cerrando la puerta tras él.

Me quedé plantada en el pasillo con el okupa cada vez más cerca. No quería ser indiscreta, pero costaba no mirarlo. Los pantalones ajustados y el suéter oscuro se adherían a su cuerpo revelando una delgadez extrema. Una altísima cresta teñida de verde llamaba horrores la atención. Una cadena le cruzaba la mejilla, enganchada al aro de la nariz y al de la oreja. Como colofón, llevaba alrededor del cuello una tira de cuero negra con tachuelas.

—¿Qué hay? —saludó el okupa con una sonrisa socarrona.

Me reí de mi misma mientras me sentía como una idiota. Por matar el tiempo, señalé los tres palos de madera que llevaba en una de las manos. Sabía que hacían malabares con ellos en la calle para pedir dinero. Con los palos más cortos manipulaban el tercero, más ancho y con una especie de borla rara en los extremos.

—¿Se saca mucho con los palitos? —pregunté. Igual era una opción si no encontraba trabajo.

Le cambió la cara. Acababa de ofenderlo.

—¿Palitos? —repitió con incredulidad mientras alzaba los palos para que los viera bien—. Bastón del diablo. ¿No fuiste al instituto?

Parecía hablar de los palos con aire reverencial. Lo que me faltaba, que el okupa fuese de sobrado. Me crucé de brazos a la defensiva.

—El instituto, aja. No, no fui mucho —repliqué. Con la de datos que piden en los centros de enseñanza, mi educación había sido básica. Mis estudios superiores estaban abalados por Google y la Wikipedia.

El okupa me miró de arriba abajo con curiosidad. Volvió a sonreír perdido en una broma privada que a mí me dio muy mala espina.

—No pareces una cateta, no te ofendas —dijo enseñándome unos dientes de lo más blancos.

Yo le enseñé los míos y fui incapaz de morderme la lengua.

—Llevas una cresta verde, una cadena en la cara y un collar de perro. Tranquilo, lo que opines de mí no va a ofenderme.

La risotada del okupa fue instantánea y debieron escucharla hasta sus colegas del trastero. Contagiosa, muy contagiosa, porque yo también empecé a reírme. Entonces, de pronto, regresó la sensación de vacío y me entraron unas ganas de llorar inmensas. La expresión en los ojos del okupa logró erizarme el vello de la nuca. Sentí como si me conociera mejor que yo misma. Aquel tipo no era humano.

Me llamé al orden. El encuentro con Unai me había dejado paranoica,

preguntándome qué esconderían las personas que me rodeaban. No tenían por qué ser nada, ni yo debería meter las narices en algo semejante o terminaría en un psiquiátrico. Necesitaba cambio de tema.

—¿Cómo va? —pregunté señalando los palos para que el okupa dejase de mirarme.

Sin perder la sonrisa, el veinteañero me concedió una tregua y se puso a trastear con las maderas. No tenía mucho espacio, pero se las apañó bastante bien para mantener el palo principal entre los otros dos.

—Atenta... —murmuró con aire misterioso.

Le hice caso, hipnotizada por el movimiento de los palos. Supuse que debía centrarme en el palo central que movía con los otros. No pensaba apartar la vista mientras él lo hacía girar de varias formas.

Sobre el roce y el entrechocar de la madera me llegó el sonido de un aleteo. Casi me despisto, porque sugería un pájaro grande. El okupa atrajo de nuevo mi atención cuando los extremos del palo central se convirtieron en dos bolas de fuego.

—¡Vaya! —exclamé con toda mi impresión.

El okupa continuó manipulando el palo como si nada, mientras el fuego aumentaba la temperatura del pasillo y el olor del humo cargaba el ambiente.

—Todo empieza, o termina, con fuego —aseguró el okupa.

Noté una ligera sensación de vértigo. El veinteañero lanzó el palo en llamas sobre su cabeza sin llegar a darle al techo, y unió los otros dos en una sola mano. Con la libre, atrapó el tercero por el centro. De un giro de muñeca el fuego se extinguió. Lo único que pude hacer fue mirarlo boquiabierto. La sonrisa del okupa fue pura fanfarronería.

—Voy a cambiar de número —dijo—. Acabas de fliparlo.

No podía negar lo evidente. Casi le hago una reverencia porque la puesta en escena me había dejado impactada, y eso que estábamos en un pasillo que limitaba al chico.

—No hay nada como plantarle fuego a las cosas —dije del todo rotunda.

El okupa volvió a soltar una carcajada y yo me sentí una cateta. Me señaló con el palo que había estado ardiendo.

—Lo malo del fuego es que quema y te atrapa —dijo con una sonrisa torcida.

Sus palabras escondían algo. Lo miré con desconfianza y sacudí la cabeza para intentar espantar la sensación extraña.

—Qué rarito eres.

Mi comentario le hizo gracia, no le pareció mal, porque asintió con vehemencia.

—Ni te imaginas cuánto.

La puerta del casero se abrió. El pandillero fue el primer en salir, con la nariz arrugada por el olor dejado por el juguete del okupa. Lo miró a él, luego a mí, y pareció sorprendido.

—¿Ya ha empezado? —preguntó el latino, enderezándose.

El okupa se encogió de hombros y agrupó los palos en la misma mano por hacer algo.

—Parece que sí.

Le lancé una mirada al casero por si él entendía de lo que hablaban, pero el hombre parecía tan perdido como yo. Su frente acababa de arrugarse como un acordeón. El pandillero resopló como quien se prepara para la batalla y alzó la mano a modo de despedida.

—Vecina —dijo mientras echaba a andar hacia las escaleras.

—Vecino —repetí encontrándolo todavía más rarito que al okupa.

Con una risotada, el okupa se llevó la mano libre a la frente. Que un antisistema se despidiera con algo parecido a un saludo militar terminó de romperme los esquemas.

—Ya nos veremos por ahí —dijo el okupa antes de darnos la espalda.

Mi casero no me dio tiempo a recuperarme y chasqueó los dedos delante de mi cara.

—¿Y bien? ¿Qué me dices de Samara?

5 ADAM MERINO

«Otro vendrá que bueno me hará».

Esas habían sido las últimas palabras del devorador de almas. Adam hubiera dado cualquier cosa por pedirle explicaciones, pero Bruno se había arrojado contra él y no dejó nada.

Un escalofrío recorrió a Adam de pies a cabeza. Se apartó de la mesa de madera que todavía conservaba el olor a quemado y buscó serenidad en el entorno. Salvo su mujer, nadie conocía aquel lugar. Una mentira tras otra, en eso se había convertido su vida desde hacía doce años.

Confiaba en sus hijos, pero no quería ponerlos en peligro. En cualquier momento podían condenarlo por traición y no pensaba arrastrar a nadie. También, con tantas visitas de la manada, hasta el sótano de la gran casa, su santuario, se veía invadido de curiosos. Por eso, Adam se había buscado un refugio. No estaba muy lejos de su hogar, pero sí a suficiente distancia para que su familia no descubriera sus secretos, ni estos los salpicaran.

Sus dedos acariciaron una de las tallas que años atrás había presidido el recibidor. Al enorme akita de bronce le faltaba un pedazo de cuerpo y la cabeza parecía fundida. A todos dijo que terminó en la basura. Mentira. Allí abajo terminó todo y le fue añadiendo lo que no quería que nadie más viera.

Huyó del pasado para no evocar el rostro de Rita. Con él solía aparecer el momento en el que Bruno descuartizaba al devorador. La criatura era un ser repulsivo aunque soberano. Y el chico lo había destrozado como si no fuese más que una hoja. El poder que le conferían las almas devoradas no pudo contra la furia del akita.

Tiempo atrás, cuando surgieron los primeros akitas actuales, se sintieron solos y perdidos. Ahora, se habían extendido por todo el mundo, muy conscientes de lo que eran. Se establecían en familias, Adam las conocía a todas y lo llamaban el maestro. Su papel era el de orientador, a excepción de los chicos y chicas que acogía. Esos eran sus hijos, su propia familia, y los akita a los que la vida había puesto la zancadilla. Algunos asumían lo que eran, a otros había que eliminarlos por no asumirlo, o por creer que su condición los llevaría a cualquier tipo de dominio. En esos casos, el verdugo era él mismo, porque la muerte del akita venía de su fracaso. El líder lo aceptaba para no tener que molestarse en mandar a nadie y poder seguir con

sus asuntos.

Los akita podían vivir en cualquier parte, pero cada cierto tiempo se reunían en la casa de Adam. Solo en aquellas tierras podían transformarse. El pueblo en el que vivían era una excepción, o así la señalaban las antiguas escrituras. Podía ser, podía llamarse de otra forma, podría haber otra explicación. Lo malo de los mitos es que son muy numerosos, casi tanto como las versiones que los rodean. Por lo que fuera, allí había magia, o no podrían cambiar de humano a animal a su antojo.

El cansancio lo hizo suspirar. Sus enfrentamientos con el líder de la manada eran cada vez más crudos. Adam no sabía precisar si el rechazo del líder hacia sus ideas venía del orgullo o de la estrechez de miras. ¿Cuántas más pruebas necesitaba el líder para asumir que ellos no eran los únicos mitos sobre la tierra? Adam sabía, sentía, que igual que los akita formaban parte del ritmo humano sin serlo, otros seres podrían actuar de igual forma. Necesitaban saber cuáles, cómo, por qué. Pero el líder era intransigente y además se mofaba; preguntaba qué otras criaturas podían tener cabida. ¿Vampiros? ¿Demonios? A Adam le costaba aceptarlo, pero ya había conocido a un devorador y a una elemental. También ellos le parecieron imposibles hasta que los tuvo delante.

La respuesta del líder siempre era la misma: un devorador solitario, una elemental que ni siquiera sabía lo que era. No había más clanes como el que formaban ellos, ni más seres que los pocos registrados. Los únicos capaces de convivir con los humanos sin alzar sospechas eran los akita.

Quizá por dejar de escucharlo, el líder había creado una especie de cuerpo de seguridad que no hacía otra cosa que intervenir en rencillas entre akitas, o tapar alguna que otra prueba. Todo encaminado a ellos mismos.

Cada vez que Adam escuchaba la negativa del líder de destinar más dinero y esfuerzo a investigar, acudían a su mente las palabras del devorador: «Otro vendrá que bueno me hará». ¿Qué podría haber más terrible? ¿Hablaba de otro devorador, de otra cosa?

Ahí estaba la imagen de Bruno. El akita atigrado todavía no contaba con el cuerpo desarrollado que lucía ahora, pero apuntaba maneras. Sus garras, sus dientes, se hundieron en la piel blanquecina del devorador con tanta violencia que Adam sintió miedo. Bruno podría convertirse en el akita más peligroso, en cierta forma, lo había hecho. Creció tanto y de tal forma que no había quien lo derrotase, era letal, pero se había vuelto tan frío que ninguna emoción lo haría perder el raciocinio. La culpa asomó la cabeza y lo saludó

con la mano. Rezaba cada noche porque Bruno no descubriese, jamás, que Rita estaba viva.

Para no ceder al pánico se centró en el presente y en sus frustraciones. La otra inquietud de Adam eran los humanos. El fanatismo era más antiguo que ellos mismos, y millones de personas creían en el más allá y en la existencia de los mitos. ¿Tan extraño era pensar en un grupo que quisiera hacerles daño? ¿Qué conocieran su secreto y los vigilaran? No debían confiarse, el suceso que redujo su casa a cenizas podría haber sido cosa de humanos. Samara había llegado un día después de él recibir una carta sin remitente, con una nota muy clara: «¿No quieres saber de dónde vienen las brujas? Empieza por la chica que se presentará en tu puerta. Se llama Samara y es una elemental del aire.»

La aparición de Samara en sus vidas había sido explosiva. Literalmente. Un elemental no sabe lo que es ni el poder que tiene, hasta que alguien se lo dice. A Samara se lo dijo Adam: ella era una elemental del aire. Como resultado, la casa original en la que los Merino llevaban viviendo décadas quedó reducida a poco más que ruinas. La manada, el líder en concreto, se lo había tomado como un atentado. Podría serlo, pero Samara estaba lejos de ser culpable de algo. Más bien era la primera afectada. Fue un momento tenso, Adam y el líder midieron fuerzas. La vida y la muerte de la elemental pendieron de un hilo. Samara no era una akita, no debería conocerlos, ni existir un poder semejante. Al fin se estableció una votación general, y el peso y aprecio hacia el maestro venció a la furia preventiva del líder.

Las pruebas estaban ahí, pero el líder insistía en que Adam exageraba y que carecía de bases, igual porque no daba todos los detalles. No podía evitarlo, no se fiaba del hombre al mando del bien general. No cumplía mal sus funciones, pero era un burócrata, no un estratega. Y al líder tampoco le gustaba el aprecio que la manada le tenía al maestro.

No sacaría nada en claro esa noche. Agotado, y con una muy mala sensación encima, apagó los fluorescentes. Su refugio subterráneo pasaba desapercibido. El acceso no era más que un bloque móvil, bien disimulado en las mazmorras de la pequeña fortaleza. De la construcción original solo quedaba visible una torre, justo la que conducía a las dos celdas de barrotes oxidados, todavía contundentes.

Muchos sabían que Adam rondaba aquella zona, pero pensaban que se dedicaba a meditar. Alguna que otra vez ponía la mente en blanco para escapar de la frustración, por lo que en ese aspecto podría decirse que no

mentía.

Dejó que el aire saturado se fuese despejando a medida que subía la ruinoso escalera de caracol. Cuando llegó al tubo circular que era la torre, notó el olor, alguien se acercaba, varios. Humanos. Desconocidos. Muchos desconocidos. Agudizó su oído y aisló el bombeo agitado de su corazón para poder escuchar a los extraños. Estaban allí por él, iban a atraparlo, probablemente para sacarle información. Bajo ningún concepto.

Adam podía defenderse, tendría que matarlos, pero, por muy curtido que estuviera en peleas, eran demasiados. Y estaban demasiado cerca para que pudiera transformarse y salir corriendo. ¿Cómo no los había escuchado antes? Debería meditar sobre eso, pero no tenía tiempo. Las palabras del hechizo que pensaba usar se enroscaron en su mente. Dormido no le sacarían nada. Podrían matarlo, pero aceptaba el riesgo.

Mandó un mensaje al móvil de su mujer: «viaje, tres días.» No necesitaba más, Luisa rellenaría los huecos y él tendría tres días hasta que lo echasen de menos. Llovería antes o después. Entonces, su rastro por el bosque se habría perdido y sus hijos no podrían encontrarlo... ni él conducirlos a un peligro o una trampa.

El torreón no tenía puerta, solo un conjunto de tablas que se apoyaba de cualquier forma para cubrir el acceso. Se vinieron abajo y ante Adam apareció un hombre tan corpulento que bien podría pasar por akita. Pero no olía a nada, y no oler a nada era peor que oler a muerte. Adam dejó salir su voz con decisión:

—Para que el diablo no me encuentre que Morfeo me lleve. Construye en su reino una jaula, libérame una vez pase el riesgo. Acepto el precio. No sentiré nada hasta que despierte.

6 RITA

La adrenalina, o lo surrealista, es una anestesia estupenda. No era del todo consciente de lo que estaba pasando, porque lo último que esperaba al salir de trabajar era verme envuelta en un secuestro. Por no saber, ni siquiera podía precisar cómo me habían atrapado. En un parpadeo pasé de estar en la calle a presa.

No estaba sola en el amago de mazmorra. Había dos celdas, viejas y descuidadas, pero los barrotes oxidados cumplían su función. Conmigo estaba Adam, inconsciente, y en la otra celda un hombre que me sonrió como si aquello fuera una fiesta. No era mucho mayor que yo, dudaba que pasase de treinta. Bastante alto, de ojos azules y pelo rubio, sin parecer el Ken de la Barbie. Supuse que sería guapo si su ropa y su piel no estuvieran tan sucias como las mías. Él llevaba encerrado más tiempo, o eso daba a entender el modo en el que le bailan las prendas.

—Tú debes ser la zorra que los abandonó.

De mi garganta solo escapó un sonido ahogado. El hombre cabeceó con amabilidad como si entendiese mi balbuceo.

—Tranquila, yo soy el hijo de puta que intentó matarlos —dijo con aire resignado—. Tendremos visita pronto. Finge un ataque de pánico y quédate muy quieta, yo haré el resto.

La puerta se abrió y dos hombres corpulentos entraron; no los había visto en mi vida. Las palabras se metieron en mi cabeza, pero la perplejidad me impidió procesarlas. Una suerte porque entre ellas me pareció escuchar que mis padres estaban muertos. Fingir un ataque de pánico iba a ser de lo más sencillo. A pesar del aturdimiento, hice gala de unas buenas dotes interpretativas, con desmayo incluido. Me quedé muy quieta porque no hubo tiempo para mucho. El tercer preso abrió la puerta de su celda, a saber cómo, y empezó una pelea que terminó en un segundo.

—Hora de irse —dijo el tercer preso, enseñándome la llave que acababa de robarle a uno de los hombres.

No pude moverme, no sabía cómo reaccionar. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién nos había encerrado? El ataque real que amenazaba con surgir no iba a ser de pánico sino de histeria. Podría ser que los akita fuesen a por mí por saber lo que no debía, pero algo no encajaba. Me sentí totalmente perdida.

Solo tenía una cosa clara: no saldría de allí sin Adam.



Veinte minutos después seguía sin entender por qué me habían secuestrado, ni quién era el tercer preso, ni por qué Adam estaba inconsciente, pero las emociones anulaban mi interés por las respuestas. Conmoción, era posible, o habían terminado de volverme loca entre todos. Lo importante: llevaba doce años esperando ese momento. Habían matado a mis padres, a ellos los perdí para siempre, pero había la posibilidad de recuperar a mi segunda familia.

Hubiera preferido que el reencuentro fuese menos sórdido. También llevar unos vaqueros y un suéter que no estuvieran rotos ni cubiertos de mugre. Dudaba que alguien fuese a tener en cuenta mi mala presencia cuando acababa de salir de una celda.

La noche se mantenía imperturbable. En pleno bosque frondoso y oscuro, envuelta por el intenso olor a musgo, sujetaba a Adam por los pies. Ahora que lo tenía delante se habían esfumado mis barreras y podía pensar en él sin límites. En esencia, podía considerarlo un segundo padre. Él me enseñó todo cuanto sé acerca de lo oculto. Se guardó, si acaso, que lo que leía eran más que mitos y leyendas. Yo soy humana y una humana no puede conocer la existencia de las criaturas. Descubrirlo debería haber supuesto mi muerte pero Adam no fue capaz de ejecutarme. En ese momento contraí con él una deuda que no saldré nunca.

El hombre que sostenía a Adam por los brazos, el otro preso, no estaba de acuerdo. Por él nos habríamos largado de aquella fortaleza en ruinas sin mirar atrás. En todo momento le dije que podía irse, pero que yo no saldría de allí sin Adam. Una suerte que se quedara conmigo, o ahora no estaría en pleno bosque sino en una zanja. Los dos carceleros no eran los únicos vigías de la ruinosa fortaleza. Le había preguntado al preso quiénes eran nuestros captores y me respondió con una palabra que me dejaba igual: humanos. ¿Él no lo era? Estaba demasiado atontada para preguntarlo, pero parecer, lo

parecía. Gruñía por el esfuerzo, tampoco estaba de acuerdo en ponerse en contacto con los Merino. Me avisó que, antes de que apareciesen, él iba a largarse. A pesar del temor y los nervios yo me quedaría a esperarlos.

—Hasta aquí —decidió el preso. Se agachó para apoyar el cuerpo inconsciente en el suelo—. Llama de una vez.

Remoloneé. Mi intención era alejarme un poco más de las celdas y, para que negarlo, aunar fuerzas. La mirada fulminante que me lanzó el tercer preso me impidió replicar.

—Está bien —dije muy bajito antes de dejar los pies de Adam sobre la tierra.

El móvil estaba en mi bandolera de tela junto a las hojas, que incriminarían al actual líder de los akita, de algo que no me quedó muy claro. Al parecer, el líder quería aliarse con un grupo de humanos, imagino que para dominar el mundo. Lo que me interesaba era que mi hazaña sería valorada de forma positiva y, después de tantos años en silencio, resultaba evidente que yo no iba a compartir lo que sé.

El teléfono parecía pesar toneladas, me temblaba el pulso. Escuché resoplar a mi acompañante. Adam casi ni respiraba. No iba a morir, solo estaba sedado, no corría peligro.

—¿Quieres que llame yo? —preguntó mi colega con sorna.

La mirada fulminante fue cosa mía porque no tenía gracia.

—Ya va —dije a la vez que toqueteaba en la pantalla para pulsar el número que indicaba «casa».

Cuando me llevé el aparato al oído mi mente se fue muy, muy lejos. Evocaba a un niño de quince años alto y desgarbado de ojos color café. A Bruno siempre le costaba mantener la mirada, hasta conmigo. No dejaba que le cortasen su media melena castaña para poder esconderse tras ella. Adam lo adoptó con cinco años, pero fui yo quien de verdad lo encontró. Perderlo es lo peor que me ha pasado en la vida.

Al primer tono estuve cerca de soltar el teléfono y salir corriendo. Bruno, Iker, Juanca y Luisa me daban por muerta. No sabía cuál era la versión que contó Adam, pero seguro que mi llamada era lo último que esperaban.

—¿Diga? —contestó Luisa.

Cerré los ojos ante la voz de mujer que atravesó mi mente. Noté ansiedad y temor. A saber cuánto tiempo llevaba desaparecido Adam. Tenía buen aspecto, o al menos no estaba tan delgado como el tercero en discordia. Seguían las canas, pero ya estaban ahí doce años antes, también su fuerza y

altura. Como todos los akita adultos era contundente.

Las palabras no me salieron. El tercer preso chasqueó los dedos para espabilarme. No necesitaba que me presionasen.

—Luisa... Soy Rita.



Hacer surcos en el suelo no relaja, pero tampoco podía estarme quieta. Tras soltar mi nombre, al otro lado de la línea se había impuesto el silencio. Porque me volvía loca, expliqué a grandes rasgos lo sucedido: acababa de encontrar a Adam, estábamos en el bosque del pueblo, cerca del molino mejor conservado de la zona. Adam estaba bien, pero sedado. El pasado remoto llevaría más tiempo y no me apetecía justificar mi ausencia por teléfono. Fin de la conversación.

—¿Me cuentas cómo acabaste aquí o estás demasiado histérica?

Contemplé al tercer preso como si acabase de surgir de la nada. Me había olvidado de él por completo. Su sonrisa me pareció lobuna. Se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, desconfiada.

—Lola —respondió con una enorme sonrisa.

A mí no me hizo ninguna gracia el nombre falso, algo evidente cuando aquel tipo estaba claro que era un hombre. Ahora que ya me había ayudado decidí que no me caía bien. Sobre todo si era el hijo de puta que intentó matarlos.

—¿Intentaste matarlos?

Pareció pensárselo. Al fin se encogió de hombros, como restándole importancia.

—En realidad, no era mi intención, pero sí, casi terminan muertos.

—¿Y tú como acabaste aquí? —pregunté con cautela.

La sonrisa volvió a aparecer, enorme. Sí, se reía de mí. El brillo en la mirada me recordó a Iker Merino. La rareza de piel negra y ojos verdes tenía

la mala costumbre de tomarle el pelo a todo el mundo. Se me encogió el estómago. También a él estaba deseando verlo.

—Por el casi, creo —dijo Lola—. Si los hubiera matado a todos, me hubieran dado un premio, no una paliza.

Sus respuestas vagas no me servían, ni me interesaban. Mi cabeza solo podía concentrarse en el reencuentro. Tardaban un montón y no estábamos tan lejos. Agité las manos.

—A mí me asaltaron cuando volvía a casa al salir del trabajo. Ni idea.

Estaba siendo sincera. No había hecho nada que me señalase. Mi identidad no podía ser más falsa. Adam me la facilitó no solo por mí, sino porque a él podrían castigarlo por dejarme con vida. Recordé a Unai, el policía, pero lo de culpable no casaba con él en lo más mínimo.

—¿Y no se te ocurre un motivo? —preguntó Lola.

Solté una maldición y contemplé las estrellas sobre las copas de los árboles.

—Seguro que tú sabes más que yo. ¿Vas a decírmelo?

—Claro —dijo para mi sorpresa—. Tienes todo el derecho a saberlo. Casi te matan... otra vez.

Ya estaba lo bastante tensa como para que el amigo Lola fuera de gracioso, o paternalista. Iba a insultarlo, pero empezó a hablar.

—Eres la prueba de que él no es perfecto —dijo señalando a Adam con el dedo—. Rompió la ley al dejarte ir y le mintió al líder. No sé si lo sabes, pero hasta el maestro debe pasar el parte de cuanto le sucede. Matarte y cargarle el muerto al malo de turno es como para comentarlo en la manada.

Recordé al malo de turno. El psicópata humano, el devorador mencionado por Unai. Me entraron sudores fríos. El paso del tiempo cambia tanto la perspectiva que los sucesos no se ven del mismo modo, ni conservas todos los detalles. A veces destacan los buenos, a veces solo prevalecen los malos. En este caso, no había olvidado el terror que generaron en el pueblo las desapariciones. Lo que quise olvidar durante todos esos años fue mi pésima reacción la noche de mi huida.

Retrocedí en el tiempo para verme en el bosque. Había tenido que ir a buscar a Bruno porque estaba tan enfadado que ni me hablaba. Lo encontré, empecé a gritarle, porque yo no quería irme, pero a los trece años no es como si tuviera opciones. Ambos con idénticas lágrimas empapando nuestras caras. Entonces, Bruno empezó a temblar. Los primeros espasmos cesaron mis reproches e hicieron que lo abrazase. Me asusté porque pensé que se estaba

muriendo. Hasta que empezó a cambiar y sentí un doloroso corte en el brazo.

El miedo te anula, te arrastra de tal forma que crees como ciertas las peores sospechas. Doce años atrás, creí que iba a ser la desaparición número ocho, y que los Merino eran los responsables de las otras siete.

—Mierda.

Dejé de pasear de un lado a otro. Mis ojos se centraron en el rostro de Adam, pero no bastó para escapar de Bruno. Desde el pasado, me llegó el chasquido de los huesos durante el cambio de forma, estalló en mis oídos como entonces. Los ojos rasgados de Bruno me habían mirado con un brillo extraño. Yo estaba muerta de miedo por los arañazos que recibí, y por el perro atigrado que se alzaba sobre los jirones de ropa. Ahora, podía entender lo que le pasaba a Bruno por la cabeza: se sentía traicionado.

Escapé de ese momento, para huir de Bruno, y me centré en mi propia familia. En esa época, mi padre dudaba, le gustaba el pueblo, le gustaba Adam, pero las desapariciones lo impulsaron a recoger bultos. De lo más irónico que su intención de protegernos a mi madre y a mí fuese lo que provocó la muerte de su única hija. Pensar en mis padres me hizo terminar sentada en el suelo envuelta en un mar de lágrimas.

Tras mi presunta muerte, mis padres siguieron en el pueblo. Ahora, los habían matado, y todavía no entendía bien por qué. Hasta dónde escuché de los carceleros era un «por si acaso». ¿Por si acaso llevaban doce años fingiendo haber perdido a su hija? Nada tenía sentido.

—Vamos, vamos, reina del drama —dijo Lola dándome una palmadita en la cabeza—. Seguro que te perdonan, les alegra que estés viva, y más al haber salvado al maestro. Con las pruebas solo tienes que decir que te largaste para destapar la trama, que Adam y tú sabíais que algo raro se cocía... ¿Qué?

—Eres un gilipollas —dije antes de levantarme mientras me limpiaba las lágrimas.



El monovolumen azul marino no tenía nada peculiar. Aparcó en el arcén que podía verse entre los árboles, y la puerta del conductor se abrió muy despacio. Mi amigo Lola hacía un cuarto de hora que se había esfumado. Necesitaba margen. Los akitas poseen un gran olfato, no iba a quedarse cerca, por si decidían darle caza.

Una guapa pelirroja de veintinueve años se coló entre los árboles. Llevaba unos pantalones ceñidos, unas botas de tacón ancho y una cazadora de aspecto caro. Me había olvidado de Asun. Más bien, me había querido olvidar de Asunción Merino. La única hermana me odiaba a muerte y siempre sospeché que era por envidia.

A parte de Luisa, no había otra mujer en la casa que ella. Asun debería ser la niña bonita por quien sus padres y hermanos lo dejaran todo para hacerle caso. Conmigo allí desayuno, comida y cena, Asun veía su puesto peligrar. No es que a mí me trajesen en palmitas, pero es que a ella costaba cogerle cariño. Era una caprichosa y mentía más que hablaba.

Que ella fuese a buscar a Adam debería haberme dado una idea aproximada de lo mal que iba a terminar el esperado reencuentro. Los años habían pasado para las dos. Su sonrisa vaciló cuando me dio un repaso de arriba abajo, la mía se esfumó porque no quería verla a ella.

—Vaya, vaya —dijo Asun con voz aterciopelada—. No sabes cuánto me alegra verte.

—¿Y Bruno? ¿Y los demás? —pregunté con un hilo de voz.

Los ojos de Asun, de un bonito marrón claro, brillaron de satisfacción. Me pregunté si también ella sería una akita.

—Tengo fuerza de sobra para cargar con Adam y darle una paliza al sequito del infierno —aseguró y, a mi pesar, podría ser cierto—. Ellos no van a venir, porque ninguno quiere verte.

Eso también podía ser cierto, pero me negué a creer nada que saliese de su

boca. Todavía conservaba el móvil de Adam, además de la esperanza. Volví a llamar a casa. Sentí un revoloteo en el estómago ante la idea que me generó poder señalarla como mía. Desde luego había pasado más horas en ella que en la de mis padres. Con Bruno.

Los tonos se sucedieron. No contestó nadie. El corazón estaba a un paso de reventarme el pecho. Asun apareció a mi lado. Se había movido con tanto sigilo que no percibí el menor crujir de las ramas, o el fuerte bombeo de mi corazón taponaba mis oídos. Me tendió su móvil con una radiante sonrisa.

—Prueba con este. Hasta puedes llamarlo directamente.

Asun me facilitaba las cosas, señal inequívoca de que esta vez no mentía. En la pantalla vi que estaba seleccionado el móvil correspondiente a Bruno. Flaquee, pero no podía rendirme, no estando tan cerca. Los tonos volvieron a sucederse y yo contuve el aliento. Cerré los ojos al oír que sí descolgaban. El silencio espeso al otro lado consiguió que me envolviera el estómago con el brazo libre.

—¿Bruno?

Me pareció escuchar un suspiro de cansancio, o molestia.

—¿Qué quieres?

Abrí los ojos para darme de bruces con la expresión vivaz de Asun. Ahora la tenía delante, cosa que me daba igual, porque no reconocía la voz grave al otro lado de la línea.

—¿Bruno? —dije tan bajito que dudé que me oyese.

—Sí. ¿Qué quieres?

Quería morirme. Aquel no era mi amigo. El tono grave, la impaciencia, el desdén, la indiferencia. Ahora sí necesitaba hablar con él porque no podía creerlo.

—Quiero verte.

Por un segundo temí que colgase. No lo hizo, pero tampoco dijo nada. Las lágrimas empezaron a inundar mi rostro para satisfacción de Asun. Jamás la había visto sonreír de una forma tan amplia.

—No —respondió Bruno.

Percibí algo, quizá una vacilación, o un eco de mi propia esperanza. Las palabras treparon por mi garganta, incontrollables, para escapar de mi boca. Ya no veía a Asun a pesar de tenerla delante.

—¡Lo siento, siento lo que pasó! Por favor, llevo doce años echándote de menos.

No hubo pausa esta vez sino una firmeza que logró hacerme pedazos.

—Yo llevo doce años odiándote —dijo Bruno dando fe de ese odio en su tono rudo—. ¿Cómo pudiste dudar de mí, de mi familia? Te has equivocado al llamarme. Para mí nunca dejarás de estar muerta.

El móvil resbaló desde mis manos, ojalá lo hubiera dejado caer antes. No llegó al suelo porque Asun lo atrapó al vuelo. Las piernas no me habían sostenido. Estaba de rodillas, ante ella. No tenía a mi familia, no tenía a los Merino, no tenía a Bruno. No me quedaba nada. Hasta ese momento, avanzaba. Nunca perdí la esperanza de recuperar mi vida, eso me mantuvo en pie, y solo ahora me daba cuenta.

—Llevo toda la vida esperando este momento —aseguró Asun.

Estaba segura. Seguía sin verla, pero imaginé su rostro enfebrecido por el triunfo.

—Mátame —supliqué porque el dolor se volvía insoportable.

Su risa de regocijo no me dolió más de lo que me dolía la sentencia de mi amigo.

—¿Bromeas? —replicó Asun—. Espero que ese cuerpo frágil tuyo dure muchos, muchos años. Este es tu castigo, por no haber entendido que Bruno siempre fue mío.



Mi amigo Lola se había ido, pero volvió. De no ser por él yo no seguiría respirando. La pena, el dolor, la tensión, cayeron sobre mí con tanta fuerza que ni siquiera fui capaz de levantarme. Los primeros minutos fueron confusos, el pasado y el presente se fundían. Mis recuerdos con mis padres peleaban con los que atesoraba de Bruno.

Su voz me había sonado tan ajena que mi mente se empeñaba en negarse a creer que había hablado con él. Lola puso fin a toda duda. Sí había hablado con Bruno. Él, igual que yo, había cambiado. Tras su primera conversión, su cuerpo se fue amoldando a la estructura ósea de los akita. Estaría más grande y robusto para poder soportar los dolorosos cambios de aspecto.

Lola me descubrió tantas cosas que me costó ponerlas en orden. Siempre supe que Adam y Luisa no tenían hijos porque ella no podía. Pero ambos eran mucho más que un matrimonio altruista que adoptaba chicos sin hogar. Eso también lo sospeché gracias a Asun. Lo que no imaginaba era que tanto Iker como Juanca también fueran akitas. Lo eran todos, hasta Luisa, por lo que, antes o después, yo me habría quedado fuera.

Me sentí un poco traicionada por lo mucho que me habían mentido. Las visitas que recibían en la casa no eran de miembros de la familia, sino de la manada. Porque solo en el pueblo podían transformarse. Aunque pudieran seguir una vida humana necesitaban sintonizar con su condición cada cierto tiempo.

Durante esas visitas, Bruno y yo pasábamos poco por la casa. Nos refugiábamos en el bosque o estábamos en la mía. Nos entreteníamos con lecturas, películas y videojuegos; hacíamos los deberes, dormitábamos, íbamos al lago o hablábamos del tiempo. Fueron tantas cosas, tanto tiempo, que todavía conservo la calidez de su mano contra la mía. Nuestros compañeros y conocidos murmuraban que éramos pareja, a pesar de ser unos críos. En absoluto, éramos mucho más que eso.

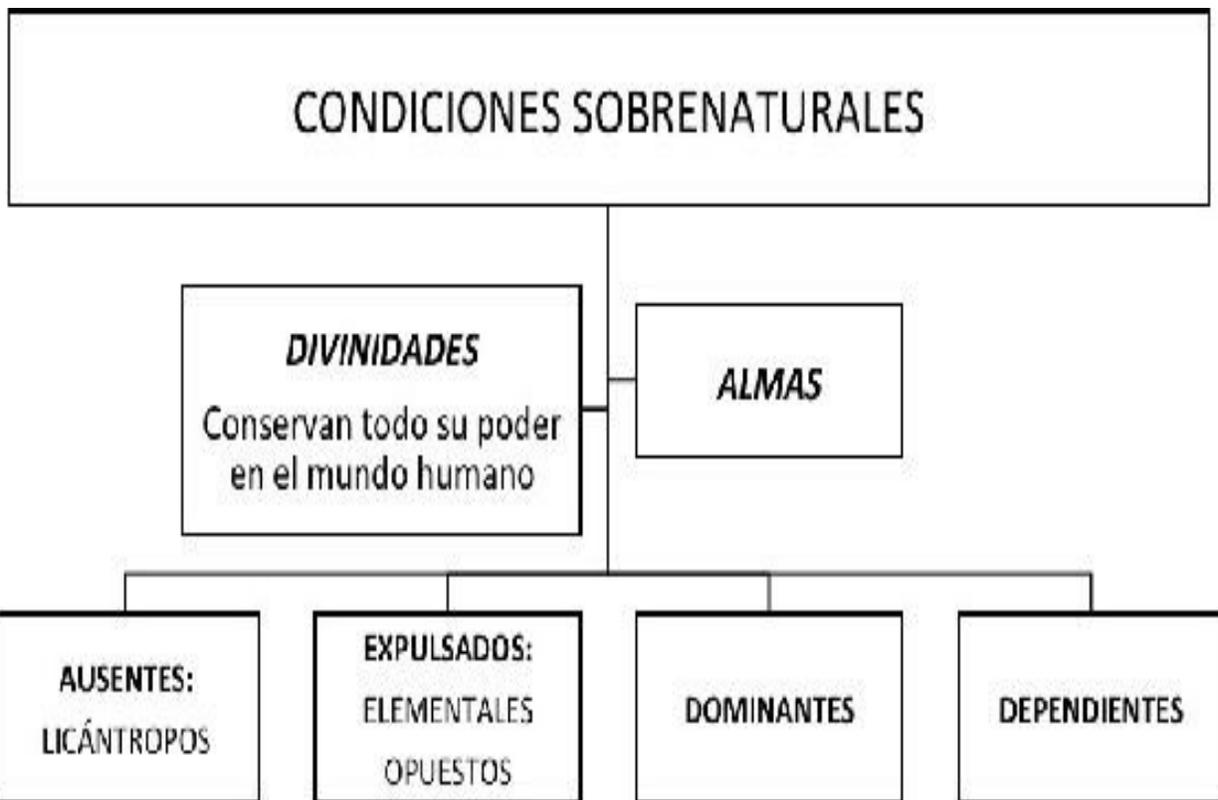
Lola repetía que debía mirar hacia adelante. Creí que jamás podría. Pero puedes, sobrevivir es fácil, si no enfrentas lo que más duele. Y no debía bajar la guardia porque mi vida siempre correría peligro. Bruno me dejó claro que a los Merino no les importaba, nadie me usaría en su contra, pero los hombres que nos encerraron, esos a los que burlamos al liberar a Adam, no me lo perdonarían. Yo sabía demasiado y no las tenían todas consigo aunque no me fuera de la lengua.

Nuestros captores eran, nada más y nada menos, la Orden de los Caballeros Blancos. Humanos que iban contra cualquier criatura extraña y contra todo aquel que los defendieran. De haber tenido ánimo me habría reído al pensar que Lola me tomaba de nuevo el pelo. Ni me reí, ni era una broma. La Orden podría ponerle precio a mi cabeza. Contaban con efectivos asesinos cuyos nombres correspondían con los signos del zodiaco. Por si fuera poco, seguro que más de un akita resentido con Adam, o por la caída del líder, se sumaba al juego. Que me matasen había dejado de preocuparme, pero Lola enumeró lo que podrían hacerme antes y eso pareció sacarme un poco de mi letargo.

Lola aseguró que estaría a salvo si seguía moviéndome con la discreción acostumbrada. También que él rondaría cerca aunque yo no lo viera. Los akita eran el menor de mis problemas porque carecían de recursos y experiencia para encontrarme.

En lo personal, también sería fácil romper con todo gracias al rencor. Mi amistad con Bruno, mi permanencia en las rutinas de la gran familia, habría prescrito en cualquier momento. Solo era una humana, los Merino no deberían haberme tratado como si fuesen a estar ahí siempre conmigo. Por culpa de una relación con fecha de caducidad llevaba doce años mintiendo, mis padres habían soportado la pérdida de su hija para acabar asesinados, y jamás podría dejar de mirar sobre mi hombro.

Deberían haber comprendido que mi rechazo fue obra del miedo. ¿Cómo reaccionar cuando la persona a la que crees conocer mejor que a ti misma se transforma en un animal? Ahora que había una posibilidad de recuperar lo que para mí resultaba lo más valioso del mundo, ahora que me veía tan sola y desprotegida, la familia me daba la espalda. Mi cuerpo conservaría las cicatrices, igual que mi alma. Nunca dejaría de estar en deuda con Adam, pero, el resto de los Merino, podían irse al infierno.



LA CORREDORA

1 IKER MERINO

A las ocho de la mañana, el parque principal de Tríade estaba repleto de runners. Iker Merino no entendía ese afán por dar vueltas al estanque de los patos, o por los senderos que recorrían el improvisado bosque en medio de la ciudad, pero cada uno era libre de hacer lo que le viniera en gana.

Él ocupaba un banco. Quedar con Juanca implicaba esperar. Iker lo conocía desde los seis años, cuando apareció en la casa Merino. A los veinticinco, Juanca no había llegado puntual en la puñetera vida. Un defecto soportable cuando Iker apreciaba su compañía más que nada en el mundo.

Iker se había alegrado tanto de la llegada de Juanca a la familia que hizo cuanto pudo por tenerlo siempre cerca. Ahora, las dos rarezas de la familia estaban muy unidas. Ser un afroamericano de ojos verdes y un albino de ojos azules los convirtió en inseparables. Más les valía, cuando la norma general es que los akita tengan los ojos oscuros. De no ser por Adam, lo mismo la manada decidía prenderles fuego. Además, hasta Juanca, las opciones de Iker habían sido Asun, una niña que no dejaba de decirle lo que hacer, y el inalcanzable Bruno, siempre en silencio y esquivo. Hubo más adoptados antes y hubo más después, pero, los que no encontraron una familia, encontraron la muerte. Hermanos por los que hicieron todo lo posible y de los que no hablaban nunca. Iker desterró de su mente a los que Adam había eliminado. Difícil, pero era lo que tocaba.

Volvió a centrarse en Juanca. Diez minutos de espera no se los quitaba nadie, pero en esa ocasión no iba a molestarle porque las vistas compensaban. La chica era una preciosidad. Se sentaba con una elegancia manifiesta en la barandilla de piedra que delimitaba el estanque. Iker juraría que la conocía de algo. La estudió con atención. No llegaba al metro setenta, apostaba porque era una niña mimada. Su melena lisa, castaño claro, caía en una coleta sobre su hombro derecho. Sudadera cerrada hasta la barbilla, a juego con las deportivas, en un rosa chillón. Mallas negras que se ceñían a sus muslos. Un cuerpo esbelto, igual obra de dietas y tablas de ejercicio, no de correr. Por mucha ropa de deporte que llevara, la actitud de la chica le daba la misma pinta de corredora que a él. Si ella se quitase la sudadera, Iker podría comprobar cuan en forma estaba. Dudaba tener tanta suerte, hacía un frío de mil demonios allí.

Iker se encogió dentro de su cazadora negra mientras se la comía con los ojos. Seguro que si él se le acercaba ella sí echaba a correr, pero espantada. Los años habían convertido al crío debilucho que fue en todo un hombretón. Claro que ser un akita ayudaba a ejercitar los músculos con frecuencia. El gimnasio que Iker poseía, también. Y si quería conservarlo, debía presentarse en el ayuntamiento a las nueve.

Ignoró a la corredora para consultar la hora en su móvil. Ocho y cinco. Maldijo por lo bajo, no por la hora, ni por esperar a su hermano, sino por haber tenido que pedirle dinero. Cómo odiaba mendigar, aunque le habría resultado más violento vérselas con Adam y Luisa. En las películas los seres sobrenaturales estaban sobrados de pasta. No en la realidad. O se tragaba su orgullo, o se quedaba sin medio de vida. Iker necesitaba encontrar algo que levantara el negocio, o en cuestión de meses volvería a estar en las mismas.

Porque le dolía la cabeza de tanto darle vueltas se centró de nuevo en la mujer joven. Ahí seguía, atenta a su móvil, con un café para llevar apoyado en la barandilla. Había cruzado las piernas y las balanceaba a varios centímetros del suelo. Él también tenía las piernas cruzadas a la altura del tobillo. Eso tenía que ser el destino. Con una sonrisa socarrona, Iker contempló su rostro, ignoró el runrún que aseguraba que la conocía, y empezó a hacer cábalas. Si ella esperaba a alguien no parecía nerviosa, ni preocupada. Los ojos, imposible definir color en la distancia, estaban fijos en el teléfono como si estuviera consultando las noticias, mientras con el pulgar trasteaba en la pantalla táctil. Con aire distraído, la mujer cogió el vaso de café y se lo llevó a los labios. Una boca muy bonita, cero maquillaje, algunas pecas sobre la pequeña nariz.

Sí, estaba como un tren, y él empezaba a fantasear con cómo sería besarla. Iker se revolvió sobre el frío banco de madera. Igual era mejor dejar de mirar porque empezaba a notar un calor interno nada aconsejable. También podía acercarse a ella, presentarse, y preguntarle si le apetecía un revolcón rápido. Su gimnasio estaba cerca, no pasarían frío. Iker se pasó las manos por el rostro y sacudió la cabeza mientras se reía de sí mismo. Estaba claro que necesitaba un revolcón, pero dudaba que aquella chica tan mona fuera a solucionarlo. Y todavía no estaba lo bastante desesperado como para enfundarse en unas mallas de licra, depilarse el pecho, y preocuparse por las últimas tendencias en moda.

Flexionó las piernas y descansó los codos en las rodillas. Volvió a consultar el móvil. Ocho y siete. En tres minutos Juanca debería llegar. La

oficina no quedaba muy lejos. Iker se alegraba por su hermano, siempre había tenido cabeza para los negocios. La empresa de mensajería que dirigía Juanca, y de la que era propietario, no se encontraba entre las más famosas, pero le daba buenos beneficios. Iker sabía que debería haberle hecho caso a su hermano cuando le dijo que un gimnasio de lucha, solo de lucha, no le serviría para dejar la casa familiar. Sin embargo, no pensaba meter aeróbic ni zumba para atraer a capullos pringados en aceite. O a mujeres como la que tenía delante. Bueno, ellas sí serían bien recibidas.

Frunció el ceño desconcertado al centrarse de nuevo en la corredora. La chica podía irse, ¿por qué seguía allí? Obvio que no tenía ganas de correr. Tanto esfuerzo en conjuntarse para nada. Iker vio a otro falso corredor reducir el paso. Iba como un pincel, también muy combinado, y sin despeinarse ese extraño tupe tan de moda. Ropa de deporte, pero de marchas chulas, por supuesto. Pantalón corto, piel lisa y sin un solo pelo traidor. Iker se preparó para ser testigo del bonito encuentro. El figurín se apoyó muy cerca del café de la mujer para hacer unos estiramientos.

—¡Por favor, qué pretexto más malo! —murmuró.

Ella ni lo miró, pero sí cogió el café y lo puso del otro lado. Iker se mordió la lengua para no reírse al ver el desconcierto del modelo. Ella continuó atenta a su móvil. Una pena que la película fuera sin sonido. Estaban a varios metros, con un sendero de arena por el que circulaban otros corredores y algún paseante de perro. Observó los labios del chico, decía algo; sonrisa impecable, dentadura perfecta. Era el mismísimo Ken de la Barbie. El hombre se pasó las manos por el pelo para atusarse el peinado.

La chica lo miró al fin con nulo interés. Ella le dijo algo muy breve y siguió a lo suyo. Iker se sorprendió. El Ken todavía más, su frente se arrugó como si se hubiera perdido algo. Iker se lo estaba pasando en grande. Ken siguió corriendo porque era obvio que a la chica no le interesaba, ni un poco, lo que tuviera que decir. Y ella apretó los labios para no reírse.

Iker estaba a punto de levantarse y probar suerte cuando Juanca se dejó caer a su lado. Llevaba un traje que le quedaba impecable. Podía ser blanco como la leche, y de pelo rubio cegador, pero los hombros anchos no se los quitaba nadie. Iker chasqueó la lengua y comprobó el móvil.

—Puntual como un reloj, diez minutos tarde —cuchicheó Iker a modo de saludo.

—Lo siento —jadeó su hermano con una mirada de disculpa en sus expresivos ojos azules—. ¿Vamos bien? Tienes que estar en el ayuntamiento

a las ocho y media, ¿no?

Iker esbozó una sonrisa torcida, mientras veía a Juanca revolverse la maraña rubia que tenía en la cabeza, y que debería cortarse de una vez.

—No, en realidad tengo que estar allí a las nueve. Lo de las ocho y media era para no arriesgarme. Coge aire, pero no mires para allí que la runner te lo roba.

Obviamente, Juanca miró. Localizó a la chica, pero su reacción no fue la que Iker esperaba. Su hermano demostró interés en un primer momento, antes que el poco color de su piel se esfumase por completo. Juanca pareció encogerse, de metro ochenta a metro cincuenta. El fibroso cuerpo se tensó y hasta parecía que le costaba respirar. Iker se temió una conversión espontánea, ya habían pasado esa fase, pero Juanca parecía fuera de control. Se relajó al recordar que estaban en la ciudad y allí no podían transformarse en nada.

Iker volvió a mirar a la chica. La impresión de su hermano no venía de lo guapa que fuera, más bien parecía haber visto un fantasma.

—¿Juanca?

Juanca dejó escapar un nombre entre los labios.

—Rita.

Iker miró a la chica no tan impresionado como su hermano, pero casi. A su mente acudió la siamesa de Bruno. Trece años, estatura media, regordeta y muy tímida.

Juanca se levantó del banco. Iker también porque su hermano parecía a un paso de desplomarse. El pecho de Juanca subía y bajaba con ansiedad. Por el carácter del albino, se había llevado mucho más con Rita que él. Para Iker, ella era una extensión de Bruno. Estaba ahí, en su casa, con ellos, pero el fuerte carácter de Iker parecía mantenerla lejos. Habían cruzado un par de bromas, Iker recordaba haberse sorprendido del ingenio de Rita, pero Bruno no tardaba en aparecer y para ambos desaparecía todo lo demás.

Le pareció un milagro que Juanca consiguiera alzar la voz. Recordó, a su vez, el día en que supieron que estaba viva. Ni Adam ni Bruno se deshicieron en detalles, pero el asunto parecía sórdido. Todos la habían dado por muerta, otra víctima más del devorador de almas. No entendieron nada, pero como para preguntar.

—¿Rita? —preguntó Juanca con voz ahogada.

La chica levantó la cabeza muy despacio. La sangre huyó de su rostro en el momento en el que localizó al albino. Los ojos, verdes, alcanzaron a Iker,

pero pronto volvieron a Juanca. Fue como si el tiempo se hubiera detenido para los tres. Iker recordó a la niña. Había sufrido su muerte y le cabreó un poco saber que no era cierta. Por eso no había indagado mucho más.

El pánico en los ojos de la chica brilló con toda su intensidad. Y reaccionó. Saltó de la barandilla y echó a correr. Juanca gritó y fue tras ella. Iker los siguió, sin entender muy bien de qué iba su hermano.

En dos segundos, Iker supo que se había equivocado: la chica era corredora y de las buenas. Se alejaba de ellos a pesar de no tener ni la mitad de zancada. Esquivaba cuerpos de otros con tal facilidad que parecía una bailarina. Rita se desmarcó y los cogió desprevenidos. Sus deportivas apenas rozaron el respaldo del banco cuando lo saltó y decidió ir campo a través por el amago de bosque. Ellos apenas habían conseguido frenar para seguirla cuando ella se convirtió en un mero borrón rosa entre los árboles. Juanca no desistió. Por empatía, porque se lo debía a su hermano, Iker tampoco, pero perdieron el rastro con una pasmosa facilidad.

—¡No! —chilló Juanca, frustrado, llevándose las manos a la cabeza—. ¡RITA!

Iker intentaba recuperar el aire. Ambos estaban acostumbrados al ejercicio físico, pero no a persecuciones súbitas en un lugar en el que, sin su condición, se veía disminuida la efectividad de sus cuerpos. Encorvó la espalda, apoyó las manos en las rodillas y se concentró en respirar.

Juanca se dejó caer en el suelo con los ojos llenos de lágrimas. Iker lamentaba que fuese tan sensible, pero una parte de él podía entenderlo. A Rita se le cogía cariño, eso sí se mantenía fresco. Le concedió unos minutos de duelo antes de hablar, porque lo veía preocupadísimo, como si ella corriese peligro.

—Yo la veo de lujo, Juanca.

—¡Maldita sea! —exclamó su hermano, antes de descargar toda su frustración de un puñetazo al suelo.

Iker dudó. ¿Preguntar o no? Comprendería la persecución, y la desesperación, si el hermano de al lado fuese Bruno. No era el caso. Bruno sabía que Rita estaba viva y se negó a verla. Lo que fuera que ellos tuvieron, se había terminado. Cosa lógica, cuando ella era humana. Iker deslizó las manos por su nuca, todavía debatiéndose. Al fin, claudicó.

—Vale. ¿Me explicas qué me acabo de perder?

2 RITA

Cuando por fin había dejado de estar paranoica por si una horda de asesinos volvía a secuestrarme, va el pasado y me pone la zancadilla. Los akita no eran la verdadera amenaza, pero maldita la gracia que me hacía cruzarme con ellos. Si Juanca e Iker estaban en la ciudad, tal vez debería irme. Igual la Orden de los Caballeros los tenía vigilados y me localizaban a través de los hermanos. No caería en la histeria, ni me pondría a hacer las maletas. Debía ser práctica y pensar con calma. Era una ciudad bastante grande, conocía las calles como la palma de la mano y nadie me conocía a mí. Bueno, sí, Unai y Lola, lo que no hacía otra cosa que tranquilizarme. Del primero no había vuelto a tener noticias tras ser descubierta, al segundo lo quería a mano no fueran a volver a secuestrarme.

Con el corazón todavía a cien, abrí la puerta del apartamento. Esa mañana no me apetecía correr, pero acababa de pegarme toda una maratón. Más serena, convencida de que los humanos que iban a por los bichos raros tenían cosas más importantes que hacer que vigilar al dúo dinámico, o a mí, me esforcé por contener la angustia. También, noté la piel del rostro tirante de tanto que sonreía. Fuera de su terreno, los perritos eran fáciles de burlar.

Qué distintos estaban. Los había reconocido al momento, pero porque un afroamericano de ojos verdes y un albino no es algo con lo que te cruces todos los días. La última vez que los había visto Juanca tenía trece, como yo, e Iker diecisiete. Los cuerpos de los dos se habían vuelto anchos y fuertes. Bastante altos, aunque suponía que no tanto como Bruno. Me insulté en silencio cuando la voz grave al teléfono volvió a mi cabeza. Seguro que él también se veía enorme y amenazante.

Los hermanos. Tenía que pensar en los hermanos, para ignorar a mi ex amigo. Lo conseguí y rememoré el aspecto de Juanca e Iker. No me había quedado a estudiarlos, pero me pareció que Juanca llevaba un traje e Iker ropa holgada. El responsable y el macarra. No habían cambiado tanto.

Mi nueva compañera de piso salió al pasillo con los ojos todavía cerrados. Su pelo negro y rizado parecía una selva, invadía su rostro moreno. Como me había comentado el casero en su momento su etnia gitana era ineludible, y sus ojos tan negros como profundos.

—Buenos días, Samara.

Samara me gruñó algo, supongo que buenos días, o acababa de mandarme a paseo. No se lo tendría en cuenta, era demasiado temprano para ser amables. Además, ella no acababa de burlar a dos enemigos. Qué bien me sentía, después del pánico inicial.

Entré en el baño y me quité la ropa empapada en sudor. Sentí una punzada de pena. Iker estaba más aterrador, pero Juanca... No podía pensar en eso. Ellos entraban dentro del saco sellado con el lema «para olvidar». Eso haría. Las probabilidades de encontrarnos eran mínimas y tampoco iban a desvivirse por localizarme. Ni siquiera venía a cuento la persecución. O sí, quizá pretendían echarme en cara haber fingido mi muerte. Como si yo les hubiese importado alguna vez. Ni me dejaría amedrentar, ni les concedería un solo pensamiento más. Que me encontrasen de nuevo. Volvería a correr, o les daría una paliza.

Desnuda, mi reflejo atrajo mi atención y mis ojos volaron a la cicatriz de la pierna. Tres líneas perfectas en el muslo, cerca de la cadera. En el cuello solo una, pero motivo más que suficiente para llevar siempre la melena sobre el hombro, usar gargantilla, pañoleta o jerséis de cuello vuelto. Las cicatrices no se ven repulsivas, apenas resaltan, pero, cuando los demás se fijan, empiezan las preguntas o los rumores. Ya que estaba por torturarme, acaricié la cara interna del brazo. De la muñeca hasta casi el codo. La más grande y por la que varios me atribuían aspiraciones a suicida. La gente es un amor con mucho tiempo libre para fantasear con los demás.

La ducha me sentó casi tan bien como mi exitosa carrera. Debería anotarme a atletismo, igual así me sacaba algún sobresueldo. Mi ánimo se fue al traste. Una vez más, me las veía con otro contrato basura que estaba a un paso de terminarse. Si no encontraba un nuevo trabajo pronto, Samara sería quien tendría que buscarse una compañera. Una pena. Por fin daba con una persona normal, capaz de comprender las normas mínimas de convivencia, y no me llegaba el dinero para el alquiler.

La chica de veintitrés años me caía bien. En el mes que llevábamos juntas no me había hecho la menor pregunta indiscreta, ni se había dedicado a contar obra y milagros. Charlábamos, pero siempre con respeto hacia la privacidad. Samara sentía curiosidad por saber más sobre mí, yo por saber más sobre ella, pero ambas nos medíamos. Era evidente que la chica lo había pasado mal. Como fuera solo la mitad de mal que yo, seguro que lo último que quería era recordarlo.

Comprobé la hora en el móvil. Iba bien, hasta podía tomarme otro café.

Necesitaba dos como mínimo por la mañana para despertar por completo. A partir de las tres de la tarde ni olerlo. Ya me costaba dormir, con café ni de broma. Debería conformarme con el de casa, pero siempre me sabía mejor el de cafetería. Dudé, discutí conmigo misma, y al fin me preparé el café allí. Tocaba volver a apretarse el cinturón. Debería contárselo a Samara.

Escuché el grifo de la ducha. Samara se iría esa tarde. Un viaje. Ella no concretó adonde y, por los nervios súbitos, no quería dar detalles. Como yo no era su madre, me limité a asentir, y a agradecerle que avisara. Me había dicho que volvería al día siguiente, y le aseguré que no cambiaría las cerraduras. Me rio la gracia, y yo agradecí que mi compañera tuviera sentido del humor. Igual tenía suerte esta vez.

3 SAMARA

Samara llamó a la puerta de la gran casa con aire nervioso. Daba igual el paso del tiempo, o lo diferente que fuese la fachada. Cada vez que se veía ante la vivienda de los Merino recordaba la primera vez que puso un pie en aquel pueblo, y ella hacía lo posible por olvidar ese momento.

El día soleado, la temperatura agradable o el olor del bosque no la reconfortaron. Quería a los Merino, les agradecía la ayuda de corazón, pero la culpa estaba ahí, encajada en su interior, impidiéndole disfrutar de sus visitas a la familia. Los horarios de su trabajo, o el resto de la manada, le servía de excusa, pero lo cierto era que Samara no pasaba apenas por allí porque se sentía culpable.

De no ser por ella, Adam no se habría enfrentado a los suyos, los Merino conservarían la bonita casa que los vio crecer, y Asun e Iker se habrían ahorrado unas lesiones que Samara prefería no recordar. Por mucho que todos insistieran en exculparla, Samara no se daba desprendido de la desagradable sensación.

Adam fue el encargado de abrir la puerta. Seguro que la habían oído, o escucharon el terrible sonido de su coche de segunda mano. El hombre de mediana edad le sonrió y le dio un cálido abrazo. Samara se sintió bien, reconfortada, un poco más fuerte. Pero la culpa no se replegó, justo por lo bien que la trataban.

—Me alegra verte, ya pensé que te habías olvidado de nosotros.

Samara sonrió algo avergonzada. Llevaba semanas sin acercarse a ellos, manteniendo solo contacto telefónico. Intentó no delatarse.

—Ha sido una locura —comentó pasando al recibidor, donde las nuevas tallas y el olor de las flores la abrazaron con tanto cariño como había hecho Adam—. Entre la mudanza y el cambio de trabajo casi ni duermo.

No mentía, o al menos no del todo. Había enlazado un contrato con otro en los grandes almacenes en los que trabajaba. Ya no vendía bolsos, ahora estaba un par de plantas más arriba, en la sección de menaje. Lejos de ser un ascenso, era más de lo mismo, solo que con distintos artículos. Lo único positivo de su trabajo había sido conocer a Lucía. Su ahora compañera de piso la libraba de dormir en una pensión de mala muerte.

—¿Qué tal el piso nuevo? —comentó Adam mientras se dirigía a la cocina

a por algo de beber.

Samara lo siguió, notando algo extraño. Parecía nervioso. El hombre dejó de preocuparle cuando se las vio con Asun. La guapa pelirroja salía de la cocina en ese mismo momento con las aletas de la nariz dilatadas, y cara de pocos amigos. Asun inspiró, como si captase algún olor en el ambiente, y su expresión se tornó tan dura que Samara dio un paso atrás. Que no le caía bien a Asun ya lo sabía, pero la mujer nunca la había mirado con tanto odio.

Asun pasó de largo, dándole un empujón seco con el hombro que giró un poco el cuerpo de Samara. Confundida, miró a Adam, quien se apuró en componer una sonrisa.

—Ni caso —dijo el hombre dándole la espalda para servir dos vasos de limonada—. Estamos un poco tensos... todos. Hay cambio de líder en la manada y, bueno, uno nunca sabe.

Samara escuchaba con una mala sensación encima. Primero, porque Adam parecía estar mintiendo, cuando la reacción de Asun parecía guardar relación directa con ella. Segundo, porque un cambio de líder igual le afectaba también a Samara. Que el anterior líder la quería muerta era de dominio público. Esperaba que el nuevo no pretendiera terminar lo que había empezado su antecesor.

—Oye, Adam, si yo...

—No —dijo el hombre tendiéndole un vaso y con la sonrisa que a Samara tanto la reconfortaba—. Tu situación está resuelta. El nuevo líder no será un problema en ese aspecto, tranquila.

La mirada de Adam se dirigió hacia un punto a su espalda, y Samara giró la cabeza encontrándose a Bruno a un paso. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. La expresión de Bruno parecía sombría, como si se estuviera conteniendo. Sus ojos oscuros estaban fijos en Adam. Apretaba los puños y respiraba por la boca.

Samara miró a padre e hijo. Se retaban y parecían haberse olvidado de ella. La tensión era manifiesta, en ambos. Las aletas de la nariz de Bruno se ensancharon, tal y como le había pasado a Asun. Samara lo vio cerrar los ojos, antes de volver a respirar por la boca. Asustada y sin idea de qué podía estar pasando, acercó la nariz al hombro para olerse, porque daba la impresión de que algo en ella les afectaba de forma negativa. No captó nada, pero su olfato no podía competir con el de los akita.

—Lo siento, Samara, tengo que irme —dijo Bruno antes de acercarse a ella, conteniendo la respiración, para darle un beso en la frente.

El gesto la relajó, pero la salida imprevista la dejó descolocada. En cuanto Bruno desapareció del umbral, Adam pareció desinflarse.

—Adam... —murmuró Samara con voz temblorosa.

Adam la miró con tanta pena que a ella se le cerró la garganta. Parecía a un paso de ponerse a llorar. Supo que había problemas entre él y Bruno, pero no alcanzaba a ver de qué podía tratarse.

—Te juro que no tiene nada que ver contigo. Es... hueles a... Es igual —murmuró Adam pasándose las manos por el rostro con aire cansado—. No preguntes, por favor. Venga, Juanca e Iker llegarán en cualquier momento. Vamos a poner la mesa.

4 RITA

Mi trabajo es bastante simple: intentar desplumar a quien entre por la puerta. Siempre con una sonrisa y fingiendo que te interesa lo que dicen. De mi paso por el mundo del comercio vender lencería estaba a punto de situarse entre los puestos más ingratos. Empezaba a cansarme de ver mujeres medio desnudas. Desde la primera vez, nunca entendí para qué me preguntaban a mí qué me parecía lo que se probaban. Mi ojo profesional —que es un ojo corriente como el de quien pregunta— permite señalar si va grande o pequeño. Quedar bien o no... ¿No eran capaces de verlo? No lo entendía, porque nunca he necesitado consultar con la desconocida que me vende unas bragas si el modelo se ve sexy.

En ese aspecto, suerte que la tienda estuviera a punto de cerrar por falta de ventas. No era culpa mía, ojo profesional no tenía, pero profesional sí era. Atendía como si me alegrase ver gente. El problema venía de la mala combinación de precios desorbitados, cero inversiones en publicidad y estar en un callejón de poco tránsito.

La falta de movimiento lograba que las horas fuesen eternas y el parloteo de la dueña constante. Necesitaba desconectar y me dejé envolver por las nieblas del pasado. El rechazo del Bruno adulto dolía, prefería no pensarlo, pero el niño que fue jamás podrían quitármelo.

Me trasladé a uno de tantos días de tormenta con Bruno tumbado a mi lado. Nuestros brazos pegados, nuestras manos unidas. Contemplábamos el techo abuhardillado de la casa mientras yo hablaba. Le había pedido que cerrase los ojos para compartir con él lo que me había contado mi madre:

“Imagínate en el balcón de un castillo y pon las manos sobre la fría barandilla de piedra. Ante ti se abre una extensión interminable, como si el mundo no fuese redondo, sino plano. Ves infinidad de bosques, ríos, montañas, lagos y océanos. No encontrarás ciudades, ni asfalto, solo pueblos y castillos.

Ahora, a lo lejos, coloca un banco de niebla tan denso que sea imposible saber lo que esconde. Extiéndelo por la línea del horizonte y elévalo hasta el cielo. Entre la niebla y el territorio que sí puedes ver, crecerá un bosque de árboles altos y frondosos, cuyas hojas son totalmente negras.

Continúas teniendo un territorio extenso, luminoso. Divídelo por la mitad.

Una parte déjala así, repleta de vida. La otra máatala lentamente. Quítale cada color, cada tono alegre. Fúndela en blanco y negro, como si fuese un fotograma de una película antigua, porque esa es la zona muerta. Allí, el cielo siempre será gris de día, negro de noche. La luna y las estrellas no se verán jamás en ese techo. ¿Qué te queda? Un contraste. Porque la zona natural rebosa vida, cuanto más muere la de los seres.”

En ese punto, Bruno había dejado salir una risa. Sus dedos jugaban con los míos, regalándome caricias inocentes. Su voz infantil preguntó por el bosque negro y también por lo que se escondía en la niebla.

Mi madre no llegó a contarme qué era aquel bosque. Lo que sí me contó fue que la niebla señalaba el terreno de las divinidades. Toda creencia tenía cabida en su mundo mágico. Dioses antiguos y nuevos, personificaciones del destino, conceptos como el infierno o el cielo. Todos ellos observaban con atención las rencillas, alegrías y miserias de las dos zonas de ese mundo. Jugaban con los habitantes como si fuesen marionetas, y también observan, e intervienen, en el nuestro.



El frío era una buena compañía, no solo por poder ir tapada hasta las orejas. Siempre me ha agobiado el calor, no hay manera de combatirlo. A mi pesar, mi uniforme lo compone una camisa, una falda y unas medias hasta la mitad del muslo. Sobra decir la de aire que se cuele y lo desagradable que resulta. Al girar el pomo de la puerta, me sorprendió que no estuviese echada la llave. ¿Samara estaba ya de vuelta?

Entré con cautela, quizá porque una parte de mí sabía que no iba a encontrarme a Sam. Las luces estaban apagadas, la oscuridad rota por las farolas y rótulos de la calle. Pero allí había alguien.

Debería echar a correr, pero avancé por el pasillo. Me detuve a la altura de la cocina. Junto a la mesa, recortada contra la penumbra, una silueta grande.

—Rita —pronunció Bruno.

No era un saludo, aunque tampoco podía definirse de otra forma. Tragué saliva y me acerqué al hombre que empequeñecía el espacio. Siempre había sido alto, ahora debía estar cerca de los dos metros. Hombros anchos, piernas fuertes. Ni rastro de debilidad. Llevaba una camiseta gris de manga larga que no ocultaba del todo su musculatura, y vaqueros oscuros. No podía verle bien el rostro ni quería hacerlo. Su melena seguía, pasaba ya de los hombros, pero no parecía que ahora se ocultase tras ella. Me deshice del bolso y el abrigo, dejándolos caer en una de las sillas. En la de al lado, la que debía ser su cazadora.

—¿Qué quieres? —pregunté en una mala imitación de él mismo durante nuestra breve charla por teléfono.

Su rostro seguía en las sombras, pero supe que sonreía. Me hubiera gustado mantenerme fría e impassible, pero los nervios se enroscaron en mi estómago y mi corazón emprendió un bombeo frenético. No era el Bruno de mi recuerdo, pero era Bruno. Hay personas a las que has estado tan unida que ni un mundo de inconvenientes logra que alces defensas, porque es imposible

escapar de uno mismo.

Se acercó despacio, lo que no me tranquilizó en absoluto. Al fin pude verle el rostro y al instante se me nubló la vista por las lágrimas. No quedaba ni rastro de mi amigo. No estaba bajo esas facciones marcadas, duras, enturbiadas por la barba de varios días. Sus ojos, ligeramente rasgados, seguían siendo iguales. Sostuvieron los míos, pero la expresión de cariño con la que me contempló siempre también se había ido.

—No quería volver a verte, ni he podido evitar venir a buscarte —sentenció en una reprimenda hacia ambos.

Solo entendí una parte de su reproche; no quería seguir sintiendo una unión que a estas alturas carecía de sentido, pero ahí estaba, atrapándonos con fuerza. Se detuvo a un paso y su mano, grande y firme, tomó mi mentón para obligarme a mirar hacia arriba. Sentir sus dedos en mi piel me provocó un escalofrío. Por fin me tocaba de nuevo, aunque no del modo que hubiera querido.

—Hicimos una promesa, ¿la has mantenido? —preguntó con una voz grave.

Las rodillas amenazaron con ceder. Parpadee para aclarar la vista. Ahí estaba el hombre, tan lejos del chico al que quise. Doce años sin saber el uno del otro daría para una conversación extensa, pero Bruno no había venido a recuperar el tiempo perdido, sino para ponerle fin a nuestra unión para siempre. Solo nos quedaba un asunto pendiente y entonces nada nos ataría.

—Sí —logré decir con voz tomada, tan deseosa como él de poder pasar página.

La mano que no atrapaba mi mentón se deslizó por mi abdomen. Descendía con una caricia firme hasta la tela de mi falda. Una parte de mí quiso detenerlo, pronunciar un millón de argumentos e intentar suavizar su despecho. La más fuerte me obligó a terminar con todo lo antes posible. Él se sentía traicionado, ahora yo también. Antes de dar la orden, mis manos desabrochaban sus vaqueros.

Se me escapó un jadeo cuando sus dedos se deslizaron bajo las telas. Rozó la parte interna del muslo, ascendía imparable, y mi ropa interior no iba a resultarle una barrera. Se entretuvo con caricias suaves, enviando pequeñas descargas por todo mi cuerpo. Me temblaban las manos y el resto del cuerpo. No iba a aguantar en pie mucho más. Había salvado los botones, pero no tuve que vérmelas con más impedimentos. La penumbra me permitía verlo y no verlo al mismo tiempo. Eso facilitaría las cosas. El hombre ante mí me atraía,

pero no me quería, ni yo a él tampoco.

Soltó mi rostro, dejó de acariciarme, para aferrar mi trasero y elevarme en el aire. Yo me sujeté a sus hombros, envuelta en un calor sofocante y mucho más asustada de lo que estuve nunca. Iba a dolerme, en más de un sentido. Nuestras miradas se encontraron un instante.

—Bruno... Ten cuidado —pedí con un hilo de voz.

Sentí la pared de la cocina a mi espalda. Por un segundo, me pareció encontrar algo en sus ojos oscuros. Un rescoldo del niño que había sido. Apreté los labios para no llorar cuando regresó la frialdad del presente. Estaba excitada, pero hubiera dado cualquier cosa por cambiar el encuentro.

Su respiración entrecortada golpeó mi rostro. Pegó su frente a la mía y cerró los ojos para controlarse. Seguía oliendo igual que siempre, sin adornos, un perfume propio que enturbiaba mi mente por completo. Me mantenía en el aire, contra él, gracias a la pared y a una de sus manos. La otra, hacía de guía a su miembro y separaba la tela que le cortaba el paso.

—Quiero hacerte daño —dijo con toda su rabia, pero adentrándose en mí con delicadeza—. Llevo odiándote más tiempo del que te quise, Rita.

El dolor me impidió protestar o pedir disculpas. Mis uñas se clavaron en sus hombros. La tensión estaba cerca de matarme, por muy despacio que se introdujera en mi interior. Sentí de nuevo sus caricias sobre nuestra unión, ayudaban, pero no era suficiente. Avanzó un poco más, arrancándome un sollozo. No podía seguir mirándolo, por lo que escondí la cabeza en la curva de su cuello, mientras las lágrimas surgían imparables. Se introdujo del todo y estuve cerca de desmayarme. Apenas reunía suficiente aire, seguía temblando, de dolor y pena. Empezó a deslizarse con suavidad; yo seguí aferrada a él, pero el daño se fue aplacando.

Entonces, el placer apareció como un ligero cosquilleo que iba en aumento con el ritmo al que Bruno se movía. No desaparecieron las lágrimas, pero los gemidos que escapaban de mis labios no eran de dolor. Eché la cabeza hacia atrás en busca de aire. No quería mirarlo, por lo que cerré los ojos y evoqué al chico que fue en su día. Lástima que el hombre que me poseía se fundiera con su imagen. Borraba su recuerdo, lo sustituía por la persona que ahora era, y yo no era capaz de atesorarlo.

Sus manos se cerraron sobre mi muslos, su boca mordisqueó mi mentón antes de impactar contra la mía. No quería que me besara, él seguro que tampoco quería hacerlo, pero nuestras lenguas se encontraron sin remedio.

Si me abrazaba más a él le impediría moverse, y no quería que parase

nunca. Nuestros labios pelearon, quizá para que ninguno pronunciase el nombre del otro, o palabras que ya no significaban nada. El orgasmo nos asaltó al mismo tiempo, haciendo que ambos temblásemos de igual modo, y nuestros cuerpos se pegasen tanto que bien podrían haberse fundido.

El placer descendía y regresaba el frío. Bruno me devolvió al suelo, me sostenía por la cintura, pero pronto le daría lo mismo que yo cayera. Una última mirada, antes que el odio estuviera de vuelta. No lo encontré vulnerable como siempre, pero tampoco resentido. Lástima que fuese apenas un segundo. Volvió el odio y también la rabia. Sus ojos me impidieron moverme, su voz estalló por última vez en mi rostro.

—Ahora ya no nos queda nada —dijo echándomelo en cara antes de apartarse, recuperar su cazadora de forma brusca, y dirigirse a la salida.

5 BRUNO

Cuando regresó al pueblo, a su casa, Bruno todavía la sentía temblar contra su cuerpo. Se había dado una larga ducha, pero el olor de Rita se había adueñado de su piel. No se iría nunca, igual que no se iría el daño que acababan de hacerse.

Entró en la cocina y detectó a Adam sentado en uno de los diez taburetes que rodeaban la enorme mesa de roble que presidía la estancia. Llevaban sin hablarse desde el secuestro. Mejor seguir así. Seguro que el hombre también había detectado el rastro de Rita en Samara, y ahora la olía en él. Se prepararía algo de comer y se largaría a otra parte.

—No debiste ir —dijo Adam obligándolo a detener su tarea. Su voz se volvió un susurro—. ¿Cómo está?

La sangre prendió fuego en las venas.

—¿Cómo quieres que esté? —siseó Bruno.

Bruno no soportaba la pesadumbre de Adam, no la quería, como tampoco quería recordar los ojos tristes de Rita. Cargó contra la mesa, sus manos la hicieron girar hasta terminar volcándola en el suelo. Necesitaba una pelea, pero Adam continuó sentado en el taburete.

—¡Debiste decirme que estaba viva! —exclamó Bruno consciente de que en cualquier momento se transformaría. Y si Adam permanecía en forma humana podría matarlo.

—No la habrías dejado ir —rebatía Adam levantándose, pero sin intención de pelear.

—¡Nunca quise que se fuera! —resaltó Bruno. Ese había sido el problema. Él sabía que el mundo de Rita era mucho más grande que el suyo. Ella tenía a sus padres, a los Merino... Bruno solo la tenía a ella, y depender tanto de una sola persona es peligroso para uno mismo y, también, para quien se quiere.

—Sería así —dijo Adam con seriedad—, antes o después, sería así. ¡Vosotros no podéis estar juntos! ¡Jamás formaríais una familia y lo sabes!

El autocontrol se iba, como se fue esa noche que lo cambió todo. Al primer chasquido de huesos, Bruno empezó a librarse de la ropa. Quería matar a Adam, pero sabía que de eso también se arrepentiría luego. En su avance apresurado hacia la salida solo le quedaba una cosa que decirle al que sintió como a un padre:

—¡No quería una familia! La quería a ella y tú me la quitaste.

La transformación lo asaltó desnudo, a las puertas de la casa. El crujir de sus huesos resonó en la noche. Los olores, sonidos y las formas se agudizaron. La perspectiva cambió, pero las emociones no variaban.

Bruno estaba de acuerdo con Adam: no debería haber ido. Sin duda se arrepentía, pero dudaba que el hombre pudiera entenderlo; quizá ni la propia Rita alcanzase a comprender cómo se sentía él. La persona a la que tanto quiso había desaparecido y jamás lo superaría. Le había hecho frente gracias al despecho, pero saber que ella estaba viva había terminado de destruirlo. La traición sentida era un motivo de despecho, esa acusación al señalarlo a él y a la familia como responsables de las desapariciones, pero no lo único que envenenaba a Bruno. Doce años, en esos doce años él la había dado por muerta, pero Rita sabía que él estaba vivo. Ella decía llevar ese tiempo echándolo de menos. Mentira. Si lo hubiera extrañado solo la mitad que él a ella, se habría puesto en contacto mucho antes, y no al verse inmersa en problemas.

Sus patas golpearon el suelo levantando un sonido atronador. Huía del dolor y la rabia, pero estaban tan fijos en él como el olor de Rita. Su mente vomitó recuerdos. Su tacto, su respiración, la calidez de su cuerpo. La odiaba y la quería como jamás querría a nadie.

Cortaba el aire a su paso. Iba sin rumbo, ni creía volver a encontrarlo nunca. Una mancha roja se unió a su carrera. Asun se acercaba, tan oportuna como siempre. Le daría lo que buscaba. Ahora, podía. Bruno serpenteó entre los matorrales y varió su trayectoria. De un salto, se lanzó contra el akita de pelaje rojo, con los dientes a un paso de reventarle el cuello.

Asun gimoteó de dolor y miedo, pero se mantuvo bajo él. Buscó amoldarse a su cuerpo, ansiosa porque la poseyera. Bruno lo haría, pero no de esa forma, o lo próximo sería vérselas con una camada. Ninguno podía engendrar en forma humana, porque solo eran fértiles como akitas. Soltó su cuello y se apartó apenas para cambiar de aspecto. Asun seguía dispuesta, pero en forma animal. Ni en un millón de años.

—Cambia —ordenó con furia por el mero intento.

La transformación no fue momentánea, pero poco tardó en tener bajo él a la mujer que era. No la dejó girarse. Sin delicadeza alguna, coló las rodillas entre sus piernas para separarlas, y la penetró sin preliminares.

Asun gritó, pero sus embistes convirtieron los sonidos en jadeos. Estaba excitada, llevaba esperando ese encuentro demasiado, aunque todavía le

quedaba algo de dignidad.

—Hueles a ella —protestó, dolida.

Bruno pensaba ser más claro que nunca.

—Esto es lo único para lo que te necesito —dijo contra su oído, sin dejar de invadirla con fuerza—. Si no te gusta, mantente lejos.

6 SAMARA

Samara llegó al piso envuelta en la misma preocupación con la que dejó la casa de los Merino. Sucedió algo lo bastante grave como para que Adam la invitara a irse. No quería fisgar, pero todo sonaba muy raro. Desde la salida de Bruno, hasta el nerviosismo de Juanca e Iker. Ella no poseía un oído agudo, pero los dos hermanos hablaban bastante alto. Por lo que Samara entendió, o encontraban a una chica, o esa chica y Adam serían condenados por traición. Quería ayudarlos, pero, como ella misma también podía ser un motivo de enfrentamiento, lo mejor que podía hacer era irse.

Sentía a los Merino como a su familia y cualquier mal que pudiera afectarles le afectaba también a ella. A ellos les debía la ilusión y esa poca confianza que le permitía sentir alivio. Pretendía dejar su zona de confort para poder acercarse a Iker y a Juanca, pero no es lo mismo pensarlo que hacerlo. Ojalá fuese capaz de dejar atrás la culpa y la inseguridad, pero si ser traicionada una vez alza una barrera invisible con los demás, ser traicionada dos veces erige una muralla.

Solo Bruno conocía su pasado. Adam seguro que también, pero al hombre no fue capaz de contárselo directamente. Sentía que sí podía confiar en su compañera de piso, le habría gustado poder hablarlo con ella. A su pesar, su compañera había levantado una muralla casi idéntica. Seguro que también a Lucía le habían recomendado que superase el pasado y tampoco era capaz de hacerlo. Con un suspiro, dejó las llaves sobre la mesita junto a la puerta y retrocedió en el tiempo.

Había crecido en una casa muy pequeña en la que eran demasiados hermanos. Se crio en un bloque de viviendas de protección oficial, en la capital. Con seis años, una noche su abuela le puso un abrigo con la bastilla rota y la sacó de la ciudad. No podía precisar rasgos de sus familiares o detalles concretos, pero sí el olor a humo de la prenda que llevaba. Su madre era una pésima cocinera, tendente a dejar la sartén al fuego por ir a reñir a los hermanos más ruidosos.

Uno de sus primos las llevó en su camioneta. Condujeron durante casi un día, con paradas cada poco, hasta que se detuvieron en un callejón sin salida, en el que no había otra cosa que un contenedor de basura. Su abuela la hizo bajar de la camioneta. Le dijo que no tuviera miedo, le dio un beso en la

frente y se fue. Samara no podía concretar qué sucedió a continuación. Recordaba otra mujer de aspecto robusto que la llevó a la policía, estuvo con ella esa noche, pero no más. El único dato real que Samara pudo dar a los servicios sociales fue su nombre. Todo lo demás, le era desconocido. Como su familia la había abandonado, tampoco buscó información, ni compartió los recuerdos que tenía de su hogar o sus hermanos.

De vuelta al presente, cerró la puerta del piso obligándose a mantener la cabeza erguida. Entre becas y subvenciones estudió y a los dieciocho empezó a trabajar. Llegar a la universidad para cursar empresariales había sido una aspiración que le daba miedo, y a la vez le atraía con fuerza. Empezó, pero jamás llegó a terminar, por culpa de una nueva traición.

Le extrañó que todo estuviera a oscuras. Apenas eran las doce de la noche y Lucía padecía el mismo insomnio que ella. Ninguna se acostaba nunca antes de las dos de la mañana.

—¿Lucía?

Encontró a su compañera en la cocina, sentada en el suelo con la espalda pegada a la pared, la mirada perdida, abrazada a sus rodillas y temblando como una hoja.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Samara.

Lucía se sobresaltó y pareció localizarla. Se encogió cuando Samara se arrodilló a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Samara.

Un escalofrío recorrió a Samara de pies a cabeza al dar con los ojos verdes. Había tanta pena en ellos que se le cerró la garganta. Entonces, percibió el olor. Fuera del pueblo carecía de poder, pero algunos rasgos se mantenían. No podía diferenciar personas, pero sí rarezas, y llevaba suficiente tiempo con los Merino para captar que allí había estado un akita.

—¿Quién te ha hecho... esto? —preguntó Samara con los dientes apretados.

No sabía en qué forma, pero era evidente que alguien había atacado a Lucía. A excepción de los Merino, para ella los akita estaban muy lejos de considerarse aliados.

La risa de Lucía le partió el corazón. Sonaba vacía, rota, muerta.

—Yo misma —dijo Lucía como quien acepta un castigo merecido—. No es malo. Algún día dejará de serlo...

A Samara le preocupó que su compañera estuviera perdiendo la cabeza. No entendía nada, no parecía dañada de forma física. A la cabeza le vinieron las

cicatrices.

—¿Fue... quien te las hizo? —dudó Samara.

Ella seguía mirándola, pero no la veía. Su mente parecía haberse ido a otra parte.

—Lucía, por favor... vuelve.

Samara vio a su compañera apretar los párpados e intentar reponerse. Su empeño fuerte solo le mostró a Samara lo débil que era.

—Se ha terminado —dijo Lucía a modo de sentencia.

Samara no se atrevió a tocarla por temor a romperla. La dejó levantarse por sí misma, aunque pareciera carecer de fuerzas en las piernas, tal y como se apoyaba en la pared. Había una gota de sangre en el suelo, donde había estado sentada. Suficiente para revolverle el estómago.

—¿Te ha violado? Oh, Dios, Lucía, tenemos que ir a...

—No —susurró un poco más entera—. Nadie me ha forzado a nada, tranquila.

Las piernas de su compañera todavía temblaban, se abrazaba a ella misma, pero su expresión sugería una determinación insalvable.

—No iremos a ninguna parte y no volveremos a hablar, jamás, de esto —sentenció Lucía.

Samara la dejó ir sintiéndose impotente, pero respetaría su silencio. La sangre podía significar un millón de cosas, y, en el caso de suponer lo que rondaba su cabeza, poco podría ayudar si Lucía se cerraba en banda. Se quedaría con la intriga, o perdería lo más parecido a una amiga que tenía.

7 RITA

Si te mientes con suficiente empeño eres capaz de creer tu propia mentira. Solo de esta forma pude dejar la cama, aplacar la inquietud de Samara, y no perder mi trabajo antes de tiempo. Aquel sería mi último día en la tienda de lencería, y no había echado un solo currículo. Muy mal hecho. No sé por qué, pero las posibilidades de que te contraten cuando estás trabajando son mayores que cuando te ves en la calle. Ironías de la vida.

Debería ser un día especial, pero pasó sin pena ni gloria, ni clientes. Por eso cerraba. Junto a mi jefa, bajamos por última vez la verja y le tendí mi juego de llaves. El uniforme también se quedaba y yo al fin podía ir con mi ropa. Llegó la despedida, promesas de quedar otro día que se perderían en el tiempo, y puse rumbo a la parada del autobús. El frío disminuía, pero la noche seguía presentándose demasiado pronto. Apenas había gente por la calle. Debería ir viendo escaparates por si en alguno encontraba el esperado «se necesita dependienta», pero me centré en el suelo.

No quería pensar en Bruno, pero no dejaba de hacerlo. Con el paso de los días, visualizar el encuentro no me destrozaba, pero seguía doliendo. Por escapar de él, recurrí a la fantasía que llevaba acompañándome todo ese tiempo. En especial, los cuentos de mi madre. Visualicé aquel mundo mágico: la zona espléndida que pertenecía a los seres naturales. La bruma que ocultaba el territorio de las divinidades; la zona sobrenatural, con su filtro en blanco y negro. El aire quiso revolverme el pelo, pero yo mantuve la melena en su sitio.

Según mi madre, los seres afectados por el hechizo no se fueron del mundo con magia todos juntos, ni por el mismo motivo. Unos ya estaban aquí antes, o bien por su protección, o por haber sido expulsados de ese mundo imposible. Otros todavía no han llegado. Algunos no vendrán nunca, siguen allí, buscando un modo devolver la vida a su hogar.

Un gruñido retumbó en mi pecho. Levanté la vista muy despacio para vérmelas con el enorme perro negro que me enseñaba los dientes. Negro, ojos verdes. Raza afín al venerado akita inu. Iker. Yo no gruñí, pero apreté los puños con rabia. Era inmenso, su lomo me llegaría a la cintura. Podía hacerme mucho daño, pero no más del que me había hecho su hermano.

—¿Quieres que llame a la perrera?

Ahora sí lo había cabreado. Erizó el lomo y replegó más los labios. Yo sonreí enseñando mis dientes.

—¿A qué vienes, Iker? ¿A matarme? ¿En serio? El delito prescribió. ¿No te parece?

Me lanzó algo como un ladrido de reproche antes de aullar con fuerza. Seguro que no esperaba mi reacción y seguro que no estaba solo. No quería comprobar como de cerca tenía a Juanca. Por la pinta, Iker pretendía espantarme en dirección opuesta a la que llevaba. Avancé con una decisión que no tuve en la vida. Si no se apartaba, me lo llevaría por delante. Trató de cortarme el paso. Mis manos se hundieron en su pelo para ganar un poco más de terreno. Qué suave era. Me echó la boca, me volvió a gruñir. No hice ademán de detenerme.

—Si quisieras hacerme daño ya lo habrías hecho. ¡Sal de en medio!

Volvió a ladrar y a interponerse. Ahora, parecía frustrado.

—¿Cómo dices? Lo siento, no te entiendo —me burlé ganando un par de pasos más.

El bicho pesaba toneladas, pero yo no iba a ceder. Él tampoco. No quería pegarle. No es un perro. Si le hacía daño, o si se creía amenazado de verdad, me arrancaría la cabeza.

—Rita —susurró una voz a mi espalda.

Ahí estaba el albino. Me volví muy despacio. Juanca me miraba con preocupación y pena. No iba de traje, vaqueros y cazadora, pero el aire serio se mantenía.

—Lo siento —dijo Juanca—. Tienes que venir con nosotros.

A él sí podía pegarle y fui directa. Porque no lo esperaba, o no quería creerlo, la patada lo lanzó al suelo.

—No pienso ir a ninguna parte.

Debería controlar a Iker. Lo localicé sentado en la acera con la lengua colgando. Estaba disfrutando del espectáculo. Siempre había sido muy raro y un macarra.

Juanca era dulce y delicado, sensible y honesto, pero también un akita. Su bonita cara blanca se contrajo de rabia. Escupió la sangre del labio partido y en tres segundos se arrojó contra mí, listo para devolvérmela. Sujeté su muñeca y le puse la zancadilla. La misma inercia que llevaba lo hizo estamparse contra el edificio. Ahora, también sangraba por la frente.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? —lo piqué.

De rodillas, me miró con odio. La paliza se la estaba llevando, sobre todo,

su ego.

—No quiero hacerte daño.

—Lo sé —dije con mi mejor sonrisa—. Pero no os quiero cerca.

—¡No! —exclamó Juanca levantándose.

Me puse en posición de defensa. Él era el único que podía reducirme sin hacerme daño de verdad. Iker solo podía matarme. Me equivocaba. El perro negro cargó contra mí y me tiró al suelo. Mi cabeza golpeó el cemento y todo empezó a desvanecerse.

—Joder, Iker —escuché protestar a Juanca.

El albino se acuclilló a mi lado, tomó mi pulso y respiró con alivio. El perro ladró.

—Vamos —gruñó Juanca mientras me cogía en brazos—. Dios, como me duele la cabeza.

De no ser más que un perro, seguro que Iker se estaría partiendo de risa.



Me desperté con el sonido del tráfico envolviéndome. Un embotellamiento, a lo que asumí que estábamos a las afueras de la ciudad, en el peaje. Puede no haber un alma en las calles, ni un coche en las carreteras secundarias, pero el acceso a la autopista siempre era un infierno gracias a las sucesivas obras en la zona de Rande.

Iker ladró, avisaba que yo estaba espabilando. Notaría el cambio en mi respiración y pulso. Por suerte para mí, Juanca tampoco podía entenderlo siendo un perro.

—Hay tráfico, ¿qué quieres que le haga? —protestó el albino.

Solo tenía que preocuparme del perro. Apenas despegué los párpados para ubicarme. Estaba tendida en los asientos traseros, Iker asomaba desde el maletero. A Juanca podría caerle una buena multa. No se puede llevar animales sin protectores. Ojalá nos parase la poli, iba a ser divertido. No, no iba a serlo. A ver cómo explicaba Juanca que llevaba una chica inconsciente y un perro de cien kilos suelto.... A ver cómo explicaba yo que mi carné estaba falsificado. Mierda. Unai apareció en mi cabeza. Igual era hora de llamarlo, aunque dudaba que no conociese mis movimientos. Sospechaba, además, que mi amigo Lola y el poli se conocían. Seguro.

Por lo de pronto, debía dar esquinazo a los hermanos. En cuestión de kilómetros llegaríamos al pueblo. Allí Juanca podía darme una paliza a mí, o los dos se transformaban, o aparecían los refuerzos. Me concentré, nada de pánico. Iker ladró de nuevo. Juanca le dijo que casi estábamos, dejándose oír sobre la última canción de Imagine Dragons que emitían en la radio. Crucé los dedos porque no hubiesen puesto el seguro para niños. Me revolví, aferré el tirador. La puerta se abrió y me impulsé fuera. Caí de rodillas, dolió. De una patada, intenté cerrar la puerta para frenar a Iker. El akita negro lo impidió con la cabeza. A él también debió dolerle.

Salté el quitamiedos y me interné en la zona de monte con sus arbustos,

desniveles y árboles retorcidos. Eché a correr, pero Iker no se quedó atrás. Juanca se vio obligado a pasar la zona de peaje o la cola alertaría a quien no debía. Lamenté los cajeros automáticos. A ver qué pretexto le habría dado al empleado de turno.

Meterse en el bosque no fue sensato, pero peor sería saltar en plena autopista. No quería que me persiguiera un akita, pero tampoco que me atropellase un tráiler. Los dientes de Iker se cerraron sobre mi bota y caí de bruces. Un palo. Necesitaba un palo con el que pegarle. Una rama, más fina de lo que me gustaría, tendría que valerme. Me giré y le aticé en todo el hocico. La rama se rompió y me gané un nuevo gruñido.

—¡Eh, perro de mierda!

El grito nos rompió los esquemas. A mí se me vino el mundo encima al ver al pistolero. Rondaría los cuarenta, moreno, medio calvo. Ropa común, un revolver entre las manos, apuntando directamente a Iker. Una amenaza en toda regla, ningún animal se quedaría quieto. Desmembrar a un humano podría traerle a Iker muchos problemas, y el salvador no merecía la muerte.

—¡No! —exclamé saltándole encima al perro.

Caí sobre el perro, antes de que él cayese sobre el hombre, y antes de que el hombre abriese fuego.

—¡No pasa nada! —grité casi estrangulando a Iker.

El pelo mullido no impidió que notase el temblor del cuerpo de Iker. Quería matar a aquel tipo que seguía apuntándonos.

—Pero...

—¡Baja el arma! —exclamé—. Lo ves, no hay problema.

Iker gruñía de rabia. Se contenía, o me hubiera arrastrado, pero no aguantaría demasiado tiempo.

—¡Está gruñendo! —protestó el hombre.

—¡Porque estoy a punto de asfixiarlo! ¡Baja el arma!

Juanca llegó a la carrera y se lanzó contra el hombre. Le arrebató el arma. Se contuvo y le dejó la cabeza en su sitio. Iker estaba a un paso de perder el control.

—¡Basta! —grité—. ¡Lárgate!

El hombre recuperó la pistola, se la guardó en la espalda, y se levantó con cara de asco.

—Gilipollas —gruñó sin saber muy bien a quién insultar.

Cuando Iker se relajó, lo solté. Me puse de pie y me quité los restos de hojas y tierra de los vaqueros. Enfrenté a Juanca. Los tres nos merecíamos

intentarlo por las buenas.

—Vale, oye... ¿Podemos hablarlo? No quiero volver.

—Tienes que venir —sentenció Juanca, no tan considerado después de la paliza, el numerito, y el riesgo que acababa de correr Iker. Ahora, ni el albino sería amable conmigo.

—Ni de coña —dije entre dientes echando a correr de nuevo.

Regresaría al peaje. Quizá Juanca había dejado allí el coche con las llaves puestas. Hasta estaba dispuesta a vérmelas con la poli. Igual si llamaba a Unai él me libraba de la multa, o la detención. Quizá deberían detenerme. Era probable que en la cárcel estuviese segura, ¿no? Esta vez me derribó Juanca, y yo volví a quedarme inconsciente.



Durante los relatos, mi madre se metía tanto en el papel de narradora que a veces su cuerpo se agarrotaba y sus ojos brillaban de miedo. Si estábamos tumbadas sobre la cama, me estrechaba con fuerza. Si estábamos sentadas en la mesa de la cocina o en el salón, sus manos no dejaban de moverse con nerviosismo. Solía pasarle cuando hablaba del consejo de sobrenaturales. Líderes de cada especie imposible, fundado al establecerse en el mundo sin magia. Aquí fingían ser una gran familia. Emparentados, a nadie iba a extrañarle que se reunieran con frecuencia, o que trabajasen juntos.

La función del consejo nunca me quedó clara. En un primer momento pensé que se trataba de representantes de cada condición, unidos para facilitarles las cosas a otros sobrenaturales que decidiesen dejar el mundo mágico. Para cualquier criatura cambiar un reino de cuento por ciudades en las que carecían de dones debía ser traumático. Tras un par de relatos, comprendí que la labor del consejo estaba lejos de ayudar a alguien más que a sí mismos. Ni siquiera entre ellos se llevaban bien. El único motivo por el que permanecían unidos era para asegurarse unos privilegios, y una buena posición económica y social. Se trataba de los grandes en su mundo, aquellos que destacaban sobre sus congéneres por un mayor poder, o una mayor habilidad. La clase alta de los sobrenaturales y a quienes los demás debían rendir cuentas. Los miembros del consejo aceptaban perder su magia, pero no su dominio frente al resto.

El consejo y sus funciones dejó de importarme cuando mis cicatrices empezaron a escocer. Mis ojos seguían cerrados, pero sentí como la carne se separaba, y salía sangre igual que la noche en la que fueron hechas. Quise gritar, me revolví, pero alguien me tenía atrapada.

—Como vuelvas a pegarme con un palo te desnucó —siseó Iker.

Mis manos rozaron una piel tersa. Abrí los ojos y me esforcé por ver más que manchones. Iker cargaba conmigo por mitad del bosque. En forma

humana solo podía significar que estábamos en el pueblo.

—No —susurré.

Me revolví e Iker me dejó en el suelo antes de que yo me tirase. Me pasé la mano por la cicatriz del cuello y al retirarla no encontré sangre. Al subir la manga de la cazadora vi que mi cicatriz del brazo parecía intacta. Me estaba volviendo loca. Notaba un calor y una presión nada aconsejables.

—Rita —dijo Juanca con preocupación.

—No puedo volver —jadeé. No había aire. Le pasaba algo muy raro al suelo, ondeaba, y todo volvía a emborronarse—. No puedo volver a verlo.

—Eh, eh —dijo Iker muy cerca, aunque no pude localizarlo.

—Me encuentro fatal —gemí antes de que todo se volviera negro.



Mil voces entonaban un extraño cántico, envolviéndome con sus téticos susurros:

*“Ruge tan fuerte que sacude a los muertos.
Cabalga tan rápido que alcanza a los vivos.
Nada puede detener a la Bestia.
Nada puede escapar a la Pesadilla.”*

Cuando las voces se extinguieron, identifiqué el sonido del aire agitar los árboles del bosque. Y algo más. En otro universo se desarrollaba una pelea. Me pareció escuchar algún tipo de proyectil, o un látigo. Silbaba al cortar el aire. Luego estaban los gruñidos y unas voces más firmes que las anteriores, quizá por ser reales.

—¡Cógela!

¿A mí? Concentré todas mis fuerzas en abrir los ojos. Encontré un bosque común con su habitual olor a tierra. El movimiento llamó mi atención. Unas piernas cubiertas por vaqueros, y calzadas con botas de aspecto pesado, venían hacia mí. Estaba tendida de espaldas en el suelo del bosque. Levanté un poco más la vista para ver quién se acercaba por si podía ponerle rostro. Una mancha blanca y peluda, Juanca, derribó al hombre.

Un poco más lejos, había otro cuerpo. Más allá vi otro hombre vestido de cuero, o algún tejido similar. Una extraña capucha ocultaba su rostro. Llevaba entre las manos una cuerda metálica. Cuando el akita negro saltó, la cuerda se enrolló entorno al animal, devolviéndolo al suelo con un golpe. Me pareció escuchar un lloriqueo junto a un crujir de huesos.

El akita blanco, ahora teñido de rojo sangre, intentó atacar al hombre igual que su hermano. Una nueva cuerda surgió de la otra mano del hombre. El metal se enroscó entorno a Juanca y terminó en el suelo como Iker.

Iban a morir. Un estallido de dolor me sacudió de pies a cabeza y me arrancó un grito, porque la sensación era que me estaban arrancando un

pedazo. Antes de volver a perder el sentido vi un lobo, uno de verdad, de pelaje en tonos grisáceos. El animal tomó impulso y sus fauces se cerraron sobre el cuello del asesino.

8 BRUNO

Bruno la había sentido. Antes del olor, supo que Rita estaba cerca. Sus hermanos la habían encontrado. Buscarla no fue cosa de Adam, pero dudaba que se les hubiera ocurrido a ellos o, más bien, que hubieran dado con ella solos. No pensaba ir a recibirla hasta que percibió el olor de la sangre. La de Rita, la de Iker y la de Juanca.

Salió de la habitación con un puño de hierro apretando su corazón. Estaba allí, pero no tenía por qué estar viva. Si sus hermanos estaban heridos, ella podría estar muerta. Bajó las escaleras muy despacio para no ceder al impulso de correr a comprobarlo. No duró la espera. La puerta principal se abrió. Juanca entró primero, desnudo, salpicado de cardenales por el cuerpo y sujetándose las costillas. Su cara era un mapa y estaba llena de sangre.

Iker venía detrás, arrastraba una pierna, pero cargaba con Rita como si ella no pesase nada. También él carecía de ropa. Verla inerte entre sus brazos agudizó el deseo de atacar en Bruno. Los ojos verdes de Iker se encontraron con los suyos. Su hermano pareció inquietarse.

—Solo está inconsciente.

Eso parecía, por el modo en el que colgaba su cabeza y sus brazos. Le sentaba bien el modelito, a pesar de estar manchado de tierra. Vaqueros ajustados, botas altas, jersey y cazadora corta. Bruno quiso abrazarla, cubrir su rostro de besos.

—Me importa una mierda.

Bruno avanzó y sus hermanos se hicieron a un lado para dejarlo salir.

—Eh, oye, acaban de atacarnos...

Juanca intentaba prevenirlo. Ojalá Bruno se las viera con una pelea, y ojalá le dieran muerte.

—Que Luisa os eche un vistazo a esas heridas.

Rita también estaba herida, aunque no sabía dónde, ni debería importarle.

9 RITA

Sentía muchísimo frío. Temblaba bajo las mantas. La boca me sabía a sangre. Escuché un débil quejido y comprendí que era cosa mía. Unas manos delicadas acariciaron mi frente.

—Tranquila, pequeña, te pondrás bien. Solo ha sido... un susto.

Luisa. La mujer siempre tierna y adorable. Rompí a llorar sin remedio al pensar en mi madre.

—No va a pasarte nada. Tienes mi palabra.

Las lágrimas se mantuvieron, aunque me habría gustado reírme. No podía pasarme más de lo que ya me había pasado. Las manos siguieron acariciándome el pelo.

—No sabes cuánto lo siento.

El olor que me envolvía no era el que conservaba en mi mente y no solo por el deje del desinfectante para heridas. Notaba algo distinto. Entre mis párpados medio cerrados, y mis lágrimas, no reconocía nada. Estaba en la casa de los Merino, casi podría jurarlo, pero no había en aquella habitación ni un solo detalle familiar.

—¿Es cierto? ¿Le has sacudido a mi hijo?

Lo era, a los dos. Si no me encontrase tan mal, se lo diría. No hizo falta.

—Bien hecho, pequeña —susurró Luisa.

10 LOS MERINO

Juanca e Iker ocupaban el sofá del centro. Adam estaba sentado al otro lado de la mesa, en una de las butacas. Asun se había acomodado junto a la ventana. Bruno se mantenía cerca de la puerta con un oído puesto en la conversación, y otro en la habitación en la que Luisa atendía a Rita. Como los otros akitas podía no oír nada más que lo que le interesase, u oírlo absolutamente todo.

—¿Un lobo? —questionó Adam. Sacudió la cabeza y miró a sus dos hijos con expresión cansada—. No lo entiendo, empezad desde el principio. ¿Dónde está el coche?

Iker remoloneó un poco, Juanca se pasó las manos por el rostro.

—Fue...

—Intentó escaparse —atajó Iker tragándose la humillación—. Varias veces.

La risa de Asun le dio cien patadas a Iker. Su hermana se creía muy buena y a Rita muy débil. Él pagaría por verlas a las dos en terreno sin magia.

—Desde el principio —insistió Adam en tensión—. ¿Cómo la encontrasteis?

Bruno aguantó la fugaz mirada de reproche de su padre. Adam lo inculpaba a él. Iker era un rastreador muy bueno, y tanto Bruno como Adam habían dado por supuesto que siguió el rastro de Rita en él para localizarla. No lo habían compartido, seguían sin hablarse, pero se conocían demasiado bien para necesitarlo.

—La vimos hace unos días en el parque de la ciudad.

Asun volvió a reírse, quizá para esconder el enorme cabreo que sentía. De todos, ella era quien más lamentaba que los hermanos la encontrasen.

—¿Y la reconocisteis? —questionó Asun.

Los ojos verdes de Iker se clavaron en su hermana con toda su chulería.

—Está cañón, como para no verla. ¿Verdad que sí?

La atención de Iker pasó a Bruno, con aire desafiante. Bruno no entendió a qué venía, pero no caería en provocaciones. O Iker pretendía molestar a Asun o a él mismo.

—¿Y? —preguntó Bruno para que siguiese contando lo sucedido.

Como Iker seguía mirando a Bruno a la espera de algo que nadie tuvo

claro, Juanca tomó el testigo.

—La reconocimos, sí. Cuando nos reconoció ella, salió corriendo.

Hubo un silencio bastante tenso. Ganar en una carrera a dos akitas adultos era algo poco frecuente, incluso estando fuera del pueblo. Iker dejó de atender a Bruno para centrarse en el tema.

—Entrena y es una puta gacela. A parte de estar pirada —señaló la cara de su hermano—. No se la cruzaron los del asalto, le zurró ella. Me transformé para ir a rastrearla. Cuando cacé el rastro quedamos en que yo la asustaría y Juanca la reduciría.

—No se asustó —lamentó Juanca llevándose las manos a la brecha del labio, porque tocarse la frente era ver las estrellas—. Ahí se nos fue el plan a la mierda.

Iker sonrió perdido en el recuerdo.

—Todo un espectáculo, tenías que haberte visto. Te comiste la pared entera.

—Iker... —atajó Adam para que terminase el relato.

Iker alzó las manos con fastidio. Rememoraría ese instante durante siglos. Estudió a Bruno, encontrándolo inexpresivo y tan frío que parecía un bloque de hielo. Con él, hablaría luego.

—La empujé, se golpeó la cabeza y se quedó inconsciente —compartió Iker—. Ahí la metimos en el coche y nos la trajimos. Pero despertó en el peaje. Salió corriendo, de nuevo.

Asun los contemplaba como si hablasen en chino.

—Seréis inútiles.

A ninguno de los dos les sentó bien el comentario. Para no cargar contra ella, y que Adam tuviese que intervenir, Juanca continuó:

—No podía dejar el coche atravesado, Iker fue tras ella. Cuando pude aparcar me sumé. No... no supe que pensar, hasta que vi el arma.

Por las caras, Adam y Asun habían dado por sentado que Rita había intentado atacarlos. Bruno se mantenía serio. Por dentro, ardía. Veía el brillo en los ojos del par, Rita acababa de ganárselos, y le molestaba mucho más que cualquier intento de hacerles daño.

—Rita sujetaba a Iker —dijo Juanca con confusión—. Cuando le hablé al tío reparé en él y vi la pistola.

—¿Qué tío? —preguntó Adam aturdido.

—Un salva patrias que habría terminado desangrado —gruñó Iker con fastidio.

Iker reconocía que el fallo ahí fue suyo. Debería haberse contenido. De no ser por la sujeción de Rita habría matado a aquel hombre. Y la ley decía de forma muy clara que no se mataban humanos salvo que fuese imposible de evitar, mucho menos en forma de akita. Lo último que querían era que la policía científica sacase muestras y se organizaran cacerías de perros.

—Debía estar en el peaje o en el bosque —comentó Juanca—. Él solo vio a una chica a punto de ser atacada por el perro. Rita impidió que le disparase a Iker, y después que este se lo comiera por pensar en apretar el gatillo.

Con culpa, Iker bajó la cabeza para escapar de los ojos acusadores de Adam. Sin embargo, no pudo evitar defenderse.

—Si quisiera matarlo, estaría muerto. Me la habría sacado de encima.

—No si antes te estrangula —cuchicheó Juanca—. Eso era una llave.

—Era una llave —aceptó Iker a regañadientes.

Los ojos de Iker volvieron a Bruno. Que Rita supiera de defensa personal, y que escapase de ellos, parecía señalar a su hermano.

Bruno se enderezó. Leía la acusación manifiesta. No entendía qué demonios le pasaba a Iker, pero iba a enterarse.

—Tenéis que estar de broma —exclamó Asun entre dientes. Para ella, peor que el regreso de Rita, era que llovieran alabanzas de los dos descerebrados de la familia.

Adam volvió a intervenir para evitar el enfrentamiento entre los dos hombres y su única hija. Quería a Asun, sabía que para ella nada estaba siendo fácil, pero empezaba a molestarle tanto como al resto. De niña siempre había sido caprichosa. La marcha de Rita relajó un poco su empeño en llamar la atención como fuera y no quería volver a las mismas.

—La redujisteis —dijo Adam para que continuasen.

—Más o menos... —dijo Iker antes de corregirse—. No, sí, la redujimos. Luego despertó, le dio la mala, y se redujo ella solita. Supongo que demasiados golpes en la cabeza. Al poco, fue cuando nos atacaron. Tres humanos. Dos matones y un apaño de guerrero vestido de negro, con dos cuerdas metálicas que casi nos hacen papilla.

Juanca empezó a encogerse, todavía afectado por la sensación de asfixia que sintió atado.

—Nos tenía a los dos —murmuró Juanca—. Ahí apareció el lobo, le rajó la garganta al tipo, lo... destrozó. Nos enseñó los dientes y desapareció entre los árboles.

Ni Iker ni Juanca lo mencionaron, pero aquel animal les había dado miedo.

Ellos podían ser más grandes y fuertes, pero había algo inhumano en los ojos negros, completamente negros, del lobo. Ni siquiera habían pronunciado palabra sobre él mientras enterraban los cadáveres. En parte por convalecencia, estaban doloridos y agotados, sobre todo por terror.

El silencio de Adam mantuvo la expectación. El maestro intentaba hacer cábalas, aunque no era sencillo.

—Vale, la manada ya nos previno y mi secuestro fue la prueba. Alguien va a por nosotros.

Apenas tenían detalles. El anterior líder no había contado mucho y Adam no terminaba de fiarse del nuevo. Parecía conciliador y no tan reacio al peso del maestro, pero algo no encajaba. Como se temió, había humanos a la caza de mitos. La implicación del líder de los akita era lo que le preocupaba. Lo relatado por sus hijos no casaba con la historia de un puñado de humanos embrutecidos, sino de gente mucho más organizada.

—No iban a por nosotros —murmuró Juanca—. Creo que a quien querían era a Rita.

Adam asintió y se preparó para poner en su sitio a sus dos hijos.

—¿Por qué no me comentasteis que ibais a buscarla?

A pesar de la edad que tenían los dos se revolvieron por la culpa. Iker encontró valor antes que Juanca.

—No sabíamos si daríamos con ella, no queríamos darte falsas esperanzas.

Adam dejó salir una risa triste y contempló el techo un momento, a la caza de palabras. El nuevo líder exigía la presencia de Rita para valorar el riesgo que suponía dejarla libre. Si Adam se negaba, el líder lo tacharía de traidor, pero, si no la encontraba, no tendría con qué atacarlo. Rita había dado muestras de no ir a pregonar la existencia de los akita, pero Adam prefería no arriesgarse con el nuevo líder.

—Yo no quería encontrarla —confesó Adam.

Iker y Juanca lo miraron con incompreensión. Iker volvió a reaccionar primero. Señaló a Juanca con el pulgar.

—Me contó que te dieron un ultimátum. Tenías que encontrarla para que cuente lo que pasó, ¿no? Y también sé la verdad sobre por qué se largó. Es una mierda que me ocultéis cosas.

La voz de Bruno sonó amenazante.

—Como si antes te hubiera importado.

Iker se puso en pie de un salto. Lo señaló con el dedo.

—¿Y por qué no te importa a ti ahora? —Juanca se levantó para colocarse

delante de Iker y que no siguiera avanzando—. ¿Qué le hiciste, Bruno?

A pesar de la sorpresa, Bruno no dejó ver nada. Podía hablar de tantas cosas que no pensaba adelantarse.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Bruno sin dejar de fulminar con la mirada a su hermano—. Podemos ir fuera.

—¡Basta! —exclamó Adam levantándose y mirándolos con rabia—. El líder exige la presencia de Rita, pero ella se marchó por su seguridad. Es evidente que sabe algo y que quieren hacerle daño justo por eso. No la quería aquí, porque aquí es localizable y no podría enfrentar a ninguno. Lo importante: ¿tenéis idea de en qué bando están los que os atacaron? Yo ya no sé de quién fiarme.

Iker entrecerró los ojos sin dejar de mirar a Bruno.

—Yo tampoco, Adam. Yo tampoco —siseó antes de sacarse las manos de Juanca de encima. Con una última mirada de desafío, Iker esquivó obstáculos para dejar el salón y salir fuera de la casa.

Bruno hizo ademán de seguirlo. Quería saber de qué estaba hablando Iker, a qué venía la acusación, pero el sonido del teléfono lo detuvo. Como estaba al lado del mueble sobre el que descansaba el inalámbrico contestó él.

—¿Quién?

—¿Bruno? —preguntó Samara—. Bueno, bien, me alegro también de hablar contigo. Oye... tengo un problema.

Bruno cerró los ojos ante la presencia de más problemas. No quería a Samara allí. Lo último que necesitaba era que Rita y ella se encontrasen cara a cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno en tensión.

—Igual no es nada... —dijo Samara antes de dejar salir un suspiro—. Siento que sí es algo. ¿Recuerdas la amiga de la que te hablé? Es mi compañera de piso y no ha vuelto del trabajo. Antes de que pienses que soy una paranoica, al volver de tu casa la última vez que fui, la encontré hecha polvo... y creo que en casa estuvo uno de los vuestros. Oléis distinto a los humanos... No sé si me entiendes.

Bruno la estaba entendiendo tan bien que se preguntó si quedaba algo por torcerse.

—Joder —dijo para sí mismo—. Mira... Será mejor que hables con Adam.

Le pasó el teléfono y él se largó de la sala. El olor de Rita estaba por todas partes, pero salir fuera supondría vérselas con Iker y en ese momento no era una buena idea. Al límite. Se sentía al límite. La sintió de nuevo. Justo en lo

alto de las escaleras. El latido del corazón de Rita estuvo cerca de dejarlo sordo, y el propio pareció saltar a su encuentro. Como él, no quería verlo, pero el destino parecía empeñado en juntarlos. Bruno no exteriorizó nada, se fue a la cocina. Sabía que Rita retrocedería, se metería en la primera habitación, probablemente para no salir nunca.

La mesa volvía a estar en su sitio. Bruno se dejó caer en un taburete y buscó la calma en un punto fijo. No dejaría ver cuanto daño le hacían. No volvería a ser ese niño. Percibió a Asun en el recibidor. Su hermana no podía ser tan estúpida de intentar acercársele en ese momento. Ella sí salió fuera, chica lista. Adam apenas asomó por la puerta.

—Samara vendrá mañana después del trabajo. Todavía no sabe nada, solo que está en la casa —dijo antes de retirarse para bajar al sótano.

A saber qué pensaría Samara cuando descubriera que la amiga que quería presentarle era la misma de la que él le habló. A su pesar, recordó el encuentro en el piso. Buscó concentrarse en otra parte, pero una y otra vez volvía a aquella cocina, y la sentía temblar contra él.

La atención de Bruno al fin se desvió. Los tacones de Rita sonaban con fuerza. Bajaba las escaleras. Bruno la recordó entre los brazos de Iker y casi deja salir un gruñido. La Rita adulta no iba a quedarse escondida. Bruno notó que se detenía en la puerta de la cocina.

—¿Qué hago aquí? —preguntó Rita.

Bruno no se volvió, ni cargó su voz con nada más que indiferencia.

—Yo no te he traído.

—¿Dónde está Adam?

A Bruno la voz de Rita le parecía bonita hasta cargada de rabia. Se levantó, se giró y la enfrentó con su habitual máscara inexpresiva.

—Abajo —dijo sin necesidad de dar más señas.

La tensión agarrotó el cuerpo de Rita cuando Bruno se acercó para pasar a su lado. Quizá Rita no le tuviera miedo a sus hermanos, pero con él era distinto. Tal vez porque sabía que allí Bruno podría transformarse. Antes que él saliera por la puerta, Rita ya bajaba al sótano, con unos pasos no tan firmes.

Bruno asumió que debería irse. Verla le dolía tanto como no verla. La mujer en la que se había convertido le atraía como nadie. Si alguna vez tuvo alguna duda, ahora ya no tenían cabida. Ella era su pareja, su corazón la había escogido, pero el daño ya estaba hecho.

11 RITA

La casa estaba tan diferente que fue imposible que me asaltasen los recuerdos. Di gracias a la remodelación, aunque no tenía ni idea de a qué se debía. La puerta que conducía al sótano seguía en el mismo sitio. Igual que los escalones de piedra. Al parecer, el tiempo se había congelado bajo tierra, porque todo estaba más o menos igual que en mi recuerdo.

Localicé a Adam frente a la enorme mesa de estudio. Me daba la espalda, pero, como a Bruno, no iba a tomarlo por sorpresa. Quería emprenderla a reproches. No pude.

—¿Ya has descubierto de dónde vienen las brujas?

El hombre se volvió hacia mí con una sonrisa que también recordaba. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Quería correr y arrojarme a sus brazos, pero no podía.

—¿Por qué estoy aquí, Adam?

El cansancio desdibujó sus facciones. Me hizo un gesto y me acerqué abrazada a mí misma. Casi por instinto, ocupé el banco en el que me sentaba siempre para escucharlo. No recordaba que fuese tan bajo, aunque también era probable que ahora mis piernas fueran más largas.

—Hay problemas en la manada. Unos creen que soy un traidor, otros un santo.

—¿Y qué eres? —pregunté apoyando la espalda en la fría pared de piedra.

—Un poco de ambos —reconoció sin adornos—. Yo no quería que volvieras, pero Juanca e Iker desconocen los detalles. Te aseguro que lo último que esperaba era que fuesen a buscarte. Lo siento.

Yo también lo sentía. Tanto que no iba a aguantar mucho más entera.

—¿Por qué?

Me miró y vi la duda en sus ojos. Debería ser más concreta. Imposible. Demasiados detalles en el aire. Entre todos, por qué no me quería de vuelta. Sin embargo, empecé por el principio, y por levantarme.

—¿Por qué me dejaste entrar? Antes o después habrías tenido que sacarme.

Lo vi cerrar los ojos con derrotismo. Sí había envejecido. Estaba en deuda con él, pero me hacía tanto daño como Bruno.

—Porque cuando quise darme cuenta de mi error era demasiado tarde.

Le di la espalda más dolida que enfadada. Ser un error no le sienta bien a

nadie.

—Gracias por aclarármelo.

—Rita...

—No —siseé a un paso de la puerta—. Rita murió hace años. Tengo una vida y vosotros no formáis parte.

—Estás en peligro.

Tuve que reírme. Si esperaba que eso me asustara, que me inquietara, o que el miedo me hiciera permanecer a su lado, se equivocaba.

—Nunca he dejado de estarlo y la culpa es vuestra.



La casa por fuera también estaba diferente. Seguía siendo de piedra, pero casi podía jurar que no eran las mismas. Permanecía intacto el bosque que la rodeaba. Hectáreas de árboles y desniveles. La noche se extendía en un cielo inmenso repleto de estrellas. No veía a nadie por ninguna parte con tantas sombras, pero sabía que estaban ahí fuera. En qué forma, ni idea.

Me senté en los escalones del porche. Las luces de la casa, y la enorme luna llena, iluminaban mi alrededor aplacando un poco la sugestión. Atar cabos no era mi fuerte, o habría descubierto antes lo que eran, pero una idea general sí tenía. Yo sabía algo, algo más que la existencia de los akitas, y unos querían saber qué era, mientras otros se esforzaban por mantenerme en silencio. A mi mente acudieron Unai y Lola. Recordé el hombre vestido de negro de las cuerdas que nos atacó en el bosque. Que cosa más rara. Todo atrezo, sin resultar llamativo, pero destilaba peligro.

Cuando me di cuenta había dejado el porche y avanzaba hacia el bosque. Lo había hecho un millón de veces, años antes. Me gustaba pasear entre los árboles hasta de noche. El olor, la humedad, los sonidos. Me quedé muy quieta, desafiando a la vegetación por ocultar tantos secretos.

Bruno se detuvo a mi lado. Estaba altísimo, mi cabeza malamente le llegaba al hombro. Su tamaño parecía convertir el mío en algo ridículo.

—Cada año se celebra una procesión hasta el lago en memoria de las víctimas. Nosotros siempre nos quedamos en casa. Al próximo voy a ir y quiero que tú también vayas.

Me crucé de brazos a modo de defensa. Su voz podría congelar el infierno. No me proponía una cita, ni un modo de limar asperezas, ni nada positivo. Tampoco era algo simbólico como cerrar un círculo. Me pareció más otra forma de ataque. Quienes acudieran al lago ya no se acordaban de mí, si es que alguna vez me tuvieron en cuenta, pero quizá mis padres habían ido a cada encuentro. La traducción era sencilla: asume que llevas años

obligándolos a llorarte sin motivo.

Su mano se abrió y ante mis narices apareció el colgante que me había regalado. Un nudo perenne con su cadena, todo en plata. Alcé la mano para cogerlo, pero Bruno volvió a capturarlo entre sus dedos.

—Eso es mío —dije sin atreverme a mirarlo.

Recordé el momento en el que me lo dio por primera vez y sentí que me temblaba la barbilla. Otra promesa: siempre estaríamos juntos, jamás dejaría de quererme. Los dos estábamos en la buhardilla, el lugar que más me gustaba de toda la casa. En el espacio a rebosar de cajas y bultos habíamos improvisado una salita en el centro que era solo nuestra. Me pregunté cómo estaría ahora. Al momento, descarté la idea de ir a comprobarlo. El movimiento me alertó. Bruno echaba el brazo hacia atrás, y lanzó el colgante con tanta fuerza que pronto dejé de verlo.

—Pues vete a buscarlo —dijo como si nada antes de alejarse.

Me quedé allí plantada, temblando de rabia. Sentí el picor en los ojos. No iba a llorar, no me daba la gana de darle el gusto. El colgante había sido cosa suya, así que podía hacer con él lo que le viniera en gana.

El sonido de mi móvil me sobresaltó. Normal que no me lo quitaran. No iba a llamar a la policía y no había en mi vida nadie a quien contarle cómo me iba. Corrección, Samara. No reconocía el número, no era el de mi compañera. Respondí con cautela.

—¿Sí?

—¿Vuelves a ser Enriqueta? —preguntó Unai al otro lado de la línea.

A pesar de cuanto chirrió el nombre en mi cabeza, dejé salir una suave risa.

—No recuperaré ese nombre en la vida.

—Me alegra, sí que es horrible.

Mi amigo poli no podía tacharse de sincero, pero me alegraba oírlo. Me pareció percibir movimiento entre los árboles. Seguro que mi charla iba a ser de dominio público, pero no podía evitarlo.

—Así que no dejaste de vigilarme.

Me llegó su risa. Pareció calentar un poco mi interior. Por darme una falsa sensación de intimidad, le di la espalda al bosque y entré en la casa.

—Eres un peligro, Lucía, no se te puede dejar sola. Y deberías ir a que te lo miren, no es sano que te secuestren tanto.

La escalera que llevaba al primer piso me sirvió de asiento. Mis ojos contemplaban la nueva decoración, igual de extraña que la anterior, pero diferente. Lo que había sobrevivido parecía indicar que se las habían visto

con el fuego. Como el cuadro en el que estaba pintado un caballo que se alzaba sobre sus patas con aire orgulloso. Un animal formidable, si no estuviese medio descompuesto. En la grupa o en las patas, en el cuello, se veían heridas y hasta partes del hueso. Una placa le daba nombre: La pesadilla. Me centré en la charla.

—Oye... ¿Tienes algo que ver con Lola? —le pregunté.

—Oh, no, Lola va por libre —aseguró Unai con un lamento—. Ten cuidado con él, en serio.

—¿Es poli?

—Para nada, es un asesino —respondió Unai—. Y de los mejores. Es Libra, aunque supongo que te lo contó él mismo.

Algo había dicho, pero tampoco Lola era del todo sincero. Quería preguntarle más cosas a Unai, pero me mordí la lengua porque empezaba a ver qué era eso que querían saber unos: La Orden de los Caballeros Blancos.

—Mencionó el zodiaco, pero no que fuese un asesino.

—Pues lo es. ¿Cómo te va, Lucía?

Vale, también Unai podía preguntarme más cosas, y contarme otras tantas, pero no iba a hacerlo. Podía equivocarme, pero tuve la impresión de que esa llamada era únicamente para darme una pista de por dónde iban los tiros, y hacerme sentir menos sola.

—Podría estar mejor. Y en mi casa. ¿Te apetece venir a rescatarme?

—Dudo que sea buena idea que yo me acerque al pueblo.

Nos reímos al mismo tiempo. Si Unai era algo, en el pueblo no iba a ocultarlo. Me pareció increíble no sentir rechazo o preocupación. ¿Qué podría ser? A mi mente acudieron todas y cada una de las especies sobrenaturales que conocía, pero ninguna me parecía correcta para él.

—No sé por qué lo suponía —dije con resignación.

—Cuando vuelvas a la ciudad... esta vez llámame, ¿vale?

Lo haría, y me sorprendió sentir confianza hacia alguien que me ocultaba un montón de cosas. Dejé salir un suspiro de cansancio.

—Es probable que lo haga.

Justo cuando colgaba, Bruno salió de la cocina. Noté que la sonrisa, y la buena sensación, se iban. Pasó junto a mí como si nada, no sin antes lanzarme una mirada rabiosa. Debería haberme estado callada, pero no pude.

—¿Tienes algún problema?

—Lo tendrá ese tío como ponga un pie en mi territorio.

Me levanté como un resorte y fui tras él. Tampoco debería, pero estaba

harta de sentirme en desventaja, y culpable. Y no soportaba su indiferencia.

—¡Uuuh! Define territorio.

Me estaba poniendo chula. Se detuvo cuando yo estaba en lo alto de las escaleras y se volvió. Se acercó despacio, tan amenazante, que di un paso atrás. De no haberme sujetado al pasamano, ahora estaría en el recibidor con el cuello roto. Y él no habría movido un dedo por evitarlo.

—El pueblo —puntualizó Bruno antes de mirarme con asco y darme la espalda de nuevo—. Lo que haga contigo me trae sin cuidado.

También lo que pudiera pasarme, acababa de confirmarlo. Fui tras él impulsada por la ira. Aceptaba que no me quisiera, pero no que la amistad que tuvimos no significase nada.

—¿No puedes entender que estaba asustada? —le grité.

No lo detuve, siguió rumbo a una de las habitaciones. Dudaba que fuese la suya, seguro que se colaba en ella para sacarme de encima. No me daba la gana. No podía asimilar que había perdido por completo a mi mejor amigo.

—No —dijo a modo de sentencia antes de cerrar la puerta.

La abrí al momento. Bruno seguía de espaldas y ahora se llevaba las manos a la cabeza con un resoplido. La sala de estar era amplia, pero él tan grande que la volvía ridícula.

—¿Te has parado a pensar alguna vez en cómo fue para mí? Estaba preocupada. ¡Creí que te morías! Y luego... ¡Me asusté! —exclamé porque había tenido motivos—. ¿Cómo iba a reaccionar si no?

—Lárgate —dijo entre dientes.

Iba a replicar, hasta que reparé mejor en su cuerpo. Bruno resollaba, estaba algo encorvado. La tensión marcaba tanto su musculatura que se intuía bajo la tela de su camiseta.

—Bruno... ¡Yo quería quedarme contigo!

—Pero te fuiste —dijo haciendo un gran esfuerzo por controlarse—. Pensaba que estabas muerta, pero tú sabías que yo estaba vivo. Igual que tus padres. ¿Te has parado tú a pensar cómo fue para los demás?

—Eso no es justo —conseguí decir con voz tomada—. Yo no elegí irme, pero quedarme habría supuesto muchos más problemas.

—¿De verdad te crees eso? —cuestionó con todo su escepticismo.

La culpa me sacudió de pies a cabeza. Doce años atrás todos nos veríamos en serios problemas de quedarme, pero no fue el motivo por el que acepté irme. Sentí las lágrimas en mis mejillas. La verdad no haría cambiar el concepto que tenía de mí, pero jamás le había mentado.

—Eso fue lo que me dijo Adam —reconocí—. Lo acepté porque, en ese instante, sí te quería lejos. Después, pasa el tiempo. Y, cuando te das cuenta, todo es distinto.

Lo vi aferrarse al respaldo de la silla. Su voz no había sonado tan dura en la vida.

—Vete.

Cuando empezó a quitarse la ropa no tuve la menor duda de que estaba a punto de convertirse. El pánico regresó desde lo más profundo de mi mente. Mi corazón se agitó y mi respiración amenazó con colapsarse. Mi reacción era idéntica a la de entonces, igual que su rabia. Se desabrochaba los pantalones cuando salí por la puerta. Podía enfrentarme a Iker, a Juanca, a la manada entera. A él me era imposible.

Me insulté y me dejé caer en el primer escalón de la escalera que unía las plantas. El miedo es una sensación tan fuerte que puede anularte hasta después de tanto tiempo. Sabía que Bruno solo podía hacerme daño si me acercaba demasiado, pero no había podido permanecer ni a varios pasos.

Me llegó el sonido de sus patas. Si se me echaba encima no podría culparlo por ello. Yo estaba en mitad de las escaleras, debería moverme para dejarlo pasar, pero no pensaba hacerlo. Su respiración sonó muy cerca, su cabeza asomó por mi derecha, su hombro rozó el mío. El pelaje atigrado en tonos oscuros acarició mi piel provocándome un escalofrío. Mi mano quería acariciarlo, ascendió mientras él me sorteaba. Al sentir el roce, giró la cabeza y me enseñó los dientes. Dejé caer la mano sin la menor duda de que mi confesión había complicado más las cosas.

12 BRUNO

Rita jamás me había mentido. Me alegraría que mantuviese la costumbre, si la verdad no me hiciese pedazos. Se fue porque no quería estar conmigo. Me daba igual que fuese durante un instante o un siglo.

De tan ensimismado, y rabioso, casi paso por alto la amenaza. Pero al perro negro le quedaba mucho por aprender para poder cogermelo desprevenido en plena noche. Iker se lanzó contra mí, pero el que terminó contra la tierra no fui yo.

Se transformó en humano y a mí me hirvió la sangre. Ya es bastante malo una conversión no controlada, para vérmelas ahora con los reproches de Iker. Rita jamás le había importado. ¿A qué venía ese interés ahora? La sola idea de que él le pusiera las manos encima me impulsó a gruñirle.

—Transfórmate —exigió Iker con entereza, pero el brillo asustado en su mirada no podía ocultarlo.

Lo hice, porque en forma animal era más complicado controlar los impulsos. Mi valor en la manada se debe a mi habilidad. Todavía no hay quien me haya derrotado, tengo más fuerza que la mayoría, y a menudo más suerte. Como humano me las apañó igual de bien, por lo que no es la primera vez que me piden que deje el pueblo y me una a la policía que tiene el líder. Podría hacerlo, pero dejar este lugar me es imposible, y no puedo explicar el motivo. Por mucho que me cabree, por muy dolido que esté con él, mi hogar está con Adam. Además, aquí conservo mis mejores recuerdos. También los más duros, pero ambos son necesarios para recordar lo frágil que es la felicidad.

Me mantuve en pie, listo para largarme antes de matar a Iker por meter las narices dónde no debía. De tan enfadado, ni siquiera sentía el rocío que helaba mi piel desnuda.

—¿De qué se me acusa? —repliqué entre dientes.

Pareció dudar. Algo había cambiado desde la reunión del salón. Lo mismo se le había asentado el cerebro, y se le pasaba lo de cabrearme.

—¿Qué sabes de ella, de su vida?

Tenía un don para sacar lo peor de mí mismo.

—Que estaba muerta, hasta que dejó de estarlo. Igual que tú. No, tú sabes más.

Iker parecía absorto, pensativo, todavía me miraba con desconfianza. Me pudo la impaciencia.

—¿De qué va esto? Suéltalo de una vez.

Iker debía vérselas con un dilema de los grandes. Soltó un quejido lastimero y sacudió la cabeza.

—Mira... es... Lo siento, creí que habías sido tú. Cuando llegamos, Rita entró en pánico. No podía volver, no podía volver a verte. Eso fue lo que dijo. Es a ti a quien tiene miedo.

—Eso lo tengo bastante claro —dije preguntándome por qué seguía allí, metiendo el dedo en la llaga. Mi cerebro encontró algo raro—. Creíste que había sido yo, ¿qué?

Iker se señaló el cuello.

—Los tajazos.

—¿De qué hablas?

Mi hermano se explicaba de pena, sobre todo si tenía la cabeza muy lejos.

—Juanca me contó que cuando se enteró de que estaba viva, le había preguntado a Adam qué sucedió. Él le dijo que te vio transformarte y le diste miedo. Me olió raro. Para que Rita te cogiese miedo a ti, tendrías que haberla cagado mucho. Luego vi las cicatrices, todo el rollito ese de defensa personal. Lo siento, hermano. Supongo que le pasó algo chungo, pero ya no creo que sea contigo.

Asentí, listo para irme, envuelto en una sensación muy extraña. No sabía bien de qué hablaba Iker, pero seguro que antes o después iba a descubrirlo.

13 RITA

Me encontraba mal. Me había encerrado en una de las habitaciones para invitados y no pensaba salir. Ni cenar con la familia. Tenía excusa, el estrés, los golpes. Necesitaba descanso, pero mis ojos no podían estar más abiertos. No iba a pegar ojo en toda la noche, sobre todo por lo que pudiera depararme el amanecer. Luisa me había dejado algo de ropa para lavar la mía. Una camiseta y unos leggins que, esperaba, no fuesen de Asun. Cuando sentí girar el tirador de la puerta, contuve el aliento ante la idea de quién pudiera ser. Me senté en la cama, lista para enfrentar la vista.

Bruno apareció con su gesto inexpresivo. Se me acercó y se detuvo delante. Su mano hizo ademán de tomarme de la barbilla para que alzase el rostro. Lo aparté de un manotazo. Me puse en pie, aunque eso implicase tenerlo todavía más cerca. Mantuve mi voz firme:

—¿A qué has venido?

Sus ojos descendieron por mi rostro y se centraron en mi cuello. Cuando me apartó el pelo, me eché a temblar de pies a cabeza. El roce de sus dedos en mi cicatriz logró arrancarme un mareo. Tuve que aferrarme a él para no irme al suelo.

Lo solté al momento, aunque sentí una de sus manos en la cintura. Él me habría sostenido. Busqué sus ojos, pero no encontré nada más que frialdad.

—¿Tan mal te fue?

—¿Qué? —pregunté, confundida.

Una mano seguía en mi cuello. La otra atrapó mi muñeca para alzar la cicatriz del brazo. No estaba entendiendo nada, no comprendía qué pretendía.

—Una parte de mí se alegra tanto de esto —dijo Bruno—, que lamento no poder felicitar al artífice.

Intenté soltarme, pero me retuvo con una sonrisa perversa. Caí entonces en que él no tenía ni idea de lo que me había hecho, que se lo atribuía a otro. Me reí de pura incredulidad y soporte su mirada, ahora desconfiada por mi risa. Sonreí, le sonreí como hago a toda esa gente que me importa lo más mínimo, confundiéndolo.

—Te falta una —susurré sin perder la sonrisa, lo que lo puso en guardia. Seguro que él tampoco me reconocía.

Agradecí llevar los leggins. Su cintura elástica iba a darme mucho margen.

Giré la muñeca con suavidad para atrapar la mano de Bruno, y la deslicé bajo la ropa hasta las marcas de la cadera. Tocarme no lo estaba dejando indiferente, a mí tampoco, pero en ese momento mi única intención era dejar las cosas claras.

—Tienes memoria selectiva, ¿no? Yo soy la zorra que te abandonó, eso me lo has dejado claro. ¿Quieres saber quién eres para mí? El perro que me marcó para toda la vida.

Le costaba respirar, temblaba. No me creía.

—Yo no pude hacerte esto, Rita.

—Oh, sí que pudiste, créeme, yo también estaba allí. Fue a mí a quien le dolió.

Intentó apartarse, pero no le solté la mano. Lo sujeté del brazo. Podría librarse de mí con facilidad, pero parecía haberlo olvidado.

—¿Vas a volver a transformarte? —pregunté—. ¿Probamos a ver si ahora lo recuerdas?

Cerró los ojos para no verme, o quizá para hacer memoria. Su voz sonó distante.

—Solo recuerdo que intenté apartarte.

Eso era cierto. Lo solté y retrocedió un paso. Me dio la espalda, revolviéndose el pelo con nerviosismo. También para mí había pasado el tiempo, y la situación fue extrema. Creía conservar todo detalle, pero podía estar equivocada. Intenté explicarme lo mejor que pude.

—Lo intentaste, por eso me hiciste daño. Porque querías alejarme, pero yo no quería apartarme. Estaba preocupada por ti, por lo que te pasaba.

Su voz volvió a sonar fría.

—Adam me dijo que te había arañado, sí, pero si los arañazos hubieran sido tan profundos como para dejar esas cicatrices, habrías terminado desangrada.

Justo lo que necesitaba, que me tachase de embustera.

—Mírame —exigí, porque en ese momento la dañada era yo, él no tenía ningún derecho.

Se volvió. Nos miramos en silencio unos instantes. Al fin pareció perder el aire frío, pero no el distante. Se sentó en la cama y yo me senté a su lado. Le costó dejar salir las palabras.

—Recuerdo estar enfadado, a ti gritándome. Luego, veo tu rechazo.

Intenté dar mi versión, un poco ausente. Parte de razón tenía, las cicatrices eran desmesuradas, cuando apenas perdí sangre. Ni siquiera necesité puntos,

pero no se fueron, siguieron ahí como una señal blanca testigo del momento.

—Estabas enfadado y yo te gritaba. Luego grité porque me dolió. Ahí apareció el miedo. Sí recuerdo todo lo que pensé, las dudas...

Lo vi apoyar los codos en las rodillas. La vista fija en la puerta, seguro que planteándose largarse y dejar de oírme. No iba a engañarlo a él, ni a mí misma. Qué difícil era asumir los errores.

—Luego... Adam me dejó en el hospital. Creo que habló con algún médico. Me dijo que no podría volver, y que nadie debía saber que yo seguía con vida. Nunca. En ese momento no quería volver, pero no duró mucho tiempo. Sin embargo, seguí asustada. Y, cuanto más tiempo pasaba, menos quería pensarlo. No supe que llevo todo este tiempo esperando regresar hasta que encontré a Adam. Si repites la mentira muchas veces, te la crees.

Guardé silencio. Le cedía el turno, pero Bruno no parecía dispuesto a hablar. Seguía inmóvil, con los ojos muy lejos de los míos. Al mirarlo, no podía evitar buscar alguna similitud con el chico que fue. Su cuerpo desarrollado, su bonito perfil, no daban la menor pista. El Bruno que yo conocí no estaba a mi lado.

Se puso en pie y sus ojos encontraron los míos. Ya no podía leer en ellos como antaño. No desvelé la menor pista sobre lo que pasaba por su cabeza. Aquel hombre era un completo desconocido.

—No voy a pedirte perdón por eso.

No lo conocía, y empezaba a sospechar que no quería conocerlo. El capullo arrogante no iba a caerme bien.

—No lo pretendo, sé que no lo hiciste a propósito.

Me evaluaba. Igual también buscaba en mí restos de la niña. Tampoco encontraría nada. Había mentido tanto, que la mujer que era ahora no podía ser más opuesta.

—No, en su momento no fue a propósito, pero ahora tampoco lo siento.

Me reí a desgana al ver por dónde iba. Se alegraba de haberme marcado, del daño, de todo el mal que pudo causarme. Si el miedo te arrastra, el odio te consume. Aniquila cualquier buen sentimiento, lo desintegra hasta no dejar absolutamente nada. Eso le había sucedido a Bruno. Intenté verlo desde su perspectiva. La persona que siempre estuvo a su lado, su único apoyo y consuelo, le había dado la espalda. Perderme resultaba doloroso, tanto como ser rechazado. Uno no puede seguir adelante si no canaliza los sentimientos intensos. Yo me hubiera muerto de tristeza de dejarme llevar por los míos. La defensa de Bruno había sido repudiarme. Llevaba haciéndolo tanto tiempo,

que también él se había convencido de lo mala que era yo. La niña que fui habría sabido rescatar al chico, la mujer que era ni sabía por dónde empezar, ni pensaba tomarse la molestia.

No había más que decir. Bruno salió por la puerta y yo seguí sentada en la cama, pensando. ¿Qué quería? ¿Me interesaba volver a entablar relación con los Merino? ¿Merecía la pena? No eran mi familia, mi familia estaba muerta por una amistad que jamás debió darse. A veces es mejor conservar un recuerdo bonito, otras ni siquiera eso se salva. No quería quedarme allí, no quería volver a ser para ellos la niña que fui, porque no lo era, y tampoco había sido maravilloso ser la pringada de turno. Debía tomar una decisión, elegir el papel a desempeñar, sin contar con nadie más que conmigo misma. Había sobrevivido años sola. Podía seguir haciéndolo perfectamente.



Con los primeros rayos de sol dejé mi habitación. Me había negado a cenar con la familia, pero no pensaba morir de hambre. Por eso estaba en la cocina, y aquel era el territorio indiscutible de la eterna ama de casa. Mi recuerdo de Luisa tampoco se veía afectado por el tiempo. Seguía siendo una mujer alta, más bien ancha, y llevaba la melena encanecida presa en un extraño moño. Una especie de rosca que parecía de lo más antigua.

—¿Nunca has pensado en teñirte? —pregunté un poquito insolente. No tenía nada contra ella, solo me generaba un cariño, y una ternura, que me molestaban.

Yo estaba sentada a la mesa de roble, ella en pie ante la cocina. Me lanzó una mirada por encima del hombro y percibí en su boca una ligera sonrisa. Me pregunté dónde estaban los demás. Adam podría haberse refugiado en el sótano. Juanca e Iker igual habían vuelto a la ciudad. Bruno podría estar al lado, o a kilómetros.

—Si lo hiciera, me destrozaría la pituitaria.

Vale, tenía sentido. El olor del amoniaco ya era insoportable para una persona normal, cuanto más para alguien con el olfato tan desarrollado.

—Hay tintes de gena —comenté.

Me llegó su risa. Me estaba comportando como una idiota, pero no sabía de qué otro modo desenvolverme. Hasta donde sabía, no dejaría aquella casa hasta que llegase el líder. Yo no quería verlo, pero él sí quería verme a mí. Proceso de traición y tal. Valorar cuanta amenaza encerraba. Todavía no había decidido cuan amenazante mostrarme. Les llevaba ventaja, seguro que ni les sonaba lo de la Orden, pero no tenía claro si sería bueno darles detalles. No habían contado conmigo, no tenía por qué contarles una mierda.

Escudriñé a Luisa y recordé que ella no podía tener hijos. ¿Por qué? De mis lecturas pasadas sabía que los akita solo eran fértiles en forma animal, motivo por el que no tenía un pequeño Bruno gestándose tras el encuentro en

mi cocina. La sola idea me provocó una sensación de vértigo. Un hijo con Bruno. Para no empezar a hiperventilar, necesitaba centrarme en la mujer. Ella también era akita, así que eso no debería suponer un problema. O me habían mentido. No, recordaba haber hablado con Luisa de ello —de cría era una bocazas curiosa—, y ella había sido sincera. Debía ser cuestión de genética, igual que con los humanos. Podía preguntar de forma directa, pero preferí seguir en mis trece.

—Tiene que ser un shock —dije ganándome otra mirada de desconfianza—. De pronto le estás cambiando los pañales a tu hijo y, ¡zas!, tiene patas.

Luisa dejó salir un suspiro cargado de paciencia.

—La transformación suele darse cerca de los dieciocho, cuanto más adulto más sencillo de controlar, o comprender, y menos traumático. Lo de Bruno fue una excepción, supongo que no tengo que explicarte qué lo impulso, ¿verdad?

Jaque mate. No pensaba seguir por ese camino. No quería hablar, ni pensar, en el niño que fue Bruno. Por suerte, Luisa tampoco. Lástima que sus siguientes palabras no mejorasen la charla.

—Adam compró la casa de tus padres. Supongo que por si volvías. Nunca pregunto, porque si debo conocer las respuestas no tendría que pedir las, pero ahora entiendo por qué lo hizo. En realidad, siempre me costó creer que te hubiera hecho daño.

La sola idea de poner un pie en la casa de mis padres me provocó una sensación de vértigo. Mi desayuno, un tazón de cola cao y unas tostadas que estaban de muerte, iba a quedarse a medias. Lo último que me apetecía era mantener una charla profunda con la madre adorable.

—Nunca pregunto a mi hombre —dije del todo desdeñosa—. Eso es tan retro como tu peinado. Gracias por el desayuno, pero se me ha quitado el hambre.

Me levanté dispuesta a marcharme, pero la mujer se giró y sus ojos atraparon los míos.

—Siempre supe que aceptarías lo que éramos y siempre te quise en esta casa.

Tremendo golpe bajo. Enfrentarme con palabras bonitas, y sinceras, consiguió que la odiase tanto como al resto.

—Yo no diría que he aceptado nada, más bien se me ha impuesto, por eso de no terminar muerta —resalté entre dientes, lista para volver a encerrarme en mi cuarto.

La voz de Luisa me persiguió escaleras arriba.
—Si lo repites lo suficiente, igual te lo crees.



Mi encierro no duró demasiado. Entre el aburrimiento y los nervios no tardé en dejar la habitación, y salir a tomar el aire. Recordé mi colgante. Mis pasos me llevaron hasta la linde del bosque. Me pregunté si sería capaz de internarme en la espesura. No lo haría por temor, aunque no sabía qué me asustaba más, si encontrarme a alguien o verme asaltada por los recuerdos.

Un enorme akita color rojo fuego asomó entre los matorrales. Asun. Sentí una punzada de temor, porque los ojos marrones destilaban odio, y los labios estaban a un paso de replegarse para enseñarme la hilera de dientes mortales. No me quedaba más que mi orgullo, aunque no me sirviera para nada.

—Vaya —dije estirándome todo lo posible—. Me había olvidado de ti... otra vez.

Asun dejó salir el esperado gruñido. Profundo, rabioso, su cuerpo se preparó para el ataque. Temblaba, porque debía contenerse, y ambas lo sabíamos. Recordé nuestro último encuentro y lamenté haber dado una imagen tan deplorable. No iba a ser la única afectada. Si me hubiera matado, las dos no habríamos ahorrado este momento.

—¿Qué? ¿Arrepentida? —pregunté.

Los dientes de Asun cortaron el aire al sacudir la cabeza con un gruñido y un mordisco. La tensión del animal era tácita, y yo empezaba a sospechar que se arrepentía lo suficiente como para no ser capaz de controlarse. Que no me quería allí era de dominio público. Que me quería muerta empezaba a ser palpable. Tocaba huida cobarde, porque la triste realidad era que carecía de defensas contra ella.

Eché a correr de regreso a la casa. Volví la vista para comprobar cómo de mal me iba. Asun se contenía, lo estaba viendo, pero hay cosas que no pueden cambiarse, y las ganas de seguirme y hacerme pedazos estaban a un paso de arrastrarla. Más me valía llegar a la casa antes. Luisa seguro que la interceptaba.

A quien vi en la puerta principal fue a Bruno. Su máscara inexpresiva me impidió desvelar qué haría él. Parecía a punto de salir, ¿me habría escuchado y pensaba meterse para que su hermana no me hiciera papilla? Nada más lejos. Bruno retrocedió un paso y cerró la puerta.

—No, no, no —lamenté a dos metros del porche.

Giré la cabeza mientras salvaba los escalones, a tiempo de ver a Asun avanzar hacia mí. Su autocontrol se iría más rápido a paseo tras el consentimiento claro de Bruno. Empujé la puerta, giré el tirador. Había cerrado con llave, o estaba apoyado en la puerta con su enorme cuerpo, algo que yo no movería ni en un siglo.

—¡Bruno! —grité sin atreverme a localizar al perro rojo, pero sintiéndolo cada vez más cerca. Mis puños golpearon la madera—. ¡Bruno, abre la puerta!

—¡Bruno! —exclamó Luisa al otro lado—. ¡Apártate!

Escuché el chasquido de apertura, justo cuando el gruñido de Asun se enroscaba en mi cuello. El akita debía estar, como mínimo, al pie de los escalones. La puerta empezó a abrirse más despacio de lo que me gustaría, pero se cerró de nuevo con un golpe seco que me hizo dar un respingo. La voz de Bruno me llegó con una claridad insoportable:

—Nadie la mandó cabrearla.

Pegué la frente a la madera. Ahí se terminaba mi vida, a manos de una mujer que me detestaba. No era el fin que hubiese escogido, pero en parte me lo merecía, porque nadie me había mandado cabrearla. Escuchar el sonido de los huesos al transformarse me desconcertó. ¿Asun volvía a ser humana? Su voz me dio la respuesta.

—No mereces ni el esfuerzo —dijo con todo su regocijo.

Debería conformarme con que ella se conformase. Me había puesto en mi sitio. Bruno demostraba una vez más que lo que me pasase le traía sin cuidado, y estaba de su parte. Asun ya tenía lo que quería.

La puerta se abrió y me retiré, no sin antes lanzarle una mirada rabiosa a Bruno. Él ni me miró, pasó junto a mí para ir directo a por Asun. Me volví para emprenderla a reproches, pero no salió ninguno. Noté algo muy extraño a la altura del corazón, casi un chasquido. Lo mismo había terminado de romperse al ver cómo Bruno abrazaba a Asun. Sus manos se deslizaron por la piel desnuda de la mujer. Ella también se olvidó de mí para centrarse en el apuesto rostro. Los labios de Bruno alcanzaron su oído. Asun giró la cabeza para buscar el contacto de su piel.

—Vamos —le dijo Bruno con un ronroneo que me erizó el vello de la nuca—. Tú y yo podemos hacer cosas mucho más divertidas.

Me asaltó un ligero mareo, me habría caído, si Luisa no me hubiese envuelto entre sus brazos, obligándome a entrar en la casa y apartar los ojos de la pareja.

—Tranquila —susurró muy despacio, como si supiese mucho mejor que yo lo que acababa de pasarme.

Dejar de verlos aplacó un poco la mala sensación. Se le parecía a la que me asaltó en el bosque a mi llegada. Como si el aire se extinguiera y el suelo ondeara. La imagen de Bruno y Asun juntos me provocó una descarga que sacudió todo mi cuerpo. Las lágrimas surgieron imparables, pero me tragué el menor sollozo, para que ellos no oyesen como lloraba. Por mantener el secreto, Luisa tampoco dijo palabra.

Me dolía verlos juntos. No sé si venía de mi odio hacia ella, o de mi atracción hacia él. Si era obra del pasado o del presente. Si implicaba algo en vistas al futuro. No sabía que era, pero resultaba muy desagradable. Lo único que me impedía ceder al dolor era, precisamente, la necesidad de ocultarlo para que nadie fuese consciente.

14 BRUNO

No tuve que alejarme demasiado. Seguro que Adam y Luisa habían desviado el radar, porque hay cosas que los padres no quieren escuchar de sus hijos. Tras la casa, se alzaba el cobertizo. Juanca era un empresario brillante, y también ebanista. Allí guardaba su banco de trabajo, sus tallas y sus reproducciones de lo que se había perdido en la explosión que creó Samara. Tenía buena mano, pero poco tiempo, por lo que la mitad de sus trabajos no estaban terminados.

Seguía abrazando a Asun, ella se estrechaba contra mí, pero su cuerpo empezaba a ponerse tenso al percibir cómo temblaba el mío. No era deseo, o al menos no gran parte.

Cerré la puerta con suavidad y ella se deslizó contra mí con cautela. Sus labios saborearon mi cuello, sus manos se perdieron bajo mi camiseta. La dejé hacer, intenté centrarme en sus caricias, para no partirle el cuello.

A mi pesar, el olor presente de Rita me hizo trastocar mujeres. Recordé nuestro encuentro en el piso, lo que sentí bajo sus manos. Asun no podía competir con ella y eso no hizo otra cosa que cabrearme el doble. Atrapé la melena pelirroja, le eché la cabeza hacia atrás y la besé con rabia.

Asun gimió, pero no en señal de protesta. Le gustaba así, brusco, violento. Se dio prisa en desabrocharme los pantalones, y en subirse a la mesa de trabajo de Juanca para guiarme dentro. Seguía pensando en Rita cuando la invadí con dureza. Las piernas de Asun se enroscaron a mi alrededor sin impedir mis movimientos. Tomó mi rostro para que la besara. Lo hice, con la misma fuerza con la que la embestía.

La mesa de trabajo gemía, algunas herramientas cayeron de sus sujeciones. Seguro que a Juanca le encantaba saber para qué usábamos su taller. En ese momento mi hermano me importaba tanto como Asun. Lo único que quería era una respuesta.

—¿Arrepentida de qué? —sisee contra su boca.

Asun dejó salir un pequeño quejido antes de responder.

—Estuve a punto de matarla, pero no lo hice —respondió casi sin aire.

Me detuve, ella se quejó y trató de moverse contra mí, pero me separé porque no estaba siendo sincera. La conocía lo bastante bien como para percibir mentiras, o medias verdades. Se bajó de la mesa y sus manos

rodearon mi erección por si así lograba distraerme.

Su rostro, de pronto, se transformó en el de Rita. La impresión me obligó a hacerla girar hasta tenerla de espaldas. Asun no iba a protestar, al contrario. Apoyó las manos en la mesa y acercó su trasero hacia mí, invitándome a seguir dónde lo habíamos dejado. Mis manos recorrieron su espalda, la tocaba, para ser del todo consciente de quien era. Pegué nuestras caderas, volví a dar con su acceso, y me enterré en ella sin cerrar los ojos ni un solo momento, con una mano enredada en su melena roja.

Asun gemía, temblaba, se lo estaba pasando en grande. Yo también, aunque solo en parte. Retomé el ritmo duro, agitando ambos cuerpos con mis embistes. La cubrí con mi cuerpo y ella soportó el peso con su espalda.

—La verdad, Asun —susurré en su oído.

Gimió de placer y de molestia. No quería contarme nada. Lo sentía por ella. Antes de hacer ademán de apartarme, surgieron las palabras entre jadeos.

—Me pidió que la matara y no me dio la gana de hacerlo.

Ahora sí era sincera. El calor tan propio del placer parecía derretir la intensidad de las emociones, y pude pensar con calma, mientras Asun gritaba por el orgasmo. Mis palabras cuando Rita me llamó le habían hecho daño. Ella quería volver y yo ya no estaba. Sabía lo poderosa que era la sensación de dolor, y las ganas de que todo se termine. Se acercaba el clímax, mi propia satisfacción conducía a Asun a un nuevo estallido de placer. Los sonidos que emitía enturbiaban nuestras mentes, pero seguro que Asun iba a escucharme.

—Como te atrevas a hacerle el menor rasguño, te haré pedazos.

15 RITA

Ya no dolía tanto, o eso me decía. Podía compartir el salón con Asun y Bruno. Seguro que se habían divertido de lo lindo, pero parecía que no me afectaba. O igual lo que tenía delante me impedía perderme en sensiblerías.

Me encontraba en mitad del sofá grande. A un lado Luisa, al otro Adam. La pareja de hermanos se mantenía junto el mueble biblioteca como meros espectadores. En la butaca frente a nosotros estaba el actual líder. No recordaba al anterior, debí verlo en alguna de sus visitas a la tierra de las conversiones, pero podría haber sido cualquiera. Eran un montón, una gran familia. Una gran familia de mentirosos.

El hombre que cargaba sobre sus anchos hombros con el peso de la manada me parecía de lo más simple. No era ni demasiado alto, ni demasiado fuerte, ni demasiado nada. Pelo castaño corto, ojos marrones. Facciones comunes. Vestía pantalón de tela, camisa y chaleco de punto. Me sentí un poquito defraudada, hasta que sonrió.

Reconocería esa sonrisa en cualquier parte, porque era idéntica a la mía. Tan falsa que no podía ser cierta. Ahí entendí de qué iba el líder. Tan común, tan simple, que pasaba desapercibido. Su voz ocultaba muy bien lo que fuese que contuviera su cabeza. No me fiaba ni un pelo.

A tiempo, cambié de estrategia. Había pensado en mostrarme borde, mezquina. Que me matasen si así lo querían. Luego pensé en ir de víctima, la pobre humana asustada que no sabe lo que sucede. Tocaba jugar al póquer. Como nunca he aprendido las reglas, debía moverme en el papel que mejor desempeñaba. El de imbécil aburrída.

Adam me había cazado a la primera. Llevaba un tiempo demostrando muy poca sensatez y ahora parecía del todo colaboradora. Hasta le devolvía la sonrisa al líder. Mirada huidiza, palabras vacías. Suspiros de confusión o miedo en el momento adecuado.

En mi versión de la historia, doce años atrás, ya sabía que algo de cierto había en los mitos, pero los akita no eran lo que me fascinaba. La magia en sí misma me parecía algo increíble. Una crédula impresionable, hasta que el devorador intentó atacarme.

Ahí los Merino se pusieron muy nerviosos. Adam no se lo había contado así al anterior líder, porque yo ni siquiera había visto al devorador. Los

Merino no querían mentirle al nuevo líder. Acababan de perder diez años de vida con el susto. Iban a tener que aguantarse. Yo tampoco quería estar allí y allí estaba. Al líder, además, no le importaba el pasado. Quería saber qué sabía yo y, probablemente después, me mataría.

—Bruno hizo cuanto pudo por defenderme —dije con voz tomada, entregándome en silencio el Oscar a la actriz más perra. Aparté el cuello del jersey y también subí la manga para mostrar las cicatrices—. El devorador me habría matado de lo contrario.

Casi podía escuchar el rechinar de dientes de Bruno y de Asun. Al final la reunión y el secuestro iban a merecer la pena.

—Sabía lo que era un devorador, los conocía —murmuré—. No tenía ninguna oportunidad contra él... —Momento pausa dramática sin perder la entereza. Volví a colocar mi melena en su sitio y bajé la manga con manos temblorosas—. Fue ahí cuando me di cuenta de que si el devorador era real, si los akita eran reales, todo lo demás también podía serlo. Quizá los sobrenaturales se unieran para dominar el mundo, había que investigarlo. De los Merino sospecharían, a ellos los tendrían localizados, pero de mí no iba a sospechar nadie. En su momento acepté, me presté... pero supongo que no soy tan buena detective.

Tanta humildad iba a hacer que me canonizaran, si no estuviera mintiendo, claro. De soslayo percibí a Adam pasarse las manos por el rostro. La pelota estaba en su tejado y en menuda tesitura lo ponía. Si me tachaba de mentirosa, la versión real nos señalaría a ambos como traidores. Si me seguía el juego, sería un traidor completo. Sentí la mirada de Bruno fija en mí. Llevaba sintiéndola desde que abrí la boca. Lo mismo el siguiente perro del que escapar iba a ser el atigrado. No le hacía gracia su papel de salvador humano, ni mi conversión en agente doble.

Como bien supuse, al líder el pasado le resbalaba.

—¿Qué descubrió, Enriqueta?

Mi nombre real casi desbarata mi farsa. En mi cabeza sonó igual que el ruido de unas uñas contra la pizarra. Bajé la cabeza para ocultar mi expresión tras mis manos. Como si estuviese superada y no rabiosa. Cuando el nombre dejó de chirriarme, bajé los brazos.

—Nada —respondí con un lamento—. Es decir... sí, creo que hay más mitos reales, pero no sé ni cuales son, ni cómo se desenvuelven.

—¿Y la organización humana? —atajó el líder. También él parecía a un paso de quedarse sin su falso papel. La organización era justo lo que le

inquietaba, pero yo no veía en qué forma—. Cuando secuestraron a Adam, con ustedes estaba también retenido uno de sus asesinos.

Me encogí de hombros. A mi mente regresó Lola, y el tipo vestido de negro con las cuerdas que nos atacó en el bosque. Asesinos, súper secretos, como la Orden de los Caballeros Blancos. Pero el líder sabía de su existencia. Algo no encajaba.

—¿Un asesino? No lo sabía —mentí de nuevo—. Le aseguro que no dio detalles, porque le faltó tiempo para largarse de la celda.

—¿Cómo escaparon? —preguntó el líder.

Mala cosa. No podía contarle que escapamos porque a mí se me daba de lujo el arte dramático. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me mordí el labio. Estaba afectadísima, y ganaba tiempo. ¿Y ahora qué decía? Negué con la cabeza, como si no quisiera recordar ese momento.

—Entiendo que es difícil para usted —dijo el líder con voz cálida y mirada expectante—, pero necesitamos conocer los detalles. Por favor, Enriqueta.

Como volviera a llamarme por mi nombre me abalanzaría sobre él y le arrancaría la lengua. Me levanté, dejé el sofá y me moví nerviosa por la sala. Necesitaba moverme, y más tiempo, porque todavía no sabía qué decirle.

El líder no había venido solo. Traía consigo a dos akitas casi tan imponentes como Bruno. Se mantenían en un segundo plano, pero al moverme cacé a uno mirándome el culo. Igual acababa de darme la respuesta.

Me mantuve de espaldas a ellos como si pelease con el dolor y la humillación. Buscar sentimientos reales ayuda a la caracterización de personajes. Solo tuve que verme en mi cocina, con Bruno delante. La sensación de vacío y derrota que me asaltó con su marcha regresó con fuerza.

—Uno de ellos... de los tipos que nos encerraban, me saco de la celda — No había que ser un genio para intuir el motivo con la congoja que portaba mi voz—. Yo... todo está... confuso. Intenté defenderme. Supongo que el otro preso aprovechó el revuelo.

Podría ser, ¿no? Me sequé las lágrimas, espanté a Bruno de mi cabeza, pero desterrarlo no era tan fácil como evocarlo. Mala idea. Los brazos de Luisa me estrecharon. Ahí sí rompí a llorar sin remedio.

El líder me concedió una tregua, no le quedaba otra. Adam tomó el testigo de nuevo.

—Por lo que me contaron mis hijos, Asun fue quien vino a buscarme. Los demás peinaban la zona a la caza de rastros, pero no encontraron ninguno, ni siquiera en la fortaleza donde nos tuvieron retenidos.

No todos. Bruno no había ido ni en mi búsqueda, ni en la de Adam. Sentí un ligero mareo. No me importaría quedarme inconsciente, eso me ahorraría un montón de trabajo. Se pasó, nada de falta de aire. Intenté pensar en Adam para escapar de mi propia trampa. Suponía que Bruno estaba igual de cabreado con su padre que conmigo. Sentí una punzada de compasión por Adam. Su postura no debió ser fácil. Mentirles a las personas que aprecias es un asco, sobre todo cuando te descubren.

La voz de Asun me molestó tanto como ella.

—No había otro rastro. Solo ella y Adam.

Dudé, parecía sincera, pero Asun era una mentirosa. Había tenido que percibir el rastro de Lola. Él ya no estaba allí, pero su olor se habría quedado en mí o en Adam. Busqué sus ojos, esquivaban los míos. Roja de furia por tener que ponerse de mi parte y no en mi contra. Estaba mintiendo y cómo le molestaba.

El líder no parecía muy contento con el relato. Su expresión turbia e inquieta seguro que camuflaba un cabreo de tres pares de narices. Nos miró a todos, sus ojos buscaron los nuestros, uno a uno, hasta detenerse en Adam.

—Por lo que me dijiste tú, y lo que contaron tus hijos del encuentro en el bosque, pueden esconder su olor.

Interesante. Eso no lo sabía. Luisa me animó a regresar al sofá y me dejó guiar. Mis ojos me traicionaron y buscaron los de Bruno. Por suerte, no me miraba, parecía de lo más atento al líder, aunque su expresión siguiera siendo de fría indiferencia. Hasta que me miró. No pude evitar dar un respingo. Bruno no estaba indiferente, tenía un cabreo mayor que el del líder. Luisa me dio un apretón para que no entrase en pánico. Los latidos de mi corazón iban a dejarlos sordos. Debía contenerme, pero es que la mirada prometía sangre. La mía. Igual estaba metiendo la pata hasta el fondo con mi juego de roles. Eso también era culpa de ellos por no hacerme participe de sus secretos. Si supiera más de sus tramas, no me arriesgaría a pasarme la verdad por el forro.

—No huelen a nada —pronunció Adam asustado de verdad—. No lo comprendo, y me aterra.

Tenía sentido ese miedo. Los sentidos de los akita eran su mayor protección. Olían, veían, percibían al enemigo, antes que les saltase encima. Pero había gente por ahí contra la que no podían valerse de ellos. Los fantasmas le daban miedo a cualquiera.

El silencio cayó al momento. Ahora, tocaba deliberar y decidir qué hacer conmigo. Como el líder pretendiese que siguiera con los Merino le diría que

sí, pero no pensaba hacerlo. Mi seguridad era cosa mía y en esa casa no estaba mejor que fuera de ella.

—Está bien, Adam —dijo el hombre con un suspiro de cansancio—. Creo que ha llegado la hora de aceptar esa propuesta de dedicar medios al tema.

Adam pareció desinflarse de puro alivio. Debía llevar tiempo esperando oír aquello. Asintió, y la mano de Luisa dejó mi cuerpo para darle un apretón cálido a su marido. Me sentí bien por ellos, o por verme entre la bonita muestra de afecto. Como no, Bruno tuvo que estropearlo.

—¿Y ella?

Parecía estar pidiendo permiso para sacarme de allí a patadas, o para lanzar mi cadáver tan lejos como el colgante. El líder me sonrió. Ahí estaba mi seña de identidad, la falsedad convertida en enseñar los dientes con pericia.

—Ella es libre de irse. Comprendemos que tiene su vida y nadie quiere retenerla a la fuerza. Le agradecemos que lo intentara y que no se fuera de la lengua.

Pretendía bromear, soltar un chiste. Reí con él, pero me costó horrores.

—Supongo que no tiene intención de seguir investigando —continuó el líder—. Lo que ha hecho es más que suficiente, Enriqueta, se lo garantizo.

Mi nombre. Cómo odiaba mi verdadero nombre. Volví a reírme, pero para poder agitar la cabeza, esconder mi cara y escapar de sus ojos.

—Lo único que quiero es una vida normal, sin misterios.

—Comprensible —aseguró el líder.

El gato encerrado maullaba desde su celda. ¿Me dejaban irme? ¿Y mi tan temida seguridad? Ahora iba a justificar su benevolencia.

—Se ha ganado el derecho a no tener que mirar por encima de su hombro, pero tenga cuidado. Disfrute de su vida humana, no obstante, para cualquier peligro que tema, no dude en llamar a Adam.

Debería haber añadido también que los llamase si descubría algo, pero eso ni se molestaba en comentarlo, porque sabía que mis horas estaban contadas. Si no me mataba él serían sus matones, o a saber. Intenté buscar un pretexto, una meta que explicase la falsedad del hombre. ¿Qué quería? ¿Dar con los humanos que los amenazaban? ¿Podría haberse aliado con ellos? Me parecía más lógico lo primero que lo segundo. Igual pensaba utilizarme como cebo, porque los Caballeros no iban a dejarme tranquila. Pero para eso le convenía que estuviese allí, donde los akita tuvieran todo su poder. Caí entonces en un detalle raro: ¿el líder no debería ser quien viviera en la excepción? La presencia de Adam, el maestro, tenía sentido, pero un líder es un líder. ¿Por

qué no alzaba en el pueblo su casa? Como no tenía ni idea de a qué se dedicaba el líder, además de liderar algo que tampoco conocía, malamente encontraría respuestas. También, empezaba a dolerme la cabeza.

El líder se puso en pie dando por finalizado el encuentro. Adam, Luisa y yo nos levantamos, y los acompañamos hasta la puerta del salón. A medida que los hombres se alejaban, empezaron los sudores fríos. Porque sin ellos en escena, a mí iba a caerme una buena.



Supe el momento exacto en el que el líder y los suyos estaban lejos para escucharnos cuando la enorme mano de Bruno se cerró en mi cuello, y mi espalda dio contra la pared del salón. Mis pies empezaron a alejarse del suelo, su rostro reflejaba toda su furia, me elevó hasta quedar cara a cara, y a mí me faltó el aire.

—Mentirosa —siseó Bruno entre dientes.

Gritaron su nombre, Luisa y Adam se abalanzaron sobre él para que me soltase. Asun no parecía atreverse a acercarse. No porque le diera lo mismo que me estrangulara, que también, sino porque Bruno daba mucho miedo. Yo boqueaba como un pez, a lo que mi mayor preocupación era encontrar aire.

—¡Suéltala! —chilló Adam.

—¡Vas a matarla! —se le sumó Luisa.

Sus padres, dos akitas adultos, no parecían reunir fuerza suficiente para que abriera la mano o se apartase de mí. Me soltó cuando la presión en mi cara me indicó que empezaba a ponerme azul, y los contornos se desdibujaban.

No caí al suelo porque Luisa me atrapó entre sus brazos. Tosí y jadeé en busca de aire. Me pareció escuchar golpes.

—¡Fuera! ¡Aléjate de ella! —gritó Adam—. ¡Bruno! ¡Basta!

Asun intervino, era un buen momento para crucificarme, pero su voz sonaba queda, con temor a llevarse su parte por abrir la boca.

—Nos ha puesto en una situación peor —dijo con sumo esfuerzo.

Conseguí enfocar la vista a tiempo de ver a Bruno salir del salón y a Adam llevarse las manos a la cabeza. El hombre se volvió hacia mí con incompreensión.

—¿A qué ha venido eso, Rita? —me reprochó Adam—. ¿Quieres que nos maten? Les hemos mentado, ¡todos!

Me sentí un poquito culpable, aunque no lo suficiente para replantear mi

postura.

—¿En serio te fías de ese tío? Te creía mucho más listo.

Luisa me soltó, pero porque ahora debía sujetar a su marido. Yo ni me molesté en levantarme. Dudaba que las piernas me sostuvieran, por lo que me arrastré hasta apoyar la espalda en la pared. Algo hizo cosquillas sobre mi labio. Toqué algo cálido y denso. Me sangraba la nariz. Estupendo.

—¡Es nuestro líder! ¡Tengo que fiarme!

Me reí de él con ganas. Sacudí la cabeza.

—No te fías de él —asumí—. Muy hipócrita. No me culpes cuando te he dado la excusa perfecta para seguir traicionándolo.

Asun parecía la única sorprendida. Miró a sus padres con desconcierto. Parpadeaba como si acabasen de ponerla allí.

—¿De qué habla?

Luisa soltó a su marido porque Adam acababa de perder arrojo. El hombre se sentó en el brazo del sofá e hizo un gesto de cansancio.

—Pensé que sería distinto. Que con él sería todo distinto, pero siento lo mismo. Me oculta algo, pero no tengo ni idea de por qué, ni de lo que es, ni si mantener el secreto conmigo es algo necesario.

—Sobras —dije de pronto, empezando a entenderlo—. Tú, sobras.

Asun hizo amago de ir a por mí, pero Adam la sujetó del brazo con tanta fuerza que le arrancó un quejido, y la mantuvo en su sitio. Nuestros ojos se encontraron. Él lo sabía. Asintió despacio.

—Sobro, pero no debería —reconoció Adam—. Con el anterior líder, sí, él me señaló como una molestia porque tengo el mismo peso. No estoy subordinado y no le gustó que lo desafiase. Sin embargo, a este no le he hecho nada.

—Pero puedes hacérselo —comenté. Luisa me entregó un pañuelo para limpiarme la sangre de la nariz—. Está en antecedentes y es un falso de mierda.

Luisa miraba para otra parte. Asun no daba crédito a lo que estaba escuchando. Adam asintió de nuevo.

—Quiere usarte de cebo, por eso te deja ir. Sabe que el grupo de humanos irá a por ti. Es la única forma que tiene de poder atrapar a alguno y conocer lo que ellos saben de nosotros.

Asun no hizo ademán de atacar, pero sí habló con voz fiera.

—El preso del que habló no se largó. Estuvo contigo. Lo oí, y tú sola no podrías haber arrastrado a Adam tan lejos.

—¿Lo oliste? —preguntó Adam—. Entonces no era uno de ellos.

—O ya no estaba con ellos, y por eso estaba preso y es detectable —apuntillé preguntándome si debía, o no, mencionar que era el hijo de puta que había intentado matarlos. Todavía no. No iba a dejar que volvieran a sacarme ventaja.

—¿Qué sabes, Rita? —preguntó Luisa a modo de ruego.

No me dejé llevar por el cariño que le tenía. La miré desafiante, igual que a Adam y a Asun.

—Sé algo, poco, pero no pienso deciros nada. Lo dejaremos en que es mi seguro de vida. Está claro que voy a necesitarlo —protesté llevándome una mano al cuello dónde Bruno había presionado.

—No nos hagas esto —rogó Adam—. Necesitamos saberlo, necesitamos defendernos, porque nosotros también somos cebos.

La idea fue tomando forma muy despacio. Me apreté las sienes para retenerla, y darle sentido.

—Por eso el líder no está aquí. Aquí bajáis la guardia, confiáis en el oído o en el olfato... pero con esa gente no os sirve. Donde más poder tenéis, más ciegos. En otra parte eso no os pasa. Pero necesitáis cambiar... No sé si ese tío sabe lo que hay, pero sí que pretende acabar con ellos, y después contigo, para quedarse en el pueblo... y no compartirá territorio.

—La figura del maestro ha estado ahí siempre —siseó Asun con rabia.

—Las cosas cambian —dije antes de reunir fuerzas para levantarme. Necesitaba echarme un rato. El dolor de cabeza era ya insoportable. Miré a Adam con toda seriedad—. Lo que yo sé no os sirve de defensa, no son más que detalles sueltos.

—No puedes saberlo, ni tienes derecho a jugar con nuestras vidas —me advirtió Adam.

No estaba de acuerdo. Necesitaba echarme o caería redonda allí mismo. Amparándome en la pared, salí del salón.

—Sí lo sé, o esos detalles me habrían matado. Mi intención está lejos de jugar con vuestras vidas, porque a ti te debo la mía, y esa deuda no cambiará nunca. Sin embargo, no pienso seguir en desventaja.



Un pantalón corto y una camiseta larga, ese era mi pijama. Caí rendida nada más apoyar la cabeza en la almohada. Mis oídos se colapsaron con una especie de aullido tan profundo que me arrancó un lamento. Un lobo, eso sí era un lobo.

Un agradable cosquilleo me sacó del sueño, sin despertarme del todo. Las manos de Bruno acariciaron mis piernas mientras él subía a la cama. El colchón cedió bajo su peso, meciéndome. Pronto sentí su boca. Dejaba un reguero de besos que ascendía por la parte interna del muslo.

El calor de su aliento traspasó el pantalón, acarició mi sexo, antes de seguir avanzando. A su paso, mientras su lengua se deslizaba por mi vientre, subía mi camiseta. Alcanzó mi pecho, cuando un gemido escapó de mis labios. Su lengua humedeció mis pezones y siguió camino. Ahora, besaba mi cuello, mientras mi corazón emprendía un galope tan enérgico que colapsó mis oídos, aunque no lo suficiente para no escuchar sus palabras.

—Vas a contarme todo lo que sabes.

El susurro erizó mi piel. La suya olía a bosque, y permanecía un ligero rastro del animal que escondía. Mis manos necesitaban tocarlo, recorrieron su espalda memorizando el relieve de su musculatura. Cuando su cuerpo desnudo se dejó caer con suavidad sobre el mío, mis labios se separaron para contarle cuanto quería. Cerré la boca a tiempo, apreté los labios, mientras una de sus manos descendía por mi costado. Sus dedos se colaron bajo el pantalón, su erección descansaba sobre la ropa, pero me invadió igualmente.

Lo deseaba, lo necesitaba. Arquee la espalda, pero no iba a dejar que me utilizara. Dejé de acariciar su piel para detener su mano. Rodee su muñeca con fuerza. Cesó el movimiento, pero no la retiró.

—Si no se lo dije a Adam, a ti mucho menos —logré decir casi sin fuerzas.

Sus labios buscaron los míos. Me atrapó y mi agarre perdió fuerza. Volvió a invadirme muy despacio, mientras saboreaba mi boca y nuestras lenguas

jugaban. Si yo lo deseaba con fuerza, él me deseaba a mí con fiereza

—Para —gemí sujetándolo de nuevo, girando el rostro para huir de sus besos.

—No quieres que pare —susurró Bruno acariciándome con todo su cuerpo—. Ni yo quiero parar. Me deseas tanto como cuando fui a verte, aunque duela.

Era cierto, pero no quería que lo fuera. Hundí las uñas en su muñeca, mi otra mano se aferró a su hombro.

—Te he dicho que pares —jadee porque estaba peligrosamente cerca de romper a llorar, y de dejar que hiciese conmigo lo que le diera la gana.

Detuvo las caricias, él también jadeaba, y le estaba costando mantenerse quieto.

—No me jodas, Rita —siseó con la cabeza en la curva de mi cuello, igual a un paso de morderme.

—No tengo intención. No quiero —sisee, aprovechándome del juego de palabras. Su mano seguía entre nosotros, la tensión me envolvía por completo—. ¿Vas a seguir de igual forma?

Tembló tanto que mi cuerpo se agarrotó de pies a cabeza. Si se transformaba en ese momento me haría pedazos. Apreté los párpados para escapar del miedo, pero viajaba conmigo, y él seguía temblando. Esperé el primer crujido, pero no llegó. Bruno retiró la mano y se incorporó sin mirarme. Sus palabras me dejaron bien claro lo que sentía:

—Lárgate de una vez de esta casa.



Era una idea excelente. Irme. Para ser una presa o una trampa. Tanto daba. Adam y Luisa no estaban de acuerdo, Asun se habría prestado a hacerme la maleta, si no hubiese llegado con lo puesto. Pero todavía faltaba la sorpresa tras la segunda puerta.

El coche se detuvo justo cuando yo estaba en el salón, junto a la ventana, trasteando en el móvil a la caza de un medio de transporte. El taxi me saldría carísimo, y no había autobuses hasta dos horas más tarde. Quería irme ya, me haría falta porque pensaba ir a pie a pesar de que se ofrecieron a llevarme. No quería nada de nadie.

Samara lo llamaba su olla exprés porque el motor silbaba si se le iba la mano con las revoluciones. Era de un azul marino gastado. Y se detenía justo en la puerta. Por un momento, creí que la habían llamado los Merino para que viniera a buscarme una amiga. Cuando bajó del coche y esbozó una bonita sonrisa, asumí que, probablemente, estaba allí por iniciativa propia. Al seguir la dirección de su mirada y ver que la sonrisa de cariño era para Bruno, se me fue al traste la prudencia.

—Tenéis que estar de coña —dejé escapar, lista para encontrarme con la traidora.

Cuando salí de la casa, Samara me localizó y su sonrisa se fue al traste. La vi fruncir el ceño, igual porque yo me acercaba imparable, con los puños cerrados, y cara muy seria.

—¿Cómo estás? —preguntó Samara cada vez más nerviosa.

—Harta —sentencié antes de llegar a su altura y derribarla de un puñetazo.

Hubiera seguido golpeándola si los brazos de Bruno no se enroscasen en mi cintura para apartarme. Patalee en el aire, pero a él como si me mantenía quieta.

—¡Lucía! —exclamó Samara, perpleja, sentada en el suelo, tocándose el pomo dolorido, cada vez más rojo.

Que me llamase por mi nombre falso debería haberme dado una idea aproximada de lo poco puesta que estaba, pero en ese momento no pensaba en otra cosa que en el cuerpo que me retenía.

—¡Suéltame! —exclamé rabiosa. Me giré y mi codo impactó contra el pómulo de Bruno.

Me soltó, no es que le hubiera hecho daño, pero como se lo hiciera íbamos a tener un problema grave. Por desquitarme, intenté volver a caer sobre Samara. Ya la levantaba yo del suelo, para volver a tirarla mil veces. Con ella podía.

Vio mis intenciones, no es que las estuviera ocultando, y Samara adelantó las manos con las palmas hacia mí. Bruno se mantuvo a distancia. Una fuerza me rodeó, una especie de remolino que me impidió avanzar, o retroceder. Si eso no era una bruja, se le parecía mucho.

—¡Venga ya! —exclamé a la desesperada. Recordé el más o menos de Adam a mi pregunta. Más o menos había descubierto a una bruja.

—No quiero hacerte daño —prometió Samara, levantándose por sí misma sin dejar de apuntarme con las manos.

Yo sí quería. Y tanto que quería. Alcé los brazos en señal de tregua.

—Está bien —acepté un poco más serena.

El remolino empezó a decrecer, hasta esfumarse. Y a mí me faltó tiempo para devolver a Samara al suelo de una patada. Me giré antes de que Bruno diera el primer paso.

—Ni se te ocurra tocarme —dije apuntándolo con el dedo, antes de señalar el lugar en general—. ¡Me largo! ¡No quiero volver a veros! ¡A ninguno!



No tenía familia, no tenía a mi amigo, ahora tampoco tenía amiga. Por no tener, no tenía ni trabajo. Sentada bajo la marquesina en mitad de ninguna parte, recordé que tampoco tenía casa.

—Maldita sea —exclamé con los ojos llenos de lágrimas.

Terminé levantándome para ir de un lado a otro del arcén. Una carretera secundaria ponía fin a mi visita al pueblo. Samara me caía bien. ¿Qué tenía que ver ella en todo esto? ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Por qué me había llamado Lucía? Si estaba con los Merino, sobraba decir por qué acabamos viviendo juntas. Me vigilaban. Solté otro juramento. No tenía sentido que me vigilasen, porque yo no les importaba lo más mínimo. Al menos ahora ya sabía cómo me había localizado Bruno y los otros dos cretinos. Me olieron en ella. Estupendo. Quizá debería unirme a los Caballeros blancos. Por lo menos hasta descubrir como hacían para no dejar huella. Qué útil sería.

Me pareció escuchar un gruñido bajo. Localicé la mancha atigrada observándome entre los árboles. Sus ojos brillaban de odio. Abrí los brazos sin importarme quedar como una loca, porque allí no había un alma.

—¡Adelante! ¡Soy toda tuya! —dije porque tanto daba si me mataba allí mismo.

Las lágrimas se deslizaron, me hicieron cosquillas, y emborronaron mi vista. Lo escuché gruñirme, me sonó más a protesta que a amenaza. Tanto daba. No podía entenderlo, y no por no estar en forma humana. Terminé sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en mis rodillas. Bruno echó a correr entre los árboles sin perder un solo segundo más conmigo.

El tiempo pasa muy despacio cuando quieres huir. Levanté la cabeza y me sequé las lágrimas. Busqué mi móvil. Estaba a punto de quedarse sin batería. Una única llamada, y pinché en el número de Unai. Él también me mentía, podría matarme, o entregarme, o hacer mil cosas conmigo. Una pena que no tuviese otra que arriesgarme.

—Hola... —saludó con voz amable, antes de titubear—. ¿Lucía o algún nombre nuevo?

Reí sin que eso detuviera mis lágrimas.

—De momento, Lucía.

—¡Uf!, bien, contigo cuesta acertar.

Me dejé envolver por su voz. Qué calidez transmitía hasta de lejos. Había hecho lo correcto al llamarlo.

—¿Qué necesitas? —preguntó Unai.

Menuda pregunta más compleja.

—Una familia, una casa, un trabajo y un amigo.

Se rio de mi dramatismo.

—En lo de la familia y el trabajo no sé si podré echarte una mano. Para lo demás, cuenta conmigo.

16 BRUNO

Una familia y un amigo. La voz de Rita permanecía como un eco en mis oídos para resaltar esos dos puntos, y también diciéndome que era toda mía. No era mía, o no se estaría largando, de nuevo.

Me transformé a las puertas de la casa y entré sin importarme estar desnudo. No soy el primero, ni seré el último, aunque a Samara igual si la cogía un poco desprevenida. Samara. Tocaba enfrentarme a mi hermana, y no quería hacerlo, pero tampoco tenía alternativa. Ella me esperaba en la buhardilla.

Acondicionar el trastero como mi hogar fue otra muestra de lo bueno que soy mortificándome. No quedaba nada de la buhardilla original, pero la esencia era la misma. Allí solía estar con Rita y yo no quería estar en otra parte. Tenía mi propia cocina, era del todo independiente. Un loft inmenso para cuando no quería ver a nadie. Algo cada vez más frecuente, incluso antes de saber que ella estaba viva. Últimamente solo comía con los demás cuando Samara venía de visita, o lo hacía alguna de las familias afines al líder.

Debía estar al caer alguno. Justo lo que menos quería. Invasiones de las que no podíamos librarnos. Muy pocos tenían la consideración de alojarse en el pueblo con tantas habitaciones libres allí, y gratis. Adam nunca protestaba, daba cobijo, consejos y comida sin pedir nada a cambio. Pero la asignación del líder para esto era de risa, y los Merino recurrían a sus propios fondos constantemente. No nos sobraba el dinero, pero nadie parecía verlo. Menos cuando gran parte de los ahorros de toda la vida se los había llevado Rita en su huida. Suerte que cazar también nos saliera gratis a nosotros.

Me reí de mis pensamientos mientras terminaba de vestirme. Cualquier cosa antes que enfrentar a la chica que contenía las lágrimas, sentada a la barra de mi cocina. El rechazazo y la patada de Rita dejaban una rojez en su rostro, pero se curaba rápido, probablemente por estar en terreno con magia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Samara a modo de reproche.

Suspiré y me fui a por una cerveza. La puerta de la nevera no se abrió.

—Porque no es asunto tuyo.

—Sí lo es, Bruno —protestó Sam—. Lucía es mi amiga, te he hablado de ella hasta cuando trabajamos juntas. ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—Porque entonces la creía muerta, Sam. No me cabrees.

La puerta siguió sin abrirse y el aire empezó a cargarse de estática.

—¿Qué no te cabree? ¡He perdido a mi única amiga!

—¡Bienvenida al club! —sisee listo para irme.

—¡No! —estalló Samara haciendo crujir los muebles—. Vas a hablar conmigo.

Como para confirmarlo, la puerta principal pareció soldarse al marco. Me volví hacia ella, dolido, porque al parecer también iba a perder a mi hermana.

—¿Qué quieres que te diga? ¡No te metas en esto!

Samara pareció perder color en el rostro, se llevó las manos a la boca con horror.

—¡Oh, Dios, fuiste tú! —susurró llorando con fuerza—. Vi la sangre, Bruno.

—Te estás equivocando —dije temblando por el recuerdo, casi tanto como por el daño que hubiera visto Samara en Rita.

—¡Pues cuéntame lo que pasó! No, no puedo creerlo.

Dejé salir una carcajada triste.

—Me estás mirando igual que ella —dije—. ¿Qué crees que le hice?

Samara apretó los párpados y trató de serenarse. Al fin, volvió a mirarme, con incompreensión, pero sin intención de juzgarme.

—Ella... dijo algo sobre una promesa. Que se había terminado. Que algún día no sería tan malo...

Las ganas de pelear se fueron. Me apoyé en la encimera y perdí la mirada.

—No recuerdo los años. Doce, más o menos. Tampoco cómo empezó el tema. Rita hablaba por los dos y a mí me encantaba escucharla. Me prometió que yo sería el primero, me faltó tiempo para prometer lo mismo.

Samara me miraba con incompreensión. Escuchaba, pero le costaba asimilar lo que le decía. Sí, era extraño mantenerse virgen tanto tiempo.

—La última vez que viniste, detecté su olor —continué, haciendo un gesto vago con la mano—. Con eso... se terminó todo lo que nos unía. No quería acostarse conmigo, ni yo con ella, pero teníamos que hacerlo.

Sam no tenía ni idea de qué decir. Me miraba y, al momento, esquivaba mis ojos. Lo procesaba, pero no esperaba que entendiese lo que Rita y yo tuvimos.

—Ella... —carraspeó para dar fuerza a su voz—. Ahora... ¿Qué ha pasado?

—Iker y Juanca la trajeron —dije sumiéndome en mis pensamientos,

dando forma a las ideas—. El líder quería hablar con ella.

—Bueno... es mejor que la deje irse, ¿no?

—No —dije con convicción—. Las cosas no pintan bien ni para nosotros, ni para ella, ni para ti. Por eso me alegra que estés aquí. Rita tiene una teoría, y creo que es cierta. Si quieren librarse de nosotros, querrán librarse también de ti, Sam.

Samara asintió muy despacio.

—Adam me comentó algo. Lucía sabe demasiado, y esa información es por lo que la quieren muerta, pero ella no va a contarnos nada.

Los ojos negros de mi hermana parecían estudiarme, evaluarme de alguna forma. Reconponía la historia en su cabeza, se acercaba a la verdad, pero ella no tenía suficientes detalles.

—No, dudo que la maten por lo que sabe —puntalicé—. No sé por qué la quieren muerta, pero sí que irán a por ella.

—Debería estar aquí con vosotros... La protegeríais, ¿no?

Le sonreí apenas. Samara me preguntaba si yo la protegería.

—Depende —reconocí a desgana—. Depende de lo cabreado que esté con ella en ese momento.

Samara pareció defraudada. Yo lo lamentaba, pero iba a ser sincero.

—Quiero que sufra, Sam. Llevo años sufriendo por ella.

Samara habló con mucho cuidado. Mi cara debía reflejar lo muy en serio que hablaba, y ella empezaba a ver por qué no era buena idea meterse.

—No creo que haya sido fácil para ella.

—Eso dejó de importarme hace tiempo.

Samara asintió. Respetaría mi postura, aunque no la compartiera. Quizá porque la traición era una vieja conocida para ella, no iba a convertir el asunto en un drama. Se sentía dividida, Rita le gustaba, pero yo era su hermano.

Se revolvió nerviosa y dejó salir una risa extraña. Supe que estaba pensando en mi virginidad. Ni siquiera debería sorprenderle. Apenas me relacionaba con los míos, como para ir por ahí buscando sexo. Al fin pude abrir la nevera. Cogí una cerveza y le lancé una mirada de advertencia.

—Sí, Sam, yo también mantuve mi promesa.

El asunto estaba lejos de ser divertido, pero mi hermana no pudo evitar reírse.

17 RITA

Una bañera de hidromasaje no cura el despecho, o la traición, pero alivia. Salí del baño de Unai envuelta en un albornoz blanco que me iba grande, y con una sensación de ligereza, como si la carga se hubiera ido por el desagüe. En cualquier momento volvería a notar su peso, pero por ahora no estaba.

Unai preparaba la cena. Frente a la cocina, ponía una sartén al fuego y apilaba un par de platos. Lo estudié de arriba abajo. Vaqueros, camiseta de manga corta, deportivas. Seguía siendo atractivo y le debía una enorme.

—¿Qué eres?

Su cuerpo se agitó al reír. Un cuerpo bien ejercitado, pero humano por completo.

—No voy a decírtelo.

Gruñí con fastidio. Debería sentirme ofendida por su falta de confianza. O tenerle miedo, o inquietarme, pero Unai solo me generaba una afinidad extraña. Mordisqueé un trozo de pan y disfruté del modo en el que los vaqueros resaltaban su trasero. De uniforme debía estar para comérselo.

—¿Por qué?

Partió un par de huevos en un bol antes de responderme.

—Porque los míos también tienen leyes y yo soy más prudente que los Merino.

Interesante. En la reunión con el líder había dicho que creía en la existencia de otras comunidades como los akita. A los trece años ni se me habría pasado por la cabeza algo semejante, pero cada vez me parecía más evidente que los mitos plagaban las calles.

¿Cuántos serían? ¿Cuáles? Los cuentos que me contaba mi madre podrían no ser tan fantásticos, sino reales. No creía que hubiese otro mundo repleto de magia y condenado por un hechizo, pero igual sí era real que toda condición mágica existía, y podía camuflarse. Pensar en mi madre traía una tristeza insoportable. Mejor descartarla o volvería a llorar como una idiota.

Observé a Unai con atención, pero no veía en él más que un hombre joven y corriente. ¿Qué podía ser? ¿Un mago? ¿Un vampiro? ¿Un metamórfico? ¿Un demonio? Me entró la risa floja y me froté el rostro. Hasta podría ser un ángel.

—Ni siquiera te preocupa que vayan a por ti —comenté con intriga—.

¿Quién te cubre?

—Los míos —respondió como si fuese evidente—. Si a mí me pasa algo, sabrán que fue cosa de los Caballeros, y los harán pedazos.

Ahí estaban los suyos. Luego estaban los akita. También Samara con su celda huracanada. Y el devorador. Si lo ponía todo en una balanza, y sumaba la Orden de los Caballeros... el resultado no parecía inclinarse hacia ninguna parte. ¿Qué mano estaba tras el secuestro que me reunió con Adam? Parecía una confusa unión entre el líder akita anterior y los Caballeros. Que existiera una organización humana en contra de sobrenaturales todopoderosos debería ser algo positivo, pero Lola no los dejó quedar muy bien cuando me habló de ellos. Fanáticos intransigentes sin piedad, ni con los seres, ni con los humanos que los conocieran, como yo. Como mis padres. Ahí estaba el dolor frente a la pérdida. Mi cabeza estaba a un paso de ponerse a echar humo.

—¿Por qué no lo hacen ya? —pregunté. Por irónico que pareciera, los humanos habían sido los que peor se habían portado conmigo.

—Porque para los míos los de la Orden no molestan, y son útiles —comentó Unai—. La Orden va a por quienes se pasan de ambiciosos y los míos no son una amenaza en ese aspecto. Se entienden. Como hay otros que sí son una amenaza, y son el verdadero objetivo de la Orden, todos contentos.

—Los akita —dije. No podían considerarse una amenaza para los humanos, porque también eran humanos, pero lo de la ambición quedaba demostrado con los últimos líderes.

—Error —aseguró Unai antes de poner un plato ante mis narices. No parecía un revuelto, sino el vómito de algún ser extraño. Menos mal que estaba muerta de hambre o no habría tocado ni el plato—. Los akita solo se miran el ombligo y son lo más parecido a un humano, después de los miembros de la Orden.

Convertirse en perro estaba muy lejos de ser un humano. ¿Qué podría ser más extraño? ¿Ambiciosos en qué sentido? ¿Tenían poder o no lo tenían? Parecía que sí. Igual no estaban atados como los akita, quienes solo podían transformarse y poseer cualidades imposibles en una zona concreta. Los otros lo mismo sí mantenían un aspecto imposible y les salían chispas luminosas de los dedos. Igual solo salían de noche, o vivían bajo tierra lejos del mundo corriente. Pero Unai era uno de ellos y su aspecto era humano. ¿Esas comunidades se conocían? ¿Quedaban para tomar algo de vez en cuando? Por lo que decía Unai, los únicos que no se enteraban de nada eran justo los akita.

—No te entiendo —asegué con un lamento, muerta de hambre. Al primer

bocado, se me revolvió el estómago.

Unai me sonrió alegremente. Dentadura perfecta, aire travieso. Me acercó un vaso con agua.

—Cocinar se me da de pena. Doy gracias a Dios todos los días por inventar la comida precocinada y el servicio a domicilio. Si se te da bien esto, me caso contigo.

Me hubiera partido de risa si no me ardiera la garganta. Bebí el agua y lo miré con asombro.

—No creo que se me dé peor.

Asintió como si barajase opciones.

—Tendré que conformarme, pero guardaré el anillo.

Ahora si reía. Dejé mi sitio y me puse a trastear en las alacenas para improvisar algo. Pasta. Tendría que valerme. Abrí la nevera. O era muy amplia o estaba muy vacía. Cogí una cerveza, a ver si me aliviaba más que el agua.

—Yo cocino, tú largas —pacté.

Unai se sentó en la silla que había ocupado yo, dejándome vía libre y disfrutando de las vistas. Sus ojos recorrieron mis piernas y el albornoz que me cubría. Debería ir por casa a por ropa, pero me daba pánico encontrarme a Sam. Quizá ella tardase en volver. Seguro que le daba pánico encontrarse con mi puño.

—La Orden es lista y son humanos —empezó a decir Unai—. La tecnología les permite emular la magia. Han logrado no dejar rastro, crear ondas eléctricas, pero en determinados casos no les sirve para nada. ¿Se te ocurre algún ejemplo?

—Eh... no —reconocí mientras ponía a calentar agua.

—Un devorador de almas. Aunque no lo parece, hasta los asesinos tienen alma humana y están a merced del devorador.

Me estremecí. Empezaba a ver por dónde iban los tiros. Los humanos no tenían opciones frente a las criaturas. Necesitaban a las mismas criaturas que perseguían para casos en los que los poderes rivales pudieran superarlos. De lo más retorcido.

—Conocen la existencia de los akita desde hace siglos —continuó Unai—. La Orden los observa, nos observan a todos, bajo un baremo de utilidad y riesgo. La utilidad de los akita sobrepasa el riesgo. Tanto los míos como los de la Orden los catalogan dentro del grupo: «los ausentes», entre otras cosas porque no se relacionan con los demás. Tus colegas son los más interesados

en seguir ocultos y no pretenden apoderarse de nada.

—Y hay cosas peores —acepté—. Los dejan allí para que hagan el trabajo sucio.

—Exacto. Los de la Orden son muy listos. Los akita, no. El vive y deja vivir por el que se rigen les saldrá mal tarde o temprano.

—Adam, no —puntualicé y me molestó saltar en su defensa.

—Vamos a considerar a los akita como akita, y a los Merino como excepción.

Empecé a ponerme nerviosa. El agua burbujeaba igual que los malos presentimientos. Vertí la pasta, removí con una cuchara de madera. Me estremecí sin saber muy bien el motivo. La voz de Unai me despejó un poco.

—Adam cometió un error muy grande al dejar a Samara con vida.

—La bruja —dije entre dientes—. ¿Qué pinta ella en todo esto?

Dejé la tartera y me apoyé en el borde de la mesa con mi cerveza. Unai volvió a observar mis piernas antes de centrarse en mi rostro.

—Estás tan sexy que despistas —aseguró recostándose en su silla—. Ella, con respecto a ti, no tiene nada que ver. Seguro que los Merino sabían que estabais juntas —dijo dándose unos toques en la nariz—, pero ella no sabe de la misa la mitad.

No bastó para erradicar la sensación de traición, pero, como la bañera de hidromasaje, lo alivió. No diría nada en voz alta.

—Tampoco es una bruja, sino una elemental del aire —añadió Unai—. Todo su poder está relacionado con el aire. Como casi todo está rodeado de aire, es un poder interesante, pero ni lo controla al 100%, ni es indiscriminado o infinito.

—Lástima —cuchichee del todo mezquina.

Unai soltó una risotada. Yo me sentí como una imbécil.

—Vale. Ella queda al margen —dije, pero mi determinación duró poco—. No, no queda al margen. ¿Qué pasa entre ella y Bruno?

Unai alzó la vista y soltó un lamento.

—Que se entienden. A ambos les rompieron el corazón y eso une. Pero dudo que vayan mucho más allá. Son hermanos.

Seguro. Samara era un amor y Bruno estaba bueno. Podía pasar entre ellos cualquier cosa. Necesitaba moverme. Centrarme en un sofrito era mejor que hacer surcos. Vomité mis propias conclusiones.

—La Orden quiere pactar con los akita, aunque en cualquier momento decidan exterminarlos. El líder estará de acuerdo, pero les sobra Adam. A la

Orden porque Adam no va a hacer el trabajo sucio de nadie, ni condenará a muerte a ningún ser de forma preventiva. Véase Samara. Al líder no le gusta que le hagan sombra, el maestro sobra.

—Error —intervino Unai ojeando lo que hacía.

Unai dejó su silla para acercarse, como si estuviésemos en plena clase de cocina. Ni siquiera encontré una tabla para cortar. Sí un cuchillo. La encimera desnuda tendría que valerme. La cebolla que había en la nevera estaba un poco pocha. Tendría que usar lo que fuese comible de ella.

—El maestro no sobra, sobra Adam en concreto —corrigió Unai a mi lado—. El maestro le ahorra un montón de trabajo al líder.

Tenía sentido. El líder no podía destituir a Adam sin que hubiera preguntas, y el hombre era querido. Si se manchaba las manos, pronto habría líder nuevo. Puse aceite a calentar en una pequeña sartén y retiré la que había usado Unai. Ambas relucían de tan nuevas. Unai ni sabía cocinar, ni se molestaba en intentar solucionarlo.

—Necesitamos a Lola —dije de lo más convencida.

—Sí —reconoció Unai, apartándose como si el aceite fuese ácido y estuviera a punto de saltarle a la cara—, pero no va a dejar que lo encuentren.

—¿Por qué?

—Porque no quiere terminar muerto, obvio. A él sí le tienen ganas todos, te lo aseguro.

—¿Qué hizo?

Unai retrocedió otro paso y se metió las manos en los bolsillos como si no supiera qué hacer con ellas.

—Ese no es tu problema. También te aconsejo que no se lo menciones a los Merino. Hazte la tonta.

—Eso se me da de vicio.

—Tú sí que estás de vicio —aseguró Unai listo para salir de la cocina—. Voy a darme una ducha fría. Esto va a ser difícil.

Exageraba, pero entendía su estado. Alcé la voz para que me escuchara.

—Te prometo que en cuanto encuentre algo me marcho.

—Te lo dije, puedes quedarte el tiempo que quieras —insistió Unai, y parecía sincero.

Me entretuve jugando a las cocinitas y asentando la información en mi cabeza. Ahora sí tenía detalles importantes para Adam. No esclarecedores, pero menos daba una piedra. Iba a tener que llamarlo. No quería, pero iba a hacerlo. También, le aconsejaría que vigilase más a sus hijos. Para librarse de

Adam, habría que matar a todos y cada uno de los adoptados, a Samara y a Luisa. La sola idea casi me hace entrar en pánico.

Dejé en reposo la comida y eché mano a mi teléfono, a cargar sobre la encimera. Unai no sabía cocinar, pero parecía un fan de la tecnología. Encontrar un cargador compatible con mi móvil no fue tarea sencilla, con tantos como había reunido en un mueble de la sala contigua. Un piso minimalista, de los que se recogen en un segundo. Debería aprender yo de él en eso.

El teléfono de la casa de los Merino surgió entre los velos del tiempo. Hay números que jamás se olvidan, sobre todo si tus padres no te dejan tener móvil hasta los catorce. Había llamado a Bruno mil veces, aunque estuviéramos juntos todo el día. Si no, me llamaba él. Seguro que él sí se había olvidado del de mi casa.

También se encontraba entre mis contactos el número de Samara. Llamarla o no llamar. Esa era la cuestión. No lo haría, o al menos no de primeras. Que Adam los pusiese a todos al tanto.

Sonaron los tonos, como aquella noche de reencuentros. Prefería que no me cogiese nadie, antes que contestase Bruno. Pero la suerte es una perra y, como tal, juega de su parte.

—¿Quién? —preguntó Bruno.

Su voz me recorrió y me temblaron hasta las pestañas. Me esforcé por sonar fría.

—Tengo que hablar con Adam.

Un segundo de silencio. No lo escuchaba ni respirar, yo contenía el aliento.

—No está —dijo al fin.

Mira que era seco. Yo también podía serlo.

—Pues dame su móvil.

—No.

Por supuesto. Controlé la rabia. Suspiré, intentando olvidar quién estaba al otro lado. Suavicé la voz para sonar amistosa.

—Escucha, tengo que decirle algo importante.

—Si quisiera que lo llamasen te habría dado su número —apuntilló Bruno.

Me rechinaron los dientes. ¿Tanto le costaba?

—¿Sabes? Eres un resentido de mierda.

Porque yo también lo era, colgué el teléfono. Me centré en la cocina. Llamaría en cinco minutos, o llamaría a Samara. Recordar el sonido de la voz de Bruno me puso de peor humor. Era por hablar con él por teléfono, que

viene siendo lo mismo que te susurren al oído. El calor que sentía no venía del hornillo, sino de lo más profundo de mi alma.

—Oh, qué bien huele —aseguró Unai.

Me volví hacia él. Estaba muy sexy con ropa de deporte y el pelo húmedo. Olía de maravilla, una mezcla de geles y after shave. La comida estaba lista, ya no tenía hambre por culpa del imbécil, pero el calor no se había ido. Unai arqueó una ceja al desvelar mi rostro. Alzó las manos, abrió los brazos, exponiéndose por completo. No necesité más para lanzarme a su cuello.

Unai me recibió con el mismo entusiasmo. Me levantó del suelo, nuestras bocas se encontraron como en nuestra primera cita. La mano que no me pegaba a él se deslizó bajo el albornoz, mientras salíamos al pasillo en dirección a su cuarto. Su lengua recorrió mi cuello avivando el calor que ya sentía.

—¿Estás intentando sustituirlo? —preguntó sin la menor intención de juzgarme.

—Sí —reconocí antes de tomar su rostro y besarlo con anhelo.

Unai me devolvió el beso. Su amplia habitación, con una enorme cama en el centro, nos dio la bienvenida. Caímos sobre ella envueltos en un enredo de brazos y piernas.

—No va a funcionar —comentó Unai con voz ronca, peleándose con el cinturón del albornoz—, pero por mí, vale.



No me sentía mejor, ni peor, ni diferente. Habíamos vuelto a la cocina, tras una ducha conjunta, y ahora comíamos la pasta un poquito fría. Había estado bien, eso sin duda, y agradecí que mi mente no decidiera jugármela con la culpa. Bruno y yo no éramos pareja. Ahora, ni siquiera éramos amigos.

Tras el café, Unai se fue a ver un rato la tele y yo llamé por teléfono. Volvió a contestar Bruno, por supuesto. Su voz me envolvió de nuevo, pero me mantuve impassible, o casi.

—¿Ya ha vuelto Adam?

—No.

—¿Vas a darme su móvil?

—No

Unai entró en ese momento por la puerta. Hizo el gesto de mantener la boca cerrada al ver mi cara. Me hizo gracia, también me pregunté si Bruno podría oírlo. Volví a suspirar, con cansancio.

—Pues vas a tener que escucharme.

Me fiaba de Bruno, al menos en lo relativo a la seguridad de la familia. No me explayé con los detalles, porque igual se aburría, o se cruzaba, y terminaba colgando. Lo importante era aclarar las intenciones del líder y el grupo humano, el peligro inminente que corrían. Acabado mi monólogo, se mantuvo el silencio.

—¿Vas a contárselo a Adam?

—Sí —respondió—. ¿Algo más?

—¿Gracias? —repliqué con insolencia.

Una pausa, antes de dármelas con el tono frío.

—Soy un resentido de mierda, ¿recuerdas? —dijo antes de colgarme.

Mi gruñido logró que Unai se partiera de risa. Se sentó a mi lado y me dio una amistosa palmada en la espalda a modo de apoyo. Qué situación más extraña. Me sentí un poco confundida, porque sentía hacia Unai algo muy

raro, y no venía de que fuera mi último recurso.

18 BRUNO

La acusación se leía en cada rostro, tras soltar que Rita había llamado. No dije que ella solo quería hablar con Adam, pero era evidente. Tan evidente como que a mí no me había dado la gana de pasar la llamada. Asun, Luisa, Adam y Samara me rodeaban en la mesa de la cocina. Reunión urgente, no comida en familia. El móvil de Adam estaba sobre la mesa. Mudo. Ni Juanca ni Iker contestaban, ni habían devuelto las llamadas. Fingía no estar preocupado, pero lo estaba.

—No parecía en peligro —dije en mi defensa.

Me tragué, de paso, que estaba bien acompañada por el tipo que la había llamado cuando estuvo aquí. No escuché voces, ni nada más que rozar las telas y su respiración, pero yo lo sabía. Sobre todo me había centrado en la voz de Rita. Acariciaba mi oído y se enroscaba en mi cerebro. Lo que decía era terrible, pero la habría escuchado eternamente. Como antes, como siempre. La voz de Rita poseía algo hipnótico, o yo era un imbécil sin remedio.

—Sabías que estaba abajo —protestó Adam—. ¿Por qué no me la pasaste?

Porque soy un resentido de mierda. Para no decir eso, continué callado. Aguantaba el tipo.

—¿Puede ser cierto? —preguntó Asun para desviar la atención sobre Rita—. ¿En serio? Nosotros hicimos frente al devorador, nosotros custodiamos esto.

La miré con fastidio. Ella era fuerte, muy rápida, pero en el caso del devorador no había hecho nada. Asun estaba demasiado ocupada llamando la atención, y cabreada porque Rita se había ido, pero seguía presente.

El devorador, en realidad, fue cosa mía. Adam lo localizó, pero yo caí sobre él incapaz de contenerme. Me di miedo hasta a mí mismo. Lo que se apoderó de mí no quería ni recordarlo. Fue por ella, todo fue por Rita, porque yo descargaba el dolor que sentí ante la idea de no volver a verla.

—Era cuestión de tiempo que el líder quisiera establecerse aquí —dijo Adam con los ojos fijos en el teléfono—. Dudo que sepan que no se hizo antes para que, si nos descubrían, nada señalase a la pieza clave. No sé, desconozco lo que pretenden, pero me preocupa más que esos dos no llamen.

En efecto, el silencio de Juanca e Iker no era habitual.

—Iré a buscarlos —me presté.

—No —atajó Adam—. Tú eres el más fuerte, Bruno. Te necesito aquí. Para defender a los más débiles. Esa era mi posición en caso de peligro.

—Puedo ir yo —se prestó Samara—. A nadie va a extrañarle que ande por mi ciudad.

—No — decidió Adam—. Todavía no sé qué es lo mejor para ti.

—Tengo que volver, Adam —dijo Samara, porque su trabajo dependía de ello.

Adam asintió.

—Sí, claro, pero en esto será mejor que no te metas. Quizá si no intervienes no te consideren un riesgo inmediato. Debemos dirigir la atención hacia...

Nos llegó algo. No a Samara, pero sí al resto. Asun se puso en pie primero.

—Hay alguien fuera —siseó Asun.

Eso era evidente, pero no percibíamos ningún olor, por lo que ya sabíamos quiénes eran. Me levanté como un resorte. Si querían pelea, iban a encontrarla. Me quité las botas sin dejar de avanzar.

—¡Bruno, no! —exclamó Adam.

Se me echaron encima, pero la camisa ya estaba en el suelo, y a mis pantalones les faltaba muy poco para terminar con ella. Contaba con pocos segundos, porque la única que podría encerrarme era Samara, y reaccionaría solo pasada la sorpresa. Me escurrí entre los brazos de Adam y Luisa, encajé el hombro en el pecho de Asun para apartarla. Ella se quejó, pero no se moriría de esa. Logré abrir la puerta de la calle.

—¡Es una trampa! —chilló Luisa mientras Adam se apresuraba con intención de cerrar la entrada.

Eso ya lo sabía, pero nadie iba a desafiarme en mi casa. Comprendía la estrategia. Rita estaba en lo cierto. Para acabar con Adam, tendrían que matar al resto, y al más fuerte había que sacarlo primero de en medio.

Me revolví y mi conversión fue tan súbita que ya no podían hacer nada. Adam se apartó de la puerta cuando le enseñé los dientes. Salté a la extensión de tierra y emprendí una carrera, directo al bosque, lugar del que provenían los ruidos. Que alguien se había acercado a la casa era obvio, pero se trataba de un señuelo y no estaba entendiendo nada.

A un paso de la primera línea de árboles del bosque, noté el hedor a podrido. Lejano, intenso. La función del señuelo era sacarnos de la casa, llevarnos a una emboscada. Nos llegaron primero los sonidos que los olores,

porque los atacantes estaban lejos. El hedor impulsó mis patas, olía a muerte, igual que el devorador de almas. Perdí los estribos y corrí entre los árboles... Hasta que unos dientes atraparon mi cuello. Caí al suelo por el placaje y por mi propio peso. Cuando me vi libre, me revolví, sorprendido. La lucidez pareció emerger mientras me levantaba. Por primera vez en la vida acababan de derrotarme. Un lobo gris se mantenía a un paso en posición de ataque. Un maldito lobo que no pesaría más de cuarenta kilos.

Le enseñé los dientes por el ataque y por liberarme. El animal no volvió a la carga. El marcaje solo era un aviso. Yo no quería la condescendencia de nadie, mucho menos de un vulgar lobo de ojos negros. Las voces sonaron en la lejanía y mi cabeza giró hacia ellas. Humanos que olían a muertos. Ahora, todavía entendía menos, pero el olor afín al devorador me arrastraba a atacarlos.

—¡Por ahí! ¡He escuchado algo por ahí!

—¡Voy a pegarle un tiro a ese puto perro!

El ladrido del lobo me obligó a mirarlo. El olor a muerte tiraba de mí para ir contra los hombres. El lobo se me puso delante, sus ojos negros me hicieron estremecer. Eso no era un lobo corriente, pero olía como si lo fuese.

Resoplé. Gruñí y me dieron ganas de atacar al lobo, pero me contuve. Captaba el mensaje y tendría que hacerle caso. Enemigos humanos, olores de la gente del pueblo. No debía atacar a ninguno, y ahí radicaba la trampa.

Mi familia, al completo, se me sumaba. Maldije mi impulso. El lobo gruñó, antes de alzar la cabeza y lanzar un aullido tan fuerte que estuvo cerca de dejarme sordo. Por un segundo, no escuché más que un molesto zumbido. El lobo se perdió en la espesura, aulló de nuevo, con menos fuerza. Los pasos de los hombres se desviaron. Ya no querían liquidar al perro, o a sus dueños, sino al lobo. Más aullidos, el lobo los estaba conduciendo hacia él, para alejarlos de nosotros.

Necesitaba hablar con Adam. Retrocedí sobre mis pasos. Me crucé con mi familia, quienes se apresuraron en seguirme de vuelta. A Samara la localicé todavía cerca de la casa. Al vernos venir, también retrocedió, aunque llegó de última y sin aliento. Cerró la puerta y casi se desmaya. Soltó un quejido de disgusto porque nos transformamos y el nudismo no iba mucho con ella. Nos quedamos en pleno recibidor, agitados.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Asun.

—¿El lobo? —susurró Adam con los ojos muy abiertos.

—No es un lobo —dije porque eso era lo único claro de todo—. Él me

cortó el paso, ahí comprendí que quienes venían a por nosotros eran los del pueblo.

—El pistolero —atajó Asun, tensa de rabia—. Esto es culpa de Rita.

Adam dijo lo que todos pensábamos.

—¿Movilizarse así por lo que pasó? No, Asun, esto tiene toda la pinta de ser obra de algún tipo de manipulación. Los enviaron a por nosotros.

—Huelen a devorador —dije con los dientes apretados.

No necesité explicar más. Adam comprendió que había perdido los nervios, y también sabía que esa había sido la idea.

—De haber atacado... —murmuró Luisa, y me di cuenta de que se lo explicaba a Samara—. No podemos atacar humanos y puedes imaginar la que se montaría.

Samara asintió. Miraba hacia cualquier parte para no fijarse en nuestra desnudez.

—¿Qué es ese lobo? —pregunté con cautela.

Adam cruzó una mirada conmigo, pero no respondió.

—Será mejor que nos vistamos, no vaya a venir alguien a preguntar si lo hemos visto.

Recuperamos la ropa esparcida por el suelo, para alivio de Samara. Con el revuelo, Adam me hizo un gesto. Lo seguí hasta el salón. Hay un tono bajo, apenas audible, y solo así podemos charlar en casa sin ser oídos. Adam pegó su cabeza a la mía para emplearlo.

—¿Cómo que te cortó el paso?

Hubiera preferido guardarme eso para mí, pero no tenía sentido por mucho que le doliera a mi ego.

—Me saltó encima —dije señalando mi cuello, por suerte sin el menor rasguño—. Y me lanzó al suelo. Ahí me centré... Luego su aullido... ¿Qué demonios es eso?

Adam pareció consumirse, se separó de mí y se movió de un lado a otro. Ya no era necesario el secreto. Lo vi más inseguro que nunca.

—Puede ser mil cosas —dijo Adam con voz trémula—. Desde un espíritu de la naturaleza a un guardián, un metamórfico...

—¿Qué es eso? —exigí para que se centrara—. ¿Qué crees tú que es?

Me miró como si acabase de descubrir que la tierra era en realidad cuadrada.

—Eso... creo que eso es un licántropo.

Adam llevaba toda su vida convencido de que nosotros éramos los

licántropos de los mitos. Decía que algún humano debió ver un akita de pelaje oscuro transformándose, y de ahí la confusión con los lobos.

—¿Y quién es? ¿Quién es el humano? —pregunté igual de inquieto, porque no tenía ni la más remota idea.

Era alguien que nos apreciaba, o eso parecía. Rondaría cerca, o no habría acudido al rescate. Alguien que viviera en el pueblo conservaría el olor del animal que escondía. Alguno de nosotros lo habría detectado, o se nos haría extraño.

Los ojos de Adam volaron hacia la cocina con miedo.

—¿Por qué no responden tus hermanos?

Porque les había pasado algo. Hice ademán de salir a buscarlos, pero Adam me colocó una mano en el pecho. Sus ojos me miraron con seriedad.

—Voy a llamar a Rita. Ella está más cerca y me parece que mejor protegida.

Yo también lo sospechaba. ¿Cuántas veces había burlado la muerte?

—Puede ser una trampa —dijo Samara.

Nos habíamos olvidado de ella. Samara se preocupaba por Rita. Adam también, pero Juanca e Iker estaban primero.

—Seguro que eso también lo sabe Rita —decidió Adam, directo al teléfono.

19 RITA

Tocaba invertir papeles. Ahora, era yo quien iba a la caza de presas, o cebos. Debería haberme negado, pero no lo hice. Con deuda hacia Adam o sin ella, Juanca e Iker no me habían hecho nada tan grave como para ignorarlos. Aunque secuestrarme les restaba puntos.

Por suerte para mí, Unai me acompañaría. Los suyos no querían meterse, pero como tampoco se fiaban de los Caballeros, no veían nada malo en que uno de los suyos siguiera los acontecimientos. De copiloto por las oscuras calles, hasta sentí emoción. Lástima que estuviera tan preocupada.

—Sabes, es de lo más útil tener un amigo poli.

Adam me había dado direcciones y datos de sus hijos, pero Unai había ido descartando lugares para concentrar esfuerzos.

—Es útil tenerlos, sí —comentó Unai atento a la conducción y con una sonrisa burlona—, pero son más útiles los delincuentes. Y yo voy sobrado de ambos.

—Es que eres tan adorable que hasta los malos te quieren.

—Seh. Soy un tío estupendo, pero todavía no te has ganado el anillo.

—Cuando pueda hacer la compra, ya veremos.

Qué fácil era todo con él, porque no era cierto. De lo más desconcertante. El puerto apareció ante nosotros con su aire oscuro. Tantas naves, tantas sombras. Unai aparcó en una calle estrecha que dejaban dos naves sin el menor movimiento.

—Qué siniestro.

—Esto no es siniestro —aseguró Unai.

Por el tono, como para rebatirlo. Entre lo que veía en su trabajo, y lo que sabía de lo que no debería saberse, el puerto de noche sería como un campo de margaritas.

—No te separes de mí —dijo Unai—, a menos que vayan a dispararte, claro. Ahí, corre. Es a ti a quien buscan, no quiero que me peguen un tiro.

—Idiota —dije ganándome una carcajada.

No me pareció muy profesional. Tan jovial, pero tampoco parecía despistado. Mi amigo sabía bien lo que hacía, o iba de sobrado. Esperaba que lo primero. Entramos por el lateral de una nave. Ni idea de por qué acabamos allí, Unai no reveló sus fuentes. Podría estar colándomela, pero no tenía

alternativas.

No había una sola luz, pero sí dos bultos en el suelo. O muertos, o inconscientes. Casi echo a correr hacia ellos. Unai me atrapó al vuelo. Era una trampa, cierto. El espacio central de la nave era amplio y despejado, salvo por las columnas y un par de palés olvidados. Juanca e Iker en el centro.

Seguí a Unai para dar un rodeo. Nos movíamos de columna en columna, a veces tras los palés, supuse que estudiando la zona. Mi atención seguía puesta en los dos hermanos. La penumbra no me impidió ver sus caras. Golpes y cortes. No estaban atados. ¿Por qué no estaban atados? Igual los habían sedado como a Adam. Mientras pasábamos a otra columna, le hice un gesto a Unai. Una pregunta clara para saber qué hacíamos ahora que ya habíamos dado un rodeo por toda la nave. Se encogió de hombros. Tenía que estar de broma.

Los de la trampa debieron impacientarse tanto como yo. Tras un par de palés que había al fondo, al menos diez hombres se dejaron ver. Avanzaron hacia nosotros con intención de cercarnos. Parecían humanos, pero no indefensos. Nos apuntaban con sus armas, lo que nos obligó a detenernos entre una columna y otra, y levantar las manos.

—¿Y ahora? —susurré.

—Reza —respondió Unai.

Tomó mi mano y me hizo correr con él. Nos querían vivos, que también era una suerte, pero eso no evitó que nos disparasen. Dos gruesas columnas nos protegieron.

—¿Y ahora? —grité para dejarme oír sobre las pisadas que corrían hacia nosotros.

—¡Pelea! —exclamó Unai saliendo a por atacantes.

No necesitaba escuchar eso. No entendía de qué iba aquello, pero estaba un poco ocupada sacándome tipos de encima para meditarlo. En mitad de la refriega, los agresores cambiaron de blanco cuando alguien más se sumó al encuentro. Noté la tensión y un dolor agudo en la pierna por estar mirando hacia donde no debía. Ya me preocuparía luego. Seguí esquivando golpes, pero es que era difícil no distraerse con el recién aparecido.

Un ninja. Como en las películas, se había descolgado del techo, lanzaba estrellas metálicas, se revolvía esquivando ataques. Eran una veintena y él muy bueno. Un asesino. Eso ya no era tan bueno, porque los asesinos no jugaban en mi equipo. Claro que ahora ya no tenía ni idea de quién había

secuestrado a Juanca y a Iker. ¿No eran de la Orden? Akitas seguro que no.

Me falló la pierna. Bajé la vista y vi la sangre. Se me revolvió el estómago porque era mucha y era mía. Aprovecharon para derribarme de un puñetazo. Una estrella ninja me libró de mi atacante. La mujer que acababa de golpearme cayó a mi lado con el arma plateada clavada en el cuello. A mí acababan de dejarme fuera de juego de pura sorpresa.

Menos mal que el ninja y Unai estaban a un paso de reducir a los últimos agresores. Yo me arrastré hasta los hermanos. Cuanto más cerca, peor me parecía su aspecto y no solo por los golpes. Una sombra muy rara enturbiaba sus rostros, agrietaba sus labios y hundía sus ojos cerrados. Mis dedos buscaron el pulso. El corazón latía, pero muy despacio; sus pechos subían y bajaban con una cadencia extraña. A nuestro alrededor se abría un mar de cadáveres. No me impresionó ni la mitad que el mal estado de los hermanos.

—Mala cosa.

La voz del ninja me hizo levantar la cabeza. Con la capucha negra cubriéndole toda la cabeza, solo pude ver sus ojos azul claro. Brillaban con diversión. Lola. Debería haberlo supuesto. Estuve a punto de felicitarlo o pedirle un autógrafo, pero señalé los cuerpos.

—¿Qué demonios les han hecho?

Unai también se acuclilló junto a los rehenes.

—Tiene toda la pinta de hechizo durmiente.

—Sí —comentó Lola con un suspiro—. Son muy fans.

—¿Qué?

El ninja negó con la cabeza.

—Hay un hechizo que te deja dormido. Ni sientes ni padeces, ni te despiertas hasta que pasa el peligro.

—¿En serio? —pregunté, perpleja.

Lola alzó las manos como si se desentendiera:

—Fue lo que hizo tu colega Adam.

No debería extrañarme. Adam conocía un montón de hechizos, pero ese no era el detalle.

—¿Y funcionan? ¿Cómo es posible?

—Aquí no es posible —dijo Unai hablándole a Lola—. A estos los trincaron en el pueblo. Ahí sí se puede conjurar.

Ambos parecían haberse olvidado de mí. Yo hice cuentas. Como los hubieran cogido la última vez que los vi... Lola parecía haber seguido mi razonamiento.

—Pues ya llevan más de un día roncando.

—Ya ha pasado el peligro —dije preocupada. ¿Cuánto puede vivir un cuerpo durmiendo? Sin comida ni bebida muy poco. ¿Sería igual para el cuerpo de un akita?—. ¿Por qué no despiertan? Oh, no, necesitan estar en el pueblo.

Nos separaban unos buenos kilómetros y esos no iban a aguantar tanto.

—No estoy muy seguro —respondió Unai—. Lo importante es que necesitan estar a salvo, y no lo estarán con ninguno de los tres cerca.

Seguro que Unai y Lola podrían tacharse de amenaza, pero yo no me consideraba tal. Iba a decirlo, un poquito ofendida hasta, pero Lola puso orden.

—Nos hace falta el tiempo —Señaló a Unai y después a mí—. Te ayudo a llevarlos. Vete llamando.

Esa última parte era para mí. Demasiado rápido, imposible, aterrador. Unai me pasó el móvil.

—Gracias —susurré porque no parecía capaz de centrarme.

Pulsé los números con un temblor general y la mirada borrosa. Ni siquiera me importó que contestara Bruno.

—Estamos en el puerto. Los hemos encontrado, pero el hechizo no se rompe.

Esperaba por el bien común que dejase su resentimiento, y que supiera de lo que le estaba hablando. Hice lo posible por no quejarme cuando Lola usó una especie de cinturón de tela negra para vendarme la herida. Por lo poco que me atreví a mirar, la bala solo me había rozado, pero dolía como si me hubiese atravesado la pierna.

—Avisaré a Adam —dijo Bruno—, tomad la carretera nacional.

—Sí —susurré antes de colgar y transmitir lo dicho.

Unai ya se había cargado al hombro a Juanca. Lola hacía lo mismo con Iker. Increíble, los hermanos no eran pequeñitos, mis amigos tampoco, pero, sobre todo Lola, avanzaba a buen ritmo como si no acabase de salir de una pelea multitudinaria. Yo seguía en el suelo porque las piernas, y las fuerzas, no me respondían.

—Espera aquí —se limitó a decir Lola.

Esperé, que remedio. Cuando el ninja estuvo de vuelta al trote yo solo había conseguido levantarme y dar un par de pasos. Se prestó de bastón y salimos de la nave. En el estrecho callejón que formaban las naves no había rastro ni de Unai, ni de los hermanos.

—¿Dónde están?

—Ya se han ido —respondió Lola.

—¿Qué?

—Tranquila, conoce sus coches y sabrá quienes son.

—¡No! ¡Tengo que ir con ellos!

—No, no tienes —aseguró Lola arrastrándome hasta salir del callejón, para meternos en otro—. Te llevaré a casa de Unai, te curaré esto, y vas a esperarlo allí.

Comprendía el mensaje. Estaba muerta de preocupación, pero resultaba un estorbo. Dolía tanto como el disparo.

—Los retrasaría, lo entiendo —dije si acaso para convencerme.

—No... bueno, sí, lo retrasarías —comentó Lola—, pero contigo no van a despertarse, y necesitan hacerlo antes que el cuerpo falle. Ese hechizo es jugársela, porque el peligro está en todas partes.

—¿Por qué yo soy un peligro?

A Lola le hizo gracia mi tono. Sí, estaba ofendida.

—Tú eres un peligro para cualquiera. Mira lo que pasa cuando estás cerca.

Como para desmentirlo. Había una moto corriente en una entrada de garaje.

—Dudo que pueda mantenerme sobre eso.

—Pues como te caigas, te va a doler —aseguró Lola.

Se deshizo de la capucha que tapaba su cabeza y pasó las manos por el pelo rubio, empapado por el sudor, para despegarlo de su cabeza. Tomó una mochila de la que sacó una sudadera. En un compartimento dejó caer un par de estrellas arrojadizas. Brillaban, las cuatro puntas eran curvas y parecían afiladas. Al desprenderse de la chaqueta negra para ponerse la sudadera gris, reparé en su espalda llena de marcas. Las cicatrices contorsionaban toda la piel.

—¿Qué te pasó? ¿De verdad fuiste uno de sus asesinos?

—¿Lo dudas?

—No. Después de lo que acabo de ver, no.

Me pareció que se reía. La ropa me tapó las vistas. Marcada o no, su espalda era tremenda.

—Digamos que aprendes de los errores y los entrenamientos no son una broma.

Captaba el mensaje. Esperé a que se subiera a la moto, tomé la mochila, me la puse y me subí. No fue fácil, porque la pierna empezaba a dolerme

horrores.

—¿Por eso lo dejaste?

—No —dijo muy serio—. Me enamoré de la mujer a la que tenía que matar.

Mi carcajada le pintó una sonrisa.

—¿No cuela? —preguntó con fastidio, antes de arrancar y salir despedido.

20 BRUNO

El olor del hombre me sonaba, pero el de la sangre de Rita me impedía centrarme. Mis hermanos estaban en una de las habitaciones de la segunda planta. Cada uno en una cama, conectados a un gotero con suero. Despertaron al poco del intercambio, pero la debilidad los mantendría quietos mucho tiempo. La puerta de la buhardilla se abrió y dejé de mirar el amanecer. Samara traía un café entre las manos porque yo casi nunca tenía hecho.

—¿Has dormido algo? —me preguntó acercándose para sentarse en el sofá de la zona que correspondía al salón.

—No.

—¿Vas a reconocer que te preocupa cómo está ella?

—No.

Su risa me relajó un poco y hasta curvó mis labios. Seguí atento al exterior, sin mucha idea de qué esperaba ver entre los árboles. Samara soltó un quejido de protesta antes de hablar.

—Pues yo sí estoy preocupada. Llámame imbécil, pero me inquietó un poquito eso de que está bien, pero le dispararon. Como que no me coincide.

Los encargados de ir a buscar a mis hermanos habían sido Adam y Asun. Yo me quedaba por protección, sobre todo de Luisa, y también por la de quien acompañase a Rita. Solo iba un hombre, policía o algo parecido. Los ayudó en el traslado de cuerpos, pero no dio detalles. Eso correspondía a Lucía. Ni siquiera ese era su nombre. Me pregunté si el hombre lo sabría. Al distanciarse del tipo, mis hermanos abrieron los ojos. Ahí me pregunté quién era, por qué suponía un peligro, y por qué me sonaba su olor.

—Quiero quedar con ella —murmuró Sam.

Parecía pedirme permiso. No me decía nada que no supiese. Rita le caía bien, no quería perderla.

—No estoy seguro de que sea buena idea —dije rememorando el puñetazo con el que la saludó.

—Yo tampoco y por eso quiero que vengas conmigo. No quiero que vuelva a pegarme.

Me reí por el modo en el que lo dijo, con un quejido lastimero.

—Si voy contigo, es probable que te pegue. Si de verdad quieres hablar con ella, será mejor que vayas sola.

Escuché ruido cerca y poco después Adam llamó a la puerta. Yo no solía estar en guardia en casa, pero la situación lo merecía.

—Pasa —dije sin necesidad de alzar la voz.

El rostro de Adam reflejaba inquietud por las circunstancias. Primero nos echaban a medio pueblo encima, guiándolos a buscar un perro, y seguro que también a sus dueños. Me había preguntado cómo habría terminado la cosa sin la intervención del lobo. Aunque yo no hubiera salido, esa gente venía directa hacia la casa. ¿Quién los impulsaba? ¿Cómo habían podido convencer a tanta gente? ¿Con qué fin? El secuestro de mis hermanos también me escamaba. Los retenían para atraernos, ¿sabían que iría Rita? ¿Qué demonios había hecho ella para cabrear a esa gente?

—He hablado con Rita. No sabe más, pero supone que fue cosa de la Orden.

—Eso también lo sabemos nosotros —repliqué, para no reconocer que lo que quería saber era cómo se encontraba ella.

O Adam no leyó entre líneas, o estaba tan superado que no pudo hacerlo.

—Tenemos un problema mayor. El líder y varios cabeza de familia vienen para aquí. Reunión urgente. Juanca e Iker no son los únicos desaparecidos.

Samara me miró, traté de no reflejar inquietud. Asentí como si nada. No hacía falta decir que ella tenía que irse, porque ella quería irse. Quizá fuese lo mejor. La excepción aumentaba nuestra fuerza, pero también la de otros, y era más fácil que nos confiásemos.

—Si los cogieron a todos aquí... —comentó Adam preocupado por el detalle. La excepción era de la manada, el maestro solo estaba allí de prestado, pero de un modo indirecto era responsabilidad nuestra. Podrían señalarnos como culpables.

—Alguien intenta jodernos —atajé, dispuesto a lo que fuera para que no se salieran con la suya.

21 RITA

Un café de la paz. Eso parecía decir el mensaje de Samara. Cafetería del centro, a solas. Dudé, claro, pero acepté porque yo también quería verla. Nos gustase o no estábamos en el mismo barco. El arca de Noé. Casi.

Llegué primero, por eso de anticiparme. Mentira. Llegué pronto porque no calculé bien el tiempo. Pero ella no tenía que saberlo. No me hizo esperar mucho, ella también se adelantaba un par de minutos. La encontré bastante bien, tan bonita como siempre. Su piel morena disimulaba el moratón del pómulo. Igual se me había ido la mano. Yo también tenía marcada la cara, así que estábamos empatadas. Se me sentó delante y me puse a la defensiva.

—Qué valor.

Entrecerró los ojos y me señaló con el dedo.

—Yo no he hecho nada.

—Eso es lo que tú dices.

Nos contemplamos en silencio, enfurruñadas. Bajó la cabeza primero.

—Mira, Lucía. Lo siento, no tenía ni idea. Te lo juro.

Lo sabía, la creía. Podría ser casualidad, pero anda que ya era puntería. Volvió a hablar tras pedirle un café al camarero.

—Vale. Te propongo una cosa: no hablaremos de nada raro, a menos que nuestras vidas dependan de ello.

Sam estaba haciendo un verdadero esfuerzo por acercar posiciones. Me dio pena y me invadió una especie de ternura. Era un amor.

—De eso nada —dije con seriedad—. Vamos a hablar un montón de cosas raras, porque ni siquiera entiendo lo que eres, o cómo acabaste con los Merino, y no me fio un pelo de ti.

Más directa imposible. Se ofendió, antes de reírse de sí misma. Recostó la espalda contra la silla y me contempló meditativa.

—No voy a contarte mi vida en una cafeta. Hablaremos de lo que quieras, pero si vuelves al piso. No me da para pagar el alquiler yo sola y no quiero cambiar de compañera. Tú puedes asesinarme mientras duermo, es una posibilidad, pero al menos ya cuento con ello.

Tuve que reírme. No quería perderla y eso que tampoco la conocía tanto. Me dije que era porque estábamos en el mismo barco, pero no era del todo cierto.

—Tiene sentido —comenté—. Yo también cuento con que tú puedes matarme mientras duermo. El problema es que no tengo trabajo, iba a comentártelo... pero, ¡sorpresa!

Samara arrugó la nariz con fastidio. Volvió a perderse en sus pensamientos, mientras el camarero le plantaba el café delante.

—¿Y si alquilamos otra cosa más barata?

Acababa de sorprenderme. Vi la tristeza en los ojos y su sonrisa sin fuerza. No daba un duro porque yo quisiera estar con ella. Como para dejarla tan sola como parecía sentirse.

—Podría ser.

Me miró como si acabase de decirle que iba a regalarle un Ferrari. Elevé la mano para sentar las bases de una buena convivencia futura.

—Pero... No quiero a un solo Merino en casa.

Con un asentimiento, Samara aceptó.

—Yo también tengo una condición.

Enarqué una ceja con chulería. Allí no podía hacerme nada, por lo que jugaba con ventaja. Y por ahí iban los tiros.

—Vas a enseñarme a pelear.

—Pegarte, cuenta conmigo —dije con una enorme sonrisa.

Me miró con desconfianza. Le guiñé un ojo. Nos sorprendió a ambas. La conexión había sido instantánea. Cero resentimiento. Ella también podría estar en mi contra, pero no lo estaba, ni yo sentía hacia ella otra cosa que aprecio. Nos habíamos llevado bien, pero ahora parecíamos haber sintonizado por completo.

—Qué raro —dijo un poquito inquieta.

—Muy raro —aseguré antes de darle un sorbo a mi tila.

Por normalizar el encuentro, me señaló.

—¿Estás bien? Creo que te dispararon.

—Sí, en la pierna —respondí acariciándome la herida que no me dolía gracias a los calmantes—. No voy a poder darte clases hasta que cure del todo. Casi ni he necesitado puntos, pero duele que no veas.

—¿Qué pasó? Adam nos dijo que habló contigo, pero no me enteré muy bien.

Le conté la misión de rescate. No tuve que omitir nada relevante, porque no había sido un plan en sí mismo. Unai se había movido por los soplos de algún que otro delincuente. Eso nos condujo al puerto. Fin de su plan. Cuando entramos en la nave, lo dejaba todo en manos de la providencia. Es

decir, que el bueno de Lola siguiese con un ojo puesto en mí y nos salvase el cuello. Me harté de insultarlo, pero Unai se justificó con que había funcionado. Mi pierna y las contusiones por los golpes no opinaban lo mismo.

Samara me preguntó por Lola y tampoco ahí tuve que morderme la lengua, porque del asesino no sabía ni su nombre. Se partió de risa, igual que yo en su momento, cuando le conté lo de la desertión por romance, pero lo del nombre fue lo máximo.

Pagamos las consumiciones y echamos a andar por las calles hacia el piso que habíamos compartido. Seguíamos hablando, porque ahora le relataba mi secuestro a manos de los dos que había salvado. Entramos en el apartamento partiéndonos de risa.

Solo cuando iba a dejar las llaves en el mueble de la entrada recordé que yo ya no vivía allí. Samara notó el cambio y se revolvió inquieta.

—¿Quieres tomar otra infusión? Ya vi que vaciaste los armarios... ¿Necesitas que te ayude a traer las cosas?

—No te preocupes, hablaré con Unai. Seguro que él me echa una mano para poder recuperar su casa.

—Ah. Oye... es... ¿tu novio?

Me hizo gracia su apuro. Como si no supiera hasta dónde meterse, pero demasiado intrigada para cerrar la boca como hasta ahora. Porque veía venir una nueva charla que nos haría olvidarnos de la hora, le mandé un mensaje a Unai para que no se preocupara.

—Es un amigo, o algo así —dije sin saber muy bien qué definición darle—. Lo conocí hace tiempo. Íbamos juntos al gimnasio y me descubrió. Es policía. No había vuelto a saber de él hasta hace unos días, aunque él no dejó de vigilarme.

—Es una suerte —comentó Samara moviéndose por la cocina mientras yo me sentaba en la encimera.

—No sabría decirte... —exageré.

—¿Te fías de él? No... no es humano. No sabemos lo que es, pero no es humano.

Parecía preocupada por cómo me sentase el descubrimiento.

—Sé que no es humano, él me lo dijo, y también que no me va a revelar lo que esconde. Sobre lo de fiarme... No me queda otra.

Me miró por encima del hombro. Su frente se arrugó. Quería decir algo, pero no iba a hacerlo. La vi avergonzarse, remoloneaba. Recordé cómo me

encontró el día que estuve aquí con Bruno, y también que era su amiga. Hora de desviar la atención de mí misma.

—¿Cómo acabaste con los Merino?

La pregunta llevaba también la coletilla del «qué eres». Samara pareció encogerse. Siguió remoloneando y preparando agua y café. También contenía las lágrimas.

—Hace tres años, estaba saliendo con un compañero de universidad estupendo y maravilloso que desapareció una mañana. Me dejó una nota, que fuese a la casa de los Merino. Fui, claro, esperando una sorpresa, o un fin de semana en una casa rural. Adam me recibió, ahí empecé a ver que había algo raro. Quise irme, pero me soltó que era una elemental. Lo siguiente que recuerdo es despertar en una camilla en el hospital.

Las lágrimas de Samara bañaban su bonito rostro. Yo me había quedado helada porque no tenía ni idea de qué decirle. Ella siguió hablando.

—No estaba sola. Adam y Bruno estaban conmigo. El primero para darme explicaciones, el segundo para matarme si no me contenía. Conociste la casa original. Fui yo quien la hizo saltar por los aires. Casi mato a Asun y a Iker.

Cada vez se encogía más. Me bajé de la encimera, mi cuerpo se resintió, pero fui a abrazarla. Samara se volvió y buscó mi contacto. Me pareció tan pequeña y vulnerable que me dieron ganas de matarlos a todos. Necesitaba echar mano del humor o ambas terminaríamos llorando a moco tendido.

—Bueno, la casa nueva está muy bien, y Asun e Iker tampoco habrían sido una gran pérdida. Sobre todo Asun. Bah, lástima el casi.

Conseguí que riera mientras se abrazaba a mi cintura.

—¿A ti tampoco te cae bien? —preguntó Samara.

—Oh, no, ni un poco.

—A mí me odia —reconoció Samara.

—Normal, eres una tía —dije con resignación—. Asun es una misógina, o algo parecido. Rarita y una mentirosa. Nunca te fíes de ella.

—Soy amiga de Bruno —soltó Samara.

Lo había dejado caer así, a bocajarro, con entonación de culpa. A ver cómo le explicaba que, en realidad, no me importaba.

—Entonces, con más motivo te odia Asun. Bruno le pertenece, o eso cree. En cualquier caso, no tengo ningún problema en que seas amiga de Bruno, siempre y cuando no te metas en cómo nos llevamos nosotros.

—Vale —aceptó con alivio. Tuve la impresión de que Bruno bien podría haberle dicho algo parecido.

—Estupendo —atajé antes de soltarla para preparar yo las consumiciones y que ella siguiese hablando.

Se hizo a un lado limpiándose las lágrimas y un poquito más entera.

—Pues eso, mi poder guarda relación con el aire, pero todavía no lo controlo del todo.

—A mí me pareció que lo controlabas de maravilla.

Me hizo gracia el rubor de sus mejillas al recordar cómo me había atrapado, y como la había engañado.

—A excepción de cuatro cosas, no sé más —susurró Samara.

—¿Qué te queda? ¿Un tornado? Casi mejor que sigas sin saberlo, ¿no?

Aceptó mi puntualización, pero compartió que todos parecían esperar mucho más de ella. Estaba claro que era ella quien esperaba mucho más de sí misma, pero, aunque se lo dije, no pareció creerme. La estudié mientras me contaba sus primeros pasos en el mundo de la magia. Me enseñó la marca de nacimiento de su hombro, oculta bajo la tira del sujetador, y me dijo que todo el que la tuviera era un elemental. Podría pasarse la vida sin descubrir su poder, a menos que alguien le dijese lo que era. Entonces, surgió de pronto. Y podía echar una casa abajo.

Me contó, también, que los problemas de Adam con el líder anterior habían empezado por su culpa. Defenderla lo hizo desafiarlo, y proponer un sistema más democrático para la manada. Votaciones. Qué fuerte, deberían haber actuado así siglos antes. De lo más retrógrados. Seguro que hasta les gustaba el peinado de Luisa.

En lo que más me fijé fue en el modo de hablar de la familia. Adam y Bruno no le generaban nada más que aprecio. Luisa seguro que le imponía, o le recordaba a un ser querido, y por eso le costaba tenerla cerca. Asun era intratable para cualquiera. Juanca era muy bueno, pero atosigaba un poco, y siempre tenía a Iker rondando. Su rechazo hacia Iker seguro que venía de haber estado a punto de matarlo. Además, el fuerte carácter volvía de lo más complicado hablarle, a mí me había pasado. Me sentí casi identificada con ella.

Sin venir a cuento, o por algún tipo de asociación de ideas, até un cabo suelto que casi me roba el aire. Lola, también conocido como el hijo de puta que había intentado matarlos, el asesino de los Caballeros, Libra, el que se había largado por enamorarse... Las casualidades son puñeteras, y cuanto más puñeteras son, mejor. No podía ser el mismo hombre estupendo y maravilloso que había plantado a Samara, pero lo parecía. Intenté hacer

memoria. Creía recordar que no tuvo intención de matarlos. Los akita consideraban a Samara una especie de paquete bomba, enviada por un asesino. Bien, lo del asesino coincidía, pero... ¿Y si la había mandado allí para protegerla?

—¿Lucía?

Salí del trance y le sonreí a modo de disculpa. Resolver el misterio era fácil. Solo tenía que preguntarle a Samara si el hombre maravilloso tenía la espalda llena de cicatrices. Apreté los labios. Aunque corroborase mis sospechas. ¿Qué demonios iba a decirle al respecto? Yo no quería que se metiera en mi no relación con Bruno, seguro que ella no quería que yo me metiera en su ex relación con Lola. El mundo es un pañuelo, o Lola tan efectivo que había zarandeado el mundo para que nosotras dos coincidiéramos en el mismo punto.

—¿Quieres que te llame Lucía? —dudó Samara.

—Eh... claro —dije un poquito confundida—. Solo ellos me llaman Rita, la verdad. Supongo que da lo mismo.

Bajó la cabeza y se miró las manos. Esa era una muy mala señal.

—Se me ha ocurrido algo.

Esa era una señal nefasta. Casi me alejo de ella de un salto. Samara sonrió por mi cara de susto.

—Adam me dijo que tienes una casa en el pueblo... Es tuya, aunque esté a su nombre es tuya. Podríamos...

—Uf —dije notando una ansiedad que me subía por las piernas, se enroscaba en mi cintura y ascendía hasta estrangularme el cuello—. No creo que esté lista para eso.

—Vale, vale —dijo con las manos en alto, como si pretendiera borrar sus últimas palabras—. Pensé que, bueno, como corremos peligro...

La entendía, pero la idea de poner un pie en la casa de mis padres me generaba pavor.

—Tranquila —dije—. Yo que sé, no sé dónde estaremos más seguras.

Supe que Samara lo tenía claro: estaríamos seguras en el pueblo, o más bien con los Merino cerca. A mí casi me matan en la ciudad y también en el pueblo. Suponía este mi terreno, y no solo por Unai y Lola, sino porque aquí todos jugábamos con las mismas cartas. En el pueblo yo no podía hacer nada, ellos hacían demasiado.

—Vamos con calma —le pedí—. Por ahora, mejor nos quedamos.

22 BRUNO

Los primeros en llegar fueron el líder y sus guardaespaldas. A excepción de alguna que otra carrera o pelea de aprendizaje no me relacionaba demasiado con nadie, pero los estudiaba a todos. Los dos sucedáneos de policías me parecían efectivos, pero mal aprovechados. Los conocía de sus visitas a la casa cuando venían a transformarse. Ninguno de los agentes de la policía akita estaba emparejado, ni tenía hijos. Me había preguntado si eran elegidos por eso, o si ser agentes les impedía formar una familia. Me interesaba, pero no estaba a mi alcance conocer sus funciones. Si las cosas fueran distintas, quizá sí habría pertenecido a ellos.

Yo había salido a correr, dejaba a Adam para recibirlos. Que yo fuera el más fuerte no me daba poder ni utilidad en la toma de decisiones. Prefería desprenderme del mal cuerpo que me perseguía antes de vérmelas con lo que fuese que trajeran. Admiraba la actitud de Adam, mantenía la calma frente a un semejante que lo que buscaba era librarse de él. Supuse que el maestro no se transformaría mientras el líder anduviese por allí, o cedería al instinto de atacar frente a una amenaza.

Había temas que tratar, pero lo primero era lo primero. Cuando un akita llegaba a la excepción, se transformaba. Por lo que decían, sentían el impulso, la necesidad, su cabeza no les permitía pensar en otra cosa. Algunos lo hacían en el bosque, antes de llegar a la casa, para poder presentarse sin urgencias. El líder no; llegaba, saludaba por mera cortesía, y se metía en el granero dividido en particiones justo para esos cambios.

Escuché a los tres correr en grupo. Podía sumarme a ellos, o volver a casa para hacer frente común con Adam. No necesitaba pensarlo, no tenía ganas de entretenerme con ellos, pero ellos se dirigían hacia mí. Por un segundo, me planteé que viniesen a cazarme. Me transformé en humano porque la sola idea hizo que en forma akita me entrasen ganas de atacar primero.

Los vi aparecer, y supe que esa no era la intención cuando se detuvieron y el líder también cambió a humano, pero los guardaespaldas no. El perro atigrado y el color sésamo dudaron.

—Quiero hablar con él a solas —dijo el líder.

La orden nos cogió desprevenidos a los tres, pero ellos acataron. La sonrisa del hombre me provocó cautela. Parecía conciliador, un poco cohibido por

estar desnudo, y, sobre todo, conspirador. A la distancia a la que estábamos de la casa, y de cualquier miembro de mi familia, ninguno oiría palabra.

—Sé que tu lealtad está con Adam, no quiero que me mal intérpretes.

Mala forma de empezar una charla. Mantuve mi seriedad y negué con la cabeza.

—No sé si quiero escucharte.

—Tienes que hacerlo —avisó el hombre con seriedad—. Tu lealtad está con él, pero tu líder soy yo.

Las palabras no me sorprendieron. Lo que me sorprendió fue su forma de expresarse. Dejaba atrás la sonrisa estudiada y toda diplomacia. Parecía sincero, sin disfraces ni máscaras.

—Sabes lo que eres, ¿no? Un descendiente de los originales.

Asentí. Adam lo había mencionado, pero nunca lo dejé terminar de explicarse. El relato me devolvería a un pasado todavía más lejano que Rita, y mucho más doloroso. Mis padres, mi origen.

—Sabes que este no es tu lugar, Bruno. Deberías estar conmigo, al frente de mi policía. Puedes aportar a la manada tanto como el maestro.

Ya habíamos mantenido esa charla, también la tuve con el anterior líder. Negué con la cabeza.

—Mi lugar es este.

Me miró con una expresión de lástima que me hizo cuadrar hombros.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta me incomodó. No hacía algo concreto. Estaba, cuidaba los terrenos, los campos. Atendía a las visitas. Los ingresos de la familia siempre habían sido cosa de Juanca. Su empresa, sus inversiones, eran la fuente de la que salía el efectivo, junto con la asignación del líder. Los demás atendíamos la casa.

El hombre no esperó a que respondiera. Nunca he sido de muchas palabras, a veces porque tampoco me dan tiempo a expresarlas.

—Tienes un potencial increíble y lo estás desaprovechando. Eres fuerte, rápido y astuto. Si aleccionases a mis policías como Adam alecciona a los nuestros, serían mucho más efectivos. Te diré algo que no he compartido con nadie para que no cunda el pánico. El ritmo de vida moderno supone un problema, ¿sabes? Lo de vivir en familia no va con la mitad de nuestros jóvenes.

Tampoco iba conmigo, me pregunté si se daría cuenta. Estaba con mi familia, pero no tenía la menor intención de formar una propia.

—Nada nos obliga a casarnos y reproducirnos como conejos —dijo para bromear al verme tan serio. No surtió efecto, por lo que suspiró y siguió explicándose—. Mírate a ti. No tienes tu propia familia, pero sí haces vida en familia. A eso me refiero. Nuestros chicos no hacen eso. Se juntan con humanos, viajan, tienen que buscar trabajo fuera. Se distancian. Todo eso nos debilita, y se corre el riesgo de que aparezcan solitarios.

Empezaba a ver por dónde iba. La condición de akita implicaba lealtad, compromiso. Daba igual si esa fidelidad se la guardabas a una pareja o a un familiar. Tenías un vínculo con otros akita. Nunca me había planteado distanciarme de los Merino, porque me consideraba uno de ellos y quería estar con ellos. Sin embargo, yo tenía suerte. Ningún revés me obligaría a buscarme la vida, ni trataba con otros que no fueran ellos. No sucedía igual con las familias que nos visitaban, sus vidas a nivel humano estaban lejos de ser fáciles. Muchos se veían distanciados, y nadie mejor que yo sabía los estragos que suponen las separaciones.

—Solos, sin los nuestros, surgen el resentimiento, la ira y el dolor. Eso nos vuelve peligrosos.

Me mantuve impasible, pero por dentro se agitaba un mar revuelto. Eso también sabía cuan cierto era. La pérdida podía originar tanto mal que uno necesitaba infringírselo a alguien para soltarlo.

El rostro del líder reflejaba una seriedad honesta.

—Tienes prohibido mencionar esto, Bruno —dijo sin vacilación—. En tres meses, hemos tenido que eliminar a cuatro solitarios. Se habían distanciado, el mismo impulso que crea la necesidad de convertirse, o el dolor que genera no tener a nadie en conexión, nos vuelve violentos y temerarios. La policía humana puede hacerse cargo de ellos, nada puede señalarnos. El problema es cuando llegan aquí y se transforman. A uno de ellos querían practicarle una autopsia.

No necesitaba explicar más, porque sabía qué quería decirme. Si moríamos en forma humana, no cambiábamos. Si moríamos en forma akita, cabía la posibilidad de que sí cambiásemos. Apenas había conversiones post mortem recogidas, pero con una sola llegaba para andarnos con mayor cautela.

—Habrán más casos. No podemos imponer a la fuerza que se queden o mantengan el contacto con los suyos. El anterior líder barajó la posibilidad, pero los vínculos no surgen por insistencia. Si quieren alejarse, se alejarán. No somos humanos, pero vivimos como tales. Está muy bien no depender de nadie, o no querer hacerlo, pero no para nosotros, ¿no crees?

A mi mente acudió Rita. La espanté con la misma energía con la que pensaba espantar la propuesta del líder.

—Lo comprendo —dije—. Prestaré atención aquí, que es donde se transformaría un solitario. Intervendré sin dudarlo, se lo garantizo.

El hombre dejó salir una risa de derrota. Alzó las manos como si tirase la toalla.

—Te degradas —dijo, haciendo que me pusiera en guardia—. No va a gustarte lo que voy a decirte, pero sabes que es cierto: Adam te retiene porque te tiene miedo, y no te considera apto. Tú puedes ser el siguiente maestro y esta es la única forma en la que puede evitarlo.

Un gruñido bajo escapó de mi garganta en defensa de Adam. El hombre aguantó el tipo, pero en sus ojos brilló el temor. Bajo ningún concepto se puede atacar al líder, por lo que le di la espalda y me alejé para transformarme a distancia, sin la menor intención de dedicarle un solo pensamiento a lo que acababa de decirme.

23 RITA

Me embargó una especie de apatía cuando regresé al piso de Unai con intención de abandonarlo. Él no estaba, la casa entera se encontraba sumida en el silencio. Entré en la que había sido mi habitación y empecé a guardar mis cosas en las dos maletas que traje. No me llevaría mucho tiempo, porque no había terminado de instalarme.

Cuando acabé, me fui a la cocina con intención de dejarle una buena comida preparada. Sonreí con nostalgia. Escuché abrirse la puerta principal y la voz de Unai me devolvió al punto triste.

—Bien, bien, pagando tu alojamiento —bromeó desde la puerta.

Entró y me dio un suave beso en la sien. Su mano acarició mi espalda, como si supiera que estaba a punto de darse una despedida.

—Es el finiquito. Sam... me ha pedido que vuelva.

—Lo sospechaba —dijo Unai alegremente, tras darme un nuevo beso y dejarme entre fogones—. Me alegro. La verdad, tampoco eres tan buena cocinera.

Reí con él. Unai fue a cambiarse, yo terminé con la comida, mientras sentía la congoja agolparse en mi garganta. No es como que fuese a dejar la ciudad, no entendía por qué me resultaba tan triste.

Bajaba el fuego cuando sentí sus manos en mis brazos. Me hizo girar para tenerme cara a cara.

—No te pongas a llorar, eh. Puedes llamarme cuando quieras, no voy a esfumarme, y espero que tú tampoco lo hagas.

No pude sostenerle la mirada, me sentía como una tonta.

—No sé qué me pasa.

—Es fácil, estás muerta de miedo. Sabes que volver con Samara supone acercarte a ellos. Una parte de ti lo está deseando, otra no quiere. Además, cada vez que tienes que irte supone cambiar de vida, de gente. Esta vez es distinto, pero tu mente todavía no lo comprende.

Lo contemplé alucinada. Podía ser, hasta tenía sentido. Acababa de sorprenderme. Su sonrisa se volvió de lo más fanfarrona, restándole emotividad al asunto.

—Soy un tipo estupendo, poli, estoy de muerte, y, además, terapeuta. ¿En serio vas a dejarme?

No pude evitar arrojarme a sus brazos y darle un abrazo de oso. Su risa agitó nuestros cuerpos.

—Mierda, vas a hacerme llorar.

Me obligó a apartarme, tomó mi rostro y me habló despacio, para que no perdiese una sola palabra.

—Estás perdida, debes encontrarte, y aquí no vas a hacerlo. No quieres asumirlo, pero sabes que tu lugar está en el pueblo.

La sola idea logró que me separase de él y activó parte de mi genio. Empecé a enfadarme, quizá porque tenía razón. El pueblo significaba tanto como los Merino para mí, pero no estaba preparada para enfrentar a ninguno de los dos.

—Sigues contando conmigo para lo que necesites, hasta puedes venir a hacerme la comida, pero solo estás retrasando lo inevitable.

EL LOBO

1 BRUNO

Me había pasado doce horas durmiendo. Las partidas de búsqueda habían sido en modo humano y en modo akita, ambas agotadoras. No encontramos el menor rastro de las familias desaparecidas, hasta que aparecieron. En sus hogares. El asunto no podía resultar más extraño.

Me quedé en la puerta de casa observando el bosque. Localicé a Adam en el sótano, a Luisa en la parte de atrás, tendiendo la ropa. Asun seguía durmiendo, igual que Juanca. Mis hermanos estaban casi recuperados, también se sumaron a la búsqueda, a pesar de nuestras reticencias.

Permanecía el olor de los extraños que estuvieron aquí, primero con aire desconfiado, como si las desapariciones fuesen culpa nuestra, como si les hubiésemos hecho algo. Las sospechas se habían ido, pero nadie parecía tener la menor idea de qué iba el tema. Dos familias desaparecidas durante un día entero. No recordaban ni dónde los capturaron, ni qué les hicieron, si es que les hicieron algo. Solo despertar en sus casas, como si jamás las hubiesen dejado. ¿Sería obra de los humanos? ¿Quiénes si no? ¿Para qué organizar algo así? Solo se me ocurría un motivo: una llamada de atención sobre lo desprotegidos que estábamos, y lo fácil que les sería eliminarnos.

Los pasos de Iker resonaron a mi espalda. Bajaba los escalones con su trote habitual. Me dio una amistosa palmada en el hombro, mientras yo me apartaba para dejarlo salir.

—¿Ibas a salir o vuelves? —preguntó mi hermano.

—Acabo de levantarme.

Iker se quedó en los escalones. Igual que yo contemplaba el bosque. Ninguno lo diría en voz alta, pero los árboles tan familiares y seguros para nosotros habían dejado de serlo. Encerraban peligros, algo que nunca antes nos habíamos planteado.

—Ya —murmuró Iker—. Yo tampoco sé qué hacer.

El aire empezaba a tomar fuerza. Samara me vino a la cabeza, igual que su mensaje. Rita volvía a su casa, aunque tendrían que cambiar de apartamento por falta de ingresos. No quería pensar en ella. Iker dio una palmada como para reactivar el ritmo normal de nuestras vidas.

—Nos merecemos una fiesta —decidió—. Voy a hablar con Luisa.

Se alejó con su ritmo rápido para reunirse con nuestra madre en la parte

trasera de la casa. Solo Iker podía plantear algo semejante con la que estaba cayendo. Seguro que se montaba una fiesta, pero lo haría solo. Con todos los problemas, no iba a apuntarse nadie. Iba a regresar al interior para no hacer nada, cuando mis pasos empezaron a alejarme de la casa.

Una parte de mí quería ser sensata y detener mi avance. Habíamos decidido que nos internaríamos en el bosque por parejas, pero me pudo la parte orgullosa. Aquel era mi territorio, no iba a tener miedo en mi propia casa. La espesura podía esconder peligros, pero también ampararme. Conocía la extensión como la palma de mi mano.

Me envolvió la brisa y el olor a musgo y tierra. También un ligero aroma salado, obra de tener el mar tan cerca. Era el lugar perfecto. Playa, montaña, ciudad y pueblo. Recuerdos. No lo dejaría nunca, ni iba a consentir que me lo quitaran.

El sol arrancó un destello metálico entre unos matorrales y me acerqué. Aprecié a mi alrededor el olor de los otros Merino, el de los foráneos, y el del lobo. Recordarlo me provocó un escalofrío. Un licántropo. No podía ser real, pero no era un animal corriente. Me acuclillé junto al matorral, mi mano apartó las hojas, y el corazón empezó a latir con fuerza al localizar el colgante.

Había lanzado aquel presente a kilómetros. Lo creía enroscado en alguna copa, suspendido y lejos del alcance de cualquiera para el resto de los siglos. Rita volvió a mi cabeza. La sentí bajo mi cuerpo, en la cama, durante nuestro último encuentro. El calor me envolvió y me obligó a tomar el objeto. Lo apreté al cerrar los dedos y lo sentí tan cálido como la había sentido a ella.

Con un gruñido y muy mal cuerpo, regresé a la casa. Nada más verme en la explanada delantera, me volví e hice lo mismo que días antes. Un lanzamiento memorable. El metal surcó el aire y desapareció en la lejanía. Me sentí un poco mejor, hundí las manos en los bolsillos, y la desterré, otra vez, de mi vida.



Acababa de convertirme en niñera. Iker no encontró más colaboración para unirse a su fiesta que la de Juanca, pero Adam se negó a que volvieran a moverse solos. Sospechaba que también quería que a mí me diera el aire, y cambiase de compañera de cama. No aprobaría, jamás, la relación que mantenía con Asun.

Una rubia se había acomodado a mi lado en la barra. Era guapa, de pecho generoso y escote casi hasta el ombligo. La discoteca estaba a medio camino del pueblo y de la ciudad. Punto de encuentro indiscutible. Llevaba abierta apenas un mes, pero se había convertido en el local de moda por excelencia. Normal, era un lugar espacioso, de música variada, aunque machacona, pero sino no sería una discoteca. Mis hermanos estaban en la gloria, se agitaban entre la multitud, y tonteaban con cualquiera de las mujeres que los rondaban.

Yo disfrutaba de mi copa, sin idea de pasarme con la bebida, por los problemas que pudieran darse. El brazo de la rubia rozó con disimulo el mío. Lo que quería resultaba evidente, pero no me interesaba. No estaba con Asun, pero mientras me acostase con ella no lo haría con otra. A menos que esa otra fuese Rita.

A pesar de lo duro que fuese con Asun, también la entendía. Ella estaba equivocada, creía que Rita era el problema, pero su teoría no iba muy desencaminada. Si mi mejor amiga no hubiera existido, ni Asun sería tan insoportable, ni yo estaría tan centrado en otra como para no verla. Asun y yo podríamos haber sido amigos, compartíamos mucho más de lo que compartía con una humana corriente, y seguro que la atracción que sentía por ella nos hubiese acercado. Solo había un problema: sin la existencia de Rita, yo no me habría integrado en la familia.

Nadie parecía recordar cómo fue mi llegada. No confiaba en ellos, no confiaba en nadie. Por más que lo intentó, Adam no me arrancó una sola palabra durante más de año y medio. Yo no quería estar allí, quería morirme.

Sabía que me pasaba algo, y estaba tan asustado que no podía enfrentarlo. Mis padres eran un vago recuerdo, solo se mantenía que no me querían con ellos. Se deshicieron de mí y todavía hoy no tenía claro el motivo, ni ganas de preguntarlo. Ni el cariño de Luisa destruyó el muro que me cercaba. No me afectaban sus intentos, porque no me alcanzaban. De haber mantenido mi actitud, Adam habría tenido que matarme.

Entonces, había aparecido Rita. Me había preguntado qué me pasaba, por qué estaba tan triste. Como no respondí, siguió hablando. Cuanto más hablaba, más me envolvía. No dejaba de insistir en lo estupendos que eran los Merino, lo genial que le parecía la casa, y lo bonitos que eran el bosque y el pueblo. Parecía limar mi barrera, hasta que no quedó nada. En el recreo del colegio, o cuando visitaba la casa, compartía conmigo sus propias inquietudes y lo mucho que odiaba su nombre. Decía que hasta el diminutivo le repateaba, Queta. Así la llamaban sus padres, los vecinos y los otros niños. Cada golpe de voz había ido tirando de mí, hasta arrancarme la primera palabra: Rita. No necesité decir nada más. Ella comprendió que así también podían llamarla, y me lo agradeció dándome un abrazo tan sincero, tan honesto, que me atrapó sin remedio.

Rita me salvó, me dio una vida que adoro, pero destruyó los cimientos. Jamás podríamos recuperar lo que tuvimos. La amistad sincera, incondicional, se terminó el día que dudó de ella. Ya no éramos niños, como adultos nos atraíamos, la inocencia iba a terminar antes o después, pero debería haber sido de otra forma. Las personas en las que nos habíamos convertido siempre se verían condicionadas por esa noche, y esa amistad. Es imposible alcanzar algún tipo de futuro, cuando el pasado te sujeta con fiereza.

Para que la rubia dejase de perder el tiempo conmigo, sujeté mi vaso y me aparté de ella. Había un taburete libre a dos cuerpos de distancia. Si no captaba el mensaje con eso, iba a dar por cierto lo que se decía de ellas.

Lamenté no tener a Asun cerca. Si se me colgaba del cuello, cosa por la que no iba a protestar, me ahorraría la molestia de espantarlas. La rubia no era la primera, y, por las miradas que notaba, tampoco sería la última.

Mis ojos regresaron a mis hermanos. Juanca no borraba la sonrisa, Iker no dejaba de hacer el imbécil. Se animaban entre ellos, pero ambos estaban muertos de miedo. Como todos. Aparté la vista para peinar el local. Era un momento perfecto para que nos atrapasen, sobre todo a mí. Deseaba que lo intentasen de una vez, para terminar con la incertidumbre. Por eso estaba allí,

más que por cangurear al par. La incertidumbre era un asco.

Primero vi a Samara, ajena al hombre joven que estaba tras ella haciéndole la burla, moviendo las caderas. Los tres amigos con los que el tipo estaba se reían. La multitud que nos separaba me impedía ver la escena al completo, pero suponía que la compañía de Samara se reduciría a Rita. Me puse en pie como un resorte para ir a partirle la cara al hombre. Samara desapareció entre la gente como si algo hubiese tirado de ella. Me abrí paso entre los grupos. Hasta que vi a Rita plantándose ante el hombre. Le dijo algo que borró la sonrisa del tipo y lo hizo arrugar el ceño. Rita y Samara se alejaron de él, pero el hombre no iba a dejar así las cosas. Las siguió, sujetó a Rita del brazo para que no diera un paso más. Yo estaba a punto de caer sobre ellos. Los tres amigos habían seguido al hombre, pero frenaron en seco al localizarme. Seguro que yo no tenía buena cara. El gracioso no me miraba a mí, pero perdió color en el rostro y apartó las manos de Rita para alzarlas. Iker estaba justo detrás de ella y había puesto fin al valor del tipo.

—¡Bruno! —exclamó Samara antes de lanzarse contra mí.

La alcé en el aire y disfruté de la efusividad de mi hermana. Tanto su carcajada, como el olor del alcohol, me arrancaron un suspiro de paciencia. Ya no debía preocuparme solo por Iker y Juanca. Se me acumulaba la tarea, porque no dejaría que nadie le pusiera una mano encima a Samara. Al parecer, Rita tampoco. La busqué y la localicé justo cuando ella apartaba la vista. Le había cambiado la cara. Su expresión corporal reflejaba tensión, al verse ante Iker.

No quería, pero mis ojos recorrieron su cuerpo. Llevaba unos shorts y una blusa sin mangas que se amoldaban a sus curvas. Sus largas piernas, una de ellas con un discreto apósito en el muslo, se alzaban sobre unos tacones que no deberían ser legales. El disparo no había sido grave, pero la idea de que le hubiesen disparado todavía me encogía el estómago. Sin embargo, se la veía bien, tal vez gracias al maquillaje. El pelo suelto caía sobre su hombro, tapando la cicatriz, aunque la blusa carecía de escote, y el cuello impedía ver demasiado. Para cubrir la marca del brazo, una pulsera que parecía una serpiente con lo que se enroscaba en su antebrazo. El calor que me envolvió no tenía nada que ver con lo abarrotada que estaba la discoteca.

—Ay, mierda, me había olvidado —se quejó Samara.

Miré a mi hermana con incompreensión. Ella sonrió con tristeza.

—No os enfadéis, ¿vale?

Samara había olvidado que su estupendo hermano y su maravillosa amiga

se odiaban. Le sonreí con cariño. Asentí, como quien promete que no va a enfadar a nadie. Todo estaría bien, mientras ninguno se acercase al otro.

2 RITA

Hay canciones malas, y después está El taxi. Nunca me ha gustado el reguetón, pero tengo que reconocer que es divertido y se presta a hacer el idiota. Así que allí estaba, alzando el pulgar al aire con Samara e Iker, mientras Juanca nos hacía una foto con el móvil. Bruno se había ido a la barra. Aparecida yo, se ve que se le acababa la fiesta.

No podría señalar qué me fastidió más, si que estuviera allí, o el gesto de cariño cuando Samara le dio un abrazo. Por suerte, Iker también estaba, encantado con su papel de salvador. Le había intentado bajar los humos recordándole que no necesitaba su protección cuando yo lo había rescatado. Él me recordó que le había partido un palo en el hocico, así que más me valía que no le entrasen ganas de sacarme fuera, para ver cómo nos las apañábamos conscientes y con el mismo aspecto.

Nada de eso hubiera sido posible sin la intervención del alcohol. Los cuatro íbamos bastante pasados, sobre todo Sam. Era inmune a la cafeína, pero en cuestión de cervezas yo le daba mil vueltas.

—¡Merino! —exclamó un vozarrón.

Una pandilla de siete hombres jóvenes le saltaron encima a Iker y zarandearon a Juanca. Las sonrisas que nos dedicaron, y la mirada de arriba abajo, fueron cautas por quien pudiéramos ser para los hermanos.

Iker se libró de los brazos de sus amigos y nos enganchó a Samara y a mí.

—Nuestras primas —dijo Iker sin borrar la sonrisa, ni ocultar la falsa amenaza que arrancó un par de risas—. Samara y...

—Lucía —dije levantando la mano a modo de saludo con expresión de paciencia. El papel sobrepapel de Iker sobraba, pero él parecía decidido a ejecutarlo con o sin mi consentimiento. Todo un alarde de protagonismo, un poquito machista, pero ya encontraría la forma de demostrarle que yo también sabía defenderme solita.

Los del grupo también se presentaron solos, le hicieron un gesto a Bruno, pero ninguno se le acercó a saludar. Supuse que serían del pueblo, y recordé que yo también había sido del pueblo. Me sentí un poquito incómoda por si me reconocían. De forma involuntaria, retrocedí un paso, como buscando las sombras que me ocultasen.

Juanca se colocó a mi lado con ese gesto amable tan habitual. Al parecer,

el alcohol también lo había hecho olvidar que le había partido la cara, o estaba agradecido por rescatarlo.

—No van a reconocerte —aseguró Juanca.

—Son del pueblo, ¿no?

La risa de Juanca me obligó a mirarlo. Sacudió la cabeza, buscó a Bruno, y volvió a mirarme.

—Eran nuestros compañeros de clase. Cuando supimos que estabas viva y eso, hablamos, a ver cómo explicabas tu resurrección. Adam y Luisa decían que nadie haría preguntas. No iban a reconocerte.

Claro, tenía sentido. Cuando dejé el pueblo era una cría.

—Ya, he cambiado.

—Nah —dijo Juanca—. Tú no existías para ellos, porque para ti solo existía Bruno.

Si pensaba que eso iba a animarme es que estaba más borracho que Samara. Me dieron ganas de irme, pero aguanté el tipo. Una canción arrancó un estallido de júbilo.

—¡Temazo! —exclamó Iker alzando los brazos.

Retomé el baile, y las risas. Mis ojos querían buscar a Bruno, yo no. Ganaron ellos. Lo encontré con una morena impresionante al lado. Le pegaba, él también estaba impresionante con esa camisa, los vaqueros, y el pelo cayendo por los hombros. Regresó el tacto de su piel y la sensación de su cuerpo contra el mío. Sus ojos ligeramente rasgados, oscuros, me pillaron espiando. Aproveché el ritmo de la canción para darle la espalda, mientras sentía como me ardía la cara. Bien. Menuda imbécil. ¿Por qué demonios había tenido que decirle a Samara que saliéramos?

No estaba lo bastante azorada, ni borracha, para pasar por alto el movimiento extraño. Algo pequeño cayó justo en la copa que Samara había apoyado en el saliente de la columna junto a la que estábamos. Dejé colgado a Iker en pleno baile, y recuperé el vaso poniéndoselo ante las narices a Samara.

—Nunca, jamás, sueltes tu copa —dije con seriedad.

Los ojos oscuros de Samara se abrieron como platos al percibir la pastilla en su vodka con naranja.

—Oh... creí que esto era un mito —dijo con voz pastosa.

Enarqué una ceja, dándole a entender que ella, justo ella, debería tener muy en cuenta los mitos. Lo pilló con tres segundos de retardo y soltó una risotada. Me pregunté si no habría llegado tarde.

Con un suspiro me fui a la barra para entregarle la copa al primer camarero libre. Le hice un gesto a uno y este se me acercó con una seductora sonrisa.

—Dime, guapa, ¿necesitas algo?

—Sí, guapo —repliqué haciéndolo ver bien la copa—. Que tires esto.

—Wow, ¡menuda pirula! —exclamó con asombro tomando la copa—. Eh, yo no tengo nada que ver —Me guiñó un ojo—. No me hace falta. ¿Cómo puedo compensarte?

Sonreí con una amplitud desmesurada. Sí que era guapo, alto y esbelto. Llevaba el pelo castaño engominado en ondas suaves y poseía una mirada azul de brillo pícaro.

—Con no volver a verte delante, me conformo —dije antes de hacerle un guiño y darle la espalda.

Me di de bruces con Juanca y también vi a Bruno apoyado en la barra casi al lado. ¿De dónde salían?

—Eso... —preguntó Juanca con preocupación.

Se refería a si era una amenaza de la Orden de los Caballeros y me reí de él.

—Eso es lo más normal del mundo.



La discoteca tenía una bonita terraza exterior. Media docena de mesas ocupaban el espacio, con sus correspondientes sillas de mimbre. Terminamos allí los cinco. A las cuatro de la mañana el local estaba a reventar, pero la terraza bastante desierta, a lo que estábamos como queríamos, y más borrachos que al encontrarnos. Tenía a Samara a mi derecha. Juanca se sentaba al otro lado, y mantenía el ceño fruncido.

—¿Cómo pudiste ver lo de la pastilla?

Parecía indignado, lo que me arrancó una risa.

—Trabajé como camarera de noche —respondí—. Cuestión de práctica, supongo.

Iker me señaló con un dedo sin soltar la cerveza.

—¿Cómo os conocisteis vosotras dos? Es que es puntería.

Samara y yo nos sonreímos. Y tanto que lo era, por lo que Lola había intervenido en eso. Seguro.

—Grandes almacenes —dije señalándome a mi primero y luego a ella—. Dependienta de papelería, dependienta de marroquinería.

—¿Marroquinería? —preguntó Iker con horror.

Samara rio con ganas. Estaba tan borracha que ya no se sentía culpable por la destrucción de la casa y podía hablar con él.

—Bolsos, carteras y complementos —resumió mi amiga con un lamento.

—Y medias —apuntillé—. Me salvaste la vida más de una vez, colega.

Chocamos nuestros vasos sin dejar de reírnos. Localizar a Bruno, en silencio, aburrido, me bajó el buen ánimo.

—Oye... —dijo Iker con los ojos medio cerrados como si estuviera maquinando—. No tienes trabajo, ¿verdad?

Lo miré con precaución. A ver por dónde salía. Me sonrió como un depredador.

—Tengo un gimnasio de mierda, ¿qué te parecería dar clases de peleas

para chicas?

La idea me arrancó una risotada porque pensé que estaba de broma. No supe ni cómo tomármelo.

—¡Sí! —exclamó Samara con entusiasmo—. Seré vuestra primera clienta.

—¿Para chicas? —remarqué con desdén por salir del paso.

Iker abrió los brazos para señalar lo grande que era.

—Ninguna se metería en un ring a pegarse conmigo —dijo con aire fanfarrón.

Le devolví la sonrisa, satisfecha:

—Yo me metería en un ring a pegarme contigo.

Los ojos de Iker volvieron a estrecharse, pero con recelo. Señaló al albino con el pulgar.

—Yo no me metería en un ring a pegarme contigo, después de ver cómo le zurraste a este.

Nos reímos todos, hasta Juanca. No supe si Bruno se sumaba o no, porque evitaba mirarlo.

—Ya te vale —dijo Juanca pasándose las manos por la cara.

Alcé las manos como si fuese inocente.

—Eso te pasa por secuestrar a chicas.

Iker volvió a adquirir protagonismo. Me miraba con una emoción y una súplica que me puso nerviosa.

—¿Qué me dices? —preguntó.

Alcé la copa al aire:

—Tal y como voy, te digo hasta que te quiero.

Nuevas risas, de todos, salvo de Bruno. Estudiaba su alrededor como un autómatas. Iker no pensaba tirar la toalla.

—En serio. Mi gimnasio es una mierda, pero podría ir arriba.

—No sé yo... —murmuró Juanca ganándose una colleja de su hermano.

—Hombre de poca fe —cuchicheó Iker.

—¿Dónde queda? —pregunté por no seguir en silencio.

Cuando me dio la dirección casi me atraganto.

—¿Compraste ese agujero? —pregunté incrédula.

Juanca alzó las manos con un gesto exagerado y señaló a su hermano.

—¡Por fin! —exclamó el albino—. Te lo dije.

Iker adoptó una actitud enfurruñada, con ambos, antes de cuchichear hacia mí:

—¿Y tú de qué lo conoces?

—Entrené ahí —dije alucinada por la coincidencia—. Cuando lo dejé llevaba meses con el cartel de se traspasa. ¿Fue hace mucho?

—¿Es dónde te pilló Unai? —preguntó Sam.

Asentí. Juanca me miraba con extrañeza.

—¿Cómo acabaste tú en ese agujero?

—Porque era un agujero —respondí como si fuese evidente.

Juanca asintió como si acabase de descubrir los secretos del universo.

—Claro, más fácil controlar a la gente, y vigilar el entorno —dijo con una nota triste.

—Mira como sabes —lo felicité, un poco incómoda por el tema personal.

—Unai es el que nos llevó, ¿no? —preguntó Iker—. ¿El poli?

Asentí con dificultad por la tensión que empezaba a acumularse en mis hombros. Nadie me estaba atacando, pero me sentía un poquito amenazada.

—Relaja —comentó Samara—. Amigos.

Lo captaron todos. Ahora sí me sentía acorralada. Necesitaba espacio.

—¿Amigos? Estos dos me secuestraron —bromeé mientras me levantaba como quien va al baño—. Vengo ahora.

No coló mi aire casual, pero me daba lo mismo. Avancé por la discoteca hasta el baño, abrazada a mí misma, y con la espalda muy recta. Me costó llegar, el local estaba hasta arriba. No había mucha cola, pero tampoco tenía ganas de otra cosa que refrescarme. Me mojé la nuca y recibí un par de miradas de curiosidad, igual por si intentaba colarme.

No sabía bien qué me había pasado. Confiaba en todos los que estaban conmigo, pero estaba tan acostumbrada a ocultar la verdad que exponerla de forma tan abierta, en frío, me parecía imposible. Al salir de los aseos noté una vibración en el bolso. Serpenteé entre los cuerpos sudorosos hasta alcanzar una zona en la que escuchar.

—¿Quién? —pregunté tapándome el otro oído.

La voz de Lola respondió con seriedad. Escuché la advertencia, pero el rostro de Samara se dibujó en mi mente.

—No uséis los coches —avisó Lola.

—¡No cuelgues! —dije, apresurada—. ¿Es ella?

La comunicación murió, lo que podría considerarse como respuesta.

—Mierda —protesté, porque también podría no haberme escuchado.

Giré y el cuerpo de Bruno me cortó el paso. Casi suelto un grito, y casi le cae un puñetazo. Dejé salir una maldición por el susto y fui al grano:

—Le han hecho algo a los coches.

Bruno no parecía sorprendido. Su cara de póker era hasta admirable. Asintió sin dejar de mirarme con fijeza.

—Vamos con los demás —dijo abriendo la marcha.

Tardé menos en regresar a la terraza porque a él le abrían camino. Parecían hacerle un pasillo de honor. Cómo lo odiaba. Y que bien le sentaban los vaqueros. No volvería a beber nunca, porque casi lo digo en voz alta.

La cara de Bruno consiguió que Iker y Juanca se pusieran rectos en sus sillas. Samara estaba como una cuba. Lo miró y sonrió de medio lado.

—Oh, señor, pareces sacado de una peli —dijo Samara con toda su impresión.

—Tenemos problemas —atajó Bruno sentándose de nuevo en su silla.

Ocupé la mía. Suponía que Bruno intentaba hacer como si nada. A mí el aviso me había sonado a «sal corriendo», por lo que no creía acertado terminarme la copa.

—Lo normal, cuando hay problemas, es escapar de ellos —apuntillé con una sonrisa tensa.

Qué poca gracia le hizo mi intervención a Bruno. Se le dilataron las aletas de la nariz, y me ignoró como si no hubiese dicho una verdad como un templo.

—Le pasa algo a los coches. No podemos usarlos —continuó con su máscara bien encasquetada, antes de dar un placentero trago a su cerveza—. Samara y Rita, id por la salida de emergencias. Nosotros saldremos por delante. Nos reuniremos...

Mi carcajada consiguió que se marcara su mandíbula. Lo señalé con mi vaso.

—Ni de coña nos separamos de vosotros. Si hay problemas, al menos yo os quiero cerca.

—Yo... también —murmuró Samara, quien empezaba a asustarse y no era tan buena disimulando.

Bruno me lanzó una mirada fulminante.

—Las órdenes las doy yo.

Enarqué una ceja y me enderecé en mi silla. Yo seguía sonriendo, claro que sonreía, para enseñarle bien los dientes.

—Puedes meterte el rollito de macho alfa por dónde te quepa —avisé con voz fría.

—Rita... —intentó intervenir Juanca.

—No te metas... —aconsejó Iker, quien parecía más entretenido que

preocupado.

—Vienen a por nosotros —siseó Bruno cabreado por tener que dar explicaciones—. Vosotras...

—También vienen a por nosotras —lo interrumpí sin entender ni por qué seguíamos allí sentados.

Bruno decidió que yo había dejado de existir. Le habló a sus hermanos, y a Samara.

—Nos reuniremos en el bosque —dijo antes de mirarme con una advertencia—. No entréis solas en la excepción. Samara sabrá marcar el límite, nosotros os encontraremos.

Me eché hacia adelante para dejar el vaso encima de la mesa y también las cosas claras.

—Dale —escuché decir a Iker.

Juanca me habló con un tono que sugería cautela:

—El más fuerte protege al más débil, es así. También el primero al que intentarán eliminar. Aquí, como humanos, los fuertes sois Bruno y tú. Al dividir objetivos, reduces la amenaza.

Miré al albino con la boca abierta sin saber si echarme a reír, o preguntarle si a él le había caído alguna pastilla. Vale que Bruno era el más fuerte, pero yo no me consideraba en segunda posición, ni de lejos.

—Sacudes y tienes grandes amigos —aseguró Iker—. Yo me iría contigo con los ojos cerrados.

Sería obra del alcohol, pero no me daba centrado. Sacudí la cabeza y la terraza quiso ponerse a dar vueltas.

—Mi amigo acababa de decirme que nos larguemos —protesté.

—No —puntualizó Bruno entre dientes—. Te dijo que no usásemos los coches, nada más. No podemos salir corriendo a ciegas. Quiero saber qué viene a por nosotros, para hacerme una idea de hacia dónde puede encaminarnos.

Definitivamente estaba demasiado borracha para entenderlo. Puse los ojos en blanco por su parrafada, y observé mi alrededor sin encontrar nada raro. Todavía. Me puse en pie con un ligero bamboleo.

—Tú quédate si quieres, pero yo me largo —decidí sin mirar a Samara, dándole la espalda. No la haría elegir, porque podía estar equivocándome—. Estoy borracha, voy mal de reflejos y en tacones. Necesito ventaja. ¿Que nos vemos en el bosque? ¡Estupendo!

Reconocí, más o menos, al tipo que entraba en ese momento en la terraza.

Lo habría pasado por alto de no haberlo visto a punto de disparar a Iker. Escuché el chirriar de las sillas a mi espalda. Los hermanos también lo habían reconocido. El hombre no parecía feliz. Al verme, su rostro se contrajo con una mueca inconfundible. Me odiaba. Y echó la mano a la espalda.

Mientras alguien gritaba, probablemente para avisarme del peligro, yo ya estaba ante el tipo cuando sacaba a pasear su revolver plateado. Le sujeté la muñeca y le arrebaté el arma. El revolver cayó al suelo. El tipo también, pero no venía solo. Ahí estaba el motivo que nos haría salir corriendo.

Tuve a Iker y a Juanca a mi lado, y a Bruno a mi espalda, en un segundo. Tan cerca que no tuvo que alzar la voz demasiado para ladrar la orden. Su mano se posó en mi cintura, con una ligera presión para que atendiera bien.

—Llévatela y haz lo que te dije.

Me revolví para evitar que uno de los atacantes recuperase el arma del suelo, y para que Bruno no notase cómo me estremecía. De una patada lancé el revolver hacia el final de la terraza, tras nosotros. Tomé la mano de Samara, y dejé que ellos se las apañasen con los que nosotras conseguimos sacarnos de encima.

Nos siguieron unos cuantos, demasiado cerca. Puse a Samara delante de mí para alejarla de ellos. Un grupito numeroso de postadolescentes nos impidió mantener la distancia. Noté algo afilado contra mi espalda y a un tipo casi pegado.

—Quieta —gruñó—. Vais a darnos al puto perro.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¡Fuego!

El grito de Samara estalló como una bomba. Al segundo, cundió el pánico. No duraría mucho, era obvio que no se quemaba nada, pero el efecto masa nos daba un buen margen. Unai estaría orgulloso de ella.

La pandilla se agitó. El filo me cortó, no sé si de forma involuntaria o no. Supuse que se trataba de apenas un rasguño en el costado, debajo de mis costillas. Un desagradable hormigueo en el corte me desconcertó. Intenté empujar a Samara para que aprovechase y se colase entre la gente hacia la salida de emergencias, pero algo no iba bien. Me había hecho muchos cortes en mi vida, hasta me habían disparado, pero algo en el hormigueo que sentía me hizo suponer veneno. Seguro que no era inofensivo. Recordé un documental sobre picaduras de serpiente. Para el antídoto, era necesario saber qué tipo de veneno se inoculaba. ¿Me haría falta? Con las ganas que me tenían, seguro que era de los peores. Iba a necesitar el arma, pero me iba a

llevar tiempo buscarla entre tanto correteo, y era importante poner a Samara a cubierto.

Hora de jugar con mi segunda hipótesis. Le di un empujón a Samara para que siguiera corriendo.

—Sal y ve en dirección a la luna.

Sus ojos brillaron de temor. Entre la borrachera y mi frase se quedó clavada en el suelo.

—¡Corre! —le grité.

—No...

—¡Vete! —exclamé cuando alguien me sujetó del pelo—. Te encontraré —prometí antes de quitarme de encima a la mujer que casi me deja calva, y darle otro empujón a Samara.

Mi agresora sería más o menos de mi edad, y estaba cabreadísima. Sangraba por la nariz, pero eso no iba a evitar que volviera a pelear. Casi me derriba, pero conseguí quitármela de encima y localizar el arma. Un puñal de filo corto y mango sencillo. Un pie hizo que lo perdiera de vista. Un hombre se me plantó delante y alzó el puño para golpearme. Lo reduje y me colé entre otro grupo numeroso que intentaba ir hacia la salida.

Esquivaba y propinaba golpes, sin dejar de peinar el suelo. Encontré el puñal y lo perdí de nuevo. Tras varias patadas muy de película cómica, que a mí no me hicieron ninguna gracia, conseguí alcanzarlo. La guardé en el bolso con cuidado de no cortarme.

Iba a correr tras Samara cuando alguien me retuvo del brazo. Me volví dispuesta a pelear, pero Bruno detuvo el golpe al tomarme por la muñeca.

—¿Y Sam? —preguntó con aire rabioso.

—Ya salió —dije, acelerada, porque el cosquilleo se extendía por toda mi espalda.

—¿La has dejado sola?

Me lo echaba en cara, como si no pudiera tener un pretexto para ello. Intenté soltarme, pero Bruno me tenía bien sujeta. Sí era el más fuerte. Entrecerré los ojos.

—Mis amigos no me protegen a mí, la protegen a ella —dije para que me soltase.

Lo hizo, no muy confiado.

—No entres en la excepción hasta que lleguemos nosotros —ordenó.

Quería preguntar por qué, pero ni había tiempo, ni creí que fuese a decírmelo. Asentí. En parte, casi podía verlo: en la excepción yo me

convertía en la más débil y Samara no era la más fuerte. Una última mirada, y nos volvimos al tiempo para tomar direcciones opuestas.

La salida trasera daba a la misma nada que la delantera, poco asfalto y mucho bosque, pero había menos gente. Nadie quiso pegarme y me perdí entre los árboles sin problemas. El hormigueo empezó a extenderse por las extremidades. Iba en tacones, por lo que mi avance ya no fue tan rápido. Pero debía encontrar a Sam.

Una explosión me hizo soltar un grito. Recordé lo de no usar el coche y casi corro en sentido contrario por si los hermanos lo habían olvidado, o pasaban de hacerme caso. Un sollozo me hizo retomar rumbo al pensar en Samara. La encontré no muy lejos, sentada en el suelo. Con tres cadáveres a su alrededor.

—¡Sam! —grité y caí sobre ella—. ¿Estás bien?

No lo estaba. Estaba histérica. Balbuceaba, tan encogida y colapsada que entenderla me costó horrores. Su agitación se debía en parte a la explosión. Había pensado igual que yo y temía por los Merino. La escena no la ayudaba a contener los nervios. Habían intentado matarla, pero no llegaron a tocarla, gracias a un hombre vestido de negro que lanzó dagas. Lola. Pleno. Seguro que también él estaba cabreado conmigo por la jugada. Lola me protegía, para que yo protegiera a Samara sin arriesgarse a ser visto. El mundo es injusto, iba a tener que aguantarse.

—Tenemos que movernos —dije, porque no quería estar en pleno bosque sola de noche, y porque el hormigueo empezaba a convertirse en calambres. Pequeñas agujas picoteaban mi costado e iban ampliando su radio de acción.

Un aullido pareció detener el tiempo. Sonó espeluznante, como una sentencia. Solté un lamento por la nueva amenaza, hasta que recordé al lobo que nos salvó. Ya tenía dirección correcta, porque seguro que los Merino tomaban la misma.

La vegetación se volvía cada vez más densa y la noche se aliaba con las frondosas copas de los árboles, impidiéndonos ver demasiado. Samara temblaba, estaba tan superada que avanzaba porque la estaba empujando, pero yo perdía sensibilidad en los dedos y empezaba a marearme.

—Sam, no quiero meterte presión, pero tengo que ir con Adam cuanto antes. En mi bolso hay un puñal, está envenenado.

—¿Estás herida? —gritó Samara con terror.

Debería haberme estado callada.

—Un rasguño, pero escuece. Parece un paralizante —mentí. No sabía

cómo se sentía un veneno paralizante, y el que me afectaba tenía toda la pinta de ser de los que mandan al otro barrio, sin paradas—. Tranquila.

No la tranquilicé ni un poco. Tembló más si cabe.

—No, no puede pasarte nada —murmuró Samara con miedo—. A ti no puede pasarte nada.

—Ni a ellos —sentenció sin hacer caso al eco en mis oídos dejado por la explosión.

No dejé de arrullarla, de consolarla, y eso pareció relajarme también a mí. El veneno entorpecía mis pasos, pero Samara ya avanzaba sola.

—Estamos llegando a la excepción —murmuró Samara con intención de parar.

Mala idea. Me estaba costando horrores no tropezar con mis propios pies.

—Sigue.

—Pero Bruno dijo...

—Me quedo sin tiempo —reconocí, ahora tan asustada como ella.

Avanzamos y sentí cómo se erizaba la capa superior de mi pelo por alguna carga estática. A su vez, noté que el cuerpo de Samara ganaba consistencia, ella recuperaba las fuerzas. Una brisa muy ligera nos acarició a su paso. Escuché movimiento. Ver a Bruno entre los árboles me sacó un enorme peso de encima, a pesar de lo lejos que estaba. De no ser porque yo abrazaba a Samara, me habría ido al suelo de puro alivio. O el veneno ya tocaba mi corazón. Sentía el calor, el mareo, el suelo parecía ondear.

—¡Está ardiendo! —chilló Sam—. La han envenenado... ¡Oh, no!

Estaban muy lejos, poco veía yo tal y como se me nublaba la vista, pero a Iker le había pasado algo. Su ropa estaba rota, ennegrecida, y el rojo sangre destacaba en su rostro y en su cuerpo.

—¡Os dije que esperarais! —gritó Bruno.

Quería explicar mi situación, e insultarlo, pero no podía hablar. El aullido del lobo sonó muy cerca. Mi corazón empezaba a moverse cada vez más despacio. Me mantenía en pie, pero porque nos habíamos parado, y me estaba apoyando con una mano en un árbol. Seguro que si intentaba dar un paso mi cuerpo no respondía. El sonido de unas patas estalló en mis oídos y parecieron marcar el ritmo de mi corazón, acelerándolo. Ya no veía nada, pero escuché a Juanca y a Bruno, a Samara, gritar.

Algo impactó contra mí con tanta fuerza que mi espalda se arqueó y caí de rodillas. La sensación no me era ajena. Al llegar al pueblo con Juanca e Iker, durante la pelea con el asesino, había sentido que me arrancaban un pedazo.

Ahora, sentía que me lo devolvían con la misma fuerza, y no pude soportarlo.

3 BRUNO

No podía quitarme de la cabeza la imagen: el lobo saltaba con un gruñido. Samara trató de detenerlo con su poder, pero al animal no le afectó la ráfaga de aire. Yo ya estaba cerca, quería interceptarlo, pero fue muchísimo más rápido. Al alcanzar a Rita, se fundió en ella. El animal dejó de ser tangible para adentrarse en su cuerpo.

La vi sucumbir al impacto, la escuché gritar, cayó de rodillas. Sus ojos verdes reflejaron miedo y dolor. Se volvieron completamente negros, antes de cerrarse.

—Creo que... fue para curarla —murmuraba Adam al otro lado de la cama en la que se encontraba Rita.

Ya no tenía fiebre, ni corte en el costado, pero no despertaba. Cuando la vi en la discoteca, durante la pelea, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba herida. Tan cabreado porque fuera por libre, me centré en reproches. Solo al entrar en la excepción me llegó el olor de su sangre. Pero había peleado tanto que la sangre cubría mis manos, como para percibir la suya.

—El lobo está de nuestra parte —dijo Adam.

Hablaba para sí mismo, pero se medía. Yo sabía bien lo que le pasaba por la cabeza. Lo observé para no seguir viendo el rostro ausente de Rita.

—Crees que es ella —dije—. Que ella es el lobo.

Adam no se atrevió ni a mirarme.

—Sí —dijo muy bajito—. El lobo apareció el día que tus hermanos la trajeron... Ella no había vuelto en todo este tiempo... Es... ella es humana. Si tú le mordiste... no puede convertirse en akita, pero con el poder que hay aquí...

Magia, solo eso podía explicar el prodigio. El problema de la magia era que con cada respuesta aparecían nuevas incógnitas. Adam apretó los párpados, pero no pudo contener las lágrimas.

—Si la manada se entera... —murmuró Adam—. La querrán muerta.

Yo no quería ni pensar en eso.

—Se supone que solo la arañé.

—Igual eso llega —dijo Adam con impotencia—. No lo sé, no estoy seguro de nada. Los mitos sobre los licántropos son tantos, y tan distintos, que es imposible saber qué es verídico y qué falso. Nosotros... ¡Lo que

somos no se contagia! ¡Ni se convierte en algo intangible! ¡Maldita sea!

No hasta la fecha. Me aparté el pelo de la cara al sentir el roce. Adam se acercó a mí.

—Deberías descansar.

—No puedo —dije con acritud—. No hasta que despierte.

Quería saber si Rita estaba bien y también ver sus ojos. Su iris se había fundido en negro, devorando el verde. Necesitaba ver sus ojos, y verla despierta.

Adam puso una mano sobre mi hombro antes de hablar:

—Me dan igual vuestras diferencias. A partir de hoy, serás su sombra.

Una parte de mí ya lo había asumido, otra no quería ni plantárselo.

—Suponga lo que suponga el lobo —añadió Adam—. Ella es la más débil.

Algo en la forma de decirlo me revolvió el estómago. La más débil, y la más sola. Yo había perdido a mi mejor amiga, pero me quedaba mi familia. Ella se fue con las manos vacías. Recordé la charla de la terraza y las palabras de Samara. Para ella tampoco fue fácil. La observé como si no tuviese memorizado su rostro. La puerta se cerró dejándonos solos. Me levanté de mi asiento y me acerqué a la cama. Mis dedos trazaron su mejilla. Suave, cálida. Me incliné para hablarle al oído.

—Rita.

Se despertó sobresaltada, todavía gritando. Detuve sus muñecas antes de que me golpeará. Jadeaba, me miraba sin entender qué sucedía. Sentí un alivio inmenso cuando encontré sus ojos verdes. Dejó salir un quejido y se echó hacia atrás. La solté y pudo tumbarse.

—¿Qué ha pasado?

—Que no me hiciste caso —respondí con seriedad—. De ahora en adelante, vas a tener que jugar en equipo.

4 RITA

Luisa había lavado el pantalón y la blusa, y cosido el siete del corte. Casi ni se notaba. También, había hecho un guiso delicioso. Me sirvió un poco y se retiró en silencio. Sentada en la enorme mesa de roble de la cocina, daba cuenta de mi plato, sin apartar los ojos un segundo de Bruno. Él estaba incómodo. Por mi silencio y por mirarlo con fijeza. Justo lo que quería. Yo me sentí incomoda al ser informada de que tendría perro guardián día y noche. Trabajar en equipo, como si él supiese hacerlo. Lo que me decía... no podía esperar que me lo tomase en serio. ¿Yo era el lobo? Si no fuese más soso que un palo, habría apostado porque intentaba tomarme el pelo.

Habíamos invertido los papeles. Él hablaba, yo escuchaba. Tenía una voz muy bonita, profunda, cuando no asomaba la tirria que me tenía, y lo mal que le parecía mi actitud. Una cadencia serena, con pausas entre frases. En el pasado siempre hablaba yo, y no pude evitar preguntarme si era porque él era de pocas palabras, si no tenía nada importante que decir, o si no le dejaba tiempo para hacerlo.

—¿Me estás escuchando? —preguntó casi en un siseo.

Sonreí de forma adorable.

—Atentamente.

Como en la terraza de la discoteca, se le dilataron las aletas de la nariz. Satisfecha, me llevé el tenedor a la boca y seguí observándolo. Nunca le había gustado ser el centro de atención, ni siquiera conmigo. Eso no había cambiado. Todo lo demás, opuesto. Tan grande, tan fuerte. El pelo caía hacia atrás, dejando su bonito y exótico rostro despejado. La forma en la que se movían sus labios era casi hipnótica. Muy sexy. Llevaba una camiseta sencilla de manga corta que dejaba ver sus brazos trabajados. Cada músculo en tensión, por mi insolencia.

Se levantó y fue hacia la nevera a por una cerveza. Me contuve para no reírme. Era cuestión de segundos que mi sombra dimitiera. Me pareció escuchar el sonido de un móvil, pero Bruno no dio señales de nada. Quizá fuese el de Iker, el peor parado del encuentro. La explosión fue una detonación provocada, al ver que los hermanos no iban a subirse al coche. Bombas. Sonaba terrible, pero demasiado llamativo para ser de la Orden. ¿En pleno aparcamiento de la discoteca de moda? No encajaban las piezas.

Bruno se acercó para volver a sentarse ante mí. Vi sus labios convertidos en dos líneas muy serias. Una pena, las pocas sonrisas que esbozaba resultaban bonitas.

—Deberías sonreír más —dije como quien habla del tiempo—. No digo que ese rollito serio y apático no te favorezca, tiene su punto, pero creo que deberías incorporar más sonrisas.

Su cuerpo se expandió por la respiración profunda. No llegó a sentarse a la mesa. Me dio la espalda, y apoyó ambas manos en la encimera, a un paso de arrancar el mármol. De tan tenso, la camiseta se adhería a sus hombros y marcaba cada detalle.

—No muchas, perderían el efecto, pero... No sé, ¿una cada seis horas?

—Rita...

—¿Demasiadas? Es probable, pero cada ocho sería...

—Cállate —gruñó enderezándose, todavía en tensión. Seguía sin mirarme, quizá para no ceder a las ganas de arrancarme la cabeza—. ¿Sabes algo de lo que te está pasando? Esa información que tienes, ¿te dice algo del lobo?

Se me escapó una risa de nervios y descredito. Entre Adam y Bruno me habían puesto al tanto, o lo habían intentado. Al parecer, el lobo formaba parte de mí, como un extra que aparecía y desaparecía a través de mi cuerpo, o buscando refugio en mí, o a saber qué.

—Oh, sí. Está en el apartado de cosas sin sentido, en el archivador con el letrero: ¿en serio te crees eso?

Parecía muy segura, con todo mi sarcasmo y me rechazo, pero empezaba a preocuparme. No creía que yo tuviera algo que ver con el lobo, pero sí que me había sucedido algo extraño. Para colmo, Unai no me devolvía las llamadas. Fue una de las primeras cosas que hice al despertar. Lo llamé, pero los tonos se sucedieron sin que el poli respondiera.

—¿Te mordí? —preguntó Bruno en un tono bajo.

—No —respondí bastante segura.

Recordar el momento me hizo encogerme en mi sitio. No podía precisar cómo me había hecho cada cicatriz, estábamos muy cerca, casi enredados por culpa de sus convulsiones, pero en ningún momento me echó la boca. Para cuando pude entender lo que le sucedía, ya me había alejado aterrorizada.

Bruno se volvió y di un bote en mi asiento. Mi estampa se había ido al traste, estaba asustada, a un paso de levantarme y salir corriendo. Él volvía a ganar terreno y me insulté por cobarde. Se relajó con toda su confianza y me hizo un gesto.

—Vamos.

Se me había quitado el hambre, pero todavía tenía comida en el plato. No pensaba seguirlo.

—No he terminado.

Su mano se cerró en mi brazo y de un tirón me puso en pie.

—Sí has terminado.

Me sorprendía, con eso no contaba. Cuando quise amotinarme, ya me arrastraba escaleras arriba.

—Te aconsejo que no te pases —dijo—. No he pegado ojo desde ayer. No soy tu niñera por gusto, y la única que podría evitarte problemas es Luisa.

Me lo decía en serio. Como fuerte Bruno se encargaba del débil, pero porque así estaba establecido. Los únicos que estaban en la casa eran Iker, invalidado por la explosión. Asun, quien vigilaba los terrenos de la casa, y no era en absoluto mi apoyo, y Luisa, quien no podía retener a Bruno bajo ningún concepto. Con Juanca de vuelta a la empresa, y con Adam y Samara en la ciudad para ir a por algo de ropa, como Bruno perdiera los nervios podía darme por muerta.

Ver hacia dónde nos dirigíamos me angustió mucho más que sus palabras. Al final del pasillo de la segunda planta había unas escaleras de madera que conducían a la buhardilla. Empecé a revolverme, intenté apuntalar mis tacones al suelo, y me dio igual perder el brazo que Bruno sujetaba. No pensaba entrar allí, mucho menos con él.

—¡Rita, para! —gruñó antes de cerrar sus brazos en mi cintura y atraparme por la espalda para que no saliera corriendo—. No...

—¡No puedo entrar ahí dentro! —dije envuelta en un ataque de pánico.

Bruno soltó una maldición. Con firmeza, me hizo girar. Una de sus manos siguió reteniéndome contra él, otra tomó mi nuca para obligarme a mirarlo a la cara.

—De mí no queda nada, de eso tampoco.

Apenas era capaz de reunir aire. Comprendía lo que me estaba diciendo, y también comprendí que me estaba entendiendo. Ambos sabíamos que los niños que fuimos ya no estaban, pero sus recuerdos se mantenían. Los lugares en los que estuvimos juntos, espacios tan significativos como la buhardilla, a mí me harían pedazos. Sería como enfrentar el pasado, un pasado que traía consigo al amigo, a mis padres, y toda la vida que había perdido.

Mientras me calmaba, decidí mostrarme un poco más colaboradora con Bruno. No era mi enemigo, o al menos no el peor de ellos. Todavía entre sus

brazos, con las manos pegadas a su pecho, asentí. Me soltó, y lo dejé ir delante para abrir camino.

5 BRUNO

Agradecí más que nunca que Rita no poseyera un oído agudo. Su expresión había sido reveladora. El pánico mandaba al traste su empeño por mostrarse mezquina, y la dejaba del todo vulnerable. Se recuperó con lo que le dije, y vi el brillo de comprensión en su mirada. Siempre me habían encantado sus ojos. Estaba preciosa, y muerta de miedo. Sus manos se sujetaban a mí como si solo yo pudiera sostenerla.

No quería soltarla, pero ambos necesitábamos espacio. Por primera vez en mi vida me importó lo que alguien opinase de mi hogar. Ella conservaba en su mente el aspecto que tenía la buhardilla en el pasado, y yo quería que le gustase lo que había hecho con ella, porque siempre fue nuestro lugar.

Abrí con una inquietud que me hacía sentirme ridículo. No necesitaba su aprobación, pero ahí estaba, buscándola. Contuve el aire y la miré por encima del hombro por si volvía ese empeño por no ser sincera.

Rita apenas cruzó la puerta. Sus ojos recorrieron el lugar con una atención que me inquietó un poco. Sus labios se habían separado de pura sorpresa. Le gustaba. A ver si le daba la gana de reconocerlo.

—Cierra —dije avanzando por mi casa hasta la zona de la cocina.

Me crucé de brazos, apoyado contra la encimera, a la espera de su veredicto.

—Vaya —murmuró mientras cerraba con aire distraído. Avanzó en mi dirección, pero giró sobre sí misma sin dedicarme el menor vistazo—. Es... alucinante.

La dejé estudiarlo todo mientras yo la estudiaba a ella. Llevaba el mismo pantalón corto y la blusa que en la noche. Luisa las había lavado y estaban impecables, como los zapatos que estilizaban sus piernas. Faltaba la pulsera, porque allí no escondía las marcas. Tampoco llevaba del todo cerrada la blusa, aunque un botón más no me habría importado. Intuir la curva de su pecho me estaba poniendo malo. Su pelo suelto caía sobre su hombro derecho, tapando la marca. Las palabras salieron solas.

—Hay que fijarse bien para ver las cicatrices, no sé por qué las escondes.

Acababa de devolverla al planeta tierra. Me miró, y supe que hacía un esfuerzo por no mandarme a la mierda. Sostuve su mirada. Estaba en su mano ser sinceros, o perder el tiempo. Su boca se curvo en una sonrisa de fastidio y

sus tacones resonaron hasta que se sentó en uno de los taburetes de la barra.

—No tengo ningún problema con ellas —dijo sin intención de exculparme, solo para ponerme en antecedentes—, pero no me gusta dar explicaciones.

—¿Un accidente de coche? —pregunté, porque me parecía el mejor modo de justificarlas.

Asintió y volvió a perder la mirada, como si buscara algún detalle que le trajera recuerdos, a pesar de no querer encontrarlos.

—Sí, pero eso no da juego, y nadie se conforma.

La mujer que tenía delante odiaba que se metieran en su vida, porque su vida era una farsa. No le gustaba que la juzgasen y no podía controlarlo. Me acerqué a ella para ocupar otro de los taburetes. En cuanto di un paso, volví a tener sus ojos sobre los míos. Se relajó al ver que solo me sentaba. Me pregunté qué le inquietaba más, si el poder transformarme, o que cediera a las ganas de besarla.

—¿Vas a contarme ahora lo que sabes?

Se revolvió sin disimulo, al recordar nuestro último encuentro en aquella casa. El calor empezó a invadirme, igual que a ella, pero ninguno daría señas.

—No sé nada relevante —respondió—. Sé que hay muchas más cosas, conviven con los humanos, tienen sus leyes, pero no qué son. El grupo de humanos se hace llamar la Orden de los Caballeros Blancos. Aparte de eso, estoy como vosotros.

Yo les llevaba algo de ventaja a todos. Saqué mi móvil y busqué en las capturas de pantalla. El olor familiar del policía que había traído a mis hermanos me había mantenido inquieto, pero no sabía cómo resolver el misterio. Hasta que se me dio por buscar en las fotos tomadas durante las desapariciones, doce años antes. La policía había invadido el pueblo un par de días. Era una pista muy vaga, más tras tanto tiempo, pero peor habría sido no tener nada.

—¿Este es uno de tus amigos? —pregunté antes de enseñarle la pantalla.

Por el modo en el que se abrieron los ojos de Rita, sí. Reconocía al policía junto a una de las casas de las víctimas. Estaba con un equipo de la científica. Llevaba unas pequeñas gafas de sol muy de moda en esa época. Pelo corto castaño, mandíbula cuadrada. Una descripción vaga, pero no para alguien que lo conociera.

—Es Unai —murmuró Rita. Debía estar leyendo el titular al pie—. ¿De cuándo es esta foto?

—Doce años —dije atento a su rostro, mientras sentía su mano sobre la

mía como si temiera que apartase el teléfono.

—Es él... y está igual.

—¿Qué es? —pregunté con seriedad.

Parecía demasiado afectada para mentirme, pero ya había visto lo buena que era engañando. Soltó mi mano y dejó caer el brazo. Apretó los párpados, perdida en mil y un pensamientos.

—Ni idea —dijo a modo de lamento—. Me dijo que era algo, pero que no me diría lo qué. Los suyos lo protegen de la Orden. Es... no es de los peores, pero porque hay otros más ambiciosos.

Dejó salir el aire, volvió a mirar la foto. Se pasó las manos por el pelo y yo supe lo que venía. En tres segundos comenzó a hablar, y no dejaría de hacerlo hasta soltar el detalle más nimio. La escuché con atención, intentando no distraerme. Ya no gesticulaba tanto como antes, ni se perdía en divagaciones. Muy concreta, por lo que acabó antes de lo que me habría gustado.

—¿Estas con él? —pregunté sin dejar ver lo que me parecía.

Chasqueó la lengua con fastidio porque tampoco quería ser sincera en eso, pero iba a serlo.

—Me acosté con él, pero no estamos juntos. Al irme de aquí me fui a su piso. Podría considerarlo mi amigo, si no me ocultase la verdad, claro.

Me alegraba saberlo. No quería ser el único, cuando ella no lo era para mí. Por lo que intuí, el policía le caía bien, le gustaba, y se sentía un poco traicionada por no saber que había estado envuelto en la investigación.

—Claro —dijo Rita y no pude evitar sonreír. Se me hacía raro que hubiese sido tan breve—. Lola. Me la juego a que también está detrás de eso. Por eso Unai acabó en el gimnasio.

Lola, todo un personaje. Intenté aclarar las dudas:

—Hasta donde sé, tus amigos son dos: Lola y Unai. Uno es un asesino, otro un poli. ¿Cuál llamó anoche?

—Lola —dijo con un suspiro. Giró para apoyarse en la mesa. Perdí de vista sus ojos, su melena caía como una cortina ocultándome su rostro.

—Dijiste que tus amigos protegían a Sam —comenté—. También te escuché preguntarle si era ella. ¿Quién es Lola, Rita?

El silencio se me antojó eterno. Levantó la cabeza para mirarme. Valoraba si confiar en mí o no. Me mantuve impasible. Yo no confiaba en ella, pero ella sí debería confiar en mí.

—Te lo diré cuando no nos escuché nadie —decidió.

—Para eso tendremos que alejarnos de la casa y de los demás.

En resumen, nos exponíamos. De darse algún peligro me transformaría, y ella entraría en pánico. No podíamos arriesgarnos. Se me ocurrió algo para solucionar ese detalle. Podría resultar nefasto, pero no pensaba quedarme con la intriga, ni sentirme condicionado. Dejé mi sitio y empecé a quitarme la ropa.

—Voy a cambiar, Rita, y tú vas a quedarte a verlo.

Enderezó la espalda a la defensiva, despegó los labios para hablar, pero esta vez me adelanté yo:

—Sí me tienes miedo, por muchos motivos —dije, y no se atrevió a replicar, pero me lanzó una mirada fulminante—. El peor parado puedo ser yo. Si te sientes amenazada, el lobo puede salir. Será pequeño, pero es fuerte.

Su risa revoloteó en mi cabeza. No me creía. Peleaba con su vista para que se mantuviera en mi cara, mientras me quitaba los pantalones. Perdió. Sus ojos me recorrieron, y yo me concentré en el cambio para no dejarme llevar por lo mucho que le gustaba lo que veía. Al primer chasquido de mis huesos, cualquier deseo en Rita murió. Di un paso atrás para dejarle margen. La conversión no es agradable a la vista, es violenta. Tus huesos se transforman, el pelo se extiende, y por segundos eres un ser repulsivo propio de una peli de serie b.

Rita no aguantó sentada. Se puso en pie, y no retrocedió más porque la barra le cortaba la retirada. Hacía un esfuerzo desmesurado por no ceder al pánico, yo lo estaba viendo, pero le costaba horrores. Cuando el proceso terminó y ya era akita, ella echó la mano para apoyarse en la barra como si no pudiera sostenerse. El ritmo de su corazón iba demasiado rápido, hiperventilaba. Sus párpados temblaron. Estaba a punto de desmayarse, y me preocupó que se hiciese daño al caer.

Quise volver a transformarme en humano para sostenerla, pero el lobo salió de ella tan rápido que no pude ni enfrentarlo. Se abalanzó sobre mí con un gruñido rabioso, y de nuevo tangible. Su cuerpo chocó contra el mío, sus dientes se cerraron en mi cuello. Caí de costado, con sus patas hundiéndose en mi lomo.

Por un segundo creí que iba a matarme. Ni siquiera tuve tiempo de revolverme, ni estaba seguro de que fuera buena idea hacerlo. No quería hacerle daño, ni que el lobo me lo hiciera. El agarre de su mandíbula aflojó. Tras un momento de tensión, me soltó y se retiró.

Me incorporé sobre mis cuatro patas y busqué a Rita. Estaba tendida en el suelo con un pequeño corte en el labio. El lobo gris me vigilaba, se alzaba

entre ambos. Di un paso para acercarme a ella, y el animal me enseñó todos y cada uno de sus afilados dientes.

La comunicación mental entre animales es un mito. Nos entendemos por expresiones corporales. Agaché un poco la cabeza, algo que no había hecho en mi vida, en señal de sumisión. El lobo agitó la suya, todavía desconfiado, pero se retiró un poco.

Avancé otro paso. Notaba los ojos negros fijos en mí y me sentí insignificante frente a su poder. No sabía qué era, pero intuía algo muy fuerte. Alcancé a Rita y mi hocico acarició su rostro. El lobo emitió un gruñido bajo, como si le molestase que la tocara. Le enseñé los dientes, porque si alguien tenía derecho a tocarla era yo. Lejos de tomárselo como un ataque, el lobo se limitó a resoplar y se colocó a mi lado.

Su tamaño en comparación con el mío era de chiste. Lo vi acomodarse sobre sus patas para tumbarse, mirando con fijeza a su dueña. Yo volví a rozar el rostro de Rita, le di un ligero toque, pero ella seguía traspuesta. No iba a tumbarme a esperar, aunque el reposo me vendría bien.

Recuperé mi forma humana, pese al riesgo de que el lobo se lo tomase como un nuevo ataque. El bicho ni pestañeó. Me observaba con unos ojos demasiado oscuros para poder interpretar nada. Tampoco pensaba dejar a Rita tirada en el suelo. Colé los brazos bajo su cuerpo y la alcé. Su rostro se apoyó en mi hombro, el olor de su sangre me inquietaba demasiado. Me la llevé y la tendí sobre mi cama. El lobo dejó de importarme, igual que el resto del mundo. Aquí debería haber estado siempre. Mi boca se acercó a la de Rita. La saliva de los akita podía regenerar la piel, un rasgo del ser que conservábamos como humanos si estábamos en la excepción. Mi lengua acarició el corte del labio para retirar la sangre y cerrar la herida.

El deseo me sacudió como una descarga. Mis manos quisieron recorrer su cuerpo, perderme en ella. Con sumo esfuerzo, me aparté para tumbarme a su lado. Debería vestirme, pero en ese momento el calor resultaba asfixiante.

Recordé al lobo. Como si lo invocase, el animal apareció a los pies de la cama, y se subió para hacerse un ovillo a la altura de nuestras piernas, entre ambos.

—¿Eso es una advertencia? —pregunté burlón.

El lobo me gruñó, pero me dio la impresión de estar de broma. Dejé salir una risa exhausta. Necesitaba descansar.

6 RITA

No quería despertarme. No había echado a correr, pero porque me había desmayado. Así no íbamos a superar el resentimiento. No quería ni pensar el cabreo que tendría Bruno, ni lo insoportable que se mostraría. Yo estaba sobre una cama, sola. El olor a café recién hecho pareció tirar un poco de mí. Me recordaba a Samara. Soy más de infusiones, por lo que solía olvidarme de hacerlo, pero ella necesita cafeína en cantidades industriales. Debería abrir los ojos. No quería, no podía enfrentarme a Bruno en ese momento.

—Sé que estás despierta —me avisó Bruno.

El tono apático no me dio una idea de cómo se había tomado mi desmayo. Disfruté de lo agradable que resultaba la cama. No podía posponer lo inevitable. Abrí los ojos y vi que seguía en la buhardilla. Me sorprendí. Había dado por supuesto que me llevaría a alguna de las habitaciones de invitados. Me incorporé sobre los codos para buscarlo, pero lo que encontré fue un lobo gris a los pies de la cama.

—¡Oh, Dios mío! —grité revolviéndome hasta quedar con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

La risa de Bruno desvió mi atención por inusual. Si ya era raro verlo sonreír, su risa no la había escuchado nunca. Me encantó su sonido. Pero había un lobo a los pies de la cama. Volví a mirar al animal, quien me observaba a través de unos ojos negros espeluznantes. Busqué a Bruno para que me diera una explicación, a poder ser rápida.

Bruno venía hacia mí con la ropa puesta y armado con una taza. Volvía su aire serio, pero peleaba con su boca para no sonreír. Mis ojos fueron de él al lobo. Solté un quejido y me llevé las manos a la cabeza, revolviendo mi pelo.

—¿Qué...? —intenté decir.

Yo solté otro quejido. Bruno rio de nuevo, el lobo resopló. La cabeza del animal, bastante grande, descansó sobre las patas con algo parecido al fastidio.

—Yo me transformé y tu amigo salió a saludar —explicó Bruno.

Lo miré con la boca abierta mientras él me acercaba la taza. Debería aceptarla. Necesitaba café, o algo más fuerte. Bruno se inclinó para tomar mi brazo, y ponerme la taza en la mano.

—Espabila —dijo antes de señalar al lobo—. Eso es tuyo.

El animal volvió a levantar la cabeza. Me miraba, esperaba algo de mí. Yo me aferré a la taza. Estaba caliente, sin quemar. Me llegó el aroma del café. No iba a espabilar en la vida. Empecé a inquietarme cuando el lobo hizo ademán de levantarse.

—Bruno... —gemí muerta de miedo.

No era tan grande como un akita, pero podría matarme como ellos. No supe que me había movido hasta que sentí el cuerpo de Bruno. Él estaba en pie junto a la cama, y yo me pegaba a sus piernas. Se movió, y pensé que iba a dejarme sola ante el peligro. Como se suponía que el lobo era responsabilidad suya, se sentó en la cama. Casi me subo a su regazo. Mi espalda dio contra su pecho en otro intento por retroceder. Bruno me quitó la taza de las manos y la dejó en la mesilla.

—Tócalo —dijo junto a mi oído.

Apreté las manos contra mi estómago. Empezaba a ponérseme de punta de puro nervio. El lobo se movió sobre la colcha hasta sentarse ante mí. Sentí los dedos de Bruno deslizarse por mi brazo, elevarlo. Me tomó de la muñeca y acercó mi mano a la cabeza del animal. Yo temblaba como una hoja. El otro brazo de Bruno me rodeó para infundirme un poco más de valor.

Mis dedos rozaron el pelaje del animal. Sentí una descarga que me sacudió. Bruno me apretó contra él mientras yo jadeaba. El lobo había desaparecido. Rompí a llorar por el cúmulo de emociones que generaba aquel desdoblamiento, y porque fuera algo real.

Bruno me soltó de forma brusca. Eso todavía me afectó más, justo lo que no necesitaba. Me tumbé de nuevo en la cama, incapaz de dejar de llorar.

—Te aseguro que podría ser peor —dijo con rabia—. Rechazarlo no lo hará desaparecer.

Bruno creía que rechazaba la rareza que suponía el lobo. Le di la espalda, me puse de lado, mientras dejaba salir una risa entre sollozos.

—¿Cómo voy a rechazarlo si ni siquiera sé lo que es? —pregunté con la misma rabia—. Es... como si me arrancasen el alma y me la volviesen a poner.

La transformación de los akita resultaba violenta, aunque había algo grandioso en ello. La había contemplado a pesar del miedo. No me generaba rechazo, como tampoco lo generaba el lobo. Lo que no soportaba era el vacío que el animal dejaba cuando se iba, ni la presión cuando volvía.

—Puede que eso sea lo que te pase —dijo Bruno a mi espalda. Su tono ya no era severo, pero tampoco cálido—. Lo que sea, por muy desagradable que

sea, tienes que aprender a controlarlo. Si pierdes el conocimiento, tú quedas expuesta. Podéis estar los dos a la vez, lo has visto.

No quería escucharlo, quería que me abrazase. Me sentí como una idiota y más sola que cuando salía el lobo. Me encogí un poco más y dejé salir las últimas lágrimas.

—De un modo u otro, vamos a salir —dijo Bruno, distante—. Tenemos visita.

—¿El líder? —pregunté.

—No, una familia, pero es mejor que no escuchen nada.

El cambio de tema me relajó un poco. Me incorporé, y me limpié las lágrimas con las sábanas. Le lancé una mirada de reproche a Bruno por si se le ocurría protestar. Con un gesto cargado de paciencia, regresó a la cocina. Yo recuperé la taza de café y me senté en el borde de la cama, sin la menor idea de cómo hacer salir al animal. El colchón cedió bajo el peso de Bruno. Se sentaba a mi lado, con una taza para él.

—¿Ahora que lo has visto sabes qué es? —preguntó.

—Ahora que lo he visto, lo que sé es que no sabemos nada —aseguré categórica—. En mi vida había leído nada así y Adam tiene material de sobra. No es un licántropo, eso seguro.

—No eres —apuntilló Bruno—. Lo que sea, forma parte de ti.

—Eso es lo que tú dices.

Me estaba comportando como una cría, pero me daba igual. Me levanté a pesar de no poder ir mucho más lejos.

—¿Cuándo vuelve Sam? Me están matando los pies.

Bruno me miró como si fuese idiota.

—¿Has probado a quitarte los zapatos?

Le hice una mueca desdeñosa. No me sentía tan cómoda en esa casa como para plantearme ir descalza. Pero me dolían mucho los pies. Con fastidio, me bajé de los tacones. Porque se reía de mí, dejé los zapatos en mitad de su suelo. Con un poco de suerte Bruno los pisaba, caía, y se rompía una pierna.

—Me voy al baño —murmuré porque necesitaba alejarme de él, y no me dejaría sola para nada más.



Luisa conservaba unas botas militares de su juventud. Por suerte con la ropa no era tan clásica como con su pelo. El calzado no era tan ideal como mis zapatos de tacón, pero tan cómodo que me las calcé sin protestar. Tocaba paseo por el bosque y eso ya no me hacía tanta gracia. Cuanto más me alejaba de la casa, más se me revolvía el estómago.

—No sé si es buena idea... —murmuré.

El bosque suponía hectáreas de árboles y matorrales tras los que podrían esconderse ciento un asesinos. Así se lo transmití a Bruno. Él comentó que dudaba que hubiese ciento un asesinos. Si acaso diez. Si usaban los signos del zodiaco, dos ya no estaban: Libra y el que murió a mi llegada.

—Tú no has visto a esos tíos, colega —aseguré—. Uno solo ya vale por cien.

Me abracé a mí misma nada más dejar la explanada e internarnos en la vegetación. Bruno se alzaba a mi lado, atento, pero relajado, como si nada pudiera pasarle. Lo odié por esa seguridad que destilaba; no estaba tan tranquilo, pero lo disimulaba de maravilla.

—Además, está Asun —añadí con un lamento.

Bruno resopló y apartó unas ramas bajas para avanzar. No las mantuvo quietas cuando yo pasé, y casi me las como. Lo insulté. Seguro que me escuchó, pero pasó ampliamente de mí.

—Si mantienes la boca cerrada, conservarás tus extremidades.

Podría ser, claro. Tenía sentido. Pero era difícil no espolear a Asun. No lo habría hecho en el pasado, ella me intimidaba, pero ahora, en vez de apretar los labios y bajar la cabeza, sentía la inquietante necesidad de rebotarme. Esperaba no encontrárnosla.

Conservaba infinidad de recuerdos sobre aquel bosque, con Bruno o en solitario. Me había movido a través de él, porque seguir la carretera suponía dar un rodeo innecesario tanto para ir de mi casa a la de los Merino, como

para ir a clase. El paso del tiempo se veía allí, no es como si las piedras hubiesen esperado en su sitio a mi regreso, pero la sensación general no se había ido. Un lugar bonito, mágico. Siempre me sentí bien e inquieta a la vez. De lo más extraño, porque no me generaba ni rechazo ni ansiedad, pese a la opción de los ciento un asesinos. Por un segundo, sentí paz y recordé las palabras de Unai. Mi lugar estaba allí, y con ellos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Bruno.

Él también parecía haberse quedado absorto. Avanzaba con tranquilidad, un paso por delante. Me miró por encima del hombro, quizá para buscar algo concreto en mi pregunta. Como lo había cazado desprevenido, no conseguiría una respuesta sincera.

—Estoy aquí.

—Ya —dije poniendo los ojos en blanco—. Me refiero a normalmente, cuando no te toca hacer de niñera.

Me daba la espalda, pero supe que sonreía. Me sentí un poquito mejor.

—Ayudo en la casa, en la finca. Mantener la naturaleza a ralla cuesta. Cazo, atiendo a las visitas si se juntan demasiadas familias.

Empecé a hablar sin ser muy consciente de lo que decía, porque mi cabeza estaba en el pasado. Las visitas de los presuntos familiares suponían que nosotros saliéramos de escena. Bruno me mantenía lejos, y empezaba a sospechar por qué.

—Cuando venía tu familia te ponías todo tenso y no querías estar aquí. ¿Era por mí? ¿No queríais que supieran que eras amiga de una humana?

—No —respondió Bruno—. No tenemos prohibido ser amigos de los humanos. Es una prohibición estúpida, ellos son más y llamaría la atención. Simplemente, no quería estar aquí.

—¿Y ahora? —pregunté con curiosidad. El hombre estaba lejos de ser el niño tímido y retraído, pero lo de socializar seguía sin ir con él.

—Ahora, asumo las visitas como una parte más de la rutina. La parte negativa, pero necesaria.

Creí comprenderlo. Tratar con la gente es fácil aunque no te guste. Yo llevaba años haciéndolo, más al trabajar cara el público. Sostener charlas limitadas no supone ningún esfuerzo. El problema surge de los acercamientos a mayores, cuando quieren que no te limites a hablar del tiempo, o de sus problemas; cuando la atención se centra en ti.

—¿Te gusta estar aquí?

Mi pregunta quedó suspendida entre nosotros y pensé que no obtendría

respuesta. Las aspiraciones del niño que fue siempre habían sido escasas. Bruno no quería un trabajo complejo, no le preocupaba ganar mucho dinero, ni ser reconocido. Le gustaba la normalidad y moverse en una zona familiar. Yo había fantaseado con la idea de irme a trabajar a la ciudad, ser famosa, y poder darles en las narices a todos esos compañeros que se reían de nosotros, pero, en el fondo, buscaba lo mismo. Para los dos, la calma y el bienestar que genera lo conocido no podía competir con nada.

—No he conocido otra cosa —dijo un poco molesto por darme una respuesta tan franca—. Tú, sí. ¿Cómo ha sido para ti? ¿Sigues queriendo ganar un premio para que todos comprendan lo maravillosa que eres, o prefieres la calma?

Tuve que reírme mientras sentía mis mejillas enrojecer de bochorno. Los pensamientos infantiles son humillantes vistos en retrospectiva, y él los conocía todos.

—Hombre, no voy a quejarme si me dan un premio y se confirma lo maravillosa que soy, pero creo que puedo vivir sin él.

Reímos juntos, mientras entrábamos en una zona densa y poblada. Las frondosas copas de los árboles impedían el paso a la claridad del día y la humedad era más palpable. Resultaría espeluznante, de no estar con Bruno.

—Me gusta la ciudad —dije contemplado como los rayos de sol se filtraban entre las hojas—. Es muy práctica, tiene más salidas, y es más difícil que alguien se pregunte adónde vas y adónde no. Los hay, los chismosos son una plaga. Las vecinas cotillas están a la orden del día, pero en una ciudad se quedan con la intriga. Tanta gente, todo sucede tan rápido, hay tanto a lo que atender, que cuesta centrarse.

Bruno dejó salir un suspiro. Había un par de árboles caídos obra de algún temporal pasado y se sentó en uno de ellos. Con una palmada sobre la madera, me animó a sentarme junto a él. Evitábamos mirarnos, no sabía muy bien por qué.

—Estuviste doce años sola —dijo Bruno—. ¿No tenías a nadie? Apenas lo he hablado con Adam, porque también me cabree con él. ¿Cómo fue, Rita?

No me preguntaba cómo fue para mí. Me preguntaba cómo fue cambiar de vida, sola, sin depender de nadie. Una parte de Bruno quería estar en otra parte, o morir. Igual que el día que lo conocí. Debería sentir preocupación, pero no noté más que calma. Como si así debieran ser las cosas. Él debía encontrar su lugar, y no parecía estar seguro de que fuese allí, con los Merino.

—No fue malo —dije, porque lo lógico habría sido que una cría de trece años, sola y aterrorizada, pasase un infierno para sobrevivir—. Tuve suerte, o supe buscarla. En el hospital, un amigo de Adam me llevó a un hostel en el que harían la vista gorda por mi edad. Estuve un par de días, hasta que la mujer que iba a encargarse de mí me llevase a otra casa. Me daría miedo dárme las con a saber qué, si no acabase de dárme las contigo. Nada podía darme más miedo que algo tan imposible. Lo que vi esa noche pareció aturdirme de tal forma que simplemente avancé. Estaba sola, pero tampoco quería a nadie conmigo. No podía pensar ni en vosotros, ni en mis padres, por miedo y dolor. No podía ser la misma que se fue. Me metí en mi papel y me centré en avanzar. En cierta forma, fue como estar en un sueño. No desperté hasta el día que Unai me descubrió.

Doce años sin sentir ni padecer, sin pensar en el pasado. Doce años que no significaban nada. Perdidos. Giré la cabeza para mirarlo. Él me observaba con atención. Su expresión no me desvelaba nada, pero podía ver más allá.

—¿Quieres irte? —pregunté.

Siguió mirándome con fijeza, casi de forma acusadora, como si quedarse allí fuese culpa mía. Quizá lo fuera. ¿Dónde estaría de no ser por mi intervención? Yo lo había atado a aquel lugar, a los Merino. Bruno no iba a responderme, porque la decisión sería solo suya. Lo que quisiera hacer con su vida ya no debía depender de mí.

Nos llegó el sonido de un coche. Seguro que él lo había escuchado antes, pero no parecía preocupado. Sus ojos seguían fijos en mí y yo no pude sostenerlos. Busqué la carretera, pero poco podía ver entre la vegetación.

—Esta noche habrá celebración en la casa —comentó Bruno—. Va a haber boda.

—¿Una boda aquí? ¿Con la que está cayendo?

—No, aquí no será la boda —respondió Bruno con seriedad—. Aquí van a emparejarse los novios.

Lo miré con extrañeza, y ahí estaban sus ojos, retándome. Volví a apartar la vista, molesta por la presión que ejercía la de Bruno.

—No es la primera vez, y ya preguntaste hace años —dijo como si nada, pero sin cambiar la actitud contra mí—. Te había llamado la atención que todas las mujeres se encerrasen en una de las habitaciones para vestirse a otra. Es un momento... especial. Preparan a la novia, se encargan de vestirla, entre cremas y demás.

El recuerdo vino a mi mente. A mí no me habría gustado estar desnuda

rodeada de la familia, por mucho que fuesen de mi mismo sexo.

—Sí, bueno, lo de ir en pelotas lo tenéis superado.

—No te queda otra —dijo sin más—. Se supone que un akita se empareja de por vida. Encontrar a tu compañero es algo para celebrar y gritar al mundo entero.

—¿Todos os emparejáis? —pregunté con curiosidad, no a él directamente, aunque también quería saberlo.

—Asun no es mi compañera.

Le sonreí, cazada.

—Me alegro.

Su risa volvió a llegarme, aunque podría deberse a mil cosas.

—Es un akita con quien tienes algo especial —dijo Bruno—. No puede explicarse. Es como lo que tenía contigo, pero a nivel pareja.

Me sentí más incómoda que nunca.

—Pues menos mal que no lo sabía entonces —aseguré—. También te habría prometido emparejarme contigo.

—Lo sé —dijo antes de levantarse—. Vamos.

—¿Adónde? —pregunté con cautela y sin intención de moverme aún. Me apetecía el paseo, pero no sabía muy bien cuál era el destino.

—A casa de tus padres —sentenció Bruno—. Adam la compró y Juanca no es tan bueno como para que pueda mantenerla mucho más.

—No —dije y mi cuerpo se puso rígido—. Dile que la venda.

Bruno se alzó ante mí, decidido a llevarme a la fuerza.

—Se lo dije. No lo hará, hasta que tú hayas pasado por allí.

Permanecí sentada, abrazada a mí misma. Los nervios se arremolinaban en mi estómago.

—No puedo —murmuré con rabia.

Bruno resopló. No quería llevarme a rastras, ni siquiera quería tocarme para levantarme, pero veía que no tendría otra opción.

—Tienes que hacerlo —me avisó—. Pasa página de una vez, Rita. Evitar enfrentarte a ello no va a cambiarlo. Nos abandonaste a todos, asumir eso es lo que te jode, y a mí me jode tener que perder el tiempo. Debería estar rastreando, o investigando, no haciendo terapia.

Sus palabras me sentaron como puñaladas. Me puse en pie, pero para retarlo. Parecía inocente de todo, como si la complicada situación fuese cosa mía, o como si a mí me encantase verme presa del pasado. Apenas alcanzaba su cabeza, pero me dio igual.

—Tú también lo habrías prometido —dije, desconcertándolo. Retomaba el tema del emparejamiento, para señalar lo más evidente—. Entonces, ahí, tendríais que quitarme a mí del medio por no ser de las vuestras. No lo habrías consentido y acabaríamos muertos los dos. Lo sabes, así que deja de mostrarte tan sobrado como si yo fuese la culpable de todos tus males.

La tensión se apreciaba por todo el cuerpo de Bruno. Resollaba, erguido frente a mí, cabreado por no empequeñecerme. Lo señalé cada vez más molesta.

—Antes o después se habría acabado y no de una forma bonita —sisee porque me dolía que fuese así. Los niños que habíamos sido se querían, pero habrían sufrido la separación con o sin revelaciones—. Tú y yo nunca debimos conocernos.

La verdad duele. Para muestra, el modo en el que Bruno cargó contra mí, arrinconándome contra uno de los árboles en pie. Sentía el relieve de su cuerpo, y la corteza del árbol a mi espalda, ambos clavándose en mí. Apenas podía respirar, pero logré reunir suficiente aire para expresarme.

—¿Me equivoco? ¿Qué habría pasado sin esa noche, Bruno? ¿Cuánto más seguiríamos juntos?

No se relajó lo más mínimo. Se me escapó un gemido de miedo ante la falta de oxígeno y la certeza de que podría transformarse. No parecía tener intención de separarse esta vez. Su mano se cerró en mi cuello para obligarme a alzar la cabeza. Sus labios acariciaron mi oído.

—Jamás lo sabremos —siseó con todo su dolor—. Adam no te mató esa noche, y no lo haría después. Podríamos habernos ido a cualquier parte. Nuestra vida podría ser una mierda, pero no estando juntos. Separados no suponen lo más mínimo. No puedo saber...

Intenté revolverme, pero solo me hice daño. Sentí una sensación insoportable, como si me partiesen en dos.

—¡Sí que lo sabes! —exclamé notando las lágrimas correr por mis mejillas—. ¿Cuánto tardarían en encontrarnos? Además, necesitas este lugar. Antes o después volverías y todo habría terminado.

Pareció vacilar. Conseguí suficiente holgura para respirar mejor. Mis manos descansaron sobre su pecho. Nos reprochábamos cosas que no estaban a nuestro alcance.

—Yo no puedo competir con lo que eres, Bruno.

—Ahora, no —dijo con seriedad—. Antes, sí. Te necesitaba a ti, siempre te he necesitado a ti.

Apoyé la nuca contra el árbol y lo miré para percibir bien sus cambios. Acababa de caer en algo mucho más desagradable que cualquier sensación de traición.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunté a media voz—. Habríamos crecido, habríamos cambiado igual. Dejaríamos de ser esos niños. El mundo está lleno de problemas, sobrevivir ahí fuera sin respaldo es duro. Ninguno de los dos sabría moverse, sortear las dificultades, y eso nos enfrentaría.

Sus ojos parecían echar fuego. Me atravesaban con una rabia insoportable.

—Lo habríamos superado, Rita, podríamos superar cualquier cosa juntos. Para mí lo que teníamos podría con todo, pero esa noche me demostraste que para ti no era igual. Con lo que estás diciendo, veo que piensas como entonces.

—¡Mira lo que eres! —exclamé dolida. Cargó de nuevo contra mí, tomándose como un insulto. Sentí un ligero mareo, pero me sobrepuse para explicarme—. ¡No necesitas a nadie!

Lo aplacaba de nuevo. Dio un paso atrás. Yo permanecí apoyada en el tronco del árbol.

—No es rechazo a lo que eres, sino un cumplido —dije con pesar—. Decías que yo te había encontrado, pero fuiste tú quien me atrapó a mí, por eso te busqué. Te quise más que a nada en este mundo, pero mi papel en tu vida fue ese. No podía aportarte más. Salir de aquí, enfrentarte al mundo, te habría obligado a desenvolverte por ti mismo. Mírate ahora, Bruno. ¿Necesitas a la niña para algo? ¿Realmente me necesitas para algo?

—Yo no sería así si...

—La vida es una mierda —lo corté—. Puede tener cosas buenas, pero duele. ¿Qué demonios crees que significa crecer? ¿De dónde venías, Bruno? ¿Cómo te fue antes de los Merino? Me odias por destrozar tu bonito mundo, para no aceptar que tu bonito mundo no era real.

7 BRUNO

Rita tenía razón. La comprensión me arrancó un gruñido y mi cuerpo exigió el cambio. Lo soporté, porque la haría pedazos, por hacer pedazos mi maldita ingenuidad. Lo que no pude evitar fue cargar contra ella, volviendo a pegar su espalda contra el árbol.

El lobo salió con ímpetu. Dejaba su pecho para golpear el mío con sus patas, obligándome a retroceder. Cambié. Una conversión súbita es rápida, e incontrolable. Tan dolorosa que no riges. Atacas. Me lancé contra el lobo con rabia.

De haber sido un animal corriente, lo habría matado al primer golpe. Como no lo era, la pelea no había hecho más que empezar. El animal se movía bien, ligero y más rápido que Asun, la más veloz de los akita. Sus dentelladas eran efectivas, y se retiraba antes de arriesgarse a que mi boca lo enganchara. Se movía tanto que costaba atraparlo, y resultaba imposible prever por dónde atacaría. Por atender para atacar, el lobo pudo echarse sobre mí y derribarme. Sus dientes estaban, otra vez, en mi cuello. Sin embargo, esta vez no parecía tener intención de soltarme, y cada vez apretaba más.

Mi sangre empezó a formar un charco en el suelo, la debilidad me envolvía. El lobo me impedía revolverme, pero yo tampoco quería hacerlo. La verdad, la vida, el fin de mi mundo construido alrededor de Rita, pesaba más que el animal que estaba a punto de matarme.

A lo lejos, escuché a Rita soltar un quejido. Un susurro escapó de sus labios. Mi nombre. Cerré los ojos, listo para poner fin a todo. El lobo me soltó. No lo lamenté, pero tampoco me alegraba. Rita se arrastraba por el suelo para alcanzarme. El animal se retiró y lo siguiente que sentí fueron las manos de Rita acariciando mi pelaje. Temblé a su tacto. El modo en el que me tocaba parecía restaurar cada herida. Su cabeza descansó sobre la mía, sus lágrimas quedaron atrapadas en mi pelo.

—Perdóname —pidió en mitad de un sollozo.

Sentí el primer indicio de transformación. Iba a recuperar mi forma humana y el proceso era el mismo, aunque fuese a la inversa. Yo también quería que me perdonase. Solté un débil lloriqueo que esperaba ella entendiese como una petición de dejarme espacio.

Sus brazos me rodearon con fuerza, su cuerpo se amoldó a mi espalda. Su

rostro se hundió en mi cuello. Me entendía, claro que me entendía.

—No —dijo con una determinación que quedó amortiguada por el resonar de mis huesos al volver a mi forma humana.

Terminado el proceso, no la había herido al estar a mi espalda. Estábamos tumbados, de lado, sobre el frío suelo. Ella seguía abrazándome, yo intentaba no perderme en el agotamiento. Su voz hizo cosquillas sobre la piel de mi cuello.

—Estás sangrando mucho.

La impronta de los dientes del lobo escocía, seguro que a mí también me quedaba una bonita cicatriz, a pesar de la regeneración de mi ser. Un arañazo iba desde la muñeca hasta el codo. No necesité moverme para saber que otra marca rondaría mi cadera. El animal me había dejado las mismas huellas que yo le hice a Rita. Deberían curarse y desaparecer, pero casi pude jurar que, como las de Rita, seguirían ahí el resto de mi vida.

—Llama a Adam —conseguí decir antes de que todo empezase a emborronarse. Él sabría qué hacer. Mi ropa estaría destrozada, esperaba que no el móvil.

8 RITA

No podíamos volver a la casa con la familia visitante por allí. Nadie debía ver así a Bruno. Tampoco verme a mí. Samara se había quedado en la ciudad y volvería cuando los extraños se marchasen. Supuse que Bruno habría compartido con Adam mi comentario acerca de lo protegida que Sam podía estar, o el hombre había sacado sus propias conclusiones.

En cualquier caso, lo más seguro para todos era refugiarse en la casa de mis padres. No se me ocurría nada peor, ni nada que lo evitase. Lo necesitaba, necesitaba enfrentarme a esa parte antes o después, pero hubiera preferido que, al hacerlo, Bruno estuviera consciente.

Quizá por el agotamiento, o la situación, atravesar la puerta principal no me generó un ataque de pánico. Ayudé a Adam a tender a Bruno sobre la que había sido mi cama. Pesaba más su palidez y sus heridas que todo lo demás. Mientras veía a Adam valerse de un pequeño botiquín, caminé de un lado a otro, atenta a ellos, para no reparar en la decoración.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

—Nada —respondió Adam—. Se curará.

Eso ya lo sabía. No podía ser de otra forma. Reparé en las heridas más destacadas. En el cuello, el antebrazo y la cadera. Cortes profundos que lo hacían perder mucha sangre. Y tanto que el lobo era algo mío. Le había dejado las mismas marcas que él me hizo. Adam terminó de vendarle el cuello y giró para mirarme.

—Bruno es descendiente directo de un akita original. Probablemente el último akita original. Hay documentos que dicen que ellos sí podían transmitir lo que somos, que así se extendió la condición. Luego se degradó, y no pudimos... compartir. No lo sé.

Parecía agotado. Le sonreí con amabilidad. Mi labor de enfermera sería más bien simbólica. Supuse que en unas horas Bruno podría retirar las vendas porque las heridas habrían curado por sí solas.

—Yo me quedo con él, Adam. Os llamaré si pasa cualquier cosa, o si hay algún cambio, o si vienen a por nosotros. Sobre todo si vienen a por nosotros.

Sonrió sin que el ánimo alcanzase sus ojos.

—Estoy muy preocupado —compartió Adam—. Si esto se descubre, podrían exigir tu cabeza, pero también podrían reclamarlo a él. El líder está

inquieto, dice que nos creemos eternos, pero esa propia sensación de eternidad podría llevarnos al exterminio. Un akita que pudiera convertir, sumar filas...

—No creo que un lobo sea bien recibido —dije porque dudaba que aceptasen crear más como yo.

La atención de Adam regresó a Bruno, pero sus palabras fueron para mí:

—Él no te mordió. No sé por qué tú eres... lo del lobo, pero dudo que eso sea igual en otro lugar. Podría ser por la situación. Si Bruno muerde a alguien fuera de la excepción, quizá ese alguien sí pueda transformarse en akita.

Alcé las manos con la misma sensación de impotencia que él. No tenía ni la más remota idea. Los ojos de Adam volvieron a caer sobre mí.

—Quiero que me prometas una cosa —dijo Adam.

Lo observé con mucha cautela. Había una determinación en su mirada que no terminó de gustarme.

—Si esto se descubre, si el líder lo reclama... —comentó Adam—. Ayúdame a hacer todo lo posible para que él no se marche. Me preocupa, Rita, más de lo que imaginas. Fuera, lejos... cambiaría.

Asentí, comprendía el temor de Adam, su miedo a perderlo, pero no pensaba mantener la promesa. Si Bruno quería irse, no sería yo quien lo evitara. Tampoco quería mentirle a Adam, por lo que negué con pesar.

—Si quiere irse, debes dejar que se vaya. Bruno no está atado aquí.

—No —aceptó Adam antes de señalarme—. Bruno está atado a ti. Lo único bueno de su vida fuiste tú. Sin ti, con el líder y los demás... No sé en lo que se convertirá. Esto es lo que conoce, pero ellos pueden deslumbrarlo, guiarlo... No quiero perderlo, Rita.

Asentí de verdad porque sabía de lo que me hablaba y lo compartía. A mi pesar, también sería sincera esta vez:

—Eso tendrá que decidirlo él.

9 BRUNO

Lo había escuchado todo. Estaba inconsciente, pero los oí hablar. Sentí la preocupación de Adam, la inquietud de Rita. Abrí los ojos con dificultad. Adam se había ido un par de minutos antes. A Rita la localicé al momento. Estaba sentada sobre el que fue su escritorio, contemplando la carretera y el bosque.

Recordé las veces que había venido a la casa de sus padres a buscarla. Ella solía estar allí, en la ventana, esperando que yo llegase. Entonces, sonreía, bajaba de un salto, y echaba a correr para abrirme la puerta.

Al intentar incorporarme, el dolor en el cuello me devolvió al presente. Protesté y eso hizo que me mirase. Dejó la mesa de un salto para acercarse a la cama.

—¿Estás bien?

—He estado mejor —respondí, esquivo.

Sus manos acariciaron mi piel cuando me ayudó a sentarme. Podía yo solo, pero la dejé creer que no. La quería muy cerca. Mucho más cerca. El deseo me arrancó un lamento. Suerte que Adam me había puesto un pantalón que me ayudase a ocultar mi excitación. Estudié el cuarto a la espera de que los recuerdos pusieran fin a cualquier fantasía erótica. Reparé en que ella no parecía asustada, ni triste.

—¿Estás bien? —pregunté igual que ella.

Rita me miró casi con sorpresa.

—Sí —reconoció, preocupada—. Pensé que... me agobiaría o algo... pero no siento nada.

No tenía ni idea de qué decirle. Mis ojos descendieron hasta su boca. Deseaba volver a besarla. Aparté el rostro y me levanté. Ella vino conmigo, sus manos seguían recorriendo mi pecho y mi espalda. Yo respiraba con agitación.

—Igual no deberías hacer esfuerzos —dijo malinterpretando mi estado.

Tuve que reírme, lo que pareció confundirla. Retiré la venda que Adam me había puesto en el brazo, para dejar al descubierto una cicatriz que, en breve, sería idéntica a la de Rita. Me deshice también de la gasa del cuello. Por el modo en el que sus ojos brillaron, esa también estaba cerrada, y era como la que ella tenía. Dejé las vendas sobre la mesilla y me volví hacia la mujer.

—Os escuché —dije sujetando sus muñecas para que dejase de tocarme, o la charla moriría ahí.

Me miró con cautela. Su seriedad me arrancó una nueva sonrisa.

—Bruno...

Avancé hacia ella y retrocedió hasta que la pared le cortó la retirada. Seguro que su respiración agitada tampoco era obra del miedo. Podía verlo en sus ojos, me deseaba. Apoyé las manos en la pared, y me incliné para mantener los rostros a la misma altura.

—Quieres que me vaya.

Parpadeó. Su mirada acarició mi boca, antes de volver a mis ojos.

—No... yo... —balbuceó Rita.

—Quieres que te olvide, que rompa con todo esto, quieres que yo también cambie, para poder empezar de cero.

Su pecho subía y bajaba con celeridad. Una de mis manos se despegó de la pared para deslizarse por su cuello, y mis dedos se colaron bajo la tela para rozar su piel. Cuando empecé a desabrochar los botones de la blusa, gimió y cerró los ojos. Luchaba por controlar las mismas ganas que me movían a mí. Sus manos se plantaron en mi cintura. Quería separarme y atraerme hacia ella. Me miró como jamás me había mirado antes. No veía al niño, me veía a mí.

—Sí —susurró casi sin aire.

Mis manos recorrieron su contorno sin encontrar el menor rechazo. Su cuerpo se despegó de la pared para pegarse al mío.

—Hay un problema con eso, Rita —murmuré contra su boca.

Alzó el rostro, desafiándome. A que la corrigiera, o a que la besara.

—¿Cuál?

—Yo ya no quiero ser tu amigo, y tú tampoco quieres ser mi amiga —respondí antes de besarla.

Al tiempo que impactaban nuestras bocas, sus brazos se aferraron a mis hombros para pegarse por completo a mi cuerpo. La cogí en peso, y sus piernas se enroscaron en mi cintura. La estreché contra mí, sin dejar de besarla.

La llevé a la misma cama en la que durmió durante años, una que compartió conmigo. La espalda de Rita descansó sobre el colchón. Yo me tumbé sobre ella, sin cargarla con mi peso, ni dejar de besarla, mientras desabrochaba sus pantalones. La quería completamente desnuda, quería sentirla y que me sintiera. Dejé sus labios para deslizar mi boca por su piel

mientras mis manos la despojaban de los pantalones y la ropa interior. Arqueó la espalda, y se deshizo de la blusa y el sujetador.

Nuestros pantalones terminaron juntos en el suelo. Volví a caer sobre ella, atrapándola bajo mi peso. Por la forma en la que sus dedos se enredaban en mi pelo al buscar mi boca, no le molestaba lo más mínimo. En una muestra de autocontrol, me introduje en ella con suavidad. Nada más invadirla, Rita pareció quedarse sin fuerzas, pero no llegó a soltarme. Su respiración golpeaba mi rostro. Yo era incapaz de dejar de mirarla. El roce de nuestros cuerpos generaba tanto calor que me sorprendió no prender fuego a las sábanas. Nuestras manos recorrían el cuerpo del otro con anhelo. Pronunció mi nombre de un modo que me provocó un escalofrío de placer. Volví a besarla, quedándome sin aliento, y buscándolo en ella al mismo tiempo. Movida por lo mismo, sus manos dejaron de acariciar mi cuerpo para tomar mi rostro. El aire pareció cargarse de estática, un hormigueo recorrió toda mi piel. Nuestros gemidos se mezclaron y nos dejamos llevar por el placer, sin importarnos nada más.

10 RITA

Temblaba. Todo mi cuerpo temblaba y estaba cubierto por una brillante capa de sudor. Sentía a Bruno sobre mí de forma tan intensa que, en cierta forma, me asustó. En ese momento era más suya que nunca. Me dio un beso en el hombro, un gesto de cariño que me arrancó una sonrisa, y me tranquilizó lo suficiente como para poder pensar. Mis manos todavía sostenían su rostro. La barba de varios días acariciaba mis dedos. Alzó la cabeza para mirarme, y sus ojos me cerraron la garganta. Intenté que no se notara lo vulnerable y expuesta que me sentía. No sé si funcionó, pero él no dijo nada al respecto.

—Será mejor que nos demos una ducha y cenemos —comentó.

Al apartarse, me invadió el frío. Me senté en la cama todavía un poco mareada. La piel tan sensibilizada que hasta el roce de las sábanas me afectó. Dudaba poder ingerir algo más que agua, pero seguí en silencio. Me levanté no muy segura de si mis piernas podrían sostenerme. Logré alcanzar la mesilla donde estaba la bolsa que había traído Adam, y recuperé algo de ropa que ponerme.

—¿Todo bien? —preguntó Bruno como si nada.

Tragué saliva con dificultad. Las piernas me respondían, podría llegar hasta el baño, pero algo en mi cuerpo, o en el entorno, no iba bien.

—No —reconocí sin la menor intención de hacer ningún drama—. No sé por qué, pero no estoy bien.

Sentí su mano en mi espalda y un mordisco de dolor estalló al contacto de nuestra piel. Protestamos al tiempo. Él por el calambrazo, yo por la dentellada eléctrica.

—¿Qué te pasa? —preguntó empezando a preocuparse.

Me rodeó para poder ver mi rostro. Hizo amago de sujetarme de nuevo y alcé la mano que no cargaba la ropa para detenerlo. Dejó caer los brazos al momento.

—¿Rita?

Ahora estaba preocupado de verdad. Lo comprendía, y le agradecía el modo de observarme. También que no se asustara. Como él se asustara, yo entraría en pánico.

—Es... no sé explicarlo —agité las manos como si con ello pudiese desprenderme de la sensación—. Es un hormigueo por todo el cuerpo, como

electricidad estática.

Me miraba de arriba abajo. Me sentí un poquito más incómoda por estar del todo desnuda. Acabábamos de acostarnos, me había visto desnuda un millón de veces antes, pero era diferente.

—Creo que sé a qué te refieres —murmuró Bruno—. Noté algo raro... antes.

—¿Cómo qué? —repliqué—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Me miró a modo de disculpa, mientras se pasaba la mano por la nuca.

—Eh... estaba un poco distraído para analizarlo.

—Ya.

—Ven aquí —dijo antes de darme un abrazo que me arrancó un grito.

Temí el calambrazo, el dolor. No sucedió. Permanecía esa sensación de estática, pero no era algo negativo. De puro alivio, me abracé a su cintura. Mis manos se deslizaron por la piel de su espalda. Lo escuché soltar un jadeo que reflejaba más debilidad que pasión. Sus brazos perdieron fuerza.

—Suéltame —lo escuché susurrar.

Di un paso atrás y busqué su rostro. Ahora sí me miraba con genuino terror. Retrocedió hasta sentarse en el borde de la cama, dejó caer la cabeza y enterró las manos en su pelo.

—Joder, Rita —murmuró casi sin voz—. Acabo de notar... Casi me caigo redondo.

En silencio, incapaz de pensar o soportar verlo así de superado, me puse en movimiento. Mis piernas se habían vuelto un poco más consistentes y entré en el baño anexo. Mi aseo contaba con una ducha pequeña, pero me serviría. Cerré la puerta y me negué a dejarme arrastrar por el miedo. Me había pasado algo, pero una parte de mí no tenía la menor intención de descubrir qué era.

11 BRUNO

Magia. Lo que Rita experimentaba, y transmitía, era magia. Algo tan fuerte que me había debilitado. Solo al romper el contacto remitió. Dejé la habitación cuando ella abrió el grifo. Había pensado compartir baño con ella, pero estaba claro que no era buena idea encontrarnos en la ducha. El pasillo se abrió entre sombras y fui directo al baño de invitados.

Conocía aquella casa tan bien como la mía. Estar igual volvió mi respiración más pesada. Tantos recuerdos. Por suerte, mi cabeza se centró en la desagradable sensación que acababa de experimentar. Pensé que las piernas no me sostendrían. Abrí el grifo y la cañería gimió tras tanto tiempo en desuso. No había sonado así la de la habitación. No esperé a que se calentase el agua, si es que llegaba a calentarse. Adam había comprado la casa, pero no pagaba más facturas que las necesarias. No creía que Rita estuviera dándose un baño sin agua caliente, posiblemente su poder intervenía, y ella ni siquiera era consciente. En mi caso, el agua estaba helada. Mejor.

Debería avisar a Adam, contarle lo que acababa de pasar, pero supe que no lo haría. Pasaba algo raro, muy raro, y afectaba a Rita. Que yo la arañase podía justificar lo del lobo. Lo sentido, no.

Había leído, por insistencia de Adam, un montón de material sobre lo oculto. Recordaba un texto en concreto dónde el autor aseguraba que la magia era energía. Empezaba a creer que estaba en lo cierto. Apoyé las manos en la pared y dejé que el agua cayese por mi cuerpo. Me devolvía un poco de consistencia, aunque tan fría mordía mi piel. Nada me despejaría más.

La voz de Rita regresó desde la primera visita. ¿Ya has descubierto de dónde vienen las brujas? Se lo preguntaba a Adam, pero la respuesta podría tenerla yo. Se me escapó una risa nerviosa. Rita una bruja. Seguro que le entusiasmaba la idea. O no. Todavía no tenía claro cómo le sentaba lo del lobo. También debería preguntarle por el asesino y la relación con Samara. Que fácil era distraerse con ella. Recordar el modo en el que habían encajado nuestros cuerpos, los besos y caricias, ascendió mi temperatura, y ni el agua fría pudo evitarlo.

Una idea sí enfrió mi cabeza. Si el líder descubría que Rita era una bruja,

en el caso de que lo fuera, seguro que ordenaba su ejecución. Rita sumaba puntos para terminar muerta, parecía todo un don. Quizá por eso no estuviese registrado el origen de las brujas, para evitar persecuciones propias de la edad media. Mi oído detectó movimiento. Rita ya había dejado su habitación y se movía por el pasillo, imparable. Cerré el grifo, justo cuando ella golpeaba la puerta del baño.

—Es este lugar —dijo tan asustada que se escondía tras la rabia—. Me largo. ¡Me largo de aquí!

Sus pasos se alejaban. Ni me molesté en secarme. Salí tras ella para impedir que alcanzase el exterior.

—¡Rita! —grité directo a las escaleras de bajada.

Ella ya estaba en el recibidor con un vestido sencillo, unas bailarinas y la bolsa al hombro. Se volvió y me señaló con el dedo. Sus ojos me recorrieron con deseo, pero el miedo era más fuerte.

—No pienso quedarme aquí. ¡Prefiero dormir en el bosque!

Un cosquilleo en la nuca me inquietó. Iba a mencionar que el problema igual no era la casa, cuando el golpe atronador de las persianas al cerrarse le arrancó un grito.

La oscuridad nos engulló por completo. Bajé un poco más y casi tropiezo con los escalones. No quería tocarla, pero no iba a tener más remedio. Ella forcejeaba con el tirador, incapaz de abrir la puerta principal.

—¡No! —protestó angustiada—. ¡No voy a quedarme aquí!

La casa no opinaba igual. Yo no podía ver nada, pero su pulso y su respiración me ayudaron a localizarla. Adelanté las manos con precaución, listo para llevarme un buen calambrazo. Mis dedos se deslizaron sobre el vestido, sin ningún prodigio en particular.

—¡Quiero salir! —exclamó con voz tomada.

No, no quería. No podía, aún. Ella sabía tan bien como yo que debía enfrentarse a este lugar, y tenía toda la pinta que el cierre absoluto era cosa suya. Debería decírselo, pero guardé silencio.

—Tranquilízate, no vamos a ninguna parte.

El codo de Rita se hundió en mi costado. No me hizo daño, pero tampoco gracia. Se revolvió dispuesta a pegarme. Para estar a oscuras, en un espacio tan reducido, sin un oído agudo, no se las apañaba mal. El alivio por no sentir nada extraño a su contacto y la refriega me animaron. Yo también necesitaba movimiento y canalizar la frustración. La dejé desahogarse, mientras esquivaba golpes, y me llevaba más de los que a mi ego le gustaría reconocer.

Peleaba muy bien, incluso estando al límite.

Una patada en el costado ya no me pareció tan estupendo. La sujeté antes de que me diera otro. Caímos y la atrapé contra el suelo. Se retorció bajo mi cuerpo, y a mí se me iba la mente a otros roces mucho más agradables.

—Para —jadee, inmovilizándole las muñecas por encima de la cabeza—. Si no quieres que te arranque el nuevo modelito, para.

Estaba hecha una furia, pero las palabras le llegaron.

—¿Qué? —preguntó un poco más serena, y algo perpleja.

Seguro que en su estado lo último que pensaba era en otro asalto conmigo, pero yo no podía pensar en otra cosa tal y como se había movido. Encajé mejor la cadera entre sus piernas para ser más gráfico. Mi erección sobre su sexo le arrancó un jadeo.

—Ahora, estate quieta.

Me pareció escuchar un lamento. No quería estarse quieta, quería exactamente lo mismo que yo. Sentí el cambio, el modo en el que su cuerpo se adaptaba al mío, mucho más relajado. Solté sus muñecas, pero no me levanté.

—Después de lo que acaba de pasar... —dije, porque su poder podía terminar haciéndome daño, y parecía estar relacionado con sus emociones.

—Aja —dijo sin hacerme el menor caso.

Sentí sus manos en mi espalda, se deslizaban hasta mi trasero. Cada músculo se contrajo bajo sus caricias. Tras el primer recorrido, las manos de Rita subieron lentamente hasta alcanzar mi rostro. Sus labios atraparon los míos y se me fue al traste cualquier sensatez. Una vocecita muy débil me recordó que podría ser peligroso y estar juntos le había afectado. Rodé sobre el suelo para quedar de espaldas, con ella a horcajadas sobre mí.

—Rita... no quiero que me electrocutes.

Su risa me arrancó un lamento. El roce de su cadera contra la mía volvió a hacer arder mi sangre. La sentía sobre mí, se deslizaba muy despacio. Su boca buscó mis labios, apenas los rozó, para dirigirse hasta mi oído.

—¿Quieres que pare?

Sí. Deberíamos parar. Enredé la mano en su pelo con intención de apartarla, pero terminé besándola, antes de pronunciar un no rotundo.

Como si llevásemos toda la vida montándonoslo en el suelo, nuestras manos colaboraron sin entorpecerse para terminar unidos de nuevo. Rita me envolvió por completo, se movía sobre mí envuelta en una oscuridad que solo hacía más perceptibles las sensaciones. No quería que se detuviera nunca.

Nuestras respiraciones se fundían en la negrura. Podía verla, no la veía, pero podía verla sentada sobre mí, disfrutando del encuentro, entregada, igual que yo.

El orgasmo me alcanzó y la arrastré conmigo. Rita cayó sobre mi pecho, exhausta. No había ni rastro del ataque de pánico.

—¿Mejor? —pregunté a modo de burla.

La escuché reír. Al agitarse su cuerpo, me estremecí.

—Mejor, gracias —respondió siguiéndome la broma.

—Puedes contar conmigo para esto cuando quieras.

Se reía y yo también. Con una ligera pereza, terminó tumbada a mi lado. Su brazo estaba junto al mío. Nuestras manos se encontraron en el suelo y nuestros dedos se entrelazaron. Igual que de niños. Durante un instante, me sentí liberado, como si al fin hubiésemos vuelto a ser quienes fuimos.

12 RITA

No había luz eléctrica, pero la casa dejó de amotinarse. Cuando al fin nos levantamos del suelo, al ir a abrir la puerta no encontré resistencia. Ahora que podía, ya no sentía la urgencia por salir. No volver a experimentar nada raro también ayudaba, claro. Prefería no pensar en cuanto había sido de ayuda Bruno, porque volvía el calor.

En la casa no había comida, pero Adam había traído una fiambra cortesía de Luisa. Mientras Bruno preparaba la cena, yo me di un paseo por la casa. Sola y atenta al menor signo de dolor. Nada. No comprendía bien por qué no me asaltaba la pena, o la culpa. Mis padres habían vivido allí doce años creyéndome muerta, pero no sentía nada más que lástima porque las cosas fuesen así.

Recordé la afición de mi madre, los dibujos. Me fui hasta su cuarto tras llamar a Bruno. Mi tono no había sido de alerta, pero entró en la habitación con cautela. Volvía a llevar vaqueros, camiseta y deportivas, nuevas. Le hice un gesto para que se acercase, justo al lado del armario.

No necesité más, habíamos hecho eso mil veces. Se me acercó y unió sus manos. Subí mi pie a ellas para alcanzar la parte alta. Al bajar, nos miramos un segundo con extrañeza. Había sido muy raro. Ninguno dijo nada, yo abrí la libreta de bocetos.

—Todo esto...

Mi madre pintaba monstruos. La amistad entre mi padre y Adam nos había unido, pero mi madre era la que siempre había encontrado más interesante lo sobrenatural con su mundo fantástico. A mi padre le gustaban las leyendas, pero la parte antropológica, o sociológica. Mi madre les ponía rostro a los mitos, les daba forma, con sus pinturas. Y a mí me los presentaba a través de sus cuentos.

Por primera vez, me pregunté si mis padres podrían saber algo de todo lo que sucedía allí. En teoría, habían llegado por aprobar mi padre una oposición, o más bien por obtener una nota baja, y terminar en un pueblo remoto. No sabía bien qué pensar.

—Espera —dijo Bruno, sacándome el cuaderno de las manos—. Antes quiero que me hables del asesino y de Sam. Mientras comemos, necesito comer algo.

Casi me había olvidado de mi teoría sobre Lola, asentí y lo seguí hasta la cocina. Ahí iba. A ver qué le parecía a él. Unai me había aconsejado que no se lo mencionara a los Merino, pero eso había sido antes de que Lola los defendiese tanto o más que yo.

Encaminé el relato poniéndolo en situación. Mencioné mi primer secuestro, del que tampoco podía decir mucho por lo inesperado. No conservaba recuerdos de mi secuestrador, solo ir a por el autobús y despertar en una celda. Con Lola. Compartí que el asesino se quedó conmigo, aunque hubiera preferido dejar allí a Adam. Me ayudó al traslado y se fue después de llamar.

Sentí el cambio en Bruno llegado a ese punto. Ahí había descubierto que yo estaba viva. Por la sombra que cruzó su rostro, no estaba feliz. Yo necesitaba saber algo.

—Le dijisteis al líder que salisteis a rastrear tras mi llamada —recordé—. Tú no, ni siquiera te convertiste.

Al otro lado de la mesa, ante su plato, Bruno me apuñaló con la mirada. Todo el odio inicial estaba de vuelta. No bajé la mirada, aunque me costó.

—Ellos salieron, yo no podía.

Él quería dejarlo ahí, saltar al tema de Lola, pero no pensaba consentirlo.

—¿Por qué tú no?

Bruno respiró con dificultad, su cuerpo quiso echarse a temblar. Logró contenerse, y atendió a su plato escondiendo su expresión. No bastó para no dejarme claro lo muy en serio que hablaba:

—Si me hubiera transformado, no habría salido a rastrear. Iría a por ti, para matarte. Hasta ese día, había aprendido a soportar la traición, la pérdida. Tu llamada... lo mandó todo al traste, fue como devolverme a esa noche. Quedarme fue lo mejor que me pudo pasar. Ni siquiera sé cómo conseguí hablar por teléfono. Al colgar, me transformé. No fui a por ti, porque estaba encerrado, Rita. Le pedí a Asun que me encerrase antes de irme. Los demás no saben nada.

Recordé el regocijo de Asun. Ella sabía que no iba a reencontrarme con él. Yo también me centré en mi plato porque volvía el dolor que me provocaron sus palabras.

—Le pediste que te matara —dijo Bruno—. ¿Tanto te dolió?

—Sí.

Dejó salir el aire muy despacio, buscaba un modo de calmarse. No pareció encontrarlo.

—Me alegra que no te matase —dijo—, pero no siento haberte hecho daño.

Lo sabía, pero no me sentó mal, porque podía entenderlo. Levanté la cabeza y sonreí, desconcertándolo.

—Eres un resentido de mierda.

Me miró como si me hubiera vuelto loca, antes de reírse. Podía darme por satisfecha, ahí estaba su risa. Era lo mejor que podía escuchar. Volvíamos a la calma, hora de centrarme en Lola.

—Me quedé en el bosque y Lola volvió. Me sacó de allí, me habló de los Caballeros y de vosotros. Una introducción general, sin excederse en detalles. El encuentro con Unai había sido antes, él mencionó al devorador. Lola compartió que lo eliminasteis.

—Fui yo —asumió Bruno antes de llevarse más comida a la boca y masticar en tensión. Cuando terminó, volvió a hablar—. Adam lo localizó, yo lo hice pedazos. Tenía poder, era inmenso, yo un akita novato... pero no dejé nada de él, porque la rabia me impidió parar.

Me encogí en mi asiento. Bruno dejaba salir todo su odio sin medida. Afectaba, me provocó un escalofrío, porque todavía quedaba un rescaldo de esa necesidad de rechazarme. Nunca me perdonaría esa noche. Supe en ese momento que si Bruno se iba, quizá lo que consiguiera no fuese igualarnos, o empezar de cero, sino perderlo para siempre. No quería, mucho menos ahora que nos habíamos acercado un poco, pero eso también debía ser decisión suya. Preferí centrarme en el tema de Lola, lista para compartir la parte más complicada:

—Cuando volví a vivir con Samara hablamos de su pasado y me contó cómo acabó con vosotros. Até cabos. Lola se había presentado como el hijo de puta que intentó mataros.

Bruno dejó de comer y levantó la cabeza con una mueca que señalaba que él también acababa de atar cabos, y ya sabía que él era el ex de Sam. El asesino que la envió. Más me valía hablar rápido.

—Le pregunté a Lola si había sido su intención mataros y me dijo que no. Si lo hubiera hecho, no estaría en una celda, ni intentarían matarlo igual que a nosotros.

—Podría ser una trampa —siseó Bruno.

Claro que podría ser una trampa, Lola podía haberme mentado, o yo errar en mis conclusiones. Me dieron ganas de salir corriendo. Bruno parecía querer matar a alguien y a la que tenía a mano era a mí. La parte humana de

Bruno no me haría daño de forma física, la parte animal tendía a atacar cuando algo le dolía, o lo amenazaba, y en ese momento a saber cuál tenía más peso. Que Lola era un peligro lo sabía hasta yo. Fiarme de un asesino no pasaría a la historia por sensato, pero los hechos indicaban que Lola estaba de nuestra parte.

—¡No! —exclamé, asustada—. Ya no está con la Orden. ¡Nos ha salvado la vida a todos más de una vez!

Bruno no me estaba escuchando. Sus ojos estaban perdidos en la nada, su cuerpo temblaba. Iba a transformarse. Dejó su silla y empezó a pelear con su ropa para no tener que volver a lanzar girones a la basura. Yo no quería estar allí, la terapia ya la habíamos superado, y me preocupaba que, con tantos recuerdos nocivos, el akita que era pasase de la parte humana, o racional, y cediera al impulso defensivo.

—Bruno... ¿Qué hago? —pregunté con un lamento.

No podía responderme. Las convulsiones lo habían asaltado y el akita surgía cada vez más rápido, o eso me parecía. Me pregunté dónde estaba mi lobo cuando hacía falta. No lo había sentido volver, seguía en el bosque y quizá no llegase a tiempo. Al otro lado de la mesa veía el lomo del perro que era Bruno. Pelaje erizado, musculatura tensa. Resollaba. Empezó a rodear la mesa. Seguí muy quieta en mi silla. No es como si pudiera pasar desapercibida, pero igual moverme le sonaba a motín. De puro nervio, yo también estaba cerca de convulsionar, aunque de terror.

Su cabeza asomó primero. La llevaba baja, las orejas hacia atrás, los labios a un paso de replegarse. Sentí las lágrimas correr por mis mejillas. Quería hablarle, llamarlo, decirle que me estaba asustando, pero seguro que lo sabía, y no me salían las palabras.

Avanzaba muy despacio, como un depredador. La parte animal ganaba por goleada, y esa podía matarme. Cada paso marcaba mi sentencia. Seguí con la espalda recta, los brazos extendidos sobre la mesa, el plato entre ellos. Cerré los ojos cuando su aliento me envolvió. No fue buena idea. Cada vez lo sentía más próximo. Su cabeza estaría, seguro, a la altura de la mía. Sus dientes a un paso de mi cara. Escuché su resuello, y como emergía de su pecho un gruñido que iba ganando intensidad. No me moví, pero tuve que encogerme. Así no lo quería, no se puede querer a alguien a quien se tiene miedo.

—Me estás asustando —susurré. En mi cabeza aparecieron los niños que fuimos y la relación que manteníamos entonces. Había cariño, respeto, comprensión. No quería perder esos sentimientos, pero el miedo podía

aniquilarlos con más fuerza que una traición o el paso del tiempo.

Con una lentitud agónica, su hocico rozó mi hombro para buscar mi cuello. Sentí su nariz húmeda sobre la piel, justo en la cicatriz. Su lengua avanzó muy despacio por ella. Me estremecí y el ritmo de mi respiración se fue al traste. Su cuerpo empezó a pegarse al mío, movía la silla desplazándose apenas, mantuve las manos en alto. No parecía ir a atacarme, no tenía ni idea de qué demonios estaba haciendo.

—Ya hemos superado esta parte, Bruno. Ya no me odias... tanto — murmuré con confusión.

Más que contenerse por atacarme, parecía estar pidiéndome disculpas. Recordé el poder regenerador de la saliva de los akita. Por un segundo me planteé que estuviera intentando borrar la cicatriz, algo que no iba a suceder después de tanto tiempo. Se me formó un nudo en la garganta al llegar a una desagradable conclusión: ya no conocía a Bruno, tampoco confiaba en él de forma ciega. Quizá él tuviera razón, quizá lo que tuvimos había muerto sin remedio y jamás podríamos entendernos.

Mi voz carecía de firmeza. Me temblaban tanto las piernas que dudaba poder levantarme. Abrí los ojos y contuve un grito. Tenía al akita casi encima, era inmenso, y, bajo su pelo, la musculatura semejaba cables de acero. Si me atacaba... No dejó nada del devorador, no dejaría nada de mí. Bajé los brazos muy despacio, cansada de tanta tensión.

—¿Sigues queriendo hacerme daño? —pregunté, defraudada y muy triste.

Todo lo que sabía de mí debería saldar la deuda. Lo pasé mal doce años, lo pasé mal con él al encontrarlo. Mi vida no valía para nada, y nadie quería que la conservase.

El gruñido rabioso nos zarandeó a los dos. ¿A qué venía? Podía ser porque me seguía rechazando, o por mis dudas. Tuve la sensación de retroceder en el tiempo para verme ante el mismo dilema. ¿Confiaba en él? Un impulso me obligó a abrazar su cuello, estrechándolo contra mí. Se revolvió por lo inesperado. Sentí un pellizco sobre la piel, a la altura de la clavícula. Lo solté, pero el akita no fue muy lejos, retrocedió un par de pasos y empezó a cambiar.

Yo permanecí sentada, con los codos apoyados en las rodillas. Me sostuve la cabeza con las manos. El suelo de la cocina me cautivó. Iba a caerme la madre de todas las broncas. Incluso si su intención era la de no hacerme daño, atraparlo por sorpresa podría haber hecho saltar sus defensas.

—¿Qué ha sido eso, Rita? —preguntó Bruno con una mezcla de horror e

incredulidad—. ¿Podría haberte matado!

Bien, eso inclinaba la balanza a favor de mi teoría de que no quería desmembrarme. Humano y animal no siempre estaban en sintonía, lógico que albergase dudas sobre mi integridad, no tan lógico que yo tensase la cuerda. Hasta un caniche se revuelve si se ve acorralado. Y tanto que yo era un peligro, sobre todo para mí misma. Mejor pensar en otra cosa. Las baldosas se veían bastante limpias. Suponía que Adam contrataba a alguien para mantener la casa en orden, o era cosa de Luisa. Las manos de Bruno se cerraron sobre mis brazos. Una sacudida y me obligó mirarlo. Estaba arrodillado frente a mí, buscaba en mis ojos algo. Lo que vio lo dejó trastocado un segundo. Cambió de foco de atención, me giró la cabeza y jadeo al ver algo en mi cuello.

—Te mordí —dijo casi en un susurro—. Te rasqué con uno de los dientes.

Intenté mirarlo, pero me mantuvo con la cabeza girada. Recordé el pellizco de dolor.

—Eh... no creo que eso sea un problema ahora —dije un poquito confundida. ¿Qué más podría pasarme? Ya me saltaba un lobo del pecho. ¿Ahora serían dos?

—No te hablo de ahora —dijo sin el menor rastro de humor antes de soltarme.

Giré un par de veces el cuello para aliviar la tensión. No entendía qué quería decirme. Me miraba de un modo extraño, como si me estuviera ocultando algo importante.

—¿Qué es lo que no me dices? —pregunté con desconfianza.

Sus dedos se deslizaron sobre mi clavícula. Al levantarlos, enseñó el rojo brillante. Mi estómago se encogió. Eso era sangre, mía. No había sido nada sensato atraparlo así. No sé en qué estaba pensando. Solté un quejido.

—Me preocupa cómo te tomes lo que te hice —dijo mirándome con atención—. ¿Tan mal te parece para querer matarte?

—¿Qué? —pregunté antes de dejar salir una risa nerviosa. Tuve la impresión de que me estaba mintiendo, pero no podía estar segura—. Yo no he intentado matarme. Y, bueno, prefiero que mi conversión sea así, mágicamente, y no tener que comprar zapatos cada dos horas. No me malinterpretes, tu transformación es... impresionante, de un modo muy violeto y un poquito grotesco, pero yo agradezco conservar mis huesos intactos, y la ropa puesta.

Despegó sus labios para hablar, antes de partirse de risa. Terminó sentado

en el suelo, junto a mis piernas.

—Estás chalada, Rita.

No parecía una crítica, me lo había dicho mil veces de niños. Mi mano acarició su nuca.

—Tranquilo, en eso no has tenido nada que ver.

Se movió tan rápido que me despistó por completo. Sin borrar la sonrisa, me atrapó entre sus brazos y me levantó de la silla. Me faltó tiempo para abrazarme a su cuello de nuevo, por el susto. Iba a protestar, pero su lengua acarició la zona herida. Mis reproches se convirtieron en un gemido. Busqué su boca y él buscó la mía. El sabor de mi propia sangre me hizo apartarme.

—¿Los de la sangre no son los vampiros? —dudé.

Terminé sentada en la mesa de la cocina con su enorme cuerpo entre mis piernas.

—Eso dicen, sí —respondió deslizando las manos por mis muslos, logrando que olvidase lo que me había hecho protestar—, pero nosotros nos curamos rápido, y nuestra saliva regenera la piel.

Lo sabía, debería preguntarle si por eso había lamido mi cicatriz, aclarar si el rechazo hacia mí se mantenía, pero en ese momento me daba absolutamente igual, y a él también. Volví a acariciar su nuca, pero para obligarlo a pegarse a mí y besarme. No se resistió. El sonido del teléfono móvil nos hizo protestar, a ambos.

—Es Adam —gruñó Bruno, y apuesto a que de ser otro habría hecho oídos sordos.

Se apartó a regañadientes. Rodeó la mesa para tomar su ropa esparcida por el suelo, y recuperó el móvil del bolsillo de los vaqueros. Se lo llevó al oído y se volvió hacia mí.

—Dime.

No escuché lo que decía Adam, pero la sonrisa de Bruno murió. Me bajé de la mesa al ver cómo la sangre huía de su rostro. Sus ojos dieron con los míos y supe que nos acababan de cazar.



Al líder se le guarda obediencia, al maestro respeto. Adam acababa de recibir un soplo de una de las familias amigas. El cabeza de familia era también secretario general del líder, y llamaba para prevenirnos. El líder se había enterado de lo del lobo y exigía mi cabeza, pero también la de Bruno. Nos quería a los dos muertos. A mí por ser un peligro, a Bruno por ser portador de un contagio semejante.

Otro amigo le había contado a Adam que la revelación había sido cosa de Asun. A todos los cogía desprevenidos, a mí no. Ella siempre me quiso fuera, aunque seguro que lo último que imaginaba era que arrastraría a Bruno conmigo.

Bruno se había vestido en tiempo record y tiraba de mí por el bosque para que ambos estuviéramos en la casa antes de la llegada de los ejecutores. Las bolsas habían quedado abandonadas en mi casa y yo sentí algo muy extraño al dejar el lugar. Todavía no había acabado, ni siquiera había empezado, pero no tendría tiempo. La casa, tal vez ofendida, volvió a cerrar persianas con estruendo. No pude comprobarlo, pero seguro que tampoco podía abrirse la puerta esta vez. Esperaba que se le pasase, o Adam lo tendría complicado para venderla.

Me reprendí por la estupidez de pensamientos, pero era mejor que enfrentarse a lo que nos esperaba. Por el momento, corríamos. Bruno había aferrado mi mano y tiraba de mí. Seguía su ritmo gracias a mi entrenamiento, o quizá a lo que fuese que me hiciera al morderme.

—No le digas a Samara lo de Lola —dijo, descolocándome por el tema—. Mucho menos si estáis aquí. Como le siente la mitad de mal de lo que me sentó a mí, destrozará el pueblo.

Podía entenderlo. Lo pensaría, si sobrevivía a lo que iba a pasar. Bruno parecía seguro de que sí.

—No hagas ninguna estupidez —supliqué—. Sabes tan bien como yo que

de ti no quieren librarse.

Acababa de sorprenderlo. Como si fuese tan complicado. El único motivo por el que dictaban su muerte era por miedo. Las palabras de Adam ganaban protagonismo. El líder quería a Bruno con él. Me miró por encima del hombro. Sentí cómo apretaba mi mano, antes de devolver la vista al frente.

—Esta vez, vas a tener que confiar en mí.

No entendí a qué se refería. No iba a ser más claro, porque retomó el tema de Samara.

—Saberlo no va a ayudarla. No ayuda una mierda que se alejen de ti por protección.

Él lo sabía mejor que nadie. Lola había metido la pata tanto como yo. Igual no tuvo más alternativas, pero eso no evitaba el daño. Empezaba a cansarme. Caí en que no era solo agotamiento cuando noté que el suelo perdía consistencia.

—Bruno...

Ambos vivos la mancha gris galopar hacia nosotros. El lobo se sumaba a la carrera y sabíamos cuál era su meta. Bruno detuvo su avance, se giró y me abrazó, al tiempo que el lobo tomaba impulso y regresaba a mí a través de mi espalda. Grité tanto que podría haberle destrozado los tímpanos, pero no dejó de abrazarme. Cuando las fuerzas me abandonaron, me cogió en peso.

—Bien —lo escuché decir—. Lo vamos a necesitar.

13 BRUNO

La amistad, a menudo, no es suficiente. Adam contaba con grandes amigos entre los cabeza de familia, pero no desafiarían al líder por él. Ante esto, la multitud de akitas que en breve rodearía la casa sería notable. No solo estaría la policía. El líder obligaba a implicarse a los demás, para que otras manos también se manchasen, y no pudieran tacharlo de nada. Apenas cinco familias habían reunido valor para oponerse y quedarse al margen. No deberían haberse molestado. Les traería problemas, y no suponía nada su ausencia. El no estar no inclinaba la balanza, a menos que hubiesen venido para estar a nuestro lado.

La ventana del salón por la que observaba no traía buenos augurios. La noche caía sobre el bosque, por ahora en silencio. En cualquier momento escucharía el crujir de las ramas, los golpes de las patas contra el suelo. El aullido que pondría fin a cualquier amparo.

Rita no despertaba y esperaba que no lo hiciese jamás. La había tumbado en el sofá y Luisa la atendía. En ese momento mi madre acariciaba el bonito rostro dormido. Veía cuanto la quería. Luisa siempre la quiso, siempre la consideró una hija más. Adam estaba tras el sofá, con las manos apoyadas en el respaldo, y los hombros hundidos por el peso de la responsabilidad y la traición.

Escuché algo fuera, rondando. Asun. Ninguno se había planteado que ella cometiese semejante error porque la creíamos más lista. Lo era, claro que podía haber sacado en conclusión que Rita no sería la única afectada, pero los celos y el despecho ciegan. Lo único que Asun pudo pensar fue en el modo de librarse de ella.

Iker todavía no estaba recuperado. Quería intervenir, pero no debía transformarse hasta que sus heridas sanasen del todo. Las lesiones podrían agravarse con el cambio. Una pena que a mi hermano le diera igual. Saldría a plantar cara en forma humana. Se arriesgaba a una conversión espontánea, pero nada impediría que estuviese con su familia para dar la cara, o para morir.

Por eso nadie llamó a Juanca. Él actuaría igual y la presencia del albino no cambiaría las tornas. Si peleábamos, moriríamos todos. Ninguno quería al empresario allí. Ante esto, buscaba el modo más efectivo de evitar el

enfrentamiento, y creía saber cuál era. Lo que no sabía era si podría funcionar. El líder me quería a su lado, pero también eliminar a Adam. El valor que yo pudiera tener para él igual no superaba el de eliminar a su principal objetivo.

Sentí el cambio en Rita. Despertaba. No sabía si alegrarme o no. En parte, quería que la vieran vulnerable, inofensiva. Sin embargo, también necesitaba que se mostrase fuerte por su propio bien y el de los Merino. Era parte de la familia. La fuerza de una familia se compone de la fuerza de sus miembros y un eslabón débil es un lastre. Si yo salía del pueblo, del radio de Adam, ¿quién le quedaba a los Merino como protección? Quizá no perdonasen a Asun; Juanca no estaba allí constantemente, Iker era un excelente rastreador, fuerte, pero ninguno podía compararse conmigo. Después estaba Samara, quien no controlaba del todo su poder. Sucediera lo que sucediera con la manada, no pasaría el peligro. La Orden seguiría allí, los seres como los devoradores rondarían a la caza de magia. El líder mantendría su empeño de librarse del maestro.

Escuché a Rita pronunciar mi nombre. Miré hacia ellas por encima del hombro, centrándome en mi madre. Luisa sonrió con una especie de nostalgia que me cerró la boca del estómago. Acarició el pelo de Rita, la ayudó a incorporarse, mientras las lágrimas brillaban en sus ojos. No la miré. A Rita no podía mirarla. No quería conservar como último recuerdo el miedo y la preocupación. Me llevaba conmigo las últimas horas juntos, lamentaba que no fuesen más. Había necesitado a la niña, era hora de ver si necesitaba a la mujer.

—Ya vienen —avisé.

14 RITA

La noche había caído sobre la excepción con un cielo rebosante de estrellas. El encuentro resultaba tan incierto que hasta el aire parecía contenerse. Nada más que una ligera brisa acariciaba la vegetación, sin apenas moverla. Casi treinta akitas dejaron la primera línea de árboles. Atigrados, sésamo, negros, blancos, rojos. Enormes. Un coche se detuvo en la explanada. Los únicos que se mantenía en forma humana eran el líder y dos policías más. Como si fuesen necesarios. Cualquiera de los cánidos bastaría para destrozarnos, al menos a mí.

Nos pidieron que abandonásemos la casa. Bruno había salido primero. Adam estaba a su lado. Yo me mantenía al pie de las escaleras del porche, entre Luisa e Iker. Ella aguantaba estoica, él temblaba de rabia y se sujetaba el costado. Si cambiaba, había escuchado que se pondría peor. Busqué su mano. No sé por qué, pero busqué su mano, e Iker me sorprendió entrelazando sus dedos con los míos. Pareció aplacarse un poco el temblor. Ahora, por la firmeza, no dejaría que nadie me separase de él.

Un akita rojo se aproximó por un lateral de la casa. Mantenía la cabeza baja y el lomo encorvado. Asun. Ninguno de los Merino le dedicó un segundo de atención. Algunos de los akitas recién llegados le enseñaron los dientes, quizá por ser partidarios de Adam, acusándola de traición. Me dieron ganas de llamarlos hipócritas. Asun tenía un motivo para actuar como lo hizo. Ellos no deberían estar allí si tanto valoraban al maestro. Sentí un ligero mareo. El lobo saldría, antes o después saldría, y no sabía si era buena idea o no, porque yo no controlaba al animal.

Estudí al líder. Podía verlo entre los cuerpos de Bruno y Adam. Se alzaba victorioso sobre sus zapatos. Vestido de traje, para resaltar su autoridad y el aspecto formal del encuentro. Sus ojos iban de padre a hijo con una benevolencia tan falsa que el mareo volvió a asaltarme otra vez. El apretón de Iker me recordó lo delicado del asunto. Debía dejarlos a ellos, mi momento llegaría.

—Odio esto —dijo el líder, y supe que era sincero. No le gustaban los enfrentamientos, prefería los tratos, pero no le habían dejado opción—. ¿Qué hago, Adam? Como a los demás, tú me has enseñado gran parte de lo que sé... y ahora estoy aquí pidiéndote explicaciones. ¿Por qué no me lo dijiste?

Eso ya no era tan sincero. Parecía dolido, como si odiase la posición en la que lo había puesto el maestro. Yo necesitaba ver por dónde iba a salir, pero era muy bueno. Supuse que de ahí su liderazgo.

—No lo sabíamos con certeza —dijo Adam, y no estaba mintiendo.

—A la menor sospecha, Adam —resaltó el hombre—. Se avisa a la menor sospecha. ¿Y si ella hubiese atacado a alguien? Por lo que contaste, del asesino no dejó mucho.

Se me revolvió el estómago al recordar cómo había sido despertarme con el sabor de la sangre en la boca. Ahora ya sabía de quién era la sangre. No lamentaba haberla derramado, en absoluto, pero sí me daba miedo no recordar más que el inicio del ataque.

Adam me señaló, y yo me sentí diminuta al sentir tantas atenciones sobre mí. Bruno debía ser el único que no me miraba.

—Mírala —pidió Adam—. ¿Te parece una amenaza? Has hablado con ella, sabes que no lo es en absoluto.

Y tanto que era inofensiva frente a ellos. Vi el efecto que creaban las palabras de Adam. En conjunto, a los akita yo les daba lo mismo, pero lo último que me considerarían era peligrosa.

—¿Y qué hago? —repitió el líder con un tono más duro—. ¿Consiento que se me oculten cosas? ¿Queremos semejante rareza por ahí? ¿Permito que pueda suceder otra vez?

Las vidas que corrían peligro no eran las de Bruno o la mía. La de Adam también. El líder sacudió la cabeza y alzó las manos con un ligero toque desesperado.

—Consentí que me ocultases que ella estaba viva porque confío en ti, tu criterio debería ser tenido en cuenta —resaltó el hombre—. Acepté lo de la elemental, aun con el riesgo que supone. Si la descubren a ella... ¿Cuánto tardaríamos en caer nosotros? Te he dado los fondos que me pediste. ¡Te lo daría todo! Pero debes ser un ejemplo, y esto...

La pausa dramática era tan estudiada que casi me echo a reír. Cuatro frases dichas como si se hubiera olvidado de su público. Una pena que funcionase y que los akita escuchasen con atención. En conclusión, Adam había actuado mal, a expensas del líder, y no era la primera vez.

Los ojos del líder me localizaron y yo contuve el aliento. El hombre hizo un gesto distraído con el brazo.

—Acércate, por favor —pidió con fastidio.

No pude dar un solo paso, y no solo por el agarre firme al que me sometía

Iker. El mareo aumentaba a causa de la presión. El suelo empezó a ondear. Bien, iba a dar un espectáculo y no quería perdérmelo. Sentí que pronto vendría el tirón con el que surgía el lobo. Luché con todas mis fuerzas por mantenerme consciente. Si el lobo era mío, si formaba parte de mí, debería poder controlarlo.

El animal surgió con fuerza. Salió expulsado de mi pecho, y aterrizó entre Adam y Bruno con los labios replegados y el cuerpo en tensión. Los brazos de Iker me rodearon, igual que los de Luisa. Los párpados me temblaron tanto como las piernas. Noté la inquietud general, pero no era más que sorpresa. Un lobo, frente a cualquiera de ellos, carecía de peligro.

—Quieta —escuché decir a Bruno.

A mí no me lo decía. Por suerte, todavía podía pensar un poco, y entendí que le hablaba al lobo. Debería transmitirle la orden. El lobo, o loba, no me había detenido a confirmar su sexo, parecía tan listo como nosotros. Relajó su postura, pero siguió erguido sobre sus patas entre los dos hombres.

—Impresionante —dijo el líder. Vi en sus ojos un brillo de burla, casi regocijo. Volvió a centrarse en Bruno—. ¿La controlas tú?

—Sí —dijo Bruno.

Mentía. Yo no controlaba al animal, pero él menos, o no habría estado a punto de matarlo. Estudié a Bruno. Parecía preocupado, pero entero. Tramaba algo. Seguro que no iba a gustarme. Recordé lo que me había dicho en el bosque. Iba a tener que confiar en él.

—Adam no miente —insistió Bruno—. Atamos cabos hace unas horas y no sabemos demasiado.

El líder desvió la atención hacia el maestro, tras mirar de nuevo al lobo con una especie de rechazo y asco. Adam carraspeó antes de hablar. De soslayo contemplaba al lobo, un poco acobardado con todo lo que sabía. La precaución frente al lobo le estaba encantando al líder porque lo hacía parecer débil, o culpable. Adam se esforzó por explicar el prodigio:

—Es probable que, de haber mordido a Rita en otra parte, ella se volviera akita casi de manera normal. El problema fue al estar aquí, bajo la influencia del devorador. Tampoco tenemos demasiados datos sobre ellos, pero hay teorías que apuntan a que la propia esencia de las almas que consumen genera un poder que puede transmutar sus cuerpos.

Era la primera noticia que tenía, y no entendí demasiado bien la parrafada. Supuse que esa era la idea. El líder seguía pasando sus ojos de uno a otro, caía en mí, y le complacía muchísimo mi lamentable estado.

—Ella parece estar mal —resaltó el hombre.

Bruno siguió dándome la espalda. Adam sí me miró, asombrado, quizá porque yo estuviese con los ojos abiertos.

—Ese desdoblamiento... —dijo Adam con un suspiro antes de volver a mirar hacia el líder—. La debilita.

Otra forma bonita de decir que yo no era una amenaza. El líder arrugó el ceño con curiosidad.

—¿Qué sucede si a ella le pasa algo? ¿O si le pasa al lobo?

Que iba a dolerme. En ambos casos. Me costaba mantener los ojos abiertos. El mareo no remitía. Me encontraba fatal. Imaginé que dictaban sentencia sobre el lobo. Solo el lobo, dejándome a mí en paz. Matar esa parte de mí, mi alma. Casi entro en pánico. El miedo se exteriorizó por el modo en el que el pelo del lobo empezó a erizarse.

—Tranquila —siseó Bruno.

No podía estar tranquila. No me dejaba tranquila que él fuese un tempano de hielo. Yo no lo era, no estaba en mi mejor momento. Deseaba que el líder terminase con todo aquel circo de una vez. El lobo emitió un gruñido bajo, una bonita forma de expresar mis emociones. Llamó la atención, pero tampoco preocupó. Adam volvió a hablar:

—Supongo que de herir al lobo, volvería al cuerpo humano hasta recuperarse. No creo que sea posible matarlo a él como entidad. De dañar la parte humana... imagino que depende de la fuerza que suponga el animal, o quizá no. No lo sé.

Vi claro el razonamiento de Adam para pintarme semejante diana en el pecho al señalar la parte humana como más vulnerable: ¿qué prefería, vivir sin cuerpo o sin alma? Lo mismo creía que si el lobo seguía por ahí, podía irse a ocupar otro cuerpo. O yo estaba tan débil que no me enteraba de nada, o estaba rodeada de idiotas.

—¿Puedes hacer que vuelva a ella? —preguntó el líder a Bruno.

—Sí, puedo ordenárselo —respondió.

El líder lo miró en silencio. Era una pregunta, pero llevaba implícita la orden de retirar al bicho raro de la escena. Bruno negó con la cabeza.

—Él la protege —dijo Bruno—. No le ordenaré que regrese a menos que ella y mi familia estén a salvo. Lo que me pase a mí me da igual, pero nadie les pondrá una mano encima.

Tan seco como contundente. Si eso no era desafiar al líder, se le parecía mucho. El líder no alzó la voz, pero maldita la gracia que le hacía.

—¿Vas a volver a desobedecerme? —preguntó el hombre con seriedad.

—Yo no le he desobedecido, hasta ahora —puntualizó Bruno—. Le debo lealtad y la tiene. Pero a mi familia le debo la vida.

—Vaya —dijo el hombre, sorprendido, como si no estuviese rabiando por dentro.

Por ganar tiempo, el líder giró sobre sí mismo para hacerse una idea general de cómo de mal le iba. Bruno no era popular, apenas trataba con nadie, pero acababa de demostrar ser un akita leal de verdad. A ver por dónde atacaba el líder.

—Esa chica es humana, Bruno —dijo con desdén—. ¿Ella también forma parte de la familia?

—No —respondió Bruno—. Ella tampoco me importa, pero a ella le importan los míos. Por eso el lobo los protegerá.

No podía decirse que mintiera. Me sentí dolida, pero aguanté porque lo importante, a fin de cuentas, lo teníamos claro.

El líder acababa de decidir que estaba perdiendo el tiempo. La poca popularidad de Bruno, los errores de Adam, que yo no fuese más que una humana de la que no se sabía demasiado, logró arrancarle la sentencia.

—Soy el líder de esta manada. Me encanta, pero hay veces que odio este trabajo. Lo siento, Adam. Me has traicionado varias veces. Tu hijo me desobedece, y es... esto. Ella no debería existir.

Parecía ser él quien acababa de condenarse. Dejó caer la cabeza como para recuperar fuerzas, y la alzó con un brillo en su mirada repleto de tristeza. Retrocedió hasta quedar tras la primera línea de akitas.

—¿Vais a aceptar la condena? —les preguntó a Adam y a Bruno.

Yo suponía que de ser sí, los perros se echarían a ellos y les darían una muerte rápida. De ser no, dejarían transformarse a Adam y a Bruno, y luego se echarían a ellos, y les darían una muerte lenta y dolorosa. De ser sí, Iker y Luisa no se quedarían de brazos cruzados. De ser no, tampoco. A mí nadie se molestó en preguntarme nada.

—Sí —dijo Adam.

—No —dijo Bruno, empezando a quitarse la ropa—. Conmigo podéis hacer lo que os dé la gana, pero a él no vais a matarlo.

Parecía tan seguro que hasta yo me pregunté si realmente le hacía falta alguien más. Los treinta de delante se revolvieron con inquietud. Bruno era el akita más fuerte. ¿Tanto? Estaba a punto de comprobarlo.

Adam dejó salir su voz en apenas un murmullo. Sujetó el brazo de su hijo

con fuerza.

—No tienes que hacer nada —dijo Adam—. No me debes esto, hijo.

Bruno ya estaba completamente desnudo. Sus músculos se marcaron. La luna iluminaba su cuerpo dándole un aire solemne. Bruno apretó los puños con rabia al hablar:

—Te lo debo todo. Sin ti, yo estaría muerto y lo sabes.

Empecé a respirar con dificultad, porque casi podía jurar que no le estaba hablando a Adam, si no a mí. El lobo también se revolvió, movido por mi tensión, o por la que transpiraban los dos hombres que lo rodeaban. Agitó su cabeza, de su pecho empezó a emerger un gruñido extraño, muy quedo, una amenaza, o una promesa. Algún que otro akita lo miró con desconfianza. Me fijé en Bruno, vi su perfil, me pareció intuir su sonrisa. Las siguientes palabras sí fueron para su padre:

—Del modo correcto o no has hecho más por esta manada que ninguno. De no ser por ti, seguiríamos pensando que estamos seguros, que nada nos acecha. Lo único que siento es no haberlo visto antes.

—¡No! —exclamó Adam.

Bruno se lo quitó de encima de un empujón. Iker temblaba a mi lado, Luisa lloraba al otro. Yo no sabía ni como sentirme. Parecía inmunizada, o toda emoción se condensaba en el lobo que cada vez gruñía más alto.

El crujir de los huesos estalló en mis oídos. Bruno empezó a cambiar, las lágrimas me impedían verlo, pero no pensaba apartar la vista. Nadie iba a atacarlo, nadie le haría daño. Como a la inversa, ese privilegio era solo mío. Sentí la estática recorrerme, igual que en mi habitación. Me preocupó afectar a las dos personas que me sostenían, pero me preocupaba mucho más lo que pasaba ante mí.

Los akita se prepararon. Ninguno quería enfrentarse a Bruno, pero todos debían hacerlo. Adam soltó un nuevo grito y empezó a deshacerse también de su ropa. Ahora los foráneos todavía querían atacar menos, porque iban a tener que ir contra el hombre que les daba cobijo y consejo. El líder retrocedió un paso más. Un akita rojo se sumó al perro atigrado que se había vuelto Bruno, para colocarse al otro lado de su padre.

A ella le gruñeron con ganas, por ponerlos en una situación semejante. Consciente de su error, Asun avanzó, lista para ser la primera en caer, a pesar de ir a hacerlo luchando. Sonó un nuevo chasquido de huesos, los de Adam, y algo más.

Para incomprensión de los presentes, el lobo también parecía

transformarse. Sus patas empezaron a hacerse más largas, su cuerpo más robusto, su cabeza más ancha. Sus labios replegados dejaban ver unos dientes curvos y afilados. Había adoptado el mismo tamaño que Bruno, y ahora el lobo sí era digno a tener en cuenta, porque un animal como él le daba mil vueltas a un perro.

El rostro lívido del líder era la mejor muestra de cuanto acababan de cambiar las cosas. El lobo lo miraba con fijeza, y el hombre retrocedió un poco más, temeroso de ser el primer atacado por la criatura. Nadie supo bien qué hacer. Por un segundo, un bando y el otro solo se miraron.

Un akita sésamo rompió la calma al ir directo a por Asun. El lobo reaccionó antes que cualquier otro. Se colocó junto a Asun con una rapidez apenas apreciable, sus dientes se cerraron en el cuello del perro que la iba a atacar, y lo lanzó como si no fuese más que una pieza pequeña. Un nuevo chasquido sonó en la noche: el de los huesos del akita proyectado al impactar contra un árbol. El lobo emprendió un paseo sin alejarse demasiado de sus protegidos, amenazando a los perros que tenía en primera línea, retándolos a ser los siguientes.

El miedo y la sorpresa mantuvieron paralizados a los akita. Muchos no querían estar allí, ahora con más motivo. El lobo detuvo su andar y sus ojos negros fueron directos al líder. Gruñó con tanta fuerza que los perros, y el hombre, se estremecieron. Alzó la cabeza y su aullido arrancó más de un lloriqueo. El líder se tapó las orejas con las manos, y hasta Luisa e Iker cedieron al potente sonido.

Un desafío. El destinatario estaba claro quién era. Adam dejó su postura de defensa para transformarse. De nuevo como humano, todavía aturdido por el sonido, miró al líder con una súplica.

—¡Detén esto, por favor! Nadie quiere esta pelea. ¿Qué demonios estamos haciendo? ¡Son otros los que nos acechan! ¡Esto es lo que quieren, que nos matemos entre nosotros para ahorrarse la molestia!

El lobo dio un paso atrás, cuando lo hizo Bruno. Los akitas parecieron aliviados. Asun seguía prevenida junto a Adam, por si alguien aprovechaba la guardia baja. El líder dio un paso al frente. Lo que estaba a punto de decir iba a dolerle horrores, pero no pudo evitarlo.

—Sí —aceptó casi sin resuello; su mente trabajaba bien bajo presión—. Pero con condiciones.

—Por supuesto —dijo Adam.

La mano del líder salió disparada hacia mí.

—Ella jamás volverá a poner un pie en la excepción. Tú no volverás a ocultarme nada, y Bruno se viene conmigo.

Luisa dejó salir un sollozo que amortiguó contra mi cuerpo. No comprendí el porqué de su angustia. ¿Iban a encerrar a Bruno y tirar la llave?

—¿Podrá volver? —preguntó Adam, asustado.

Bruno empezaba a cambiar justo en ese momento. Asun y el lobo seguían en posición de ataque. El líder asintió.

—Conservarás a tu hijo y él su vida —respondió—. Míralo, Adam, lo necesito a mi lado. Puede aportar tanto... Lo que ha demostrado hoy es más de lo que esperaba. Vendrá cuando quiera, siempre que su trabajo se lo permita.

—Bruno... —murmuró Adam, antes de lanzarme a mí una mirada de súplica.

Ahí estaba. Adam quería que interviniera, que le pidiera a Bruno que se quedase, como si eso fuese a cambiar algo. Le devolví la mirada a Adam, negué con la cabeza, y esquivé sus ojos para no ver su decepción.

Bruno ya había cambiado, y se vestía con una calma que no casaba con la escena general.

—Acepto —dijo Bruno sin la menor vacilación, y sin dedicarles una sola mirada a los miembros de la que había sido su familia.

¿Ya se iba? ¿Así? ¿Sin equipaje ni despedidas? La respuesta me la di yo misma: no, no se llevaría nada, ni se enfrentaría a cada rostro triste. Se iba con lo bueno que aquella casa le había dado, para echar mano a ello cuando estar lejos doliera.

Pegué los labios para no decir nada. Mis ojos localizaron a Asun. Más pequeña que nunca. También ella se había transformado y lloraba hecha un ovillo en el suelo. Apreté la mano de Luisa.

—Tu hija va a necesitarte más que nunca.

Asun levantó la cabeza con una mezcla de rabia y perplejidad. Yo no sentí el rechazo de siempre, y no solo porque ella daba un aspecto desvalido y abandonado. A pesar de la distancia, no necesitamos otra cosa que una mirada. Asun había pensado que la dejaba con vida por alargar el dolor. Comprobaba que no, y veíamos en la otra la misma sensación de pérdida. Bruno nos separaba, pero en ese momento acababa de unirnos. Si alguien podía entender cómo me sentía yo, o si alguien podía entender cómo se sentía ella, era la otra.

Volví a buscar a Bruno, pero ya no estaba. Se había subido al coche con el

líder y se perdían por la carretera como los demás akitas. Me pregunté si habrían venido en coche o corriendo. Iker estaba a mi lado, en silencio. No se veía a nadie, pero seguro que se escuchaba todo. El lobo se acercó, mientras su cuerpo volvía a su estatura natural. Mi mano se hundió en su pelaje sin que eso hiciera que desapareciera. Sonreí con alivio. Yo no podía seguir allí, pero él no iba a irse a ninguna parte.

Permanecí sentada en el suelo siendo testigo del dolor de la familia ante la pérdida. Iker no se dejó arrastrar, y esperó a que la distancia de los demás no llevase la charla a oídos ajenos.

—¿Tienes idea de qué les pasa? —preguntó Iker.

Adam y Luisa se abrazaban, Asun seguía sentada en el suelo. El lobo lanzó un ladrido y echó a correr hacia los árboles. Supuse que esa era su despedida. Miré a Iker preguntándome cuánto decirle.

—Acabas de perder a tu hermano.

Iker se rio de mí.

—Seguro —dijo sin la menor duda en su tono—. ¿Y tu bicho?

—Parece que se queda.

Su risotada pareció calentar un poco mi interior. Iker señaló a sus padres.

—Me alegro. Ellos se alegran más, pero aún no lo saben. Ella...

Torció el gesto al señalar a Asun con la cabeza. Lo que decidiera la familia no debería ser de mi incumbencia. Yo ya había dejado bien claro que no estaba resentida. Ahora era cosa de ellos.

—Debería irme —asumí.

Iker resopló con fastidio.

—Yo también. No me mola dejarlos solos, pero puedo venir mañana y eso. Tengo que abrir, o perderé los pocos clientes que tengo.

Lo miré y hablé antes de que la sensatez estuviese de vuelta:

—¿Sigue en pie lo de trabajar en el gimnasio?

La sonrisa de Iker no ocultó la pena en sus ojos. Aunque fingiera entereza, él sospechaba que algo iba mal, pero, por ahora, no quería reconocerlo.

—Por supuesto.

LOS DOMINANTES

Epílogo

Tres meses no son nada, pero pueden resultar más largos que doce años. Ese era el tiempo que nos separaba a todos de la noche del enfrentamiento. Un periodo extraño, de cambios y uniones. Adam, Luisa y Asun seguían en el pueblo, en la casa, lo que volvía la ausencia de Bruno algo más perceptible para ellos. Juanca recurría al trabajo. Entre números no pensaba en la falta, ni en la preocupación que rezumaban sus padres y su hermana. Asun no dejaría de sentirse culpable jamás, y eso que nadie se lo echaba en cara. No era necesario, ella sola había perdido al hombre que amaba, por no entender que jamás fue suyo. Samara no decía nada, pero no hacía falta. Ella opinaba igual que Adam, daba por perdido a Bruno. Era mejor darlo por sentado que pasarse la vida esperando un regreso que no tenía por qué darse.

En mi caso, apenas había hablado con Adam en ese tiempo, porque ni podía acercarme al pueblo, ni él parecía dispuesto a salir. El maestro se encerraba en su sótano, a la caza de algún remedio milagroso para no morir de pena. Parecía tan seguro de que Bruno no regresaría nunca que a veces me contagiaba. Muy a mi pesar, siempre sería franca aunque no le gustase. Si Bruno no quería volver, habría que respetarlo.

Lo extrañaba, claro, ¿cuándo no lo había hecho? Ahora, también me preocupaba cómo estaría, cómo llevaría él su nueva vida. Por los Merino sabía que le iba bien, que el líder lo traía entre algodones. Quería deslumbrarlo, porque lo necesitaba. Extendía a su alrededor una telaraña para entretenerlo, y lo conseguía. Cuanto más avanzaban los días, más se espaciaban las llamadas de Bruno a la casa. Yo no esperaba que contactase conmigo, aunque me habría gustado que lo hiciese. A menudo, al volver a casa, esperaba encontrarlo en la cocina. Sin embargo, los cambios son los mejores consejeros para no devanarse los sesos. Iker resultó un excelente entretenimiento, y el gimnasio que ya conocía pasó a ser mi refugio.

Cada día me dejaba envolver por el olor típico de las instalaciones deportivas. La clientela era mínima, se redujo por culpa de la prolongada ausencia del dueño, pero como ni Iker ni yo estábamos curtidos en empresas, agradecemos que los clientes no se acumularan en la puerta. Necesitábamos una estrategia para lograr un gimnasio rentable, pero que no estuviese masificado y fuese algo diferente. Con lo distintos que éramos, las discusiones y las ideas contrarias no dejaron de sucederse, arrastrándonos a volcarnos en un tema que se alejaba de la inquietud por el hermano que

faltaba.

Nuestro primer cliente en conjunto no fue Samara. Se trataba de un adolescente de piel negra, muy alto, pero de cuerpo regordete y aire benévolo. Se había presentado una mañana para pedir sitio, y acudía siempre que los estudios y el trabajo en la empresa de su padre le dejaban. Nos dio solo su nombre: Rafa, y pagaba en efectivo para no completar la ficha. No sería yo quien lo criticase. Iker no quiso aceptarlo, le inquietaba el anonimato, pero esa discusión la gané por goleada.

Era un buen chico al que habían hecho daño. Eso podría verlo hasta el más despistado. Carne de cañón de bulling, y supuse que de ahí su empeño por endurecer su cuerpo, por si eso ayudaba a curtir el alma. No iba a funcionarle, pero el chico necesitaba intentarlo, y descubrirlo por sí mismo. Rafa seguía los entrenamientos que Iker le preparaba y se metía en el ring conmigo dos veces por semana. Me doblaba en tamaño, pero no había logrado encajarme el menor golpe, ni evitar que yo lo derribara. Cada victoria mía le hacía daño. Veía en sus ojos que la derrota minaba su seguridad, pero Rafa no desistía.

En parte, me recordaba a mí. Mis primeras incursiones en las actividades físicas habían sido para olvidar. Lejos de tirar la toalla, seguí adelante. Eso hacía Rafa. En aquel lugar recóndito donde nadie lo conocía, se esforzaba por ser cada día un poquito menos blando. Lo conseguiría, antes o después estaría preparado para enfrentarse a cualquier amenaza, pero el dolor que lo había traído hasta nosotros no se marcharía por mucha seguridad en sí mismo que reuniese.

El cuadrilátero quedaba en el extremo derecho del gimnasio, junto a un par de sacos de boxeo con el cuero gastado. Ese día nos tocaba vérnoslas sobre la lona. Rafa avanzaba tan bien que su cuerpo empezaba a definirse de otra forma. El chico todavía contaba con una capa densa de grasa, pero, bajo esta, la musculatura crecía.

En el otro extremo del gimnasio, junto a las tres bicicletas estáticas, había un cubo. Un desagradable goteo se mezclaba con la música de la radio. Deberíamos arreglar la fachada y el tejado por la parte trasera, pero todavía carecíamos de ingresos con los que hacerle frente a la necesaria reforma.

A las tres de la tarde, Iker se había ido a comer con Juanca y yo vigilaba el fuerte, solo por Rafa. Nadie más vendría, porque los chaparrones que asaltaban de improviso y las granizadas mantenían hasta a los más enérgicos a cubierto. Rafa atacó primero. Su puño iba demasiado alto y lo esquivé con facilidad. Quizá fue el día gris, o el hecho de estar los dos solos, pero, al

enderezarme, las palabras surgieron solas de mi boca:

—¿Qué te trajo hasta aquí, una chica o un amigo?

Bajó la guardia ante la pregunta personal. Aproveché para barrerlo de una patada. Gimió por terminar de espaldas en el suelo, y me faltó tiempo para apuntillar que no debía distraerse durante una pelea.

—Eso es trampa —protestó Rafa.

El modo en el que lo dijo me obligó a reír. Ojalá no perdiera jamás esa inocencia, por mucho que desease desprenderse de ella.

—No, trampa sería decirte que no voy a pegarte, y hacerlo en cuanto me des la espalda —aclaré—. Esto ha sido la táctica más vieja y útil del mundo. Mírame, estoy en desventaja física y tú aprendes rápido. En breve, la táctica será lo único con lo que pueda defenderme.

Me escuchaba, Rafa siempre escuchaba todo lo que yo decía como si me considerase una especie de espíritu guía. Se levantó con mal gesto. Creí que no me respondería, pero lo hizo.

—Mi amigo murió, la chica estaba con los que lo mataron.

La sorpresa fue inmensa. Vi sus ojos enrojecidos, a un paso del llanto. La palabra venganza podía leerse en su frente.

—Deberías haber aprovechado este momento —le dije, sacándolo de su autolamentación y del recuerdo de la pérdida—. Me has cogido desprevenida, si me hubieras golpeado podría no esquivarlo a tiempo.

Me sonrió y volví a dármelas con su inocencia. Se lo tomaba como un cumplido, o palabras de aliento, pero no lo creía. Si no dejaba de pensar que no podía defenderse, jamás lo haría. A pesar de no saber mucho de él, le había tomado cariño. No quería que perdiera el aire bondadoso, pero sí que encontrase su fortaleza.

—Son muchos —susurró—, pero iré a por ellos y los mataré uno a uno como a perros.

Mala comparativa. Me alegró que Iker no estuviera. Por el modo en el que apretaba los puños, Rafa lo consideraba en serio. El silencio que hasta ahora lo había acompañado se iba. No daría detalles concretos, pero necesitaba dejar salir sus pensamientos.

—Son un puñado de pandilleros que no tienen dónde caerse muertos —siseó—. Me las pagarán.

Solo le faltaba vengará a mi amigo y una bandera. Seguro que ni siquiera era consciente de las lágrimas que se deslizaban por su rostro. Poco sabía yo de pandillas, cuando mi mayor contacto con ese mundo se limitaba al camello

que tenía por vecino. Sin embargo, los criterios son los mismos para cualquier grupo, se le llame pandilla o ejército: si son más que tú, hay que buscar otra vía.

—Igual funciona —dije preparándome para seguir la pelea. Mi patada acertó de pleno en su pierna y el chico terminó de rodillas en el suelo—, pero, el problema de los perros es que se mueven en manada, y no se están quietos. Pareces listo. Estudias y trabajas, ¿no hay otra forma de ir a por ellos?

Rafa me miraba con incompreensión. Ni siquiera intentó levantarse. Supongo que esperaba algo del estilo la venganza no conduce a nada, o se sirve fría, o no merece la pena. Sonreí y le tendí la mano para ayudarlo a dejar la lona.

—Piénsalo.



No sabía si Rafa iba a pensárselo o no, pero yo sí lo hice el resto del día. Por primera vez me planteé la venganza, o más bien el ataque, como una opción. Estaba en mi derecho, ¿cuántas veces había corrido peligro mi vida? ¿Quiénes eran los akita para decirme dónde estar o dónde no estar? Adam, Bruno y los demás debían guardarle lealtad al líder, pero yo no era uno de ellos. El tipo ni siquiera me caía bien. A la Orden de Caballeros también se la tenía jurada, y al devorador que irrumpió en nuestras vidas tres cuartos de lo mismo.

Mis propias palabras con Rafa me hicieron darme de bruces con el realismo. Frente a cualquiera de ellos, yo no era nada ni aquí, ni en la excepción. Los había burlado, varias veces, pero cualquier enfrentamiento directo estaba abocado al fracaso. Se movían en grupo, y no iban a estarse quietos. Me había librado gracias a mis apoyos. Sola lo único que encontraría era una muerte dolorosa y demasiado pospuesta.

Iker dejó el despacho con un gruñido. Las telarañas de la caja registradora lo ponían de un humor de perros. Dos clientes en esa semana, pero solo uno iba a volver para la siguiente.

—¿Sigues saliendo a correr? —preguntó Iker.

Yo limpiaba los aparatos y lo miré con desconfianza.

—¿Cuándo? —repliqué.

El gimnasio abría a las seis de la mañana, para no perder al dueño de la cafetería de al lado, que abría a las siete. Yo no era de madrugar, pero Iker mucho menos.

Alzó la vista al cielo con desesperación.

—Vale, mañana abro yo —gruñó Iker—. Tú recupera tus mallas, pásate por el parque o tomate un café, y caza pijas con pasta. Diles que el patriarcado opresor se merece un escarmiento. Debéis saber defenderos de los perversos que solo os ven como objetos sexuales, los hay por cientos.

Mi carcajada salió de forma incontrolable. Lo miré con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ni de coña —aseguré categórica—. Pero lo de salir a correr no es mala idea, claro que no yo. Yo vendré a abrir a las seis —asumí con un lloriqueo—. Tú vas a salir a correr, y a cazar. Eres encantador cuando quieres. No te gustan los tíos depilados, a mí tampoco. Busca a gente normal, Iker, y háblales de este sitio. Si salen a correr, y no van al gimnasio, igual es porque prefieren correr, pero también puede ser porque no les gusta el ambiente, o no son constantes, o se sienten en desventaja, o están sujetos a horarios complicados. Entérate, y así podremos pensar en algo.

—No voy a salir a correr —dijo con todo su rechazo.

A veces, a menudo, era exasperante.

—¿Prefieres abrir a las seis? —cuestioné—. Mejor, ¿prefieres no poder abrir porque los del banco han precintado la puerta?

Soltó un juramento y me dio la espalda para irse. Me sentí victoriosa. Iker iba a salir a correr, y me lo echaría en cara toda la vida.

Media hora después, seguía fregando. Bruno apareció en mi cabeza, también la inquietud por cómo estaría, o si pensaría en mí de vez en cuando. En una semana sería el aniversario de las muertes. El pueblo presentaría sus respetos. Él me había dicho que iría, y que quería que yo fuera. Pero yo tenía prohibido ir. ¿Acudiría él? Hasta donde sabía, poco llamaba, y no había vuelto a la casa de los Merino excusándose con un trabajo del que no tenía noticias, porque eran cosas de akita, o porque Bruno no daba detalles.

—¿Hola?

La voz me hizo soltar el paño y volverme como si acabasen de cazarme en pleno delito. Bueno, me planteaba ir al pueblo, por lo que sí podría tacharse de delito. Me sorprendió encontrar a un veinteañero de sonrisa amable, bastante guapo, junto al mostrador cutre y deslucido de la entrada. El tabique de los vestuarios me impedía ver la puerta de la calle, pero al chico lo veía perfectamente. No poseía un cuerpo desarrollado, pero era de constitución ancha. Con entrenamiento, podría ser un buen armario.

—Me llamo Brian —se presentó—. ¿Aceptáis clientes nuevos?

Sonreí sin querer. Algo rodeaba a aquel tipo, una especie de aura reconfortante. Me sentí como una idiota por pensar en eso, pero avancé hacia él lista para darle la bienvenida.

—Claro.

—¿Y viejos amigos? —preguntó Unai, dejándose ver.

Me quedé plantada en el suelo. Mi sonrisa tembló. No consideraba a Unai un enemigo, pero llevaba desaparecido tanto tiempo que no sabía dónde situarlo. Su expresión sugería disculpa. Sus manos se hundían en los bolsillos del vaquero con aire culpable. Brian se hizo a un lado en señal de lo poco que quería interponerse.

—Nunca supe si catalogarte de amigo o no —dije de lo más confundida, porque me alegraba de verlo.

—Bueno, enemigos no fuimos —dijo Unai como si eso fuese un factor determinante.

Lo que fuera, mi cuerpo y mis emociones no expresaban rechazo. Debería hacerme la dura. Unai tendría al menos cien llamadas más que no obtuvieron respuesta. Lástima que sí hubiera estado cuando lo necesité realmente. Me rendí y alcé las manos. Unai esbozó una sonrisa entusiasta, y avanzó hacia mí para darme un cálido abrazo. Al sentir su cuerpo contra el mío, Bruno regresó a mi cabeza. Lo desterré y me centré en el hombre que tenía delante.

—¿A qué se debe la visita? —pregunté pasando mis ojos de él a Brian.

El veinteañero negó con la cabeza.

—Yo solo pretendo venir al gimnasio —aseguró, desentendiéndose.

—Y yo —dijo Unai, antes de torcer la sonrisa—, pero también me gustaría tomar algo con la dueña. La primera cita fue un desastre.

CONTINUARÁ...

AGRADECIMIENTOS

Sobre todo a ti, por darme una oportunidad y leer esta novela. Espero que te haya gustado.

Por su infinita paciencia, como para no darle las gracias a Blacquier y a Canopus, las primeras siempre. A P. Iglesias, sin el que ni siquiera tendría un blog. A Mocaury, por echarle un vistazo a algún que otro borrador. A Álex y a Pablo, por no amotinarse demasiado.

A Las locas de la escoba y a la Cuchipandi plumilla, porque son lo mejor que me han traído los libros. A Silvia Gómez, Alba, Alicia, Xiana y Carla. Gracias a todas por el apoyo que le habéis brindado a esta historia.

En especial y entre otras cosas...

A Andrea López, la primera en animarse a conocer la Excepción.

A Antía Eiras, porque tiene razón: si te acaban de pegar un tiro en una pierna, no te pones unos shorts alegremente y te vas de fiesta.

A Lara Díaz, responsable de poner orden entre los treinta protagonistas.

A Dona Ter, por ese fondo que ha evitado que me pierda en un mundo de imágenes.

A Yoli, por no salir corriendo cuando empiezo a explicar el orden de los libros.

A Pati Portabales y a Julia Barrachina, por acompañarme en esta aventura.

A Cristin Ferro, la primera en darle una oportunidad a “La Broma”, y porque sin ella no habría conocido al resto.

A los mencionados en los agradecimientos de Romy y Allen, Duelo de identidades y La Broma, por acompañarme en el blog y haberle dado una oportunidad a mis primeras novelas. Ahora, muchísimas gracias a quienes os habéis interesado por las nuevas.

A los blogs “Promesas de amor”, “Paraíso de los Libros Perdidos”, “Little Kitten”, “Between Us”, “Libros Encantados”, “Excentriks”, “Mind Of Books”, “Guardian of words”, “Aprovecha la vida cada día”, “Viajando a otros mundos”, “Adictabooks by Ely” y “Libros, café y recuerdos”, por sus reseñas de “La Broma”. A “Lectura Adictiva” y “Bella Diamond” por hacerme un sitio entre sus entradas.

Por los comentarios en Amazon y Goodreads, gracias a: Toñi Fernández, Eli Martínez, Silvia Gómez, Cristin Ferro, Lara – Between Us, NoeLautnerStory, Aura, Lute, Galena Sanz, Miss Bridgerton, Nieves – Aprovecha la vida cada día, Anna Jimenez, Lucía Santiago Barreiro, Elena, Andrea, Cecilia, Guardian of Words, Noa, María y abajo y María.

A Lourdes y Antonio. A Ana Mari y Luis. A Ángeles Álvarez y a Antonio. A Mari Cortizo, Sonia y Patri. A Víctor y Laura, Sonia y Belén. A Loretes y Loritos. A los Arias al completo, a los Martínez.y a los Iglesias, que siempre están ahí. Mi familia, sin importar distancias ni apellidos en común.

A los seguidores del Rincón por sus comentarios, su apoyo y su interés. A Ruth, Andrea y Noe, quienes ahí siguen, desde una tarde en el “Al Ándalus”.

A María José, Fátima, Mónica, Patri, Sonia, Rosa y Raquel, compañeras geniales. A Elena, Ana y Noe por esos cafés.

A quienes me seguís en las redes, a los escritores y blogueros que sigo, porque con vosotros aprendo cada día un poco más.

A todos, muchísimas gracias por haberme acompañado hasta aquí.

Table of Contents

[PERSONAJES DE ESTA HISTORIA](#)

[TERRITORIOS](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[LA CORREDORA](#)

[EL LOBO](#)

[LOS DOMINANTES](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)